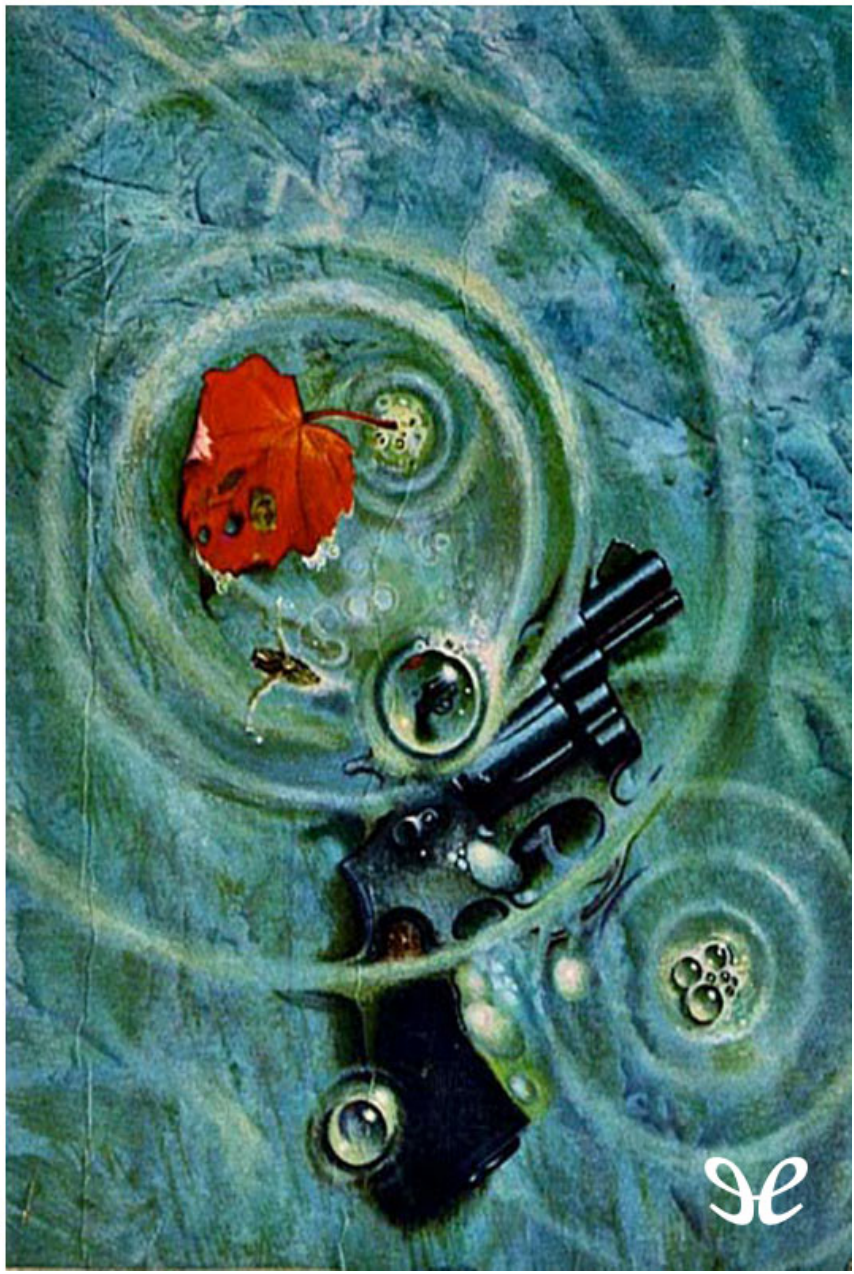
AGATHA CHRISTIE

SANGRE EN LA PISCINA



Selecciones de Biblioteca Oro

Hércules Poirot es invitado por su vecina, lady Angkatell a almolzar con ellos. Al llegar a la piscina, donde se va a tomar el aperitivo, a Poirot se le presenta una escena completa de asesinato que aparentemente acaba de ocurrir: John Christow, amigo de la familia, aparece asesinado, y a su lado su mujer sosteniendo una pistola en la mano. Poirot se enfrenta con la difícil tarea de averiguar si la señora Christow ha matado realmente a su marido o si por el contrario todo ha sido una trampa habilmente preparada.

Agatha Christie

Sangre en la piscina

Hércules Poirot # 25

ePUB r1.2
Ronstad 28.12.2014

Título original: *The hollow*
Agatha Christie, 1946
Traducción: Guillermo López Hipkiss

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALFREGE Madame: Dueña de la casa de modas en que está empleada Midge.
ANGKATELL David: Joven estudiante de Oxford y primo de los Angkatell.
ANGKATELL Sir Enrique: Hacendado aristócrata y ex diplomático.
ANGKATELL Eduardo: Joven y rico propietario, primo de los Angkatell.
ANGKATELL Lady Lucía: Esposa de sir Enrique.
CLARK: Sargento de policía.
COLLINS Beryl: Eficiente secretaria del doctor Christow.
CRABTREE Mistress: Una vieja enferma sometida a especial tratamiento por el doctor citado.
CRAY Verónica: Hermosa cineasta, prometida que fue de Christow.
CHRISTOW Gerda: Sumisa esposa de Christow.
CHRISTOW Juan: Célebre médico.
CHRISTOW Terence y Zena: Hermanos, e hijos del repetido doctor, de 12 y 9 años, respectivamente.
EMMOTT Doris: Ayudante de cocina de los Angkatell.
GRANGE: Inspector de policía.
GUDGEON: Mayordomo fiel de los Angkatell.
HARDCASTLE Midge: Joven y bella prima de esa familia.
LEWIS: Criado de los Christow.
MEDWAY: Cocinera de los Angkatell.
PATTERSON Elise: Hermana de Gerda Christow.
POIROT Hércules: Famoso detective belga.
SAUNDERS Doris: Joven modelo de la Savernake.

SAVERNAKE Enriqueta: Excelente escultora, pariente de los Angkatell y amante del doctor Christow.
SIMMONS: Doncella de lady Lucía.

Capítulo I

Cierto viernes, a las seis y trece de la mañana, Lucía Angkatell descorrió los párpados, contempló el nuevo día con ojos azules de sorprendente tamaño, despabilóse al instante como de costumbre y se dispuso a enfrentarse con los problemas que su mente, increíblemente activa, había evocado ya.

Sentía la urgente necesidad de consultar y conversar con alguien, y su elección recayó sobre Midge Hardcastle, una prima suya, muy joven, que llegara a *The Hollow* la noche anterior.

Saltó, pues, de la cama, se echó una bata sobre los hombros, que los años no habían hecho desmerecer, y avanzó por el pasillo en dirección a la alcoba de Midge.

Mujer de desconcertante rapidez de pensamiento, lady Angkatell, como era su invariable costumbre, dio principio a la conversación mentalmente, recurriendo a su fértil imaginación para suministrar las contestaciones de Midge.

Se hallaba aquella conversación imaginaria en todo su apogeo cuando abrió la puerta del cuarto de Midge.

—…conque, querida, tendrás que reconocer que este fin de semana va a presentar dificultades de *verdad*.

—¿Eh? ¿Cuál? —gruñó Midge, despertando bruscamente de un sueño profundo, satisfactorio y reparador.

Lady Angkatell cruzó hacia la ventana, abrió las persianas y alzó la cortina con un rápido movimiento, dando paso a la pálida claridad de un amanecer de septiembre.

—¡Pájaros! —murmuró, atisbando por el vidrio con gesto de bondad y de placer—. ¡Qué ricos!

—¿Cómo?

—Sea como fuere, el tiempo no ofrecerá obstáculos. Da la

impresión de que continuará bueno. Algo es algo. Porque, si una serie de caracteres incompatibles se ven obligados a permanecer encerrados en casa, estarás de acuerdo conmigo en que la situación se hace diez veces peor. Juegos de salón quizá. Lo que resultaría igual que el año pasado, que jamás podré perdonarme por lo de la pobre Gerda. Le dije a Enrique más tarde que tuve muy poco tacto…, y una no tiene *más remedio* que invitarla, claro está, porque sería tan grosero invitar a Juan y no invitarla a ella…, pero la verdad, eso complica las cosas… Y lo peor es que ella es tan buena y simpática… Con franqueza, a veces sí que parece raro que una muchacha tan agradable como Gerda esté tan desprovista de inteligencia. Y si es eso a lo que se refieren cuando hablan de la ley de compensación, no me parece *nada* justo.

—Pero, ¿de qué estás hablando, Lucía?

—Del fin de semana, querida. De la gente que llega mañana. He estado pensando en eso toda la noche y no sabes lo que me preocupa. Conque es un alivio discutirlo contigo, Midge. Tienes siempre tanto sentido común y eres tan práctica…

—Lucía —dijo Midge con severidad—, ¿tú sabes la hora que es?

—Con exactitud, no. Ya sabes bien, que fijamente nunca lo sé.

—Son las seis y cuarto.

—Sí, querida —murmuró lady Angkatell, sin dar muestra alguna de contrición.

Midge la miró con severidad. ¡Cuan exasperante, cuan completamente imposible era Lucía! La verdad, pensó Midge, no sé por qué la aguantamos.

Sin embargo, no bien se hizo esta pregunta, halló la contestación. Lucía Angkatell estaba sonriendo y, al mirarla Midge, sintió el extraordinario y persuasivo encanto que había ejercido Lucía durante toda su vida y que, aun ahora, pasados los sesenta años de edad, seguía sin fallarle. Por él, habían soportado inconveniencias, molestias y desconciertos, personas de todo y por todo el mundo: potentados extranjeros, embajadores, funcionarios del Gobierno… Era la infantil delicia, el infantil placer que sus propios actos le proporcionaban lo que desarmaba y anulaba toda crítica. Bastaba con que Lucía abriera aquellos ojazos azules y tendiese las frágiles manos, y murmurara: «¡Oh! ¡Cuánto lo siento!»

para que se desvaneciera todo resentimiento.

—Querida —dijo lady Angkatell—, cuánto lo siento… ¡Debiste advertírmelo!

—Te lo estoy advirtiendo ahora…, pero ¡es demasiado tarde! Estoy completamente despabilada.

—¡Qué lástima! Pero sí que me ayudarás, ¿verdad?

—¿En lo que al fin de semana se refiere? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Lady Angkatell se sentó en el borde de la cama. No era, pensó Midge, como si cualquier otra persona lo hubiese hecho. Resultaba tan ingrávido el acto, como si un hada se hubiera posado un segundo allí.

Lady Angkatell tendió las manos blancas, que parecían revolotear como mariposas, en gesto encantador y de impotencia.

—Viene toda la gente que no debiera…, la gente que no debiera *juntarse* quiero decir, no que sean insoportables en sí. Todos ellos son encantadores en realidad…

—¿Quién viene?

Midge se apartó el espeso, negro y áspero cabello de la cuadrada frente con un brazo moreno y consistente. Ella sí que no tenía nada de ingrávida, ni de aspecto de hada.

—Pues… Juan y Gerda. Eso está bien en sí. Quiero decir que Juan es delicioso…, muy atractivo. Y en cuanto a la pobre Gerda…, bueno, hemos de ser todos bondadosos con ella. Muy, muy bondadosos.

Impulsada por un vago instinto, Midge dijo:

—Vamos, no es para tanto.

—Oh, querida, es una verdadera pena…, un cuadro lastimero. Esos ojos… Y nunca parece comprender una palabra de lo que se le dice.

—Y no la comprende, en efecto —aseguró Midge—. La que tú dices, al menos. Pero no tiene ella la culpa. Corren tan aprisa tus pensamientos, Lucía, que, para no quedarse atrás, tu conversación da unos saltos asombrosos. Te comes todos los eslabones y no hay manera de relacionar una frase con la otra.

—Igual que un mono[1] —murmuró lady Angkatell, vagamente.

—Pero, ¿quién más viene aparte de los Christow? ¿Supongo que Enriqueta?

El rostro de la dama se animó.

—Sí, es un verdadero baluarte; alguien con quien se puede contar. Siempre lo es. Enriqueta es bondadosa de verdad…, de una bondad maciza, ¿sabes?, no sólo superficial. Será una gran ayuda en el caso de Gerda. Fue maravillosa el año pasado. Cuando jugamos a hacer ripios, o a citar extractos, o a componer palabras… o lo que fuera. Y todos habíamos terminado y estábamos leyendo lo que habíamos hecho, cuando nos dimos cuenta de pronto de que la pobre Gerda ni siquiera había empezado. Ni siquiera estaba segura de a qué estábamos jugando. Fue terrible, ¿verdad, Midge?

—Lo que no acabo de comprender —contestó la muchacha—, es por qué viene nadie a pasar unos días con los Angkatell. Entre devanarse los sesos, aguantar los juegos de salón y soportar tu singular manera de hablar, Lucía querida.

—Sí, querida. Debemos ser algo insoportables… Y para Gerda debe ser odioso. Muchas veces pienso que, si tuviera una pizca de energía, no aparecería por aquí. Pero, sea como fuere, la cosa es que la pobre parecía tan aturdida y…, bueno, dolida. Y Juan daba la sensación de estar impaciente. Y a mí no se me ocurría cómo arreglar la situación. Y fue entonces cuando le estuve tan agradecida a Enriqueta. Se volvió hacia Gerda y la interrogó acerca del suéter que llevaba…, un suéter horrible, de un color verde lechuga descolorido… deprimente y como de saldo… Y Gerda se animó en seguida. Parece ser que lo había hecho ella misma y Enriqueta le pidió el modelo. Y Gerda se puso tan contenta y se sintió tan orgullosa… Y eso es lo que quiero decir de Enriqueta. Siempre sabe hacer esas cosas. Es una especie de don.

—Se toma molestias —dijo Midge, lentamente.

—Sí, y sabe lo que decir.

—¡Ah! —murmuró Midge—, es que no se conforma con decir. ¿Sabes tú, Lucía, que Enriqueta llegó incluso a hacerse ese suéter?

—¡Santo Dios! Y…, ¿se lo puso?

—Y se lo puso. Enriqueta no hace las cosas a medias.

—Y, ¿era muy horrible?

—No. Llevándolo Enriqueta, resultaba muy bonito.

—Sí, claro, era de esperar. En eso estriba la diferencia entre Enriqueta y Gerda. Todo lo que hace Enriqueta lo hace bien, y sale

bien. Es hábil en casi todo, además de serlo en su especialidad. Estoy segura de que si el fin de semana se salva de un fracaso, se lo deberemos a Enriqueta. Se mostrará agradable con Gerda, distraerá a Enrique, mantendrá a Juan de buen humor y estoy segura de que resultará una gran ayuda en el caso de David.

—¿David Angkatell?

—Él. Viene de la Universidad de Oxford…, o quizá sea de la de Cambridge. Los muchachos de sus años son tan difíciles…, sobre todo cuando son intelectuales. Lástima que no aplazaron lo de ser intelectuales hasta tener más edad. Así no hacen más que dirigirle a unas miradas torvas y morderse las uñas. Y parecen estar llenos de manchas o granos… y tener la mar de desarrollada la nuez de la garganta también. Y o se niegan a hablar, o hablan a voces, llevando a todo el mundo la contraria. De todas formas, como ya he dicho, confío en Enriqueta. Tiene mucho tacto, y sabe qué preguntas hacer. Y como es escultora, la respeta, sobre todo, puesto que no se limita a esculpir cabezas de niños y animales, sino que hace cosas avanzadas, como esa cosa tan extraña de metal y escayola que expuso en el Salón de Artistas Modernos el año pasado. A mí me pareció la caricatura de una escalera. Se llamaba Pensamiento Ascendente… o algo así. Es una de esas cosas que impresionan a los muchachos como David. A mí, personalmente, me pareció una estupidez.

—¡Qué Lucía!

—Pero algunas de las cosas de Enriqueta me parecen encantadoras. Aquella figura del Fresno Llorón, por ejemplo.

—Yo creo que Enriqueta tiene algo de talento, de genio… Y es muy hermosa y muy agradable también —dijo Midge.

Lady Angkatell se puso en pie y se acercó a la ventana otra vez. Jugó distraída con el cordón de la cortinilla.

—¿Por qué bellotas? —murmuró.

—¿Bellotas?

—En la extremidad del cordón de la cortinilla. Como poner piñas de adorno en las verjas. Quiero decir que alguna razón habrá. Porque el mismo trabajo costaría poner una pera o algo así…, pero siempre ponen una bellota. «Fruta de roble», como la llaman en las palabras cruzadas[2], las que dan a los cerdos, ¿sabes? Siempre me

ha parecido la mar de raro.

—No divagues, Lucía. Entraste aquí a hablar del fin de semana y no sé por qué te preocupa tanto. Si consigues abstenerte de organizar juegos de prendas e intentas ser coherente al hablar con Gerda, y encargas a Enriqueta de amansar a David el intelectual, ¿dónde está la dificultad?

—Pues verás, en primer lugar, va a venir Eduardo, querida.

—¡Ah, Eduardo!…

Midge guardó silencio un instante, después de pronunciar el nombre. Luego preguntó:

—¿Cómo se te ocurrió invitar a Eduardo a pasar aquí el fin de semana?

—No le invité, Midge. Ahí está la cosa. Se invitó él. Telegrafió preguntando si le admitíamos. Ya sabes cómo es Eduardo. Cuan susceptible. Si le hubiese contestado que no, probablemente no se hubiese vuelto a invitar jamás. Es así.

Midge asintió con un movimiento de cabeza.

Sí, pensó, Eduardo era así. Durante un instante vio claramente su rostro, aquel rostro tan querido. Un rostro que poseía algo del instrumental encanto de Lucía, dulce, respetuoso, irónico…

—¡Querido Eduardo! —dijo Lucía, como eco de los pensamientos de Midge.

Prosiguió con impaciencia:

—¡Si siquiera se decidiese Enriqueta a casarse con él! Le tiene cariño, me consta que sí. Si hubiesen pasado aquí un fin de semana sin los Christow… Porque Juan Christow siempre le produce un efecto desastroso a más no poder a Eduardo. Juan, ¿sabes lo que quiero decir…?, *se crece* y Eduardo *decrece* en idéntica proporción. ¿Comprendes?

Midge volvió a mover afirmativamente la cabeza.

—Y no puedo decirles a los Christow que no vengan, porque esta visita quedó acordada hace tiempo. Pero me da en los huesos, Midge, que la situación va a ser difícil. David, con su gesto torvo, mordiéndose las uñas; nosotros intentando que Gerda no se sienta fuera de lugar; Juan mostrándose tan positivo y Eduardo tan negativo…

—Los ingredientes del pastel no son muy prometedores —

murmuró Midge.

Lucía se sonrió.

—A veces —musitó— las cosas se arreglan con una facilidad asombrosa. He invitado al Hombre de los Crímenes a comer con nosotros el domingo. Resultará una distracción, ¿no te parece?

—¿El Hombre de los Crímenes?

—Como un huevo[3] —asintió lady Angkatell—. Se hallaba en Bagdad buscando la solución de no sé qué, cuando Enrique era Gobernador. O…, ¿sería más tarde quizá? Le invitamos a comer junto con otras personas. Recuerdo que vestía de blanco y llevaba una flor de color rosa en el ojal, y zapatos negros, de charol. No me acuerdo de gran cosa de eso, porque nunca me ha parecido muy interesante saber quién mató a quién. Quiero decir, que una vez muertos no parece importar gran cosa por qué murieron, y el darle importancia y armar jaleo me parece una estupidez.

—Pero, ¿se ha cometido algún crimen por aquí, Lucía?

—¡Oh, no, querida! Vive en una de esas casitas nuevas tan raras…, ya las conoces, de ésas en que se pega uno con la cabeza contra las vigas; muy buen trabajo de fontanería y un jardín que no pega ni con cola. A los londinenses les gustan las cosas así. Creo que hay una actriz en la otra. No viven con carácter permanente en ellas como nosotros. No obstante —murmuró lady Angkatell vagando por el cuarto—, supongo que eso les resulta agradable. Midge, querida, no sabes cuánto te agradezco que hayas sido una ayuda tan grande.

—No creo haber sido una ayuda muy grande que digamos.

—¿De veras? —Lucía la miró con gesto de sorpresa—. Bueno, duérmete ahora y no te levantes a desayunarte. Y cuando te levantes, sé todo lo grosera que quieras.

—¿Grosera? —exclamó Midge—. ¿Por qué? ¡Ah! —rió—. ¡Comprendo! Eres muy perspicaz, Lucía. Tal vez te coja la palabra.

Lady Angkatell sonrió y se retiró. Al pasar por delante de la abierta puerta del cuarto de baño y ver el escalfador y el hornillo de gas, se le ocurrió una idea.

A la gente le gustaba el té, se dijo. Y a Midge no la llamarían hasta dentro de mucho rato. Le haría un poco de té. Puso el escalfador al fuego y siguió su camino pasillo abajo.

Se detuvo ante la puerta del cuarto de su esposo e hizo girar el

tirador. Pero sin Enrique Angkatell, el hábil administrador, conocía a su Lucía. Le profesaba un cariño enorme, pero le gustaba dormir tranquilo. La puerta tenía echada la llave.

Lady Angkatell marchó a su propia alcoba. Le hubiese gustado consultar a Enrique, pero igual daría hacerlo más tarde. Se acercó a la abierta ventana, miró hacia el exterior unos segundos y luego bostezó. Se metió en la cama, apoyó la cabeza en la almohada y, a los dos minutos dormía como un lirón.

En el cuarto de baño, el escalfador empezó a hervir y continuó hirviendo.

—Otro escalfador hecho cisco, señor Gudgeon —dijo Simmons, la doncella.

El mayordomo Gudgeon sacudió la entrecana cabeza.

Tomó el quemado escalfador y, acercándose a la despensa, sacó otro de una alacena, donde guardaba media docena.

—Ahí tiene, señorita Simmons. La señora jamás se enterará.

—¿Hace estas cosas la señora con frecuencia? —inquirió Simmons.

Gudgeon exhaló un suspiro.

—La señora —anunció— es muy bondadosa y muy olvidadiza a la vez. Pero, en esta casa, yo me encargo de que se haga todo lo posible para ahorrar a la señora molestias, disgustos y preocupaciones.

Capítulo II

Enriqueta Savernake tomó una tira de barro, la frotó entre las manos y la aplicó a la escultura, dándole un golpecito para que se adhiriese. Estaba modelando la cabeza de una muchacha con la rapidez y la habilidad que sólo da la experiencia.

Sonaba en sus oídos, aunque sin penetrar más allá del borde de su comprensión, el agudo lloriqueo de una voz algo ordinaria:

—Y yo creo, señorita Savernake, que yo tenía razón. «La verdad —dije—, si vas a salirme por ahí…». Porque yo creo, señorita Savernake, que una muchacha tiene la obligación de plantarse firme cuando de esas cosas se trata. Usted ya me comprende… «No estoy acostumbrada —dije—, a que me digan cosas así, y sólo me resta decir que tienes una imaginación muy desagradable». A una le molesta hablar así, pero yo creo que hice muy bien en plantar cara, ¿no le parece, señorita Savernake?

—¡Ya lo creo que sí! —contestó Enriqueta con un fervor en la voz que hubiera podido inducir a creer, a quien la hubiese conocido bien, que no había estado prestando mucha atención a lo que le estaban diciendo.

—«Y si tu mujer dice cosas como ésa —dije—, ¿qué culpa tengo yo?». No sé por qué será, señorita Savernake, pero dondequiera que voy siempre parece armarse jaleo. Y estoy segura de que la culpa no es mía. Y es que los nombres son tan susceptibles…, ¿verdad que sí?

La modelo soltó una risita coquetona.

—Una barbaridad —asintió Enriqueta, con los ojos entornados.

«Precioso —estaba pensando—. Ese plano por debajo del párpado es precioso…, y el otro plano que sube a encontrarse con él. Ese ángulo junto a la mandíbula está mal… Tendré que rebajarlo y volverlo a construir. Es difícil».

En voz alta dijo con voz cálida y comprensiva:

—Debe haber sido una situación muy difícil para usted.

—A mí me parecen muy injustos los celos, señorita Savernake. Y muy ruines…, ¿comprende lo que quiero decir? No es más que envidia, permítame que le diga, porque una es más guapa y más joven que ellas.

Enriqueta, que estaba modelando la mandíbula, dijo:

—Sí, claro.

Había aprendido con el tiempo a encerrar su mente en compartimientos estancos. Era capaz de jugar un partido de bridge, seguir una conversación inteligentemente, escribir una carta bien redactada, sin dedicar a ninguna de esas cosas más que una parte muy pequeña de su atención. Ahora se concentraba en conseguir que la cabeza de Nausicaa[4] fuera formándose bajo sus dedos, y el torrente de palabras rencorosas que brotaban de aquellos labios tan lindos e infantiles no llegaba a penetrar en las profundidades de su mente. Mantuvo la conversación en marcha sin esfuerzo. Estaba acostumbrada a las modelos que se empeñaban en hablar. No tanto las profesionales… Eran las aficionadas las que, desasosegadas por la obligada inactividad de sus miembros, buscaban la compensación rompiendo a hablar y contando todos sus secretos. Conque lo que pudiéramos llamar una fracción superficial de Enriqueta escuchaba y contestaba, mientras en el fondo, muy remota, la verdadera Enriqueta comentaba: «¡Qué ordinaria y qué mal intencionada! Pero ¡qué ojos! ¡Qué maravilla de ojos!».

Mientras le ocuparan los ojos, que hablase la muchacha. Le pediría que guardase silencio cuando le tocara la vez a la boca. Resultaba curioso, si una se paraba a pensar, que aquel torrente de rencor pudiera escaparse por entre los labios de curva tan perfecta.

«¡Maldita sea! —exclamó Enriqueta para sus adentros con brusco frenesí—. ¡Estoy echando a perder el arco de las cejas! ¿Qué demonios me pasa? He dado demasiado énfasis al hueco…, es agudo, no grueso…».

Dio un paso atrás, mirando con fruncido entrecejo la escultura y luego a la modelo.

Doris Saunders prosiguió:

—«La verdad —dije—, no veo yo por qué regla de tres no ha de

hacerme tu marido un regalo si le da la gana. Y no creo —dije—, que haya derecho a que hagas tú insinuaciones semejantes». Se trataba de una pulsera muy bonita, señorita Savernake, de una pulsera preciosa… y, claro, es muy posible que el pobre no pudiera, en realidad, gastarse tanto dinero, pero me resultó un gesto muy simpático y, desde luego, no tenía la menor intención de devolverla.

—No, no —murmuró Enriqueta.

Calló un momento la modelo para luego añadir:

—Y no es como si hubiera algo entre nosotros…, algo *desagradable* quiero decir. No había nada de *eso*.

—No —dijo Enriqueta—, estoy segura de que no lo había.

Se despejó su entrecejo. Durante la media hora que siguió trabajó como poseída de una especie de furia. Trozos de barro se le pegaron a la frente, se le adhirieron a los cabellos al pasarse ella la mano por el pelo con impaciencia. Tenían sus ojos una expresión de ciega e intensa ferocidad. Empezaba a salirse… Empezaba a captar las características.

Ahora, dentro de unas horas, cesaría su tormento…, el tormento que, durante los últimos diez días, había ido intensificándose.

Necesitaba algo, algo que le permitiera empezar, algo que diera vida a su propia visión, en parte realizada. Había recorrido a pie grandes distancias, agotándose físicamente, alegrándose de haberse cansado. Y, en todo momento, la había hostigado aquel anhelo urgente, incesante… de ver…

Tenían sus propios ojos expresión ciega al andar. Nada veía de lo que tenía a su alrededor. Estaba luchando, haciendo esfuerzos continuamente para conseguir que aquel rostro se le acercara. Se sentía enferma, disgustada…

Y luego, de pronto, se había despejado la vista y, con los ojos del cuerpo había visto frente a ella, en el autobús al que subiera distraída sin importarle un comino dónde fuera, había visto… ¡Sí! ¡A Nausicaa! Un rostro infantil, labios entreabiertos, ojos hermosos, vacuos, ciegos…

La muchacha hizo parar y se apeó. Enriqueta la siguió.

Ahora se hallaba completamente serena. Había encontrado lo que deseaba; el suplicio de buscar sin encontrar había terminado ya.

—Perdone que le dirija la palabra. Soy escultora profesional y

con, franqueza, tiene usted la cabeza que he andado buscando.

Se había mostrado amistosa, encantadora y autoritaria como sabía serlo siempre que quería algo.

Doris Saunders pareció dudar, alarmarse, sentirse halagada.

—Pues la verdad, no sé qué decirle. Si no es más que la *cabeza*… Claro está, nunca he *hecho* una cosa así…, ni pensarlo…

Vacilaciones apropiadas, delicada pregunta económica.

—Ni que decir tiene que insistiría en pagarle a usted lo que cobra una modelo profesional.

Conque ahí estaba Nausicaa sentada en la plataforma, encantada con la idea de que fueran inmortalizados sus atractivos (aunque no le gustaban ni pizca las muestras del arte de Enriqueta que veía desperdigadas por el estudio), y disfrutando por poder revelar su personalidad a una persona cuya comprensión y atención parecían, sin duda alguna, completas.

Sobre la mesa, junto a la modelo, yacían sus lentes: los lentes que se ponía lo menos posible por vanidad, prefiriendo tener que andar casi a tientas a veces porque, como le confesó a Enriqueta, era tan corta de vista que apenas podía ver a un metro de distancia sin las gafas.

Enriqueta había movido la cabeza afirmativamente, comprensiva. Comprendía ahora la causa de aquella mirada vacua y hermosa.

Transcurrió el tiempo. Enriqueta soltó de pronto sus herramientas de modelar y se desperezó.

—Bueno —dijo—, he terminado. ¿Espero que no se habrá cansado usted demasiado?

—Oh, no, gracias, señorita Savernake. Ha resultado la mar de interesante. ¿Es posible que esté hecho ya, de verdad…, tan pronto?

Enriqueta se echó a reír.

—¡Oh, no! No es que esté terminado por completo. Tendré que trabajar bastante aún en ello. Pero está terminado en cuanto a usted se refiere. He conseguido lo que deseaba…, construir los planos.

La muchacha bajó lentamente de la plataforma. Se puso los lentes, e inmediatamente, la ciega inocencia y el encanto confiado de su rostro desaparecieron. Ahora no quedaba ya más que una belleza fácil, ordinaria, chabacana.

Se paró junto a Enriqueta y contempló el modelo de barro.

—¡Oh! —dijo, dubitativa, con desencanto en la voz—. No se parece mucho a mí, ¿verdad?

Enriqueta sonrió.

—No. No es un retrato.

En realidad, casi podía decirse que no existía el menor parecido. Era la colocación de los ojos, el contorno del pómulo, lo que Enriqueta había visto como nota clave esencial de su concepción de Nausicaa. Aquélla no era Doris Saunders, sino una ciega de la que podía hacerse un poema. Los labios estaban entreabiertos como los de Doris, pero no eran los labios de Doris. Eran labios que hablarían otro idioma, que expresarían pensamientos que no serían los de Doris…

Ninguna de las facciones estaba claramente diseñada. Era Nausicaa recordada, no vista.

—Bueno —dijo la señorita Saunders, dubitativa—, supongo que tendrá mejor aspecto cuando la trabaje usted un poco más… ¿Y de veras no me necesitará ya?

—No, gracias —dijo Enriqueta («¡Y gracias a Dios por ello!», dijo en su fuero interno)—. Se ha portado usted muy bien. Le estoy muy agradecida.

Se deshizo de Doris con habilidad y volvió a hacerse una taza de café. Estaba cansada, estaba horriblemente cansada. Pero feliz y tranquila.

«Gracias a Dios —pensó—. Ahora volveré a ser humana».

E inmediatamente sus pensamientos volaron hacia Juan.

«Juan», pensó. Se le encendieron levemente las mejillas, aligerósele el corazón, se animó.

«Mañana —pensó—, voy a *The Hollow*…Veré a Juan…».

Bebió el líquido caliente y fuerte, instalada en el diván. Se tomó tres tazas. Se sintió inundada de vitalidad.

Resultaba agradable, pensó, sentirse un ser humano otra vez, y no la otra cosa. Era agradable haber dejado de sentirse inquieta, disgustada, hostigada. Agradable poder dejar de vagar por las calles buscando algo, con un sentimiento de irritación y llena de impaciencia porque, la verdad, ¡una no sabía lo que andaba buscando! Ahora, a Dios gracias, sólo tenía que trabajar como una

negra. ¿Y a quién le importaba el trabajo por duro que fuese?

Soltó la taza vacía, se puso en pie y volvió a Nausicaa. La contempló un buen rato y, poco a poco, el entrecejo se le fue arrugando.

No era… No era del todo…

¿Qué era lo que estaba mal?

Ojos ciegos.

Ojos ciegos que eran más bellos que ojo alguno que pudiese ver… Ojos ciegos que comprimían el corazón, que emocionaban profundamente, precisamente por eso, porque eran ciegos. ¿Había logrado plasmar eso, o no?

Lo había logrado, sí; pero había plasmado algo más también. Algo que no había sido su intención reproducir y en lo que ni siquiera había pensado… la estructura estaba bien…, sí; sí que lo estaba. Pero, ¿de dónde venía… aquella insinuación leve, insidiosa…?

La insinuación de una mente ordinaria, rencorosa…

No había estado escuchando, no, en realidad. Y, sin embargo, sin saber cómo, le había entrado por los oídos, salido por los dedos, introduciéndose en el barro.

Y no podría, sabía que no podría volverlo a sacar de allí…

Apartó la mirada con brusquedad. Quizá fuera simple imaginación. Sí; imaginación había de ser. Lo vería de otra manera por la mañana. Pensó con dolor:

—¡Cuan vulnerable es una…!

Cruzó, frunciendo el entrecejo hacia el otro extremo del estudio. Se detuvo ante su escultura de «La Adoradora».

Aquélla estaba bien. Un magnífico trozo de madera de peral, con el grano adecuado. Lo había estado guardando durante mucho tiempo, como un tesoro, antes de emplearlo.

Lo miró con gesto de crítica. Sí; estaba bien. No cabía la menor duda de ello. Lo mejor que había hecho desde hace tiempo. Era para el Grupo Internacional. Sí; algo que valía la pena exhibir.

Lo había plasmado todo bien. La humanidad, la fuerza de los músculos del cuello, los hombros encorvados, el rostro levemente alzado, un rostro sin facciones, puesto que la adoración destierra a la personalidad.

Sí; sumisión, adoración… y esa devoción final que se halla más allá, y no más acá, de la idolatría…

Enriqueta exhaló un suspiro. Si siquiera, pensó, no se hubiera enfadado Juan tanto…

Le había llegado de sobresalto aquella ira. Le había revelado algo de él que, en su opinión, ni él mismo conocía.

Había dicho llanamente:

—¡No puedes exhibir eso!

Y ella, con la misma fuerza, le había replicado:

—Lo exhibiré.

Volvió lentamente a Nausicaa. Nada había allí, se dijo, que no pudiera arreglar. La envolvió en paños húmedos. Tendría que aguardar hasta el lunes o el martes. No había prisa ya. La urgencia había desaparecido. Todos los planos figuraban en la escultura. Sólo hacía falta un poco de paciencia.

Ahora la esperaban tres días felices en compañía de Lucía, de Enrique, de Midge…, ¡y de Juan!

Bostezó. Se desperezó con el inmenso placer y la misma soltura con que lo hace un gato, distendiendo hasta el máximo cada uno de sus músculos. Se dio cuenta, de pronto, de cuan cansada estaba en verdad.

Tomó un baño caliente y se metió en la cama. Permaneció tumbada boca arriba, contemplando las estrellas por la lumbrera del cuarto. Luego, de allí, su mirada vagó hacia la única luz que siempre dejaba encendida: la bombilla pequeña que iluminaba la mascarilla de cristal, una de sus primeras obras. Una pieza bastante corriente, pensó ahora. Muy convencional.

Era una suerte, se dijo Enriqueta, que una evolucionara…

Y ahora, ¡a dormir! El café muy cargado que tomara no la desvelaba a menos que ella quisiese. Hacía tiempo que adquiriera el conocimiento del ritmo esencial que la permitía olvidar y dormir.

Una escogía pensamientos, extraídos del propio recuerdo. Y luego, sin entretenerse en ellos, los dejaba resbalar por entre los dedos de la mente, sin asirlos, sin intentar detenerlos, sin recrearse en ellos, sin concentrarse… Nada más que dejarlos flotar dulcemente y alejarse.

Fuera, estaban poniendo en marcha un automóvil. Se oían

también roncos gritos y risas. Dejó que los sonidos se vertieran en la corriente de su semiconsciencia.

El automóvil, pensó, era un tigre que rugía…, amarillo y negro…, con rayas como las rayadas hojas y sombras, una selva cálida…, y luego, río abajo, un río ancho, tropical… hasta llegar al mar y al transatlántico a punto de zarpar…, y voces roncas que gritaban adiós, y Juan a su lado sobre cubierta…, ella y Juan en marcha, mar azul, bajando la escala del comedor sonriéndose desde el otro lado de la mesa, como una comida en la «Maison Dorée», brisa nocturna… y el automóvil…, la sensación al encajar los engranajes del cambio de marchas, la salida de Londres a gran velocidad, dulcemente, sin esfuerzo, como si se deslizaran sobre hielo…, la subida por la loma de Shovel Down…, Lucía…, Juan…, Juan…, la enfermedad de Ridgeway… querido Juan…

Empezaba a conciliar el sueño ya, a sumirse en agradable beatitud.

Y, de pronto, un desasosiego agudo, una sensación de culpabilidad que la obligaba a volver a la realidad. Algo que debiera haber hecho. Algo ante cuya ejecución había retrocedido.

¿*Nausicaa*?

Lentamente, de muy mala gana, Enriqueta se levantó de la cama. Encendió las luces, cruzó hacia la escultura, retiró los paños.

Nausicaa, no. ¡Doris Saunders!

Sintió una punzada. Estaba dirigiéndose una súplica a sí misma. Estaba intentando convencerse. «Lo puedo arreglar…, lo puedo arreglar…».

—¡Estúpida! —se dijo—. Sabes qué tienes que hacer.

Porque si no lo hacía ahora, inmediatamente, mañana no tendría el valor. Era como si una destruyese su propia sangre, su propia carne. Hacía daño. Sí; hacía daño.

Quizá, pensó Enriqueta, sentían lo mismo los gatos cuando uno de sus gatitos está muy malo y se lo matan.

Respiró con fuerza. Luego asió el barro, lo arrancó de la armadura, lo trasladó, en informe montón, al cajón donde solía almacenarlo.

Se quedó allí parada, jadeando, contemplándose las manos manchadas de barro sintiendo aún la violencia física y mental. Se

limpió las manos despacio con todo esmero.

Volvió a la cama con una curiosa sensación de vacío y, sin embargo, con sensación de paz también.

Nausicaa, pensó tristemente, no volverá ya. Había nacido, sufrido, contaminado y muerto.

«Es raro —pensó Enriqueta—, cómo logran infiltrarse en una las cosas sin que una se dé cuenta».

No había estado escuchando, no, lo que se llama escuchar, y, sin embargo, el conocimiento de la mente ordinaria, rencorosa, malintencionada de Doris había llegado a infiltrársele e inconscientemente le había sugestionado las manos.

Y ahora lo que había sido Nausicaa Doris, no era más que barro, nada más que la materia prima de la que, pronto, construiría otra cosa.

Enriqueta pensó, soñadora:

—¿Es eso, pues lo que es la muerte? ¿Es lo que nosotros llamamos personalidad nada más que la formación… la huella o impresión del pensamiento de alguien? El pensamiento… ¿de quién? ¿De Dios?

Ésa era la idea fundamental de *Peer Gynt*[5] ¿verdad? Vuelta al crisol del fundidor. *¿Dónde estoy yo, yo mismo, el hombre entero, el hombre verdadero? ¿Dónde estoy yo, con la señal de Dios en la frente*?

¿Se sentía Juan así? Había estado tan cansado la otra noche…, tan desanimado. La enfermedad de Ridgeway… ¡En ninguno de aquellos libros se decía quién era Ridgeway! ¡Qué estupidez!, pensó; a ella le hubiera gustado saberlo… La enfermedad de Ridgeway… Juan…

Capítulo III

Juan Christow se hallaba sentado en su consultorio atendiendo a su penúltima paciente de aquella mañana. Sus ojos, comprensivos y animadores, la observaban mientras ella describía, explicaba, entraba en detalles. De vez en cuando movía la cabeza en gesto de asentimiento. Le hizo preguntas, le dio instrucciones. La paciente se sintió llena de agradecimiento. ¡El doctor Christow era verdaderamente maravilloso! Tenía tanto interés, se preocupaba tanto… Hasta el hablar con él le hacía a una sentirse más fuerte.

Juan Christow tomó una hoja de papel y empezó a escribir. Sería mejor darle un laxante, supuso. Aquel nuevo, norteamericano, muy bien envuelto en papel celofán y de un tinte atractivo, poco corriente, de rosa asalmonado. Muy caro, por añadidura, y difícil de encontrar. No todas las farmacias lo tenían. Probablemente se vería obligada a ir a aquella tiendecita de Wadur Street. Tanto mejor. Probablemente la animaría una barbaridad durante un mes o dos, luego tendría que pensar en otra cosa. Nada podía hacer por ella. Cuerpo enclenque, salud indiferente. La cosa no tenía remedio. No había cosa alguna en qué hincar el diente como quien dice. En eso no se parecía a la vieja Crabtree.

Una mañana aburrida. Provechosa desde el punto de vista económico, pero nada más. ¡Dios! ¡Qué cansado estaba! Harto de mujeres enfermizas y de sus indisposiciones. Paliativos, alivios, nada más que eso. A veces se preguntaba si valdría la pena. Pero siempre, en tales ocasiones, se acordaba de San Cristóbal y de la larga hilera de camas en la sala de Margaret Russell, y de la señora Crabtree que le miraba con desdentada sonrisa.

¡Ella y él se comprendían! La vieja era una luchadora, y no como aquella especie de babosa exánime que ocupaba la cama vecina.

Estaba de su parte, deseaba vivir, aun cuando Dios sabría por qué teniendo en cuenta la miseria del barrio en que tenía su residencia, la perpetua borrachera del marido, la caterva de críos ingobernables, y la necesidad de trabajar día tras día, fregando interminables suelos en interminables despachos. ¡Dura e incesante esclavitud con bien pocas distracciones! Pero deseaba vivir, disfrutaba de la vida, de igual manera que él, Juan Christow, disfrutaba de ella. No eran las circunstancias de la vida las que ellos disfrutaban, sino la vida en sí, el deleite, la emoción de la existencia. Era curioso; una cosa que uno no hubiera sabido explicar. Se dijo que tendría que discutirlo con Enriqueta.

Se levantó para acompañar a la paciente hasta la puerta. Le estrechó la mano con calor, amistoso, animador. Su voz era animadora también, llena de interés, de comprensión. Se marchó reanimada, casi feliz. ¡El doctor Christow se tomaba tanto interés!

Al cerrarse la puerta tras ella, Juan Christow la olvidó. En realidad, apenas se había dado cuenta de su existencia, aun teniéndola delante. No había hecho más que desempeñar su papel. Obraba maquinalmente. No obstante, a pesar de que aquello apenas había rozado la superficie de su mente, le había dado fuerzas. Su respuesta había sido la respuesta automática del senador y sentía la sensación de haber reducido su fondo de energía.

Dios, pensó otra vez, ¡qué cansado estoy!

Sólo una paciente más a quien ver luego, el fin de semana libre. Pensó en él con agradecimiento. Hojas doradas teñidas de rojo y pardo; el húmedo y suave olor de otoño, el camino a través del bosque, los fuegos de leña… Lucía, el ser más encantador y único, con su extraña y esquiva mente de fuego fatuo. Prefería como anfitriones a Enrique y Lucía a todos cuantos anfitriones pudiera haber en Inglaterra. Y *The Hollow* era la casa más encantadora que conocía. El domingo pasearía por el bosque con Enriqueta, subiría hasta la cresta de la colina, olvidaría que había enfermos en el mundo. Gracias a Dios, pensó, que nunca le pasa nada a Enriqueta.

Y luego, con brusco arranque de humorismo:

—¡Jamás me lo diría si le ocurriese!

Un paciente más que recibir. Debía oprimir el timbre sobre la mesa. Pero, sin saber por qué, demoró el acto. Ya iba retrasado. La

comida estaría esperándole ya arriba, en el comedor. Gerda y los niños estarían aguardando. Era preciso que terminase.

Se le había ido acentuando últimamente este cansancio. Era la causa de la irritabilidad siempre creciente, de cuya existencia se daba cuenta, pero no podía frenar. Pobre Gerda, pensó; tenía mucho que aguantar. Si siquiera no fuese tan sumisa…, ¡si no estuviera tan dispuesta a reconocerse culpable cuando, la mitad de las veces, la culpa la tenía él! Días había en que todo lo que decía o hacía Gerda contribuía a irritarle, y principalmente, pensó, con remordimiento, eran las virtudes de ella lo que le irritaba. Era su paciencia, su abnegación, la subordinación de sus deseos a los de él, lo que despertaba su mal humor. Y jamás se mostraba resentida por sus arrebatos de ira, jamás se aferraba a su propio punto de vista cuando era contrario al de él, nunca intentaba campar por sus respetos.

(*Bueno, pensó, por eso te casaste con ella, ¿no? ¿De qué te quejas? Después de aquel verano de San Miguel*…).

Era raro, cuando uno se paraba a pensar que aquellas mismas cualidades que le irritaban en Gerda eran las que tantas ganas tenía de encontrar en Enriqueta. Lo que le irritaba de Enriqueta… (No; no era ésa la palabra; era ira, no irritación, lo que ella inspiraba). Lo que le enfurecía era la absoluta rectitud de Enriqueta en cuanto a él se refería. Estaba tan en contraposición con la actitud que adoptaba hacia el mundo en general… Le había dicho una vez:

—Creo que eres la embustera mayor que he conocido.

—Tal vez.

—Siempre estás dispuesta a decirle a la gente cualquier cosa si ello ha de agradarle, de causarle satisfacción.

—Eso me parece a mí lo más importante.

—¿Más importante que decir la verdad?

—Mucho más.

—Entonces, ¿por qué, en nombre de Dios, no puedes mentirme un poco a mí?

—¿Quieres que lo haga?

—Sí.

—Lo siento, Juan, pero no puedo.

—Debes saber lo que quiero que me digas…

Vamos, no debía empezar a pensar en Enriqueta ahora. La vería aquella tarde. Lo que hacía falta ahora era acabar de cumplir su obligación. Tocar el timbre a ver a aquella maldita mujer, a la única paciente. ¡Otro ser enfermizo! Una décima parte indisposición verdadera, y nueve décimas hipocondría. Bueno, ¿y por qué no había de disfrutar de mala salud mientras estuviese dispuesta a pagar por semejante privilegio? Servía de contrapeso a las señoras Crabtree del mundo.

Pero siguió allí inmóvil aún.

Estaba cansado. Le parecía que llevaba cansado muchísimo tiempo. Había algo que deseaba con verdadero anhelo.

Y surgió en su cerebro el pensamiento: «*Quiero ir a casa*».

Le asombró. ¿De dónde había salido aquel pensamiento? Y, ¿qué significaba? ¿Casa? Nunca había tenido casa. Sus padres habían sido anglo-indios. Se había criado pasando de tío a tío, una vacunación cada uno. La primera casa permanente, el primer hogar que había conocido, era aquella casa de Harley Street, aquella casa en que tenía el consultorio.

¿Pensaba en aquella casa como hogar? Sacudió la cabeza. Sabía que no.

Pero se había despertado su curiosidad de médico. ¿Qué había querido decir con aquella frase que tan de repente había surgido en su cerebro?

«*Quiero ir a casa*».

Algo tenía que haber, alguna imagen.

Entornó los párpados. Algún *fondo* debía de haber.

Y claramente, ante sus ojos mentales, vio el azul oscuro del mar Mediterráneo, las palmeras, los cactos, las chumberas. Olió el cálido polvo estival y recordó la frescura del agua tras yacer en la playa al sol. ¡*San Miguel*!

Se sobresaltó, se turbó levemente. No había pensado en San Miguel desde hacía años. Desde luego, no tenía el menor deseo de regresar allá. Todo aquello pertenecía a un capítulo pasado de su vida.

Aquello había sido doce, catorce, quince años antes. Y, ¡había obrado bien! ¡Su criterio había sido justo! Había estado locamente enamorado de Verónica; pero hubiese sido un error. Verónica se lo

hubiera tragado en cuerpo y alma. Era una egoísta completa y no se había recatado en reconocerlo. Verónica se había apoderado de la mayoría de las cosas que había deseado; pero no había podido apoderarse de él. Él se había escapado. Probablemente le habría tratado mal desde un punto de vista convencional. ¡La habría plantado! Pero la verdad era que deseaba vivir su propia vida y eso no se lo hubiese consentido Verónica. Ella tenía la intención de vivir la vida de *ella* y arrastrar a Juan consigo de comparsa.

Se había quedado asombrada cuando él se negó a acompañarla a Hollywood.

Había dicho con desdén:

—Si tantas ganas tienes de ser médico, puedes doctorarte allí, supongo; pero es completamente innecesario. Tienes dinero para vivir y yo *ganaré* el dinero a espuertas.

Y él había contestado, con vehemencia:

—Es que me gusta mi profesión. Voy a trabajar con *Radley*.

Su voz, llena de juvenil entusiasmo, había pronunciado el nombre con respeto y veneración.

Verónica dio un respingo.

—¿Ese viejo tan estrambótico?

—Ese viejo tan estrambótico —había exclamado Juan, con ira— ha hecho algunos de los descubrimientos más valiosos en cuanto se relaciona con la enfermedad de Pratt.

Ella le había interrumpido: ¿A quién le importaba la enfermedad de Pratt? California, dijo, tenía un clima encantador. Y era divertido ver mundo. Agregó:

—Lo odiaré todo sin ti. Te quiero, Juan… Te *necesito*.

Y entonces, y con gran asombro de Verónica, él había propuesto que rechazara el ofrecimiento que le habían hecho desde Hollywood, se casara con él, y se resignara a vivir en Londres.

Ella se echó a reír y se mostró firme. Iba a ir a Hollywood, y amaba a Juan, y Juan tenía que casarse con ella y acompañarla. Tenía una confianza ilimitada en su belleza y en su poder.

Él había comprendido que no quedaba más que una cosa que hacer y la había hecho. Le había escrito, rompiendo su compromiso.

Mucho había sufrido, pero jamás había dudado de que lo hecho fuese lo más prudente. Había vuelto a Londres y empezado a

trabajar con Radley. Y un año más tarde se había casado con Gerda, que era tan distinta a Verónica en todo como era posible serlo.

La puerta se abrió y entró su secretaria, Beryl Collins.

—Aún le queda a usted por recibir a la señora Forrester.

Él contestó con brevedad:

—Lo sé.

—Creí que pudiera habérsele olvidado.

Cruzó la habitación y salió por la puerta más lejana. Christow la siguió con la mirada. Una muchacha que no tenía nada de bonita, pensó, pero que era la eficiencia personificada. Estaba con él desde hacía seis años. Jamás cometía un error, ni se azoraba, ni se preocupaba, ni se metía prisa. Tenía negro el cabello, un cutis barroso y una barbilla que expresaba determinación. A través de los gruesos cristales de sus gafas, unos ojos grises despejados, le contemplaban a él, y contemplaban al resto del Universo, con la misma desapasionada atención.

Había querido una secretaria fea, que no anduviera con tonterías, y había conseguido una secretaria, sin tonterías de ninguna clase. Pero, a veces, con una falta de lógica inexplicable, Juan Christow se sentía resentido. Según todas las reglas de teatro y de novela, Beryl debiera haberle sido tan leal y afectuosa como un perro. Pero siempre había sabido que para Beryl, él no pintaba nada. Ni le inspiraba él devoción, ni abnegación. Jamás se había sentido impresionada por su personalidad, ni influida por su simpatía. A veces llegó a preguntarse incluso si no le inspiraría antipatía.

La había oído hablar una vez con una amiga por teléfono.

—No —había dicho—; en realidad, no creo que sea mucho más egoísta de lo que era. Quizá sea más bien más falto de consideración y más inconsciente.

Había comprendido que hablaba de él, y durante veinticuatro horas completas se había sentido francamente molesto.

Aun cuando el ciego e irrazonador entusiasmo de Gerda le irritaba, la serena crítica de Beryl le irritaba también. Total; pensó, que casi todas las cosas me irritan…

Por algo pasaría eso. ¿Exceso de trabajo? Tal vez, no; ésa era la excusa. Aquella creciente impaciencia, aquel cansancio y aquella

irritación, tenían un significado más profundo. Pensó:

«Eso no puede ser. No puedo continuar así. ¿Qué me pasa? Si pudiera *marcharme*…».

Ahí estaba otra vez la idea que surgía para salirle al encuentro a la expresada idea de huir.

Quiero irme a casa…

¡Qué tonterías estaba diciendo…! ¡El 404 de Harley Street era su casa!

Y la señora Forrester estaba sentada en la salita de espera. Una mujer cargante. Una mujer que tenía demasiado dinero y demasiado tiempo libre que dedicar a pensar en sus achaques.

Alguien le había dicho en cierta ocasión:

—Debe hastiarse usted de esos pacientes ricos que siempre andan imaginándose enfermos. ¡Debe resultar tan satisfactorio tratar a los pobres, que sólo acuden cuando les pasa algo de verdad!

Él había sonreído. Eran curiosas las ideas que tenía la gente acerca de los pobres. Deberían haber visto a la vieja señora Pearstock, paciente de cinco clínicas distintas, que se presentaba todas las semanas para llevarse gratis botellas de medicina, linimento para la espalda, jarabes para la tos, aperitivos, mezclas digestivas…

—Catorce años hace que tomo la medicina parda, doctor, y es la única que me sirve para algo. Aquel médico joven de la semana pasada me dio una medicina *blanca*. ¡Como si eso pudiera servirme para algo! Es de sentido común, ¿no le parece, doctor?; quiero decir que hace catorce años que tomo la medicina parda y, si no me tomo la parafina como siempre, y esas píldoras pardas…

Le parecía estar oyendo la lloricona voz. Una mujer robusta, con una salud a prueba de bomba. ¡Ni la cantidad de medicinas que tomaba lograba ponerla enferma!

Eran lo mismo, exactamente iguales, hermanas gemelas en espíritu, la señora Pearstock del humilde barrio de Tottenham y la señora Forrester, de la señorial Park Line. Uno la escuchaba y escribía en una hoja de papel de lujo, o en la tarjeta de un hospital, según el caso…

Dios, ¡qué cansado estaba de todo aquello…!

Mar azul, la leve y dulce fragancia de la mimosa, polvo cálido…

Hacía quince años. Todo aquello había terminado para siempre. Sí, terminado, a Dios gracias. Habría tenido el valor suficiente para romper con ella.

¿Valor? Murmuró un diablillo en sus adentros. ¿Es eso lo que tú llamas valor?

Hombre, había sido sensato, ¿verdad? Trabajo le había costado arrancarse. ¡Qué diablos, le había hecho daño de verdad! ¡Le había dolido horrores! Pero había seguido adelante, había cortado los lazos, había vuelto a su patria, se había casado con Gerda.

Tenía una secretaria que no podía presumir de guapa, y una mujer que tampoco podía hacer alarde de belleza. Eso era lo que deseaba, ¿verdad? Ya estaba hasta la coronilla de belleza. Había visto lo que una persona como Verónica podía hacer con su belleza. Había visto el efecto que le hacía a todo hombre que se hallaba a tiro. Tras Verónica, había deseado la seguridad. Seguridad, paz y devoción, y tranquilidad, cosas duraderas de la vida. En resumen, había querido a Gerda. Había deseado a alguien que no tuviera más idea de la vida que las suyas, que aceptara sus decisiones, que, ni durante un instante siquiera, tuviese ideas propias…

¿Quién era el que había dicho que la verdadera tragedia de la vida era que uno consiguiese lo que deseaba?

Oprimió con ira el timbre que tenía sobre la mesa.

Despacharía a la señora Forrester. También aquél era un caso en que se ganaba el dinero con facilidad. De nuevo escuchó, hizo preguntas, tranquilizó, se mostró comprensivo, infundió algo de su sensación de energía. De nuevo extendió receta para un específico muy raro.

La mujer enfermiza y neurótica que había entrado en el consultorio arrastrando los pies, salió con paso firme, coloreadas las mejillas, con la sensación de que, después de todo, quizá valiera la pena vivir.

Juan Christow se retrepó en su asiento. Estaba libre ya. Libre para subir la escalera y reunirse con Gerda y los niños. Libre de las preocupaciones de enfermedad y sufrimientos durante el fin de semana.

Pero seguía experimentando la extraña falta de inclinación a moverse, aquella nueva y singular lasitud de voluntad.

Estaba cansado…, cansado…, cansado…

Capítulo IV

En el comedor del piso de encima del consultorio, Gerda Christow estaba contemplando un cuarto de cordero.

¿Debía mandarlo a la cocina para que se conservara caliente o no?

Si Juan tardaba mucho más, estaría frío, congelado, y eso sería terrible.

Mas, por otra parte, la última paciente había marchado; Juan subiría dentro de un momento. Si lo mandaba a la cocina, Juan tendría que esperar, y… ¡era tan impaciente! «Pero, ¿no sabías que venía…?». Tendría su voz aquel dejo de contenida exasperación que ella conocía ya y temía. Además, se asaría demasiado, se secaría… Y Juan detestaba la carne demasiado hecha.

En cambio, le hacía muy poca gracia la comida fría.

Fuera como fuese, la fuente estaba caliente.

Vacilaba, sin saber qué partido tomar, y su ansiedad y congoja crecían de punto.

Todo su mundo se había contraído, de pronto, convirtiéndose en su cuarto de cordero que se enfriaba en la fuente.

Desde el otro lado de la mesa, su hijo Terence, de doce años de edad, dijo:

—Las sales bóricas arden con llama verde; las del sodio con amarilla.

Gerda miró, aturdida, el cuadrado rostro cubierto de pecas. No tenía idea de lo que estaba hablando su hijo.

—¿Sabías tú eso, mamá?

—¿Si sabía qué?

—Lo de las sales.

La mirada de Gerda vagó distraída, hacia el salero. Sí; la sal y la

pimienta estaban en la mesa. Menos mal. La semana anterior Lewis se había olvidado poner esas cosas y Juan al darse cuenta, se había molestado. Siempre había algo…

—Es uno de los experimentos de química —dijo Terence, en voz soñadora—. Y la mar de interesante, por cierto, en mi opinión.

Zena, de nueve años y semblante lindo aunque vacuo, lloriqueó:

—Quiero comer. ¿No podemos empezar, mamá?

—Dentro de un momento, querida. Hemos de esperar a papá.

—*Nosotros* podríamos empezar ya —dijo Terence—. A papá no le importaría. Ya sabes lo aprisa que come.

Gerda sacudió la cabeza.

¿Trinchar ella el cordero? Pero, ¡si nunca lograba acordarse de por qué lado debía meter el cuchillo! Claro que, a lo mejor Lewis lo habría colocado bien en la fuente, pero a veces no lo hacía, y a Juan le molestaba mucho si no se trinchaba bien. Y pensó Gerda, desesperada, *siempre* estaba mal trinchado cuando lo hacía ella. ¡Santo Dios! ¡Qué fría se estaba poniendo la salsa…! Se estaba formando una película por encima. Tendría que mandarla a la cocina otra vez… Pero, si Juan estaba a punto de llegar… y debía estar a punto de llegar en aquellos instantes.

Le daba vueltas la cabeza. Experimentaba la misma sensación que un animal acorralado.

* * *

Retrepado en el sillón del consultorio, tabaleando con los dedos sobre la mesa, Juan Christow no lograba, sin embargo, arrancarse de su asiento.

San Miguel… mar azul… el perfume de mimosas… un tritoma escarlata erguido sobre un fondo de hojas verdes… el cálido sol… el polvo… la desesperación del amor y del sufrimiento…

Pensó:

—¡Oh, Dios! ¡Eso no! ¡Nunca más eso otra vez! Eso terminó…

Ojalá se dijo, de pronto, no hubiese conocido jamás a Verónica, no me hubiera casado nunca con Gerda, no hubiese llegado a conocer a Enriqueta…

La señora Crabtree, pensó, valía más que todas ellas juntas. Mala tarde había sido aquélla, la de la semana pasada. ¡Lo satisfecho que le habían dejado las reacciones! Podía soportar 0,005 ya. Y pronto, se había presentado aquel aumento alarmante de toxicidad. La reacción D. L. había resultado negativa en lugar de positiva.

La anciana, morada, jadeante, le había mirado con ojos maliciosos, indomables…

—Me está usted usando como conejito de Indias, ¿verdad, querido? Experimentando conmigo y todo eso…

—Queremos curarla a usted —le dijo, sonriendo.

—Gastarme las tretas de costumbre querrá usted decir —exclamó la mujer. Sonrió de pronto—. ¡Qué caramba! ¡Si me da igual! Usted siga adelante. Alguien ha de ser el primero, ¿no es eso? Me hice la permanente cuando era pequeña. Menudo trabajo era eso entonces. Me dejaron el pelo como el de una negra. No conseguía pasar el peine por él. Pero, ¡qué caramba!, yo me divertí. Usted puede divertirse conmigo. Yo lo puedo aguantar.

—Se siente usted bastante mal, ¿verdad?

Le tenía puesta la mano en el pulso. Transfirió parte de su vitalidad a la anciana que luchaba por respirar en la cama.

—Me siento terrible. Tiene usted razón. No han salido las cosas como usted esperaba, ¿no es eso? No se preocupe. No se desanime. Yo puedo aguantar mucho, ¡vaya si puedo!

Juan Christow contestó:

—Es usted magnífica. Ojalá fueran todos mis pacientes como usted.

—Quiero ponerme buena. ¡Por eso! Quiero ponerme buena. Mi madre vivió hasta los ochenta y ocho… Y mi abuela tenía noventa cuando murió. Vivimos muchos años en mi familia. ¡Vaya que sí!

Le había dejado lleno de dudas e incertidumbre. ¡Había estado tan seguro de que iba por buen camino! ¿En qué se había equivocado? ¿Cómo disminuir la toxicidad y mantener el contenido hormónico y, al propio tiempo, neutralizar el pantatrín…?

Había confiado demasiado… había dado por sentado que todas las dificultades quedaban soslayadas y resueltos todos los inconvenientes.

Y fue entonces, en la escalinata del Hospital de San Cristóbal,

cuando le asaltó bruscamente un profundo hastío y desesperación, el odio a todo aquel trabajo clínico largo, lento, fatigoso. Y había pensado en Enriqueta, había pensado en ella de pronto… y el leve perfume a prímulas que se desprendía de sus cabellos.

Se había ido derecho a ver a Enriqueta, telefoneando a casa para decir que se veía obligado a acudir a una llamada. Había entrado en el estudio y abrazado a Enriqueta, apretándola con una ferocidad que era nueva entre ellos.

En los ojos de la muchacha había surgido una expresión de sobresalto y maravilla. Se había desasido de él y le había hecho café. Y mientras iba de un lado a otro del estudio, le había hecho una serie de preguntas al azar. ¿Llegaba —le preguntó— derecho del hospital?

Él no quería hablar del hospital. Quería hacerle el amor a Enriqueta y olvidar que existían el hospital, la señora Crabtree, la enfermedad de Ridgeway y de toda la pesca.

Pero respondió a sus preguntas. Primero de mala gana; después, con más fluidez. Y, a los pocos momentos, paseaba ya de un lado a otro del estudio, soltando un chorro de explicaciones técnicas y de teorías. Una o dos veces se detuvo, intentando simplificar… explicar.

—Es que, ¿comprende?, hay que conseguir una reacción…

Enriqueta se apresuró a interrumpirle.

—Sí, sí. La reacción D. L., ha de ser positiva. Eso lo comprendo. Continúa.

Preguntó vivamente:

—¿Cómo estás enterada tú de la reacción D. L.?

—Compré un libro…

—¿Qué libro? ¿De quién?

Hizo ella un gesto hacia la mesita de libros. Él soltó un resoplido.

—¿Scobell? Scobell no sirve para nada. Es fundamentalmente erróneo. Escucha, si quieres leer, no…

Ella le interrumpió:

—Sólo quiero comprender algunos de los términos que empleas…, los bastantes para comprenderte sin tener que interrumpirte continuamente para que me los expliques. Continúa.

Te sigo divinamente.

—Bueno —dijo él dubitativo—; pero no olvides que Scobell está en un error.

Siguió hablando. Habló durante dos horas y media. Pasando revista a los fracasos, analizando las posibilidades, dando una idea de posibles teorías. Apenas se daba cuenta de la presencia de Enriqueta. Y, sin embargo, más de una vez cuando vacilaba, acudió ella en su auxilio con una agilidad mental sorprendente, ayudándole a seguir adelante, dándose cuenta, casi antes que él, de qué era lo que vacilaba en decir. Se había despertado su interés ya, y empezaba a recobrar la fe en sí mismo. Había tenido razón, la base principal de la teoría era exacta, y había maneras, más de una, de combatir los síntomas de toxicidad.

Y luego, de pronto, se sintió agotado. Lo veía todo claro ya. Se pondría a trabajar en ella a la mañana siguiente. Telefonearía a Neill, le diría que combinara las dos soluciones y probase la mezcla. Sí; ¡que probase! ¡Qué rayos, él no iba a dejarse vencer!

—Estoy cansado —dijo, de pronto—. ¡Santo Dios, qué cansado estoy!

Y se había tirado en la cama, quedándose dormido, dormido como un muerto.

Al despertarse, había visto a Enriqueta que le sonreía mientras preparaba el té a la luz de la mañana.

—Esto no entraba en nuestros cálculos —dijo él.

—¿Importa?

—No, no. ¿Sabes que eres una persona muy agradable, Enriqueta? —dirigió una mirada al estante—. Si te interesan estas cosas, yo te conseguiré libros que debes leer.

—No me interesan esas cosas, Juan. Me interesas tú.

—No puedes leer lo que escribe Scobell —tomó el libro a que aludía—. Este individuo no es más que un charlatán, un sacamuelas.

Y ella se había echado a reír. No podía comprender él por qué le hacían tanta gracia sus críticas de Scobell.

Pero ésa era una de las cosas de Enriqueta que le sobresaltaban de vez en cuando. La brusca revelación, desconcertante para él, que ella podía reírse de él.

No estaba acostumbrado a ello. Gerda le tomaba muy en serio. Y Verónica jamás pensaba en nadie más que en sí misma. Pero Enriqueta tenía una particularidad: la de alzar la cabeza de vez en cuando, mirarle por entre los entornados párpados con una sonrisa medio burlona, medio de ternura, que parecía decir: «Miremos bien a esta persona tan graciosa que se llama… Juan… alejémonos de él para mirarle mejor…».

Era, pensó, muy parecido a la manera en que fruncía los párpados para examinar su trabajo, o un cuadro. Era… ¡qué rayos…!, era una forma desapasionada, alejada, *objetiva* de mirar. Y no quería que Enriqueta le contemplara con indiferencia, con desapasionamiento. Quería que Enriqueta no pensara más que en él, que jamás dejara que sus pensamientos se desviaran de él.

(«Precisamente lo que te molesta de Gerda», dijo su diablillo particular, haciendo acto de presencia otra vez).

La verdad era que pecaba de ilógico. No sabía lo que quería.

(*Quiero irme a casa*. ¡Qué frase más absurda, más ridícula! ¡No significa nada!).

Fuera como fuese, dentro de una hora o algo así saldría de Londres, olvidando a los enfermos, con su leve olor a agrio, y olería humo de leña, y pinos, y hojas otoñales húmedas… Hasta el movimiento en sí del coche resultaría apaciguador, aquel suave y gradual aumento de velocidad.

Mas, pensó de pronto, no sería del todo así. Porque, como tenía medio dislocada una muñeca, tendría que conducir Gerda, y Gerda, malhaya fuera, jamás había logrado ni empezar a saber conducir un coche. Cada vez que cambiaba marchas, él permanecía callado, rechinando los dientes, esforzándose por no decir una palabra, porque sabía, por amarga experiencia, que cuando decía algo, Gerda lo hacía peor inmediatamente. Era curioso que nunca hubiese podido enseñarle nadie a Gerda cambiar las marchas, ni siquiera Enriqueta. La había puesto en manos de esta última, creyendo que el entusiasmo de Enriqueta lograría mejores resultados que su propia irritabilidad.

Porque Enriqueta amaba los automóviles. Hablaba de ellos con la lírica intensidad que otras personas dedicaban a la primavera o la primera campanilla que brotaba en el prado.

—¿Verdad que es una preciosidad, Juan? Cómo zumba, ¿eh? Subiría Bale Hill en tercera, sin el menor esfuerzo. Escucha lo acompasadamente que funciona el motor.

Hasta que él la había interrumpido bruscamente dando un estallido:

—¿No te parece, Enriqueta, que podrías preocuparte un poco de mí y olvidarte del coche un par de minutos?

Siempre se avergonzaba de tales estallidos.

Nunca sabía cuándo iba a dar uno sin ton ni son.

Lo mismo le ocurría con el trabajo de ella. Se daba cuenta de que su trabajo era bueno. Lo admiraba y lo odiaba al mismo tiempo.

La pelea más grande que había tenido con ella había obedecido a eso precisamente.

Gerda le había dicho un día:

—Enriqueta me ha pedido que le haga de modelo.

—¿Cómo? —si se paraba a pensar, su expresión de asombro no había sido muy aduladora que digamos—. ¿*Tú*?

—Sí; voy a ir a su estudio mañana.

—¿Para qué diablos te quiere?

No; no había sido muy cortés. Pero, por suerte, Gerda no se había dado cuenta de ello. Parecía contenta. Sospechó que se trataba de una de aquellas bondades tan poco sinceras de Enriqueta. Quizá Gerda hubiera insinuado que le gustaría que la modelasen. Algo por el estilo y Enriqueta estaba dispuesta a complacerla.

Luego, cosa de diez días más tarde, Gerda le había enseñado triunfalmente una estatuilla de escayola.

Era muy bonita: hábil, técnicamente hablando, como toda la labor de Enriqueta. Idealizaba a Gerda. Y era evidente que Gerda estaba contentísima.

—A mí me parece encantadora, Juan.

—¿Es eso obra de Enriqueta? No significa nada… nada en absoluto. No comprendo cómo ha podido ella hacer una cosa así.

—Es distinto, claro está, de su trabajo abstracto…, pero me parece muy bien hecho…, de veras, Juan.

No había dicho nada más. Después de todo, no deseaba aguarle la fiesta a Gerda. Pero abordó el tema con Enriqueta en cuanto tuvo la primera ocasión.

—¿Por qué le hiciste esa estatuilla tan estúpida a Gerda? No es digna de ti. Después de todo, tú sueles hacer las cosas bastante bien.

Enriqueta dijo, muy despacio:

—A mí no me pareció mal ésa. Gerda parecía muy contenta con ella.

—Estaba encantada. ¡No había de estarlo ella! Gerda no distingue entre el arte y una fotografía iluminada.

—No era arte malo, Juan. No era más que una estatuilla-retrato… inofensivo y sin pretensiones.

—No sueles perder el tiempo haciendo esas cosas…

Se interrumpió y se quedó contemplando una figura de madera, de unos cinco pies de altura.

—Es para el Grupo Internacional. Madera de peral: «La Adoradora».

Le observó. Él se quedó mirando, y luego de pronto, se le congestionó el cuello y se volvió hacia ella, furioso.

—Conque ¡para eso querías a Gerda! ¿Cómo te has atrevido?

—Me preguntaba si lo notarías…

—¿Notarlo? ¡Claro que lo noto! *Está aquí.*

Pasó un dedo sobre los gruesos músculos del cuello de la imagen.

Enriqueta movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Lo que yo quería era el cuello y los hombros, y esa pronunciada inclinación hacia delante… la sumisión… ese aspecto de inclinación, de reverencia… ¡Es maravilloso!

—¿Maravilloso? Escucha, Enriqueta, no te lo consiento. Has de dejar a Gerda en paz.

—Gerda no lo sabrá. Nadie lo sabrá. Bien sabes que Gerda no se reconocería aquí… y ninguna otra persona la reconocería tampoco. Y no es Gerda. No es nadie.

—Yo la reconocí, ¿verdad?

—Tú eres diferente, Juan. Tú ves las cosas.

—¡Es la frescura lo que me subleva! ¡No te lo consiento, Enriqueta! No te lo consiento. ¿No te das cuenta de que has hecho algo que no tiene defensa posible?

—¿Tú crees?

—¿No te das cuenta tú? ¿No sientes que es así? ¿Dónde está tu

sensibilidad habitual?

Enriqueta dijo, muy despacio:

—No comprendo, Juan. No creo que pudiera llegar nunca a hacerte comprender. Tú no sabes lo que es desear algo… verlo días tras día… aquella línea del cuello… aquellos músculos… el ángulo en que avanza la cabeza… la pesadez alrededor de la mandíbula… Los he estado viendo… deseándolos… cada vez que veía a Gerda… Por fin, ¡no tuve más remedio que tomarlos!

—¡Sin escrúpulos!

—Sí, supongo que sí. Pero, cuando uno desea las cosas así, una no tiene más remedio que tomarlas.

—Con eso quieres decir que te importan un bledo los demás. No te importa un comino Gerda…

—No seas estúpido, Juan. Por eso hice esta estatuilla. Para contentar a Gerda y hacerla feliz. ¡No soy inhumana!

—Eso es precisamente lo que eres: inhumana.

—¿Crees sinceramente que puede llegar Gerda algún día a reconocerse… en esa figura?

Juan la miró de mala gana. Por primera vez, la ira y el resentimiento quedaron subordinados al interés que en él se despertaba. Una figura extraña, sumisa, una figura que ofrecía adoración a una deidad invisible, el rostro alzado, ciega, muda, devota, terriblemente fuerte, terriblemente fantástica. Dijo:

—¡Es una figura aterradora la que has hecho, Enriqueta!

Enriqueta se estremeció levemente.

Dijo:

—Sí… a mí me pareció aterradora…

Juan preguntó con brusquedad:

—¿A quién mira…? ¿Quién es? ¿Quién se supone que está ahí delante?

Enriqueta vaciló. Dijo, y su voz tenía un deje extraño:

—No lo sé. Pero creo… que pudiera estarte mirando a ti, Juan.

Capítulo V

Allá en el comedor, el niño Terry hizo otra afirmación científica.

—Las sales de plomo son más solubles en agua fría que en agua caliente. Si se agrega yoduro de potasio se consigue un precipitado amarillo de yoduro de plomo.

Miró con expectación a su madre, pero sin grandes esperanzas. Los padres, en opinión de Terry, desilusionaban lamentablemente.

—¿Sabías tú eso, mamá?

—No sé una palabra de química, querido.

—Podrías leer algo del asunto en un libro —dijo Terence.

No hacía más que hacer constar un hecho; pero, tras la aseveración, se notaba cierto dejo de nostalgia.

Gerda no se dio cuenta de la nostalgia. Estaba demasiado preocupada. Se encontraba encerrada en la trampa de su propia ansiedad, de su desaliento. Vueltas y más vueltas. Se había sentido muy decaída desde que se despertara aquella mañana. Por fin había llegado el largo tiempo temido fin de semana con los Angkatell. Para ella, siempre resultaba una pesadilla pasar unos días en *The Hollow*. Siempre se sentía aturdida y triste. A la persona que más temía era a Lucía Angkatell, con sus frases a medio terminar, sus rápidas inconsecuencias, sus nada disimulados esfuerzos por ser bondadosa. Pero los demás casi le resultaban tan temibles. Para Gerda eran dos días de puro martirio, que soportaba por amor a Juan.

Porque Juan, al despertarse aquella mañana, había murmurado con verdadero placer:

—Es magnífico pensar que nos vamos al campo a pasar el fin de semana. Te sentará bien, Gerda. Eso es precisamente lo que te está haciendo falta.

Ella había sonreído maquinalmente diciendo con abnegada fortaleza:

—Será delicioso.

Su triste mirada había vagado por la alcoba. El papel de la pared, color crema, con una franja negra junto al armario; el tocador de caoba con el espejo que se inclinaba demasiado hacia delante; la alegre alfombra de vivo azul; las acuarelas de los lagos escoceses. Todas ellas cosas queridas y conocidas, y no volvería a verlas hasta el lunes.

En lugar de eso, mañana, una doncella entraría en la alcoba extraña depositaría una bandejita con el té junto a la cama, descorrería las cortinas, y luego pondría en orden la ropa de Gerda y la plegaría, cosa que solía producirle a Gerda una desagradable sensación de desasosiego, de embarazo. Permanecía echada melancólica, soportando estas cosas, tratando de consolarse pensando: «Sólo una mañana más». Como quien va al colegio y cuenta los días que le faltan para las vacaciones.

Gerda no había sido feliz en la escuela. En la escuela había tenido menos tranquilidad que en ninguna parte. En casa había estado mejor. Pero, aun en casa, no había estado demasiado bien. Porque, claro, todos habían sido más rápidos y más inteligentes que ella. Sus comentarios, rápidos, impacientes, no del todo maliciosos, habían llovido sobre ella como una tempestad de granizo. «¡Oh, date prisa, Gerda!». «Manos de manteca, ¡dámelo a mí!». «¡Oh, no dejéis que lo haga Gerda, estará mil años!». «Gerda nunca se entera de nada».

¿No se habían dado cuenta todos ellos que aquélla era la mejor manera para hacerla más lenta y estúpida aún? Había ido de mal en peor. Se le habían hecho más torpes los dedos; el cerebro le funcionaba con mayor lentitud; aumentaba su inclinación a quedarse mirando, con ojos vacuos, cuando le hablaban.

Hasta que, de pronto, se le había ocurrido la manera de salvarse de todo aquello. Había hallado un arma de defensa casi por accidente en realidad.

Se había tornado más lenta. La aturdida mirada se había hecho más vacua aún. Pero ahora, cuando decían, con impaciencia: «Oh, Gerda, ¡qué estúpida eres! ¿No comprendes eso?», había podido, en

su fuero interno, regocijarse un poco… Porque no era tan estúpida como la creían. Con frecuencia, cuando fingía no comprender, sí que comprendía. Y con frecuencia y deliberadamente, iba aún más despacio con el trabajo que estaba haciendo hasta que los dedos impacientes de alguien se lo quitaban de las manos.

Porque tenía ahora un delicioso secreto: el convencimiento de su superioridad. Empezó a sentirse, con frecuencia, algo más risueña, divertida… Sí; resultaba divertido saber más de lo que la gente creía que podía una saber. Ser capaz de hacer una cosa, pero no permitir que nadie supiese que una la podía hacer.

Y tenía la ventaja, inopinadamente descubierta, de que la gente le hacía a una con frecuencia su trabajo. Eso, naturalmente, le ahorraba a una la mar de molestias. Y, al cabo del tiempo, si la gente se acostumbraba a hacerle a una el trabajo, una no tenía que hacerlo ya. Y entonces la gente no se enteraba de que lo hacía una mal. Y así, poco a poco, llegaba una casi al punto de partida. A adquirir una el convencimiento de que podía una competir, en términos de igualdad, con el mundo entero.

(Pero eso, temió Gerda, no rezaría con los Angkatell. Los Angkatell le llevaban a una siempre tanta delantera, que a una le parecía que no se hallaba en la misma calle que ellos siquiera. ¡Cómo odiaba a los Angkatell! A Juan le hacía bien. A Juan le gustaba ir allí. Volvía a casa menos cansado y menos irritable, a veces).

Querido Juan, pensó. Juan es maravilloso. Todo el mundo opinaba igual. ¡Un médico tan hábil, tan bondadoso para con sus pacientes! Agotándose… y ¡el interés con que se ocupaba de sus pacientes en el hospital…! Aquella parte de su trabajo que no le producía un penique. Juan era tan *desinteresado*, tan auténticamente noble.

Siempre había sabido ella, desde el primer momento, que Juan era una inteligencia y que llegaría muy alto. Y la había escogido a ella, cuando hubiese podido casarse con alguien de más intelecto. No le había importado que fuese torpe, algo estúpida y no muy bonita. «Yo me cuidaré de ti», había dicho. Agradablemente. Casi dominante. «No te preocupes por nada absolutamente, Gerda. Ya te cuidaré yo…».

Lo que un hombre debía ser. Era maravilloso pensar que Juan la había escogido a ella.

Había dicho, con aquella brusca sonrisa suya, muy atractiva y medio suplicante: «Me gusta salirme con la mía, ¿sabes, Gerda?».

Bueno. Por ese lado no había inconveniente. Siempre había procurado ella ceder en todo. Hasta en los últimos tiempos, cuando tan difícil y nervioso se había mostrado, cuando nada parecía darle gusto. Cuando vaya usted a saber por qué, nada de lo que ella hacía estaba bien. Una no podía echarle a él la culpa. Estaba tan atareado… era tan desinteresado…

¡Dios Santo! ¡El cordero! Debí haberlo mandado a la cocina. Juan seguía sin dar señales de vida. ¿Por qué no podría ella tomar una decisión acertada alguna vez? De nuevo se sintió abrumada por el desaliento. ¡El cordero! Aquel terrible fin de semana con los Angkatell. Sintió una punzada en ambas sienes. ¡Oh! ¡Ahora iba a entrarle uno de sus habituales dolores de cabeza! ¡Y le molestaba tanto a Juan que tuviese dolor de cabeza! Se negaba siempre a darle cosa alguna para que se le pasara cuando, siendo médico, bien fácil le hubiese resultado. Decía siempre: «Olvídalo. Nada se adelanta envenenándose con drogas. Date un paseo andando aprisa».

¡*El cordero*! Al mirarlo, Gerda sintió que las dos palabras se repetían sin cesar en su cerebro. «El cordero… EL CORDERO… *EL CORDERO*…».

Se compadeció de sí misma y le saltaron las lágrimas. ¿Por qué, se preguntó, no me salía a mí nada bien *nunca*?

Desde el otro lado de la mesa, Terence miró a su madre y luego al cordero. Pensó: «¿Por qué no podemos nosotros comer? ¡Qué estúpida es la gente mayor! ¡No tiene sentido común!».

En voz alta dijo, escogiendo cuidadosamente las palabras:

—Nicholson hijo y yo vamos a hacer nitroglicerina en el bosquecillo de arbustos de su padre. Viven en Streatham.

—¿De veras, querido? ¡Qué bien! —dijo Gerda.

Aún había tiempo. Si hacía sonar el timbre y le decía a Lewis que se llevara el cordero ahora…

Terence la miró con leve curiosidad. Había tenido instintivamente la impresión de que el preparar nitroglicerina no sería labor que mereciera la aprobación de los padres. Con vil

oportunismo, había escogido el momento, más indicado en su opinión, para que no se le llevara la contra. Y su juicio había sido acertado. Si por una de esas casualidades hubiera jaleo, es decir, si las propiedades de la nitroglicerina se manifestaran con demasiada violencia, podría decir, con voz ofendida: «Se lo dije a mamá».

No obstante experimentó de pronto cierta desilusión.

«Hasta mamá… —pensó— debiera saber lo que es la nitroglicerina».

Exhaló un suspiro. Experimentó, de pronto, la intensa sensación de soledad que sólo una criatura puede sentir. Su padre era demasiado impaciente para escucharle; su madre estaba siempre demasiado distraída, Zena no era más que una niña pequeña, tonta.

Páginas de importantes experimentos químicos. Y, ¿a quién le importaban? ¡A nadie!

¡*Bang*! Gerda sufrió un sobresalto. Era la puerta del consultorio de Juan. Era Juan quien subía corriendo la escalera.

Juan Christow irrumpió en el cuarto, trayendo consigo su peculiar atmósfera de intensa energía. Estaba de buen humor, hambriento, impaciente.

—¡Dios! —exclamó, sentándose y poniéndose a afilar con energía el cuchillo trinchante—. ¡Cuánto odio a los enfermos!

—¡Oh, Juan! —murmuró Gerda, en son de reproche—. No digas eso. *Creerán* que lo dices en serio.

Señaló a los niños con un gesto.

—Sí que lo digo en serio. Nadie debiera estar enfermo.

—Papá está bromeando —le dijo Gerda rápidamente a Terence.

Terence examinó a su padre con la desapasionada atención que empleaba para todo.

—No creo que esté bromeando —anunció.

—Si odiaras a los enfermos, no serías médico, querido —dijo Gerda, riendo suavemente.

—Ésa es la razón precisamente —contestó Juan Christow—. A ningún médico le gusta la enfermedad. ¡Santo Dios! ¡Esta carne está helada! ¿Por qué diablos no la mandaste a la cocina para que la conservaran caliente?

—Verás… es que no sabía… ¿Sabes? Creía que venías en seguida.

Juan Christow hizo sonar el timbre, oprimiendo el pulsador con irritación. Lewis se presentó en seguida.

—Llévelo y dígale a la cocinera que lo caliente.

Habló con brusquedad.

—Sí, señor.

Lewis, algo impertinente, logró dar a entender con estas dos palabras tan inocuas, lo que opinaba de una señora que permanecía sentada a la mesa viendo cómo se enfriaba una fuente de carne.

Gerda prosiguió con cierta incoherencia:

—No sabes cuánto lo siento, querido, la culpa la tengo yo, pero al principio, ¿sabes?, creí que venías, y luego pensé, bueno si lo mando a la cocina…

Juan la interrumpió con impaciencia:

—¡Bah! ¿Qué más da? No es importante. No vale la pena armar tanto jaleo por eso.

Luego preguntó:

—¿Está el coche aquí?

—Creo que sí. Collie lo pidió.

—Entonces podremos irnos en cuanto hayamos comido.

Por el puente de Albert, pensó. Luego a través de Clapham Common, el atajo junto al Palacio de Cristal. Croydon, Purley Way… luego, esquivar la carretera real, tirar por el ramal derecho y subir Matherly Hill, por la Cresta de Harverston y luego Shover Down arriba, árboles rojos dorados, bosques allá abajo, por todas partes el suave olor otoñal y bajar tras cruzar la cresta de la colina.

Lucía y Enrique… Enriqueta…

No había visto a Enriqueta en cuatro días. La última vez que la viera había estado enfadada. Tenía aquella expresión en los ojos. No abstraída, no falta de atención… no lograba describirla del todo… aquella expresión como si estuviera *viendo* algo… algo que no se hallaba allí… algo (y ahí estaba el *quid*), ¡algo que no era Juan Christow!

Se dijo a sí mismo:

—Ya sé que es escultora. Ya sé que sus esculturas son buenas. Pero, ¡qué rayos! ¿No puede olvidarlas de vez en cuando? ¿No puede a veces pensar en mí… y nada más que en mí?

Estaba siendo injusto. Lo sabía. Enriqueta rara vez hablaba de su

labor. En verdad, se sentía mucho menos obsesionada por su trabajo que la mayoría de los artistas que él conocía. Eran muy raras las ocasiones en que se hallara tan absorta en alguna visión interior, que no fuera completo su interés en él. Pero siempre le enfurecía.

Una vez había dicho, dura y punzante la voz:

—¿Renunciarías a todo esto si yo te lo pidiese?

—A todo, ¿qué? —su voz expresaba sorpresa.

—A todo… esto.

Señaló con un gesto de su mano extendida el estudio.

E inmediatamente pensó para sus adentros:

«¡Imbécil! ¿Por qué le preguntaste eso?».

Y luego:

«Que me conteste: ¡Claro que sí! ¡Que me mienta! Si siquiera dijese: ¡Claro que renunciaría! ¿Qué importaría que fuera verdad o no? Pero ¡que lo diga! Es preciso que tenga yo paz».

En lugar de eso, ella había guardado silencio unos instantes. Los ojos se le habían tornado soñadores; la mirada abstraída. Había fruncido un poco el entrecejo como si meditara.

—Supongo que sí. Si fuese *necesario*.

—¿Necesario? ¿Qué quieres decir con necesario?

—Ni yo misma sé lo que quiero decir con ello exactamente, Juan. Necesario… como pudiera ser necesario una amputación.

—Es decir, que sería necesaria una operación quirúrgica para separarte de esto, como quien dice.

—Estás enfadado. ¿Qué querías que te contestase?

—De sobra lo sabes. Una palabra hubiera bastado. Sí. ¿Por qué no la dijiste? Dices muchas cosas a la gente para darle gusto, sin preocuparte de que sean verdad o no. ¿Por qué a mí no? Por el amor de Dios, ¿por qué no a mí?

—No lo sé… De veras que no lo sé, Juan. No puedo… de ahí todo. No puedo.

Se había paseado él durante unos minutos. Luego:

—Me volverás loco, Enriqueta. Nunca me parece ejercer influencia alguna sobre ti.

—¿Y por qué has de querer ejercerla?

—No lo sé; pero lo deseo.

Se dejó caer en una silla.

—Quiero ser yo el primero.

—Lo eres, Juan.

—No. Si yo muriese, lo primero que harías, con los ojos anegados en llanto y resbalándote las lágrimas por las mejillas, sería empezar a esculpir una dolorosa, o alguna figura que expresara el dolor.

—¿Si tendrás razón? Creo que… sí; quizá sí que hiciera eso. Es un poco horrible.

Se lo quedó mirando, como asombrada y escandalizada por su descubrimiento.

* * *

El budín se había quemado, Christow enarcó las cejas al verlo y Gerda se apresuró a excusarse.

—Lo siento mucho, querido. No comprendo *porqué* ha ocurrido eso. La culpa es mía. Dame la parte de arriba y cómete tú la de abajo.

El budín se había quemado porque él, Juan Christow, se había quedado sentado en el consultorio un cuarto de hora más de lo que era necesario, pensando en Enriqueta, y en la señora Crabtree, y dejándose invadir por una ridícula sensación de nostalgia al acordarse de San Miguel. La culpa era de él. Era una idiotez que Gerda quisiera asumir la responsabilidad, era exasperante que quisiera comerse ella la parte quemada. ¿Por qué diablos se empeñaba siempre en hacerse una mártir? ¿Por qué le contemplaba Terence de aquella manera tan lenta y con tales muestras de interés? ¿Por qué, Dios Santo, por qué tenía que estar resollando Zena tan continuamente? ¿Por qué eran todos tan irritantes?

Descargó su ira en Zena.

—¿Por qué diablos no te suenas la nariz?

—Creo que tiene un poco de catarro, querido.

—¡Qué ha de tener! ¡Siempre andas con la manía de que están acatarrados! Están divinamente.

Gerda exhaló un suspiro. Jamás había logrado comprender el motivo de que mirara con tanta indiferencia la salud de su familia

un médico que pasaba la vida curando las enfermedades de otros. Siempre ridiculizaba cualquier insinuación de que alguno de su familia pudiera estar enfermo.

—Estornudé ocho veces antes de comer —anunció Zena dándose importancia.

—¡Estornudos debidos al calor! —dijo Juan.

—¡No hace calor! —dijo Terence—. El termómetro del vestíbulo marca cincuenta y cinco grados[6].

Juan se puso en pie.

—¿Hemos terminado? Bien. Andando, pues. ¿Estás preparada para salir, Gerda?

—Dentro de un momento, Juan. Tengo que empaquetar unas cosas.

—¿No podías haberlo hecho eso *antes*? ¿Qué has estado haciendo durante toda la mañana?

Salió del comedor resoplando. Gerda había marchado apresuradamente a su alcoba. Su ansiedad por recoger aprisa las cosas las haría ir mucho más despacio. Pero, ¿por qué rayos no podía haber estado preparada? La maleta de él estaba hecha ya y se encontraba en el vestíbulo. ¿Por qué demonios no…?

Zena se dirigía a él con una baraja.

—¿Quieres que te eche las cartas, papá? Sé hacerlo. Se las he echado a mamá, a Terry, a Lewis, a Juana y a la cocinera.

—Bueno.

Se preguntó cuánto iría a tardar Gerda. Quería alejarse de aquella horrible casa, y de aquella horrible calle, y de aquella ciudad llena de gente indispuesta y enferma. Quería llegar a los bosques, a las hojas húmedas y al donairoso alejamiento de Lucía Angkatell, que siempre le daba a uno la impresión de que ni siquiera tenía cuerpo.

Zena estaba dando las cartas con aire de importancia.

—Éste eres tú, papá: en el centro el rey de corazones. La persona a quien se le echan las cartas siempre es el rey de corazones. Y luego doy las otras boca abajo. Dos a tu izquierda, dos a tu derecha y una por encima de tu cabeza… que tiene poder sobre ti… y una debajo de tus pies… sobre la que tú tienes poder. Y ésta… te cubre a ti.

»*Ahora* —Zena respiró profundamente— les damos la vuelta. A tu derecha está la reina de los diamantes… muy cerca…

«Enriqueta», pensó él, distraído momentáneamente y divertido por el aire de solemnidad de Zena.

—Y la siguiente es la sota de tréboles. Es algún joven muy callado y pacífico. A tu izquierda está el ocho de picas… Eso representa un enemigo secreto. ¿Tienes algún enemigo secreto, papá?

—Ninguno que yo sepa.

—Y más allá está la reina de picas… Representa a una señora de mucha más edad.

—Lady Angkatell —dijo él.

—Ésta es la que está por encima de tu cabeza y tiene poder sobre ti… la reina de corazones.

«Verónica», pensó. «¡Verónica!» y luego: «¡Qué imbécil soy! Verónica no representa nada para mí ya».

—Y ésta está debajo de tus pies y tú tienes poder sobre ella, la reina de tréboles.

Gerda entró apresuradamente en el cuarto.

—Ya estoy preparada, Juan.

—¡Oh, aguarda, mamá, aguarda! Le estoy echando las cartas a papá, la última carta, papá…, la más importante de todas. La que te cubre a ti.

Los deditos de Zena se volvieron. Soltó una exclamación.

—¡Oh! ¡Es el as de picas[7]! Eso significa generalmente una muerte… pero…

—Tu madre —dijo Juan— atropellará a alguien al cruzar Londres. Vamos, Gerda. Adiós, niños. Sed buenos.

Capítulo VI

Midge Hardcastle bajó de su cuarto a eso de las once de la mañana del sábado. Se había desayunado en la cama, leído un libro, dormitado un poco y luego se había levantado.

Resultaba agradable hacer el vago así. ¡Ya iba siendo hora de que hiciese una fiesta! No cabía la menor duda: el establecimiento de madame Alfrege acaba poniéndole a una los nervios de punta.

Salió por la puerta principal al agradable sol de otoño. Sir Enrique Angkatell estaba sentado en un asiento rústico, leyendo *The Times*. Alzó la vista y sonrió. Le tenía mucho afecto a Midge.

—Hola, querida.

—¿Bajo muy tarde?

—Aún llegas a tiempo para comer —dijo sir Enrique sonriendo.

Midge se sentó a su lado y dijo con un suspiro:

—Es muy agradable estar aquí.

—Tienes mala cara.

—¡Oh!, me encuentro divinamente. ¡Qué agradable resulta encontrarse en un sitio en que no hay mujeres obesas que intentan ponerse vestidos demasiado ajustados para ellas!

—¡Debe ser terrible!

Sir Enrique hizo una pausa y luego dijo, echando una mirada al reloj de pulsera:

—Eduardo llega en el tren de las doce y cuarto.

—¿Sí? —murmuró Midge—. Hace mucho tiempo que no le veo.

—Está como siempre. Casi nunca sale de Ainswick.

«Ainswick», pensó Midge. «¡Ainswick!». Sintió una punzada de nostalgia. Aquellos días tan deliciosos de Ainswick. ¡Visitas en las que una pensaba con meses de anticipación! «Voy a ir a Ainswick». Pasándose la noche sin poder dormir muchos días antes, pensando

en ello. Y por fin, ¡el día soñado! La pequeña estación rural en la que el tren, el gran expreso de Londres, tenía que detenerse si una se lo pedía al jefe del tren. El «Daimler» que le aguardaba. El viaje en el coche, la entrada por la verja atravesando el bosque hasta salir de entre los árboles y ver la casa grande, blanca, acogedora. Tío Godofredo, con la chaqueta de mezclilla.

—Vamos, muchachos, a divertirnos.

¡Y cómo se habían divertido! Enriqueta recién llegada de Irlanda, Eduardo recién llegado de Eton. Ella, del severo ambiente de una ciudad febril norteña. ¡Cuan parecido al cielo le había resultado!

Pero girando siempre alrededor de Eduardo. Eduardo alto y dulce, y respetuoso, y siempre lleno de bondad. Aunque nunca le había prestado gran atención, claro estaba, hallándose presente Enriqueta.

Eduardo, siempre tan humilde, siempre con aire de visita. Hasta el punto que se había sobresaltado ella cierto día al decirle Tremlet, el jardinero jefe:

—La finca será del señorito Eduardo con el tiempo.

—Pero, ¿por qué, Tremlet? No es hijo del tío Godofredo.

—Es el heredero, señorita Midge. La finca está… vinculada, creo que lo llaman así. La señorita Lucía es la única hija del señor Godofredo; pero no puede heredar, porque es mujer. Y el señorito Enrique, con quien se casó, no es más que un primo segundo. No es pariente tan cercano como el señorito Eduardo.

Y ahora Eduardo vivía en Ainswick. Vivía allí solo, y rara vez salía. Midge se preguntaba a veces si a Lucía le importaba. Lucía siempre tenía el aspecto de que nada le importaba.

Y, sin embargo, Ainswick había sido su hogar. Y Eduardo era su primo, y más de veinte años más joven que ella. El padre de Lucía, Godofredo Angkatell, había sido muy popular en el condado. Y poseía grandes riquezas, la mayor parte de las cuales habían ido a parar a Lucía, de suerte que Eduardo era relativamente pobre, con lo suficiente para el mantenimiento de la casa, pero muy poco más.

Aunque Eduardo no tenía gustos caros. Había pertenecido al cuerpo diplomático una temporada; pero al heredar Ainswick había presentado la dimisión para instalarse en su finca. Era aficionado a

los libros, coleccionaba primeras ediciones, y de vez en cuando escribía artículos irónicos y vacilantes para revistas poco conocidas. Le había pedido a su prima, Enriqueta Savernake, tres veces, que se casase con él.

Midge pensaba en estas cosas sentada al sol. No acababa de decidir si se alegraba de que iba a ver a Eduardo o no. No era como si «se le estuviera pasando», como suele decirse. A una no se le pasaba tratándose de un nombre como Eduardo. Eduardo en Ainswick era tan real para ella como Eduardo levantándose de la mesa de un restaurante londinense para salirle al encuentro. Había amado a Eduardo siempre, desde que podía recordar…

La voz de sir Enrique la hizo bajar de las nubes.

—¿Qué te parece Lucía?

—Muy bien. Es la misma de siempre —Midge sonrió un poco—. Sólo que más.

—Síií…

Sir Henry tiró la pipa. Dijo de pronto:

—A veces, ¿sabes, Midge?, me siento preocupado por Lucía.

—¿Preocupado? —Midge le miró con sorpresa—. ¿Por qué?

Sir Enrique sacudió la cabeza.

—Lucía —dijo— no se da cuenta de que hay cosas que no puede hacer.

Midge le miró boquiabierta. Él prosiguió:

—Las cosas le salen bien. Siempre le han salido —sonrió—. Ha desafiado a las tradiciones de nuestra residencia cuando yo era gobernador. Ha hecho caso omiso de todos los precedentes en cuantos banquetes y fiestas ha intervenido. Y eso, Midge, es un crimen que no tiene perdón. Ha sentado a enemigos mortales, uno junto al otro, a la misma mesa y se ha saltado a la torera todo convencionalismo en cuanto a raza y color. Y en lugar de provocar con ello una verdadera catástrofe, y de poner a todo el mundo de punta y de cubrir de vergüenza y deshonra al monarca inglés… ¡maldito si no ha logrado salir airosa del trance! Esa característica suya… la de mirar sonriente a la gente y dar la impresión de que no podía remediarlo… La servidumbre es igual. Les da la mar de trabajo y, sin embargo, la adoran.

—Ya sé lo que quieres decir —murmuró Midge, pensativa—. Las

cosas que uno no aguantaría a nadie le parecen a uno muy bien cuando las hace Lucía. ¿Qué será? ¿Fascinación? ¿Magnetismo?

Sir Enrique se encogió de hombros, sonrió expresivamente, añadiendo:

—Siempre ha sido igual… desde niña. Sólo que a veces me da la sensación de que se le va acentuando esa característica. Quiero decir que no se da cuenta de que hay un límite. ¡Si hasta creo yo, Midge —exclamó divertido—, que Lucía está convencida de que le saldría todo bien, incluso cometer un asesinato!

* * *

Enriqueta sacó el «Delage» del garaje, y tras una conversación completamente técnica con su amigo Alberto, que cuidaba del coche, se puso en marcha.

—El motor marcha como una seda, señorita —dijo Alberto.

Enriqueta sonrió. Salió del garaje saboreando el placer que siempre le producía el marchar en el coche sola. Prefería ir sola cuando conducía. De esta manera podía darse cuenta completa de todo el íntimo placer que le producía el conducir un coche dentro del cual se sentía tan satisfecha como el pez en el agua.

Hallaba placer en su propia habilidad al serpentear por entre el tráfico. Se divertía descubriendo nuevos atajos para salir de Londres. Tenía rutas propias, y al conducir por Londres tenía un conocimiento tan perfecto de las calles como cualquier conductor de taxi.

Siguió ahora un camino que descubriera recientemente hacia el sudoeste, metiéndose por un intrincado laberinto de calles suburbanas.

* * *

Cuando llegó por fin a la larga cresta de Shovel Down eran las doce y media. A Enriqueta siempre le había agradado la vista que se disfrutaba desde allí. Paró ahora en el mismo punto en que la

carretera empezaba a descender. Todo a su alrededor, y por debajo de ella, había árboles, árboles cuyas hojas se estaban trocando de doradas en pardas. Era un mundo increíblemente dorado y espléndido a la fuerte luz del sol otoñal.

Enriqueta pensó:

«Amo el otoño. ¡Es tanto más rico en tonalidades que la primavera!».

Y de pronto se sintió invadida por uno de aquellos momentos de intensa felicidad, la sensación de la belleza, del mundo, el intenso placer, la intensa alegría que de aquel mundo ella derivaba.

Pensó:

«Jamás volveré a sentirme tan feliz como lo soy ahora…, jamás».

Permaneció allí un minuto, contemplando aquel mundo de oro que parecía disiparse y disolverse, brumoso y borroso, con su propia belleza.

Luego bajó de la cresta, atravesó los bosques bajo la larga y pendiente carretera hacia *The Hollow*.

Cuando llegó Enriqueta, Midge estaba sentada en el muro bajo la terraza y la saludó agitando alegremente el brazo. Enriqueta quedó muy contenta al ver a Midge, pues ésta le era muy simpática.

Lady Angkatell salió de la casa y dijo:

—¡Ah!, conque ahí estás, Enriqueta… Cuando hayas metido el coche en la cuadra y le hayas echado un pienso, estará dispuesta la comida.

—Qué comentario más perspicaz el de Lucía —dijo Enriqueta cuando dio la vuelta al edificio con Midge en el estribo—. Siempre me había jactado de haberme librado por completo de la facha caballuna de mis antepasados. Cuando una se ha criado entre gente que no sabe hablar de nada más que de caballos, experimenta una cierta superioridad al no tenerles especial cariño a tales animales. Y ahora Lucía me ha hecho ver que trato a mi coche exactamente igual que si fuera un caballo. Y tiene razón. Esto es lo que hago.

—Sí —asintió Midge—. Lucía es devastadora. Me dijo esta mañana que fuera todo lo grosera que quisiera mientras estuviera aquí.

Enriqueta reflexionó unos momentos y luego movió afirmativamente la cabeza.

—Comprendo —dijo—. La tienda.

—Sí. Cuando una tiene que pasarse todos los días de su existencia en una especie de cajón tratando con cortesía a mujeres groseras llamándolas madame, poniéndoles y quitándoles vestidos, sonriendo y aguantando todas las groserías y frescuras que se les antoja decir…, bueno, a una le entran ganas de deshacerse en… en improperios. ¿Sabes, Enriqueta? Siempre me pregunto por qué le parece a la gente tan humillante el «entrar a servir», y por qué cree que es tan magnífico y que se goza de tanta independencia trabajando en una tienda. Una tiene que aguantar muchas más insolencias de las que ha de soportar Gudgeon o Simmons o cualquier otro criado decente.

—Debe ser terrible, querida. Ojalá no fueses tan orgullosa e independiente y no insistieras en ganarte la vida con el sudor de tu frente.

—Sea como fuere, Lucía es un ángel. Seré grosera con todo el mundo este fin de semana.

—¿Quién está ahí? —inquirió Enriqueta al apearse del coche.

—Van a venir los Christow.

Midge hizo una pausa y luego prosiguió:

—Eduardo acaba de llegar.

—¿Eduardo? ¡Qué bien! Hace mil años que no le veo. ¿Alguien más?

—David Angkatell. Ahí, según Lucía, es donde tú vas a resultar útil. Vas a encargarte de impedir que se muerda las uñas.

—No suena eso muy en consonancia con mi temperamento. Odio meterme con la gente y jamás soñaría con poner un freno a sus costumbres. ¿Qué fue lo que dijo Lucía en realidad?

—¡Eso venía a ser! ¡Y tiene muy acentuada la nuez también!

—Supongo que no esperará de mí que ponga remedio a eso, ¿verdad? —inquirió Enriqueta, alarmada.

—Y tienes que ser bondadosa para con Gerda.

—¡Cuánto la odiaría yo a Lucía si me hallase en el lugar de Gerda!

—Y viene a comer con nosotros mañana alguien que se dedica a hallar la solución de crímenes.

—No iremos a jugar a asesinatos, supongo.

—No lo creo. Creo que sólo se trata de mostrarse hospitalarios con un vecino.

La voz de Midge cambió levemente.

—Ahí viene Eduardo a nuestro encuentro.

«¡Querido Eduardo!», pensó Enriqueta, sintiéndose invadida por una repentina oleada de afecto.

Eduardo Angkatell era muy alto y muy delgado. Sonreía ahora al dirigirse hacia las jóvenes.

—Hola, Enriqueta; hace más de un año que no te veo.

—Hola, Eduardo.

¡Qué agradable era Eduardo! Aquella dulce sonrisa suya, las arrugas en las comisuras de los párpados. Y toda su osamenta, llena de protuberancias. «Yo creo que son los huesos lo que más me gusta de él», pensó Enriqueta. El calor del afecto que Eduardo le inspiraba la sobresaltó. Había olvidado que quería tanto a Eduardo.

* * *

Después de comer, Eduardo dijo:

—Ven a dar un paseo, Enriqueta.

Subieron por detrás de la casa, tomando un camino que zigzagueaba por entre los árboles. Como los bosques de Ainswick, pensó Enriqueta. ¡Querido Ainswick! ¡Lo que se habían divertido allí! Empezó a hablarle a Eduardo de Ainswick. Reavivaron viejos recuerdos.

—¿Te acuerdas de nuestra ardilla? La que tenía la pata rota. Y la metimos en una jaula y se puso buena.

—Claro que sí. Le dimos un nombre absurdo. ¿Cómo era, que ahora no me acuerdo?

—¡«Cholmondeley-Madjoribanka»!

—Eso es.

Los dos se echaron a reír.

—Y el ama de llaves, la señora Bondy, no hacía más que decir que acabaría escapándose por la chimenea.

—¡Y cómo nos indignamos!

—Pero sí que se escapó de esa manera.

—Tuvo ella la culpa —afirmó Enriqueta convencida—. Le metió esa idea en la cabeza a la ardilla.

Prosiguió:

—¿Está todo igual, Eduardo? ¿O ha cambiado? Yo siempre me lo imagino igual.

—¿Por qué no vienes a verlo, Enriqueta? Hace mucho tiempo que no has estado allí.

—Ya lo sé.

¿Por qué, se preguntó, había dejado transcurrir tanto tiempo? Una se encontraba atareada, interesada, enredada con gente…

—Ya sabes que allí se te recibe siempre con los brazos abiertos…

—¡Qué bueno eres, Eduardo!

«Querido Eduardo», pensó.

Dijo al poco rato:

—Me alegro de que tengas cariño a Ainswick.

Ella contestó soñadora:

—Ainswick es el lugar más hermoso del mundo.

Una niña patilarga con desgreñada melena color castaño…, una niña feliz sin la menor idea de las cosas que iba a hacer con ella la vida…, una niña que amaba los árboles…

¡Haber sido tan feliz y no haberlo sabido! «*Si pudiera volver*», pensó.

Y en voz alta, de pronto:

—¿Está Ygdrasil[8] allí aún?

—Lo partió un rayo.

Estaba angustiada. Ygdrasil, el nombre que ella le había dado al enorme roble. ¡Si los dioses podían destruir a Ygdrasil, no había nada seguro! Más valdría no volver.

—¿Recuerdas tu símbolo particular, el de Ygdrasil?

—¿Aquel árbol tan extraño, que no se parecía a árbol que haya existido jamás, que solía yo dibujar en trocitos de papel? ¡Sigo haciéndolo, Eduardo! En secantes, en los listines de teléfonos, en las hojas de marcar los tantos cuando juego al bridge. Sigo teniendo la costumbre de dibujarlo en todas partes. Dame un lápiz.

Él le entregó un lápiz y un librito de notas, y riendo Enriqueta dibujó el absurdo árbol.

—Sí —dijo él—; ése es Ygdrasil.

Habían llegado a la cima. Enriqueta se sentó en un tronco caído. Eduardo tomó asiento a su lado. Ella miró hacia abajo, a través de los árboles.

—Esto se parece algo a Ainswick…, es una especie de Ainswick de bolsillo. A veces me he preguntado… Eduardo, ¿crees tú que será ésa la razón de que Lucía y Enrique vinieran aquí?

—Es posible.

—Uno nunca sabe —dijo Enriqueta muy despacio— lo que está pasando por la cabeza de Lucía.

Luego preguntó:

—¿Qué has estado haciendo, Eduardo, desde que te encontré por última vez?

—Nada, Enriqueta.

—Eso suena la mar de apacible.

—Nunca he valido mucho para… hacer cosas.

Ella le dirigió una rápida mirada. Había notado algo en su tono. Pero él la estaba contemplando sereno y con expresión sonriente.

Y de nuevo experimentó ella una expresiva oleada de afecto.

—Tal vez —murmuró— hagas bien.

—¿En qué?

—En no hacer cosas.

Eduardo dijo lentamente:

—Eso suena la mar de extraño en tus labios. En ti, Enriqueta, que tanto has triunfado.

—¿Tú crees que he triunfado? Tiene gracia.

—Sí que has triunfado, querida. Eres artista. Debes estar orgullosa de ti misma. No puedes evitarlo.

—Ya… Son muchas las personas que dicen eso. No comprenden…, no tienen la menor idea del asunto. Ni tú tampoco, Eduardo. La escultura no es una cosa que emprende una y en la que llegue a triunfar. Es una cosa que se *apodera* de una…, que la maltrata…, que la persigue…, de suerte que, tarde o temprano, no tiene una más remedio que llegar a un acuerdo con ella. Y entonces momentáneamente una obtiene un poco de paz y descanso…, hasta que se repite el proceso, hasta que el ciclo vuelve a empezar.

—¿Quieres disfrutar de la paz, Enriqueta?

—¡A veces creo que deseo la paz más que ninguna otra cosa del

mundo, Eduardo!

—Podrás disfrutar de ella en Ainswick. Yo creo que podrías ser feliz allí. Aunque… tuvieses que aguantarme a *mí*. ¿Qué dices a eso, Enriqueta? ¿No quieres venir a Ainswick y hacer de mi casa tu hogar? Siempre he estado ahí, bien lo sabes, aguardándote.

Enriqueta volvió la cabeza muy despacio. Dijo en voz baja:

—Ojalá no te tuviera tanto afecto, Eduardo. ¡Resulta tanto más duro así continuar diciendo que no…!

—Así, pues, tu contestación es «No».

—Lo siento.

—Has dicho que no otras veces…, pero esta vez…, bueno, yo creí que iba a ser distinto. Has sido feliz esta tarde, Enriqueta. Eso no puedes negarlo.

—He sido muy feliz.

—Hasta tu semblante… parece más joven que esta mañana.

—Lo sé.

—Hemos sido felices juntos hablando de Ainswick, pensando en Ainswick. ¿No comprendes lo que eso significa, Enriqueta?

—¡Eres tú quien no comprende lo que significa, Eduardo! Hemos estado viviendo toda esta tarde en el pasado.

—El pasado es a veces un sitio muy bueno en que vivir.

—Una no puede volver atrás. Ésa es una de las cosas que uno no puede hacer: volver atrás.

Guardó él silencio unos momentos. Luego dijo con voz serena, agradable y completamente exenta de emoción:

—Lo que en realidad quieres decir es que no te casarás conmigo por culpa de Juan Christow, ¿no es eso?

Enriqueta no repuso y Eduardo prosiguió:

—Eso es, ¿verdad? Si no hubiera en el mundo un Juan Christow te casarías conmigo.

Enriqueta dijo con aspereza:

—¡No puedo imaginarme un mundo sin Juan Christow! Eso es lo que tú tienes que comprender.

—Si es así, ¿por qué diablos no se divorcia él de su mujer y así os podríais casar?

—Juan no quiere divorciarse. Y no estoy muy segura de que querría yo casarme con él si se divorciara. No es… no es ni mucho

menos lo que tú piensas.

Eduardo dijo con voz pensativa:

—Juan Christow. Hay demasiados Juan Christow en este mundo.

—Estás en un error. Hay muy poca gente como Juan.

Capítulo VII

Al subir al coche y cerrar Lewis la puerta de la casa de Harley Street, Gerda experimentó la misma sensación que si acabaran de condenarla al destierro. Parecía tan sin apelación aquel portazo… Quedaba cerrada fuera. Había caído sobre ella aquel terrible fin de semana. Y había cosas, muchísimas cosas, que debiera haber hecho antes de marcharse. ¿Había cerrado el grifo del cuarto de baño? Y la carta para la lavandera… la había puesto…, ¿dónde la había puesto? ¿Estarían bien los niños con mademoiselle? Mademoiselle era tan… tan… Terencio, por ejemplo, ¿haría alguna de las cosas que mademoiselle le dijera? Las institutrices francesas no parecían tener mucha autoridad.

Se sentó al volante, abrumada aún por su sensación de infelicidad, y dio nerviosa al arranque. Lo oprimió vez tras vez.

Dijo Juan:

—El coche arrancará mejor, Gerda, si das la llave del motor.

—¡Caramba! ¡Qué torpe soy!

Le dirigió una rápida mirada preñada de alarma. Si Juan iba a enfadarse desde el primer momento… Pero con gran alivio suyo vio que estaba sonriendo.

«Eso se debe —pensó Gerda, con un destello de perspicacia— a que está tan contento de que vamos a casa de los Angkatell».

¡Pobre Juan! ¡Trabaja tanto! Llevaba una existencia tan abnegada, tan por completo dedicada a los demás… Nada de particular tenía que tuviese tantas ganas de que llegara aquel fin de semana. Y recordando la conversación en el comedor, dejó de embragar tan de repente que el coche arrancó de un salto:

—Sabes, Juan, que no debieras decir ni en broma que odias a los enfermos. Es maravilloso eso de que des tan poca importancia a

todo lo que haces, y lo comprendo. Pero los niños, no. Terry, en particular, suele tomar las cosas al pie de la letra.

—Hay veces —dijo Juan Christow— en que Terry parece casi humano… ¡no como Zena! ¿Hasta qué edad suelen las niñas ser todo afectación?

Gerda rió dulcemente. Juan quería hacerla rabiar un poco, lo sabía. Se mantuvo en sus trece. Gerda tenía una mente tenaz.

—Yo creo, Juan, que es bueno que los niños se den cuenta de la abnegación y de la devoción de la vida de un médico.

—¡Dios Santo! —exclamó Christow.

La mente de Gerda se desvió momentáneamente. Las luces de tráfico a las que se acercaba llevaban mucho rato verdes. Era casi seguro, se dijo, que cambiarían antes de que pudiera llegar a ellas. Empezó a amainar la velocidad. Verde aún.

Juan Christow olvidó su resolución de no criticar la forma de conducir de su esposa.

—¿Por qué paras? —quiso saber.

—Pensé que las luces pudieran cambiar…

Pisó el acelerador. El automóvil avanzó un poco, pasó las luces, y el motor, no pudiendo agarrar a tiempo, falló.

Los vehículos que venían de los lados del cruce empezaron a tocar, iracundos, la bocina.

Juan dijo, aunque agradablemente:

—¡Eres la peor conductora de automóvil del mundo, Gerda!

—Siempre me preocupan las luces de tráfico. Una no sabe nunca cuándo van a cambiar.

Juan miró de soslayo a Gerda, observó la preocupación y ansiedad que reflejaba su semblante.

«A Gerda le preocupa todo», pensó.

E intentó imaginarse qué sensación experimentaría una persona que se hallara siempre en este estado. Pero, como no tenía mucha imaginación, le fue imposible conseguirlo.

—¿Sabes? —Gerda seguía con lo mismo—. Siempre he procurado inculcarles a los niños lo que es la vida de un médico…, la abnegación, el dedicarse a aliviar dolores y sufrimientos…, el deseo de servir a los demás. Es una vida tan noble, y estoy tan orgullosa de que des todo tu tiempo y toda tu energía y de que no

perdones esfuerzo…

Juan Christow la interrumpió:

—¿No se te ha ocurrido pensar alguna vez que *me gusta* la medicina…, de que es un placer y no un sacrificio? ¿No te das cuenta de que esa maldita carrera es *interesante*?

Pero no, pensó; Gerda jamás comprenderá una cosa así. Si le hablaba de la señora Crabtree y de la Sala Margaret Russell, sólo vería en él a un angélico protector de los Pobres, así, con mayúscula.

—Me está ahogando en dulce miel —murmuró entre dientes.

—¿Cómo? —Gerda se inclinó hacia él.

Él movió la cabeza negativamente.

Si le dijese a Gerda que estaba intentando «hallar una cura para el cáncer» reaccionaría. Era capaz de comprender una simple afirmación sentimental, Pero nunca jamás comprendería la peculiar fascinación de las complicaciones de la enfermedad de Ridgeway. Dudaba poderla hacer comprender jamás lo que era la enfermedad de Ridgeway incluso. («Sobre todo —pensó, sonriendo—, en vista de que ni nosotros mismos estamos muy seguros de lo que es. ¡No sabemos, en realidad, por qué se produce la degeneración cortical!»).

Pero se le ocurrió de pronto, que Terencio, a pesar de su niñez, sí que pudiera sentir interés por la enfermedad de Ridgeway. Le había gustado la forma en que le mirara el niño antes de contestar: «No creo que bromee papá».

Terencio había estado en desgracia durante los últimos días por haber roto el molinillo de café. Había dicho algo de querer hacer amoníaco. ¿Amoníaco? ¡Qué chico más raro! ¿Por qué diablos había de querer hacer amoníaco? Resultaba interesante hasta cierto punto…

Gerda sintió alivio ante el silencio de Juan. Conducía mejor si no la distraían hablándole. Además si Juan estaba sumido en sus pensamientos, era menos probable que se diera cuenta del chirrido que hacía al cambiar forzadamente las marchas. (Nunca cambiaba de mayor a menor si podía evitarlo).

Había veces, y ella lo sabía, en que cambiaba las marchas bastante bien (aunque nunca con confianza), pero nunca sucedía

eso cuando Juan iba en el coche. La determinación de hacerlo bien en su presencia siempre resultaba desastrosa. Su mano se hacía torpe, aceleraba demasiado, o no lo suficiente, y luego empujaba rápida y torpemente el cambio, produciendo en el mecanismo el consabido chirrido.

—Cambia con la misma suavidad que si acariciaras la palanca, Gerda —le había suplicado Enriqueta una vez, años antes. Enriqueta había hecho una demostración—. ¿No *sientes* el camino que quiere seguir? Quiere entrar resbalando… Conserva la mano plana, hasta que lo sientas. No empujes en cualquier dirección…, *siéntelo*.

Pero Gerda nunca había podido sentir nada en una palanca de cambios. Si la empujaba, más o menos aproximadamente, en la dirección correcta, debiera entrar por sí sola. Debieran fabricar los automóviles de forma que les fuese absolutamente imposible chirriar de aquella forma tan desagradable.

En conjunto, pensó Gerda al iniciar el ascenso de Mersham Hill, aquel viaje no iba demasiado mal. Juan seguía absorto en sus pensamientos y no se había dado cuenta del exagerado chirrido que provocara en Croydon. Al ganar el coche velocidad, cambió, optimista, a tercera, e inmediatamente la marcha del coche disminuyó. Juan, como quien dice, se despertó.

—¿De qué diablos sirve cambiar —quiso saber— en el instante en que llegas a otra pendiente?

Gerda cuadró su mandíbula. No quedaba mucho ya. Y no era que quisiese llegar. Hubiese preferido conducir horas y horas aun cuando Juan se enfadara exageradamente con ella.

Pero ahora pasaban por Shovel Down rodeados de bosques con sus galas otoñales.

—Es maravilloso salir de Londres y meterse aquí —exclamó Juan—. Piénsalo, Gerda…, la mayoría de las tardes nos encontramos encerrados en la sala tomando el té… a veces con la luz encendida.

La imagen de la sala, bastante oscura, surgió en la mente de Gerda con toda la tentadora delicia de un espejismo. ¡Oh! ¡Si hubiera podido siquiera encontrarse en ella ahora…!

—El campo está muy hermoso —dijo heroicamente.

Descenso por la empinada cuesta. Ya no había escape posible. La

vaga esperanza de que algo, no sabía qué, intervendría para salvarla de la pesadilla, no se había realizado. Habían llegado.

Se consoló un poco al entrar viendo a Enriqueta sentada en un muro con Midge y un hombre alto y delgado. La presencia de Enriqueta la animaba, porque ésta acudía a veces inesperadamente en su ayuda cuando las cosas se ponían demasiado mal.

Juan se alegró de ver a Enriqueta. Le parecía un final de viaje apropiado tras el bello panorama otoñal bajar de la cresta de la colina y encontrarse con Enriqueta que le aguardaba.

Llevaba la chaqueta y la falda de mezclilla verde que tanto le gustaba a él y que, en su opinión, le sentaba mucho mejor que la ropa que usaba por la ciudad. Tenía extendidas sus largas piernas y llevaba zapatos de campo, de color, muy relucientes.

Se sonrieron mutua y rápidamente, breve señal que expresaba cuánto se alegraban de verse. Juan no quería hablar con Enriqueta ahora. Gozaba con saber que estaba allí, porque sin ella el fin de semana hubiera resultado yermo y vacío.

Lady Angkatell salió de la casa y les saludó. La conciencia la hizo ser más efusiva con Gerda de lo que hubiera sido normalmente con ningún otro invitado.

—¡*Cuánto* me alegro de verte, Gerda! ¡Hace *tanto* tiempo…! ¡Y Juan!

Era evidente que quería dar la impresión de que a quien esperaba con verdadera ansiedad era a Gerda, y que Juan no pasaba de ser un simple acompañante. El intento fracasó miserablemente, no consiguiendo otro efecto que el de dejar cohibida a Gerda.

Dijo Lucía:

—¿Conoces a Eduardo…? ¿A Eduardo Angkatell?

Juan saludó a Eduardo con un movimiento de cabeza.

—No; creo que no.

El sol de la tarde iluminó el oro de la cabellera de Juan y el azul de sus ojos. Tal hubiera podido ser el aspecto de un vikingo que acabara de desembarcar para emprender una misión de conquista. Su voz, cálida y sonora, encantaba al oído, y el magnetismo de su personalidad asumía la dirección de la escena.

Aquel calor y aquella objetivación no hicieron daño alguno a Lucía. Servía, incluso, para hacer resaltar aquella cualidad suya

indefinible y maravillosa. Era Eduardo quien, por contraste con el otro, pareció de pronto exánime, una figura borrosa, algo inclinada.

Enriqueta le propuso a Gerda que fueran a ver el huerto.

—Es seguro que Lucía insistiera en enseñarnos el jardín rocoso y las plantas otoñales —dijo, al llevársela—; pero a mí siempre me han parecido los huertos muy bonitos y apacibles. Una puede sentarse encima de los marcos que se usan para protección de los pepinos, o meterse en un invernadero si hace frío, y nadie le molesta a una. Y a veces hay algo que comer.

Hallaron, en efecto, unos guisantes tardíos que Enriqueta se comió crudos, pero que a Gerda no le hicieron mucha gracia. Se alegraba de haberse podido alejar de Lucía Angkatell, a la que encontraba más alarmante que nunca.

Empezó a hablarle a Enriqueta con cierta animación. Las preguntas que hacía Enriqueta siempre parecían ser las que Gerda podía contestar. Al cabo de diez minutos, Gerda se sintió mucho mejor y empezó a pensar que quizá no fuera tan malo el fin de semana después de todo.

Zena asistía a una clase de baile ahora y acababa de hacerse un vestido nuevo. Gerda lo describió con todo lujo de detalles. Además había encontrado una tienda nueva, muy bonita y agradable, que se especializaba en géneros de piel de artesanía. Enriqueta preguntó si costaba mucho trabajo hacerse un bolso una misma. Gerda tendría que enseñarla.

En realidad era muy fácil, se dijo, hacer feliz a Gerda. Y ¡qué cambio más grande se operaba en ella cuando se sentía feliz!

«Lo único que desea —pensó Enriqueta— es que la dejen hacerse un ovillo y ronronear».

Se sentaron en uno de los marcos de los pepinos donde el sol, bajo ahora en el firmamento, daba la ilusión de un día de verano.

Luego se hizo un silencio. El rostro de Gerda perdió su expresión de placidez. Se le cayeron los hombros. Se convirtió en la personificación del sufrimiento. Dio un brinco cuando habló Enriqueta.

—¿Por qué vienes —le preguntó ésta—, si tanto lo odias?

—¡Oh, no! Quiero decir… No sé por qué habías de creer…

Hizo una pausa y luego continuó:

—Es verdaderamente delicioso escapar de Londres, y lady Angkatell es *tan* bondadosa…

—¿Lucía? No tiene ni pizca de bondadosa.

Gerda pareció escandalizarse.

—¡Oh, sí que lo es! Es tan buena para conmigo siempre…

—Lucía tiene muy buenos modales y sabe ser amable. Pero es una persona bastante cruel. Yo creo que ello se debe, en realidad, a que no es del todo humana…, no sabe lo que es sentir y pensar como un ser normal. Y ¡tú odias estar aquí, Gerda! De sobra sabes que tengo razón. Y, ¿por qué has de venir si tienes esos sentimientos?

—Pues, verás, como a Juan le gusta…

—Sí, a Juan le gusta, en efecto. Pero podías dejarle venir solo.

—No le gustaría eso. No disfrutaría sin mí. Juan es tan abnegado… Opina que me conviene salir al campo.

—El campo está bien. Pero no hay necesidad de cargar con los Angkatell además.

—No…, no… quiero que pienses que soy desagradecida.

—Mi querida Gerda, ¿por qué habías de querernos? Siempre he opinado que los Angkatell son una familia odiosa. Nos gusta a todos reunirnos y hablar un lenguaje absurdo, completamente nuestro. Nada me extraña que los demás sientan deseos de asesinarnos.

Luego agregó:

—Supongo que ya debe ser cerca de la hora del té. Vamos a regresar.

Estaba observando el semblante de Gerda al levantarse ésta y echar a andar hacia la casa.

—Resulta interesante —pensó Enriqueta, parte de cuya mente siempre permanecía al margen de lo que hablara o escuchase— ver el aspecto que tenía el rostro de una mártir cristiana antes de entrar en el Circo.

Cuando salieron del recinto del huerto oyeron disparos y Enriqueta murmuró:

—¡Suena como si hubiera empezado ya la matanza de Angkatell!

Resultó ser que Enrique y Eduardo discutían acerca de armas de fuego y que, para ilustrar la discusión, disparaban revólveres. Enrique Angkatell era muy aficionado a las armas de fuego y tenía

una colección completa.

Había sacado varios revólveres y unos cuantos blancos, y Eduardo y él estaban disparando contra estos últimos.

—Hola, Enriqueta, ¿quieres probar si eres capaz de darle a un ladrón?

Enriqueta tomó un revólver.

—Eso es…, sí…, apunta de esta manera.

¡Crac!

—No le diste —anunció sir Enrique.

—Prueba tú, Gerda.

—¡Oh, no creo que yo…!

—Vamos, señora Christow. Es la mar de sencillo.

Gerda disparó el revólver con sobresalto y cerrando los ojos. El proyectil se desvió aún más del blanco que el de Enriqueta.

—¡Ah! ¡Yo quiero probar! —anunció Midge, acercándose.

—Es más difícil de lo que una se supone —observó, después de un par de disparos—; pero es la mar de divertido.

Lucía salió del edificio. Tras ella apareció un joven alto, hosco, con la nuez de la garganta muy pronunciada.

—Aquí está David —anunció.

Tomó el revólver de manos de Midge mientras su esposo saludaba a David Angkatell, lo volvió a cargar y, sin decir una palabra, colocó tres disparos seguidos en el mismo centro del blanco.

—¡Aplausos, Lucía! —exclamó Midge—. No sabía yo que el tiro era una de tus habilidades.

—Lucía —anunció solemnemente sir Enrique— siempre mata al que apunta.

Luego agregó, reminiscente:

—Esa habilidad resultó muy útil en cierta ocasión. ¿Te acuerdas, querida, de aquellos bandidos que nos atacaron por el lado asiático del Bósforo aquel día? Yo rodé por el suelo con dos de ellos encima… estaban intentando estrangularme.

—¿Y qué hizo Lucía? —preguntó Midge.

—Hizo dos disparos contra el montón. Ni siquiera sabía yo que llevase pistola. Pegó a uno de los bandidos en la pierna, y al otro en el hombro. En mi vida me rondó a mi de tan cerca la muerte. Aún

no comprendo cómo no me alcanzó uno de los tiros.

Lady Angkatell le sonrió.

—Yo creo que una ha de correr algún riesgo siempre —dijo, con dulzura—. Y una debiera obrar aprisa y no pensarlo demasiado.

—¡Admirable sentimiento, querida! —aplaudió sir Enrique—. Pero yo siempre me he resentido de que el riesgo que tú afrontaras fuese *yo*.

Capítulo VIII

Después del té, Juan le dijo a Enriqueta:

—Vamos a dar un paseo.

Y lady Angkatell dijo que tenía que enseñarle a Gerda el jardín aunque, claro estaba, aquélla no era la estación más apropiada del año.

El paseo con Juan, pensó Enriqueta, se parecía tan poco a pasear con Eduardo como era posible parecerse.

Con Eduardo, rara vez se hacía otra cosa que gandulear. Paseando con Juan, trabajo tenía para no quedarse atrás y, cuando hubieron llegado a la cima de Shovel Down, dijo, jadeando:

—¡Esto no es una carrera, Juan!

Él aflojó el paso y se echó a reír.

—¿Ando demasiado aprisa para ti?

—Puedo aguantarlo; pero, ¿hay necesidad? No tenemos que pillar ningún tren. ¿Por qué tienes una energía tan feroz? ¿Estás huyendo de ti mismo?

Juan paró en seco.

—¿Por qué dices eso?

Enriqueta le miró con curiosidad.

—No lo dije con ninguna intención especial.

Juan echó a andar de nuevo; pero más despacio esta vez.

—Si quieres que te diga la verdad —anunció—, estoy cansado. Estoy muy cansado.

Notó la lasitud en su voz.

—¿Cómo anda la Crabtree?

—Es demasiado pronto para decir nada; pero creo, Enriqueta, que ahora le he cogido las vueltas. Si no me equivoco (empezó a alargar los pasos), sufrirán una verdadera revolución muchas de

nuestras ideas. Tendremos que modificar por completo nuestras teorías acerca de la segregación de hormonas.

—¿Quieres decir con eso que se encontrará una cura para la enfermedad de Ridgeway? ¿Que la gente no se morirá de ella?

—Eso será incidentalmente.

¡Qué gente más rara eran los médicos!, pensó Enriqueta. ¡Incidentalmente!

—Hablando desde un punto de vista científico, la cosa ofrece toda suerte de posibilidades.

Respiró profundamente.

—Pero es agradable encontrarse aquí… bueno, llenarse los pulmones de aire… es magnífico verte.

Le dirigió una de sus repentinas sonrisas.

—Y —agregó— a Gerda le sentará bien.

—A Gerda, claro está… ¡le encanta venir a *The Hollow*!

—Claro que *sí*. A propósito, ¿he visto a Eduardo Angkatell antes de ahora?

—Dos veces por lo menos —contestó Enriqueta, con sequedad.

—No me acordaba. Es una de esas personas indefinidas, sin personalidad.

—Eduardo es muy bueno. Siempre le he tenido mucho afecto.

—Bueno, no perdamos el tiempo con él. Ninguna de estas personas importa ni pinta nada.

—A veces, Juan, ¡te tengo miedo!

—¿A *mi*…? ¿Qué quieres decir con eso?

La miró con verdadero asombro.

—Eres tan… tan… *sí*, tan ciego.

—¿Ciego?

—No sabes…, no ves…, ¡eres singularmente insensible! No sabes lo que la otra gente siente y piensa.

—Yo hubiera dicho todo lo contrario.

—Ves todo aquello que miras así. Eres…, eres como un reflector. Un potente haz luminoso enfocado en el punto que te interesa. Y, detrás de él, y a cada lado, la oscuridad.

—Enriqueta, querida, ¿qué es todo esto?

—Es *peligroso*, Juan. Das por sentado que a todo el mundo le eres simpático, que todos te quieren, que todos te desean bien.

Gente, sin embargo, como Lucía, por ejemplo.

—¿No le soy simpático a Lucía? —preguntó él, sorprendido—. Yo siempre le he tenido mucho afecto.

—Y das por sentado que ella te lo tiene a ti. Pero no estoy tan segura. Y Gerda y Eduardo… oh, y Midge y Enrique. ¿Cómo sabes tú cuáles son los sentimientos que les inspiras?

—¿Y Enriqueta? ¿Sé cuáles son los sentimientos de ella? —le asió la mano un instante—. Por lo menos estoy seguro de ti.

Se desasió ella.

—No puedes estar seguro de nadie en este mundo, Juan.

El rostro del hombre se había tornado grave.

—No; me niego a creer eso. Estoy seguro de ti y estoy seguro de mi. Por lo menos…

Cambió su semblante.

—¿Qué ocurre, Juan?

—¿Sabes lo que me pillé diciendo hoy? Algo absurdo. «*Quiero irme a casa*». Eso es lo que dije, y no tenía, ni tengo la menor idea de lo que quise decir con ello.

Enriqueta dijo muy despacio:

—Alguna escena tendrías representada en tu mente.

Dijo él con brusquedad:

—¡Nada! ¡Nada en absoluto!

* * *

Aquella noche, a la hora de cenar, a Enriqueta la sentaron junto a David, y desde el otro extremo de la mesa, las delicadas cejas de Lucía telegrafiaron, no una orden (Lucía nunca ordenaba), sino una súplica.

Sir Enrique estaba haciendo todo lo que era capaz con Gerda, y logrando bastante éxito. Juan, con su sonrisa, estaba siguiendo los altos y rebotes de la mente de Lucía en la conversación. Midge le hablaba con cierta afectación a Eduardo, que parecía más distraído que de costumbre.

David tenía el gesto torvo, y estaba desmigajando el pan en el plato con nerviosa mano.

David había acudido a *The Hollow* de bastante mala gana. Hasta entonces, no había visto nunca a sir Enrique ni a lady Angkatell y, como miraba con desaprobación al Imperio en general, estaba dispuesto a discrepar de aquellos parientes suyos. A Eduardo, a quien no conocía, le despreciaba como a un aficionado. A los otros cuatro invitados los examinó con ojo crítico. Los parientes, pensó, eran siempre insoportables. Y se esperaba de uno que hablara con la gente, cosa que él detestaba.

A Midge y a Enriqueta las descartaba, considerándolas sin seso. Aquel doctor Christow no era más que uno de aquellos charlatanes de Harley Street, todo modales y éxito social. Era evidente que su esposa ni pinchaba ni cortaba.

David se metió los dedos entre el cuello y la garganta, hizo girar la cabeza, y lamentó de todo corazón que aquella gente no supiera la opinión tan pobre que tenía de todos ellos. Eran, sin excepción, nulidades.

Después de haberse repetido esto tres veces para sus adentros, se sintió un poco mejor. Seguía teniendo torva la mirada, pero ahora sentíase ya capaz de dejar el pan en paz.

Enriqueta, aun cuando había respondido como una reina a la súplica de las cejas, encontraba dificultades en hacer adelanto alguno. Las breves contestaciones de David eran otros tantos feos elevados al cubo. Por último recurrió al método que había empleado en otras ocasiones con los jóvenes mudos.

Hizo deliberadamente una afirmación dogmática y sin justificación posible sobre un compositor moderno, porque sabía que David poseía grandes conocimientos técnicos de la música.

Con gran regocijo suyo, el plan salió bien. David se irguió. Su voz dejó de ser baja. Ya no parecía mascullar las palabras. Dejó de desmigajar pan.

Lucía Angkatell dirigió una mirada benigna mesa abajo y Midge sonrió para sí.

—Fuiste muy ingeniosa, querida —murmuró lady Angkatell, cogiendo a Enriqueta del brazo camino de la sala—. ¡Qué terrible es pensar que si la gente tuviera más vacía la cabeza sabría mejor qué hacer con las manos! ¿Qué te parece? ¿Corazones, bridge, o algo muy sencillo, como jugar a los animales?

—Yo creo que David consideraría un insulto eso de jugar a los animales.

—Tal vez tengas razón. Que sea bridge, pues. Estoy segura de que el bridge le parecerá algo insulso y sin valor y que podrá disfrutar despreciándonos.

Formaron dos mesas. Enriqueta jugó con Gerda contra Juan y Eduardo. No era lo que ella hubiese considerado la mejor manera de agruparles. Había querido separar a Gerda de Lucía, y si era posible, de Juan también; pero Juan había dado muestras de determinación. Y Eduardo le había tomado la delantera a Midge.

El ambiente no era, pensó Enriqueta, cómodo del todo; pero no sabía exactamente de dónde provenía la incomodidad. Fuera como fuese, por poco que los acompañara la suerte, tenía la intención de que ganara Gerda. Gerda no era, en realidad, mala jugadora de bridge. Lejos de Juan, jugaba como el promedio de la gente. Pero era nerviosa, sin buen criterio, y sin conocimiento verdadero del valor de las cartas. Juan era un buen jugador, pero un poco demasiado confiado. Eduardo era un jugador magnífico.

Fue transcurriendo la velada y, en la mesa de Enriqueta, seguían jugando el primer grupo de partidas. La puntuación había subido mucho por ambos lados. Había entrado en el juego una tensión curiosa de la que sólo una persona no se daba cuenta.

Para Gerda, aquello no era más que un grupo de partidas de bridge, en cuyo juego, por una vez, estaba disfrutando, hasta experimentar cierta excitación agradable. Enriqueta la había sacado del compromiso de tener que subastar en casos difíciles, mediante el sencillo procedimiento de pujar su propia subasta y jugar ella la mano.

Los momentos en que Juan, no pudiendo abstenerse de la actitud crítica que hacía más por minar la confianza de Gerda en sí misma de lo que él hubiera podido imaginar, exclamaba: «¿Por qué demonios saliste con esa carta, Gerda?», Enriqueta neutralizaba inmediatamente el efecto exclamando:

—¡No digas tonterías, Juan! ¡Claro que tenía que salir por esa carta! ¡Era la única jugada posible!

Por fin, Enriqueta exhaló un suspiro y atrajo la hoja de puntuación hacia ella.

—Juego y partida; pero no creo que ganemos mucho con ello, Gerda.

Juan dijo, alegremente:

—La enorme suerte de saber cuándo achicarse.

Enriqueta le miró con viveza. Conocía el tono. Se encontró con su mirada y bajó ella los ojos.

Se puso en pie y se acercó a la chimenea y Juan la siguió. Dijo él, en tono normal:

—No le miras *siempre* las cartas a la gente, ¿verdad?

Enriqueta contestó con tranquilidad:

—Quizá fuera poco disimulada. ¡Es despreciable eso de querer ganar en el juego a toda costa!

—Di la verdad. Lo que tú querías era que Gerda ganase. En tu afán por conseguir que la gente esté contenta, no vacilas en hacer trampa.

—¡Qué manera más horrible de decir las cosas! Y siempre tienes razón.

—Mi compañero de juego parecía compartir tus mismos deseos.

Conque *sí* que se había fijado, pensó Enriqueta. Se había preguntado ella si se habría equivocado. Eduardo era tan hábil…, no había duda, en realidad, por dónde pudieran haberle cogido. Olvidarse una vez de subastar. Salir en otra ocasión de una carta que hubiera podido parecer la más indicada, aun cuando con otra se hubiese asegurado la victoria.

Le preocupaba eso a Enriqueta. Estaba segura de que Eduardo jamás jugaría a las cartas de suerte que ella, Enriqueta, pudiese ganar. Era demasiado deportista para eso. No, pensó. Lo que había pasado era que no había podido soportar la idea de que Juan Christow obtuviese un triunfo más.

Se sintió de pronto, en tensión, alerta. No le gustaba aquella reunión de Lucía.

Y entonces, dramática, inesperadamente, con la irrealidad de una entrada en escena en el teatro, Verónica Cray entró por el ventanal.

Los ventanales habían estado entornados, pero no cerrados, porque la noche era calurosa. Verónica los abrió de par en par, los franqueó y se detuvo, perfilada contra la noche, sonriendo,

completamente encantadora, aguardando la fracción de segundo preciso antes de empezar a hablar, para asegurarse de que la escuchaba su auditorio.

—Me han de perdonar ustedes… que irrumpa de esta manera. Soy su vecina; lady Angkatell…, ocupo esa absurda casita… Dovecotes… y me ha ocurrido una terrible catástrofe.

La sonrisa se hizo todavía más expansiva, más humorística.

—¡Ni una cerilla! ¡Ni una sola cerilla en toda la casa! Y es sábado. Soy una estúpida. Pero, ¿qué podía hacer? Vine aquí a solicitar la ayuda de mi única vecina en muchas millas a la redonda.

Nadie habló durante unos instantes. Porque Verónica surtía ese efecto. Estaba hermosa. No con una belleza tranquila, ni siquiera con una belleza deslumbradora, pero era su belleza de una eficacia que dejaba boquiabierto. Las ondas de pálido cabello reluciente, la boca curvada, los zorros plateados que le cubrían los hombros y el blanco terciopelo de su largo vestido.

Su mirada vagaba de uno a otro, humorística…, encantada.

—Y fumo —agregó— como una chimenea. Y mi encendedor se niega a funcionar. Y además tengo que pensar en el desayuno… cocina de gas… (Extendió las manos en gesto de impotencia). Me siento verdaderamente estúpida.

Lucía se adelantó, grácil, levemente regocijada.

—Pues no faltaba más… —empezó a decir.

Pero Verónica Cray la interrumpió.

Estaba mirando a Juan Christow. Una expresión de enorme asombro, de increíble delicia, empezaba a extenderse por su semblante. Dio un paso hacia él, con las manos tendidas.

—Pero… ¡*Juan*! ¡Si es Juan Christow! ¡Qué extraordinario! ¡Hace años y años que no te veo! Y, de pronto… ¡encontrarte *aquí*!

Le tenía cogidas las manos ya. Era todo color, todo ingenua avidez. Mas volvió la cabeza hacia lady Angkatell y dijo:

—He recibido la sorpresa más maravillosa que darse puede. Juan es un antiguo amigo mío. Si Juan es el primer hombre a quien yo quise. Estaba loca por ti, Juan.

Reía ahora como movida por el recuerdo absurdo de un primer amor.

—¡Siempre me pareció maravilloso, Juan!

Sir Enrique, cortés y refinado, se había acercado a ella. Tenía que beber algo. Anduvo con los vasos. Lady Angkatell dijo:

—¿Una caja de cerillas, Gudgeon…? ¿Tiene la cocinera suficientes?

—Llegó una docena de cajas, hoy, milady.

—Entonces, trae media docena, Gudgeon.

—¡Oh, no, lady Angkatell! ¡Con una sola caja de cerillas basta!

Verónica protestó riendo. Tenía una copa en la mano ahora, y miraba a todo el mundo, sonriente. Juan Christow dijo:

—Ésta es mi esposa, Verónica.

—¡Oh, cuánto me alegro de conocerla!

Verónica dirigió una mirada agradable a Gerda, que parecía aturdida. Gudgeon volvió con las cerillas apiladas sobre una bandeja de plata. Lady Angkatell señaló a Verónica Cray con un gesto y el criado le llevó la bandeja.

—¡Oh, lady Angkatell! ¡Todas éstas no!

El gesto de lady Angkatell quitó importancia al hecho.

—¡Es una molestia tan grande no tener más que un ejemplar de una cosa…! No es ninguna extorsión. Tenemos de sobra.

Sir Enrique estaba diciendo, agradablemente:

—Y, ¿qué tal, le gusta vivir en Dovecotes?

—Me encanta. Es maravilloso estar aquí, cerca de Londres y sentirse, al mismo tiempo, tan aislada.

Soltó la copa. Se ciñó un poco más los zorros platinados. Les sonrió a todos.

—¡Muchísimas gracias! ¡Han sido muy bondadosos! —Las palabras parecieron flotar entre sir Enrique, lady Angkatell y, Dios sabe por qué razón, Eduardo—. Me marcho a casa con el botín. Juan —le dirigió una sonrisita—, tienes que escoltarme hasta casa porque ardo en deseos de saber qué has estado haciendo durante los años y años que no nos vemos. Eso me hace sentir, claro está, enormemente *vieja*.

Echó a andar hacia el ventanal y Juan Christow la siguió. Les dirigió una última y brillante sonrisa a todos.

—Siento una enormidad el haberles molestado a todos de una manera tan estúpida. Muchas gracias, lady Angkatell.

Salió con Juan. Sir Enrique se quedó junto al ventanal, mirando

cómo se alejaban.

—Es una noche muy hermosa y cálida —dijo.

Lady Angkatell bostezó.

—Oh —murmuró—, vamos a tener que acostarnos. Enrique, hemos de ir a ver una de sus películas. Después de lo de esta noche, estoy segura de que debe de trabajar muy bien.

Subieron al piso. Midge, al dar las buenas noches, preguntó a Lucía:

—¿Debe trabajar muy bien?

—¿No opinas tú así, querida?

—Deduzco de eso, Lucía, que tú crees muy posible que tuviese cerillas a pesar de todo en Dovecotes.

—Docenas de cajas, supongo. Pero no debemos ser poco caritativas. Y… ¡sí que trabajó bien!

* * *

Se estaban cerrando las puertas por todo el pasillo. Se oían voces murmurando buenas noches. Dijo sir Enrique:

—Dejaré abierto el ventanal para que pueda entrar Juan Christow.

Y cerró su puerta.

Enriqueta le dijo a Gerda.

—¡Qué divertidas son las actrices! ¡Saben hacer unas entradas y unos mutis tan maravillosos…!

Bostezó, agregando:

—Tengo la mar de sueño.

Verónica Cray caminó rápidamente por el estrecho sendero a través del castañar.

Salió de éste al espacio abierto, junto a la piscina. Había un pabelloncito allí, en el que los Angkatell solían sentarse en los días soleados en que hubiera un viento frío.

Verónica Cray se detuvo. Se volvió y se encaró con Juan Christow.

Luego se echó a reír. Hizo un gesto, con la mano, en dirección a la superficie de la piscina, cubierta de hojas flotantes.

Comprendió él entonces lo que había estado aguardando; comprendió que durante aquellos quince años de separación, Verónica había continuado estando con él. *El mar azul, el perfume de mimosa, el cálido polvo*… oculto, enterrado, fuera de la vista; pero nunca olvidado en realidad. Todo ella significaba una sola cosa: Verónica. Era un joven de veinticuatro años, desesperado y angustiosamente enamorado. Y esta vez no tenía la intención de huir.

Capítulo IX

Juan Christow salió del castañar a la verde ladera junto a la casa. Había luna, y la casa parecía recrearse en ella con una extraña ingenuidad, con una extraña inocencia en sus ventanas de echadas cortinas.

Eran las tres de la madrugada. Respiró profundamente y su rostro expresó ansiedad. Ya no era, ni remotamente, un joven de veinticuatro años, enamorado. Era un hombre perspicaz y práctico de unos cuarenta años y tenía despejado el cerebro y bien equilibrado.

Había sido un imbécil, naturalmente, un imbécil completo. Pero no se arrepentía de ello. Porque era (ahora se daba cuenta de ello) completamente dueño de sí mismo. Era como si, durante muchos años, hubiese arrastrado un enorme peso. Y ahora el peso había desaparecido. Estaba libre.

Era libre, y era Juan Christow. Y sabía que para Juan Christow, próspero especialista de Harley Street, Verónica Cray no representaba nada en absoluto. Todo aquello había ocurrido en el pasado. Y, porque jamás se había resuelto aquel conflicto, porque siempre había sufrido, humillado, el temor de haber «huido», la imagen de Verónica nunca se había desvanecido por completo de su recuerdo. Se le había aparecido aquella noche como saliendo de un sueño y él había aceptado el sueño. Ahora, a Dios gracias, había quedado libre de él para siempre. Se hallaba de nuevo en el presente, y eran las tres de la madrugada. Y existía la posibilidad de que hubiera hecho un verdadero desaguisado.

Había estado con Verónica tres horas. Ésta había entrado a toda vela, como una fragata, le había aislado de los demás, se lo había llevado como presa. ¿Qué habrían pensado los demás de todo ello?

¿Qué, por ejemplo, habría pensado Gerda?

¿Y Enriqueta? (Pero no le importaba tanto Enriqueta. De ser necesario, podría darle explicaciones a ella. Jamás podría darle explicaciones a Gerda).

Y no quería, de ninguna manera quería perder nada.

Durante toda su vida había tomado una cantidad justificada de riesgos. Riesgos con los pacientes, riesgos con el tratamiento, riesgos con las inversiones de dinero. Nunca un riesgo fantástico, sólo la clase de riesgo que se hallaba justamente al margen de la seguridad.

Si Gerda adivinaba… si Gerda tenía la menor sospecha…

Pero, ¿la tendría? ¿Cuánto sabía él, en realidad, de Gerda? Normalmente, Gerda era capaz de creer que lo negro era blanco si él se lo aseguraba. Pero, en una cosa como aquélla…

¿Con qué cara había seguido a la alta y triunfante figura de Verónica? ¿Qué había adelantado su expresión? ¿Le habían visto un rostro aturdido de muchacho enamorado? O, ¿sólo habían visto en él al hombre que cumple con un deber de cortesía? No lo sabía. No tenía la menor idea.

Pero tenía miedo. Temía por la comodidad, el orden y la seguridad de su vida. Había estado loco, loco de atar, pensó con exasperación. ¿Cómo iba a poder creer nadie que hubiera sido tan loco como todo eso?

Todo el mundo estaba acostado y dormido, eso era evidente. El ventanal de la sala estaba entornado para que pudiese entrar a su regreso. Alzó la mirada de nuevo hacia la inocente casa dormida. Sin saber qué, le pareció demasiado inocente.

De pronto se detuvo, con sobresalto. ¿Había oído el leve ruido de una puerta que se cerraba, o se lo había imaginado?

Volvió la cabeza bruscamente. Si alguien había bajado a la piscina siguiéndole hasta allí… Si alguien hubiese aguardado para seguirle a su regreso, este alguien hubiera podido usar la senda de más arriba y haber entrado en casa otra vez por la puerta lateral del jardín. Y esta puerta, al cerrarse cuidadosamente, hubiese producido un ruido exactamente igual al que había oído.

Miró, con brusquedad, hacia las ventanas. ¿Se estaba moviendo aquel visillo? ¿Lo habían apartado para que atisbara alguien y lo

habían vuelto a dejar caer después? La habitación de Enriqueta.

¡Enriqueta! ¡No! ¡Enriqueta, no!, clamó su corazón con pánico. ¡No puedo perder a Enriqueta!

Le entraron, de pronto, unas ganas enormes de arrojar un puñado de guijarros contra la ventana, de llamar a la muchacha, de clamar diciendo:

«Sal, mi amor querido… Ven a mí ahora y cruza conmigo los bosques hasta Shovel Down y allí escucha… escucha todo lo que de mí sé y que tú has de saber también si no lo sabes ya».

Quería decirle a Enriqueta:

«Empiezo otra vez. Empieza una vida nueva desde hoy. Las cosas que me impedían vivir, que restringían mis movimientos, han desaparecido. Tenías razón esta tarde al preguntarme si estaba huyendo de mí mismo. Eso es lo que he estado haciendo desde hace años. Porque nunca supe si era fuerza o debilidad lo que me alejó de Verónica; he tenido miedo de mí mismo, he tenido miedo de la vida, he tenido miedo de ti…».

Si despertaba a Enriqueta y la obligaba a salir con él ahora, a través de los bosques hasta donde pudieran contemplar, juntos, cómo asomaba el sol por el borde de la tierra…

«Estás loco», se dijo. Tiritó. Hacía frío ahora. Después de todo, se encontraban a finales de septiembre. «¿Qué diablos te pasa?», se preguntó. «Ya has hecho bastantes locuras por una noche. ¡Suerte tendrás si sales bien librado aun así!». ¿Qué demonios pensaría Gerda si permaneciese fuera toda la noche y se presentara al amanecer?

Y, ¿qué, si a eso venía, pensarían los Angkatell?

Pero esto último no le preocupaba un instante. Los Angkatell tomaban su pauta de Lucía Angkatell. Y a Lucía, lo anormal, lo que estuviera fuera de lo corriente, siempre le parecía perfectamente razonable.

Pero Gerda, por desgracia, no era un Angkatell.

Habría que habérselas con Gerda. Y más cuenta le tendría entrar en casa y habérselas con Gerda cuanto antes.

¿Y si hubiera sido Gerda la que le hubiese seguido aquella noche?

Inútil decir que la gente no hacía cosas semejantes. Como

médico demasiado bien sabía él lo que la gente esa de gran elevación moral, sensitiva, escogida, honorable, hacía constantemente. Espiaban por la cerradura, abrían cartas, espiaban, husmeaban… no porque aprobaban semejante conducta un solo instante, sino porque, ante la necesidad de la angustia humana, se sentían desesperados.

Pobres diablos, pensó, pobres diablos humanos sufrientes y atormentados. Las debilidades no le inspiraban mucha compasión; pero sí que se la inspiraba el sufrimiento, porque sabía que eran los fuertes los que sufrían.

Si Gerda supiera…

¡Qué tontería! ¿Por qué había de saberlo? Se ha ido a la cama y está profundamente dormida. No tiene imaginación. No la ha tenido nunca.

Entró por el ventanal, encendió la lámpara, cerró y echó las fallebas.

Luego apagó, salió del cuarto, encontró el interruptor en el vestíbulo, subió rápida y silenciosamente la escalera. Se quedó un rato parado junto a la puerta de la alcoba, con la mano sobre el tirador. Luego hizo girar y entró.

La habitación estaba a oscuras y oía la respiración regular de Gerda. Se agitó ella al entrar él y cerrar la puerta. Llegó a sus oídos su voz, nada clara por el sueño.

—¿Eres tú, Juan?

—Sí.

—¿No vienes muy tarde? ¿Qué hora es?

Él contestó serenamente:

—No tengo la menor idea. Siento haberte despertado. Tuve que entrar en casa de esa mujer y beber algo.

Procuró que su voz expresara aburrimiento y sueño. Gerda murmuró:

—¡Oh! Buenas noches, Juan.

Se oyó el roce de la ropa al dar la mujer la vuelta en la cama.

¡Todo iba bien! Como de costumbre, había tenido suerte; *como de costumbre*… Durante unos momentos el pensamiento le hizo ponerse serio, el pensamiento de la frecuencia con que le había acompañado la suerte. Vez tras vez había habido un momento en

que se viera obligado a contener el aliento y murmurar: «Si *esto sale mal*…». Y ¡no había salido mal! Pero algún día, a no dudar, cambiaría su suerte.

Se desnudó aprisa y se metió en la cama. Era curioso lo que había dicho la niña al echarle las cartas. «*Y ésta está por encima de tu cabeza y tiene poder sobre ti*…». ¡Verónica! Y no cabía la menor duda de que había tenido poder sobre él, en efecto.

¡Pero nunca más ya, hija mía!, pensó, con una especie de satisfacción salvaje. Todo eso acabó. ¡Me he librado de ti ya!

Capítulo X

Eran las diez cuando Juan bajó a la mañana siguiente. El desayuno estaba sobre el bufet. Gerda se había hecho servir el suyo en la cama, no sin mostrarse algo preocupada por si, con ello, «molestaba».

Juan ridiculizó semejante idea. Puesto que los Angkatell aún conseguían tener mayordomo y servidumbre, ¿por qué no habían de darles algo que hacer?

Se sentía muy bien dispuesto y muy bondadoso con Gerda aquella mañana. Toda la irritación nerviosa que le tuviera en punta en los últimos tiempos parecía haber muerto y desaparecido.

Sir Enrique y Eduardo habían salido de caza, le dijo lady Angkatell. Ella estaba la mar de ocupada, con una cesta y guantes de trabajar en el jardín. Se quedó hablando con ella un rato hasta que se acercó Gudgeon con una carta en una bandeja.

—Acaba de llegar esta carta a mano, señor.

La tomó, arqueando levemente las cejas. Entró en la biblioteca, rasgando el sobre.

«Haz el favor de venir esta mañana. Es preciso que te vea. Verónica».

Tan autoritaria como siempre, pensó. Ganas le daban de no ir. Luego pensó que mejor sería que acabara de una vez. Iría inmediatamente.

Tomó la senda que había frente al ventanal de la biblioteca, pasó junto a la piscina, que resultaba una especie de núcleo del que irradiaban senderos en todas direcciones; uno, colina arriba, hacia

los verdaderos bosques, otro desde el paseo florido de por encima de la casa; uno, de la granja y otro que conducía al camino que tomó ahora. Unos metros más allá, en este camino, se hallaba la casa llamada Dovecotes.

Verónica le estaba aguardando. Habló desde la ventana del edificio.

—Entra, Juan. Hace fresco esta mañana.

Estaba encendido el fuego en la sala que estaba amueblada de blanco con cojines color ciclamen.

Contemplándola aquella mañana con ojo crítico vio las diferencias que había entre la muchacha que recordaba y la mujer actual, diferencias que no había podido observar bien la noche anterior.

En rigor pensó era más bella ahora que antes. Comprendía mejor su belleza y la cuidaba y hacía resaltar por todos los medios. El cabello que fuera antaño de un oro intenso tenía ahora un color platino extremado. Tenía las cejas de otra manera consiguiendo dar con ellas más intensidad a su expresión.

Nunca había sido la suya una belleza vacua. A Verónica se la había considerado siempre «una de nuestras artistas intelectuales». Tenía un título universitario y se permitía opinar sobre Strindberg y Shakespeare.

Se dio completa cuenta ahora de lo que hasta entonces, sólo había notado de una forma vaga, que era una mujer cuyo egoísmo resultaba verdaderamente anormal. Verónica estaba acostumbrada a salirse con la suya y, bajo los hermosos y suaves contornos de su carne, pareció presentir una determinación de hierro.

—Te mandé llamar —dijo Verónica, pasándole una caja de cigarrillos— porque tenemos que hablar. Tenemos que llegar a un acuerdo, tomar nuestras medidas… para nuestro porvenir, quiero decir.

Él tomó un cigarrillo y lo encendió. Luego dijo agradablemente:

—Pero…, ¿es que tenemos porvenir?

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—¿Qué quieres decir, Juan? Claro que tenemos porvenir. Hemos desperdiciado quince años. No hay necesidad de desperdiciar más tiempo.

Juan se sentó.

—Lo siento, Verónica; pero me temo que no entiendes bien la situación. Me he… alegrado mucho de verte otra vez. Pero tu vida y la mía no tienen el menor punto de contacto. Son completamente divergentes.

—No digas tonterías, Juan. Yo te quiero y tú me quieres a mí. Siempre nos hemos querido. ¡Fuiste increíblemente testarudo en el pasado! Pero eso ya pasó. No es necesario que nuestras vidas choquen. No tengo la intención de volver a los Estados Unidos. Cuando termine la película en la que estoy trabajando, voy a trabajar en el teatro de Londres. Tengo una obra maravillosa. Elderton la ha escrito para mí. Será un gran éxito.

—Estoy seguro de ello —contestó él, cortésmente.

—Tú puedes continuar ejerciendo la profesión de médico —su voz era bondadosa y condescendiente—. Me dicen que eres muy conocido.

—Escucha, hija mía, estoy casado. Tengo hijos.

—Yo también estoy casada en este momento. Pero esas cosas son fáciles de arreglar. Un buen abogado puede resolverlo todo —le miró, con deslumbradora sonrisa—. Siempre tuve la intención de casarme contigo, querido. No sé por qué sentiré pasión tan grande por ti, pero la cosa es que la siento.

—Lo lamento. Verónica; pero ningún buen abogado va a resolver nada. Tu vida y la mía no tienen nada que ver la una con la otra.

—¿No después de lo de anoche?

—No eres una niña, Verónica. Has tenido un par de maridos y, según todas las versiones, varios amantes por añadidura. ¿Qué significa lo de anoche en realidad? Nada en absoluto, y tú lo sabes.

—¡Oh, mi querido Juan! —aún estaba de buen humor y se sentía indulgente—. ¡Si te hubieras visto la cara… allá, en esa salita! Te hubieses creído en San Miguel otra vez.

Juan suspiró. Dijo:

—Estaba en San Miguel. Procura comprender, Verónica. Viniste a mí saliendo del pasado. Anoche yo también viví en el pasado; pero hoy… hoy es distinto. Soy un hombre que tiene quince años más. Un hombre a quien ni siquiera conoces… y que seguramente

no te sería nada simpático si le conocieras.

—¿Prefieres a tu mujer y a tus hijos…? ¿Los prefieres a mí?

Estaba asombrada de verdad.

—Por muy extraño que a ti te parezca, los prefiero.

—No digas tonterías, Juan. Me quieres a mí.

—Lo siento, Verónica.

Ella preguntó, con incredulidad:

—¿No me quieres?

—Es mucho mejor aclarar estas cosas. Eres una mujer extraordinariamente hermosa, Verónica; pero no te quiero.

Se quedó ella tan quieta, que hubiera podido pasar por una figura de cera. Aquella inmovilidad suya le hizo sentirse un poco intranquilo.

Cuando habló, lo hizo con tanto veneno, que Juan retrocedió.

—¿Quién es ella?

—¿Ella? ¿Qué quieres decir?

—La mujer que estaba junto a la repisa de la chimenea anoche.

¡Enriqueta!, pensó. ¿Cómo diablos se había olido lo de Enriqueta? En voz alta dijo:

—¿De quién estás hablando? ¿De Midge Hardcastle?

—¿Midge? Ésa es la muchacha cuadrada y morena, ¿verdad? No; no me refiero a ella. Y no me refiero a tu mujer. ¡Me refiero a esa insolente que estaba apoyada en la repisa de la chimenea anoche! ¡Es por culpa de ella que me estás rechazando a mí! Oh, no finjas tanta moralidad ni hables de tu mujer y tus hijos… Es esa otra mujer.

Se puso en pie y se acercó a él.

—¿No comprendes, Juan, que desde que volví a Inglaterra hace dieciocho meses, no he hecho más que pensar en ti? ¿Por qué crees tú que alquilé esta casa tan idiota? ¡Sólo porque supe que bajas con frecuencia a pasar el fin de semana con los Angkatell!

—¿Conque lo de anoche obedecía a un plan trazado, Verónica?

—¡Me perteneces a mí, Juan! ¡Siempre me has pertenecido!

—No le pertenezco a nadie, Verónica. ¿No te ha enseñado la vida aún que no puedes ser dueña de otros seres? ¿Que nadie puede pertenecerte en cuerpo y alma? Te amé cuando era un muchacho. Quise que compartieras mi vida. ¡No quisiste hacerlo!

—La vida mía y mi carrera eran mucho más importantes que las tuyas. ¡Un médico lo es cualquiera!

Perdió él los estribos un poco.

—¿Eres todo lo maravillosa que crees ser?

—Quieres decir con eso que no he llegado a la cumbre en mi profesión. Pero llegaré. ¡*Llegaré*!

Juan Christow la miró de pronto con un interés completamente desapasionado.

—¿Sabes que no creo que lo logres? Te falta algo, Verónica. Eres todo rapacidad, no tienes ni pizca de generosidad…, creo que es eso lo que te pasa.

Verónica se puso en pie. Dijo, con voz tranquila:

—Me rechazaste hace quince años. Has vuelto a rechazarme hoy. Ya me encargaré de que te arrepientas de ello.

Juan se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Lo siento, Verónica, si te he hecho daño. Eres muy hermosa, querida, y te quise mucho en otros tiempos. ¿No podemos dejar las cosas así?

—Adiós, Juan. No vamos a dejarlas así. Eso ya lo descubrirás. Creo…, creo que te odio mucho más de lo que hubiera creído posible odiar a nadie.

Él se encogió de hombros.

—Lo siento. Adiós.

Juan cruzó lentamente el bosque. Cuando llegó a la piscina se sentó en el banco que había allí. No se arrepentía de la forma en que había tratado a Verónica. Verónica, pensó sin pasión, era una mujer de cuidado. Siempre lo había sido y lo mejor que él había hecho en su vida era haberse deshecho de ella a tiempo. ¡Sólo Dios sabía lo que le pudiera haber ocurrido a él a estas alturas de no haberlo hecho!

Ahora, afortunadamente, experimentaba la extraordinaria sensación de que empezaba una nueva vida, sin trabas, sin impedimentos del pasado. Debía haber resultado extremadamente difícil vivir con él durante los últimos años. «¡Pobre Gerda!», pensó, «con su abnegación y la continua ansiedad por complacerle… Sería más bondadoso con ella en adelante».

Y tal vez ahora le sería posible dejar de intentar avasallar a

Enriqueta. Y no era que pudiese uno avasallar a Enriqueta en realidad, no era ella de ésas. Ya podían descargar tormentas sobre ella; seguía tan tranquila, meditando, mirándole a uno con ojos que parecían contemplarle desde muy lejos.

Pensó:

«Iré a Enriqueta y se lo contaré».

Alzó vivamente la cabeza, turbado por un ruido leve y melancólico caer de las hojas. Pero aquél era otro ruido: un leve y ominoso chasquido.

Y, de pronto, Juan sintió una aguda sensación de peligro. ¿Cuánto tiempo llevaba sentado allí? ¿Media hora? Alguien le estaba vigilando. Alguien…

Y aquel chasquido era… claro que era…

Se volvió bruscamente, hombre rápido en sus reacciones. Pero no fue lo bastante rápido. Abrió los ojos desmesuradamente, sorprendido; pero no tuvo tiempo de emitir el menor sonido.

Sonó el disparo y cayó, torpemente, desgarbado, al borde mismo de la piscina.

Una mancha oscura se formó, muy despacio, por su lado izquierdo, y fluyó, no menos despacio, hasta la orilla de cemento de la piscina, goteando desde allí, roja, sobre el azul del agua.

Capítulo XI

Hércules Poirot se sacudió la última mota de polvo de los zapatos. Se había vestido cuidadosamente para asistir a la comida y estaba satisfecho del resultado.

Sabía, de sobra, la clase de ropa que se usaba en el campo los domingos en Inglaterra; pero se negaba a seguir las costumbres inglesas. Prefería sus normas de elegancia urbana. Él no era un caballero rural inglés. ¡Él era Hércules Poirot!

En realidad, se confesó, el campo no le gustaba. La casita para fines de semana… eran tantos los amigos suyos que habían cantado sus alabanzas que se había dejado convencer y había comprado Resthaven, aunque lo único que le había gustado de ella era su forma: era perfectamente cuadrada, como una caja. El paisaje sabía que lo consideraban de una belleza singular. Resultaba, sin embargo, demasiado carente de simetría para gustarle. No le hacían mucha gracia los árboles en ningún momento: tenían la desagradable y desordenada costumbre de dejar caer las hojas. Soportaba los álamos y algún otro árbol parecido, pero aquella profusión de hayas y robles le dejaba completamente frío. Un paisaje así se saboreaba mejor desde un automóvil en marcha, en una tarde hermosa. Uno exclamaba: «*Quel beau paisage*!», y continuaba adelante para refugiarse en un buen hotel.

Lo mejor que tenía Resthaven, pensó, era el pequeño huerto, con las simétricas hileras de vegetales que había sembrado en él su jardinero belga, Víctor. Entretanto, Françoise, esposa de Víctor, se dedicaba, con ternura, al cuidado del estómago de su señor.

Hércules Poirot franqueó la verja, suspiró, echó una nueva mirada a sus brillantes zapatos negros, se colocó bien el sombrero de fieltro gris y miró camino arriba y camino abajo.

Se estremeció levemente al contemplar el aspecto de Dovecotes. Dovecotes y Resthaven habían sido construidas por contratistas rivales, cada uno de los cuales había adquirido una parcela del terreno. El Trust Nacional para la conservación de las bellezas del campo se había apresurado a cortar en seco todo arranque emprendedor por parte de ambos. Las dos casitas representaban dos escuelas de pensamiento distintas. Resthaven era un cajón con techo, severamente moderno y un poco gris. Dovecotes era una profusión de viguería y ambiente antiguo comprimido en el menor espacio posible.

Hércules Poirot se preguntó cómo debía aproximarse a *The Hollow*. Sabía que, un poco más arriba, en el camino, había una puerta pequeña y un sendero. Ésta, la entrada no oficial, le ahorraría un rodeo de media milla por carretera. No obstante, Poirot, muy dado a observar la etiqueta con toda rigurosidad, decidió seguir el camino más largo y acercarse a la casa, correctamente, por el lado de la puerta principal.

Aquélla era la primera visita que les hacía a sir Enrique y lady Angkatell. Uno no debiera, opinó, tomar atajos sin que se le hubiese invitado a hacerlo, sobre todo cuando uno era invitado de gente de cierta posición social. Estaba, justo es confesarlo, encantado de la invitación.

«*Je suis un peu snob*», murmuró para sí.

Conservaba una impresión agradable de los Angkatell desde que les conociera en Bagdad, sobre todo de lady Angkatell.

«*Une origínale*!», pensó.

El tiempo que calculara para llegar andando a *The Hollow* por carretera resultó exacto. Era, exactamente, la una menos un minuto cuando llamó a la puerta. Se alegraba de haber llegado y se sentía algo cansado. No le gustaba mucho andar.

Le abrió la puerta el magnífico Gudgeon, que mereció la aprobación de Poirot. No fue recibido, sin embargo, de la forma en que había esperado.

—Milady está en el pabellón, junto a la piscina, señor. ¿Tiene la bondad de seguirme?

La pasión de los ingleses por sentarse al aire libre le irritaba a Poirot. Aun cuando uno tenía que tolerar semejante capricho en

pleno verano, se dijo Poirot, uno debiera estar libre de ello a fines de septiembre. El día era bueno, en efecto, pero tenía, como suelen tener siempre los días de otoño, cierta humedad. ¡Cuánto más agradable hubiera resultado que le pasaran a una sala cómoda, con un fuego ardiendo en la chimenea! Pero no; hete aquí que le conducían por los ventanales a una pequeña ladera de césped que orillaba un jardín rocoso, franqueaban una verja pequeña y avanzaban por un sendero estrecho, orillado de castaños jóvenes, plantados uno muy cerca del otro.

Era costumbre de los Angkatell invitar a la gente para la una y, los días buenos, tomaban combinados y jerez en el pequeño pabellón junto a la piscina. La comida en sí se empezaba a la una y media, para cuya hora los invitados menos puntuales debieran haber llegado ya, lo cual permitía a la excelente cocinera de lady Angkatell ponerse a hacer *soufflés* y otras cosas delicadas que requieren un tiempo determinado, sin temor a que el tiempo le faltase.

A Hércules Poirot el plan no le hacía ni pizca de gracia.

—Dentro de un minuto —pensó— volveré a encontrarme casi en el punto de partida.

Con los pies más pesados por momentos, siguió a la alta figura de Gudgeon.

Fue en aquel momento cuando, inmediatamente delante de él, oyó un pequeño grito. Sin saber por qué, éste sirvió para aumentar su descontento. Resultaba incongruente, y hasta cierto punto fuera de lugar. No lo clasificó ni, en verdad, se detuvo a pensar en él. Cuando pensó en él más tarde, trabajo le costó recordar qué emociones, exactamente, había parecido expresar el gritito. ¿Chasco?, ¿sorpresa? ¿Horror? Sólo podía asegurar que sugería, sin el menor género de duda, lo inesperado.

Gudgeon salió de entre los castaños. Se estaba moviendo hacia un lado, respetuoso, para dejar pasar a Poirot y, al mismo tiempo, carraspeaba como preámbulo antes de murmurar: «Monsieur Poirot, milady», en el debido tono de respeto, cuando su flexibilidad se tornó de pronto rigidez. Se quedó boquiabierto. Hizo un ruido muy poco en consonancia con un mayordomo.

Hércules Poirot salió al espacio abierto que rodeaba a la piscina,

e inmediatamente, él se tornó rígido también; pero con enfado.

¡Era demasiado…! ¡Era demasiado ya en verdad! No había esperado de los Angkatell semejante vulgaridad. La larga caminata por carretera, el desencanto sufrido al llegar a la casa. Y, ahora…, ¡*esto*! ¡El pervertido humorismo de los ingleses!

Se sintió molesto y aburrido. ¡Oh, lo aburrido que se sentía! La muerte no era, para él, divertida. Y he aquí que le habían preparado, como broma, un cuadro plástico.

Porque lo que estaba contemplando era el cuadro, altamente artificial, de un asesinato. Junto a la piscina se hallaba el cadáver, artísticamente colocado, con el brazo extendido y hasta su miaja de pintura encarnada goteando desde el borde de cemento al agua. Era un cadáver espectacular, el de un hombre rubio, bien parecido. De pie junto al cadáver, revólver en mano, había una mujer; una mujer baja, de cierta edad, fornida, de rostro adornado con extrañamente vacua expresión.

Y había otros tres actores. Al otro lado de la piscina había una joven alta, cuyo cabello hacía juego con las hojas otoñales. Tenía en la mano una cesta llena de dalias. Un poco más allá había un hombre alto, inconspicuo, con chaqueta de cazador, y una escopeta en la mano. E inmediatamente a su izquierda, con una cesta de huevos en la mano, se hallaba su huésped, lady Angkatell.

Poirot se dio cuenta de que varias sendas distintas convergían en la piscina y era evidente que cada una de aquellas personas había llegado por un camino distinto.

Resultaba todo muy matemático y muy artificial.

Suspiró. En fin, ¿qué esperaban que hiciese él? ¿Debía fingir creer en aquel «crimen»? ¿Debía dar muestras de alarma? ¿O debía hacer una pequeña reverencia y felicitar a lady Angkatell, diciendo?: «¡Ah, cuan encantador es esto que me han preparado!».

¡La verdad, todo aquello era muy estúpido, no tenía nada de *spirituel*! ¿No era la reina Victoria la que había dicho en cierta ocasión: «No nos divierte?». Se sentía gran inclinación a decir lo mismo. «Yo, Hércules Poirot, no me siento divertido».

Lady Angkatell se había acercado al cadáver. Él la siguió, dándose cuenta de que Gudgeon, respirando aún con dificultad, iba detrás de él. «Éste no está en el secreto», pensó Poirot para sus

adentros. Las otras dos personas del otro lado de la piscina se reunieron con ellos. Todos se hallaban muy cerca ya, contemplando aquella figura espectacular que yacía a la orilla de la piscina.

Y de pronto, con una sacudida terrible, con la misma sensación de borrosidad que se observaba en la pantalla de un cine antes de que quede enfocada la película, Hércules Poirot comprendió que aquel cuadro artificial tenía su punto de realidad.

Porque el que estaba moribundo si no era un muerto, era por lo menos un moribundo.

No era pintura roja lo que goteaba del borde de cemento; era sangre. A aquel hombre le habían pegado un tiro, y no hacía mucho rato.

Echó una rápida mirada a la mujer que se hallaba parada allí, revólver en mano. Tenía vacua la mirada, sin expresar sentimiento de ninguna clase. Parecía aturdida y bastante estúpida.

—Es curioso —pensó.

¿Habría agotado toda posibilidad de emoción, toda sensibilidad, al hacer el disparo? ¿Sería ahora, gastada toda su pasión, un simple cascarón vacío? Quizá fuera así, pensó.

Luego contempló al herido y tuvo un movimiento de sobresalto. Porque los ojos del moribundo estaban abiertos. Eran ojos intensamente azules y tenían una expresión que Poirot no pudo leer, pero que se describió a sí mismo como expresión de intensa sensación de alerta.

Y de pronto, o tal fue la impresión de Poirot, pareció como si en todo aquel grupo de gente no hubiera más que una persona que estuviese viva de verdad: el hombre que estaba a punto de morir.

Jamás había recibido Poirot una impresión tan fuerte de vivida e intensa vitalidad. Los demás eran figuras pálidas, espectrales, actores en un drama remoto; pero aquel hombre era real.

Juan Christow abrió la boca y habló. Tenía la voz fuerte, exenta de toda sorpresa. Y el tono era urgente.

—*Enriqueta*… —dijo.

Luego se entornaron sus párpados, y le cayó de lado la cabeza.

Hércules Poirot se dejó caer de rodillas, se aseguró y luego volvió a levantarse, sacudiéndose, maquinalmente, el polvo del pantalón.

—Sí —dijo—; está muerto.

El cuadro se deshizo, se disolvió, volvió a enfocarse. Hubo reacciones individuales ahora, sucesos triviales. A Poirot le pareció que se convertía en gigantesco ojo y oído que observaba y escuchaba todo lo que sucedía a su alrededor. Nada más que eso: observar y escuchar.

Se dio cuenta de que la mano de lady Angkatell que sujetaba la cesta se aflojaba, de que Gudgeon se adelantaba de un brinco y se la quitaba.

—Permítame, milady.

Maquinalmente, con la mayor naturalidad, lady Angkatell murmuró:

—Gracias, Gudgeon.

Y luego, vacilante:

—Gerda…

La mujer que sostenía el revólver habló por primera vez. Les miró a todos. Cuando habló, parecía estar completamente aturdida.

—Juan está muerto —dijo—. Juan está muerto.

La joven alta, de cabello color de hoja seca, se acercó apresuradamente a ella con aire de autoridad.

—Dame eso, Gerda —dijo.

Y con destreza, antes de que Poirot pudiera protestar o intervenir, le quitó el revólver de la mano a Gerda.

Poirot dio un rápido paso hacia delante.

—No debiera usted hacer eso, mademoiselle.

La joven se sobresaltó al oír su voz. El revólver se le escapó de la mano. Se hallaba de pie junto a la orilla de la piscina y el arma cayó al agua.

Abrió la boca y exhaló un «Oh» de consternación, volviendo la cabeza para mirar cariacontecida a Poirot.

—¡Qué imbécil soy! Lo soy.

Poirot no habló durante un instante. Estaba contemplando unos ojos claros, de color avellana. La mirada de éstos sostuvo la suya y se preguntó si no habría sido injusta su momentánea sospecha.

Dijo:

—Debieran tocarse las cosas lo menos posible. Hay que dejarlo todo tal como está para que lo vea la policía.

Hubo algo de movimiento entonces, muy leve, algo así como una oleada de inquietud.

Lady Angkatell murmuró, con disgusto:

—Claro…, supongo, sí, la policía…

Con voz clara y agradable, matizada de cierta repugnancia, el hombre de la chaqueta de caza murmuró:

—Me temo, Lucía, que eso es inevitable.

En aquel momento de silencio se oyó el rumor de pasos y de voces, pasos presurosos y voces alegres.

Sir Enrique Angkatell y Midge Hardcastle aparecieron por el camino que conducía a la casa, presurosos, hablando y riendo.

Al ver el grupo junto a la piscina, sir Enrique se paró en seco y exclamó con asombro.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

Respondió su esposa:

—Gerda ha… —se interrumpió bruscamente—. Quiero decir que… Juan está…

Gerda dijo, con voz opaca y aturdida:

—A Juan le han pegado un tiro. Está muerto.

Todos desviaron de ella la mirada, con embarazo.

Luego, lady Angkatell dijo apresuradamente:

—Querida, creo que será mejor que vayas y… te eches. ¿Quizá sea mejor que regresemos todos a la casa? Enrique, tú y monsieur Poirot podéis quedaros aquí y… aguardar a la policía.

—Creo que ése será el mejor plan —dijo sir Enrique.

Se volvió hacia Gudgeon.

—¿Haces el favor de telefonear a la policía, Gudgeon? Diles exactamente lo ocurrido. Cuando la policía llegue, condúcela directamente aquí.

Gudgeon inclinó levemente la cabeza y contestó:

—Bien, sir Enrique.

Estaba algo pálido; pero seguía siendo el mayordomo perfecto.

La joven alta dijo:

—Vamos, Gerda.

Y asiendo del brazo a la otra, la condujo, sin que ella opusiera resistencia, por el sendero hacia la casa. Gerda caminaba como en sueños. Gudgeon se retiró un poco para dejarlas pasar y luego las

siguió con la cesta de los huevos.

Sir Enrique se volvió, vivamente, hacia su esposa.

—Y ahora, Lucía, ¿qué significa todo esto? ¿Qué ha sucedido exactamente?

Lady Angkatell extendió vagamente las manos, un gesto delicioso de impotencia. Hércules Poirot sintió su encanto y su atractivo.

—Apenas si lo sé, querido. Estaba con las gallinas. Oí un disparo que pareció muy cercano; pero no le di importancia en realidad. Después de todo —se dirigió a todos—, una no se lo da. Y luego eché a andar por el sendero hacia la piscina y vi a Juan caído, y a Gerda a su lado, con el revólver. Enriqueta y Eduardo llegaron casi en el mismo instante… por ese otro lado.

Indicó, con un movimiento de cabeza, el otro lado de la piscina de donde partían dos sinuosos senderos a través del bosque.

Hércules Poirot carraspeó:

—¿Quiénes son, este Juan y esta Gerda? Si me es lícito preguntarlo —agregó.

—¡Oh, claro que sí! —lady Angkatell se volvió hacia él con gesto de excusa—. Una se olvida…, pero, claro, una no se para a presentar a nadie cuando acaban de matar a alguien. Juan es Juan Christow, el doctor Christow. Gerda Christow es su esposa.

—Y… ¿la señorita que marchó a la casa con la señora Christow?

—Mi prima Enriqueta Savernake.

Hubo un movimiento, un movimiento muy leve procedente del hombre que había a la izquierda de Poirot.

Enriqueta Savernake, pensó Poirot, y a éste no le gusta que lo hayan dicho, pero después de todo, es inevitable que yo lo sepa…

«¡*Enriqueta*!», había dicho el moribundo. Lo había dicho de una manera muy extraña. De una manera que le recordaba a Poirot algo… de algún incidente… ¿Qué incidente era? (Bueno, ya se acordaría).

Lady Angkatell continuaba, decidida ahora a cumplir con sus obligaciones sociales.

—Y éste es otro primo nuestro, Eduardo Angkatell. Y la señorita Hardcastle.

Poirot correspondió a las presentaciones con corteses

inclinaciones de cabeza. Midge sintió, de pronto, unas ganas enormes de echarse a reír histéricamente. Se contuvo mediante un esfuerzo.

Lady Angkatell les miró, pensativa.

—¡Dios quiera —dijo— que Gerda se haya marchado! ¿Hice bien en sugerir eso? No sabía qué decir. Quiero decir que una carece de *precedentes*. ¿Qué le dice una a la mujer que acaba de matar a su marido?

Les miró como si esperara que fuese dada a su pregunta una respuesta autorizada.

Luego tiró por el sendero en dirección a la casa. Midge la siguió. Eduardo se quedó con su anfitrión.

Sir Enrique carraspeó. Parecía no estar muy seguro de lo que debía hacer.

—Christow —observó por fin— era un hombre muy capaz… un hombre muy capaz.

La mirada de Poirot se posó de nuevo sobre el muerto. Seguía experimentando la curiosa impresión de que el muerto estaba más vivo que los vivos.

Se preguntó qué sería lo que le daba tal impresión.

Le contestó cortésmente a sir Enrique:

—Una tragedia como ésta es una verdadera desgracia —dijo.

—Esta clase de suceso más cae dentro de su campo de acción que del mío —dijo sir Enrique—. Creo que es la primera vez que me encuentro con un asesinato de cerca. Espero que he hecho lo que debía.

—Su proceder ha sido correcto —dijo Poirot—. Ha llamado usted a la policía y, hasta que ésta llegue y asuma la dirección, nada podemos nosotros hacer… salvo asegurarnos de que nadie toque el cadáver ni mueva cosa alguna que pueda ser útil a la investigación.

Al decir estas últimas palabras, dirigió una mirada a la piscina donde veía el revólver en el fondo de cemento, levemente deformado por la distorsión del agua.

Una de las cosas, pensó, ya había sido tocada y movida antes de que él hubiese podido impedirlo.

Pero, no; aquello había sido un accidente.

Sir Enrique murmuró, con repugnancia:

—¿Cree usted que debemos rondar por aquí? Hace algo de fresco. No creo que haya inconveniente en que nos metiésemos en el pabellón, ¿verdad?

Poirot, que había notado que tenía los pies húmedos y que mostraba cierta tendencia a tiritar, asintió de buena gana. El pabellón se hallaba junto a la piscina por el lado más alejado de la casa y por su abierta puerta les era posible ver toda la piscina, el cadáver y el sendero de la casa por el que llegaría la policía.

El pabellón estaba lujosamente amueblado con cómodos divanes y gayas alfombras indígenas. Sobre una mesa de hierro pintado había una bandeja de copas y una licorera llena de jerez.

—Le ofrecería algo de beber —dijo sir Enrique—, pero supongo que será mejor que no toque nada hasta que llegué la policía… aunque no creo que haya nada que pueda interesarles aquí. No obstante, es mejor ir sobre seguro. Veo que Gudgeon no había traído combinados aún. Estaba esperando a que usted llegara.

Los dos hombres se sentaron con cierto cuidado en dos sillones de mimbre cerca de la puerta para poder vigilar el sendero procedente de la casa.

Estaban algo cohibidos. Era una ocasión en que resultaba difícil charlar de inconsecuencias.

Poirot echó una mirada a su alrededor, tomando nota de todo detalle que le pareció anormal. Una capa cara, de zorro plateado, había sido echada sobre el respaldo de uno de los sillones. Se preguntó de quién podría ser. Su magnificencia algo ostentadora no armonizaba con ninguna de las personas que había visto hasta entonces.

Le preocupaba. Respiraba una mezcla de opulencia y de autopublicidad, características de que se habían mostrado carentes cuantos viera.

—Supongo que podemos fumar —dijo sir Enrique, ofreciéndole su pitillera a Poirot.

Antes de tomar el cigarrillo, Poirot olfateó el aire.

Perfume francés. Un perfume francés caro.

Sólo quedaban vestigios, pero se notaba y aquel aroma tampoco pudo asociarlo, mentalmente, con ninguno de los ocupantes de *The Hollow*.

Al inclinarse para encender el cigarrillo con el mechero que sir Enrique le ofrecía, se posó su mirada sobre una pila de cajas de cerillas, seis de ellas, colocadas sobre una mesa cerca de uno de los divanes.

Fue un detalle que se le antojó, indudablemente, singular.

Capítulo XII

—Las dos y media —dijo lady Angkatell.

Se encontraba en la sala con Midge y Eduardo. Detrás de la cerrada puerta del despacho de sir Enrique se oía el murmullo de voces. Hércules Poirot, sir Enrique y el inspector Grange se hallaban allá dentro.

Lady Angkatell suspiró:

—¿Sabes, Midge? Se me antoja que alguien debiera de hacer algo en lo que a comida se refiere. Parece, claro está, un poco falta de sensibilidad sentarse a la mesa como si nada hubiera sucedido. Pero, después de todo, al señor Poirot le invitamos a comer… y probablemente tiene apetito. Y el que hayan matado a Juan Christow no puede darle a él un disgusto tan grande como a nosotros. Y, la verdad, aunque yo no siento el menor deseo de comer, Enrique y Eduardo deben tener muchas ganas después de haberse pasado la mañana cazando.

Eduardo Angkatell dijo:

—No te preocupes por mí, Lucía.

—Siempre has sido muy considerado, Eduardo. Y, luego, hay que contar con David… Observé que comía mucho anoche. Los intelectuales siempre parecen necesitar mucha comida. Y, a propósito, ¿dónde está David?

—Se retiró a su cuarto —dijo Midge—, después de haberse enterado de lo ocurrido.

—Sí, pues dio una muestra de tacto. Seguramente la situación le resultaría embarazosa. Porque, digan lo que digan, un asesinato siempre es embarazoso… disgusta a la servidumbre y estropea la rutina general. Tenemos cosas para comer. Afortunadamente, son buenas comidas frías. ¿Qué creéis que ha de hacerse con Gerda?

¿Algo en una bandeja? ¿Un poco de sopa bien sustanciosa?

La verdad, pensó Midge, ¡Lucía es inhumana! Y luego pensó que lo que tal vez escandalizara a una tanto fuese todo lo contrario: que Lucía era demasiado humana. ¿No era cierto que todas las catástrofes iban rodeadas de aquellas preguntas y suposiciones triviales? Lucía no hacía más que expresar los pensamientos que la mayoría de la gente se negaba a reconocer. La gente sí que se acordaba de la servidumbre, y se preocupaba de las comidas, y hasta sentía apetito. ¡Tenía apetito ella en aquel mismo momento! Tenía apetito, pensó, y al propio tiempo, estaba algo mareada. Extraña mezcla.

E indudablemente resultaba embarazoso no saber cómo reaccionar en el caso de una mujer callada, corriente, a quien una había llamado ayer, sin ir más lejos, «la pobre Gerda», y que ahora, seguramente, no tardaría en comparecer ante un tribunal acusada de asesinato.

«Estas cosas le ocurren a otras personas —pensó Midge—. No pueden sucedernos a *nosotros*».

Miró hacia el otro lado de la sala, a Eduardo. No debieran, pensó, ocurrirles a personas como Eduardo. A personas que eran tan antiviolencia. Sintió consuelo mirando a Eduardo. Eduardo, tan pacífico, tan razonable, tan bondadoso, tan sereno.

Entró Gudgeon, se inclinó confidencialmente y habló con voz convenientemente amortiguada.

—He servido emparedados y café en el mostrador, milady.

—Oh, gracias, Gudgeon.

—La verdad —dijo lady Angkatell al salir el mayordomo de la sala—, Gudgeon es maravilloso. No sé lo que haría sin él. Siempre sabe qué hacer. Unos emparedados bien sustanciosos valen tanto como una comida… y ésos sí que no tienen nada de *inhumanos*, y vosotros ya me entendéis.

—¡Lucía, *por favor*!

Midge sintió, de pronto, que unas lágrimas cálidas le resbalaban por las mejillas. Lady Angkatell murmuró, con cara de sorpresa.

—¡Pobrecilla! Ha sido demasiado para ti.

Eduardo cruzó el salón, fue al sofá y se sentó junto a Midge. La rodeó con un brazo.

—No te preocupes, pequeña Midge —dijo.

Midge sepultó la cara en su hombro y sollozó allí cómodamente. Recordó cuan bondadoso se había mostrado Eduardo con ella al morírsele un conejo favorito de Ainswick, durante ciertas vacaciones de Pascua.

Eduardo dijo con dulzura:

—Ha sido un golpe fuerte. ¿Puedo buscarle un poco de coñac, Lucía?

—En el aparador del comedor. No creo…

Se interrumpió al entrar Enriqueta en el cuarto. Midge alzó la cabeza. Sintió que Eduardo se ponía rígido y que se quedaba muy inquieto.

¿Qué siente Enriqueta?, se preguntó Midge. Casi no se atrevía a mirar a su prima; pero no había nada que ver. Enriqueta parecía, si acaso, beligerante. Había entrado con la barbilla alzada, subido el color, y con cierta rapidez.

—Ah, ahí está, Enriqueta —exclamó lady Angkatell—. He estado preocupada. La policía está con Enrique y con monsieur Poirot. ¿Qué le has dado a Gerda, coñac? O…, ¿té y aspirina?

—Le di un poco de coñac… y una botella de agua caliente.

—Bien hecho —aprobó lady Angkatell—. Eso es lo que recomiendan en las clases de enfermera… la botella de agua caliente, quiero decir para el susto… no el coñac. Existe hoy en día una reacción contra los estimulantes. Pero yo creo que eso no es más que una moda. Siempre dábamos coñac para los sustos cuando yo era niña en Ainswick. Aunque, la verdad, supongo que no puede ser *susto* precisamente en el caso de Gerda. No sé exactamente lo que sentiría si una hubiese matado a su marido… Es una de esas cosas que no puede llegar a imaginarse… pero no creo que le diera a una *susto* precisamente. Quiero decir que no habría elemento alguno de *sorpresa*.

La voz de Enriqueta, fría como el hielo, cortó la atmósfera de placidez.

Dijo:

—¿Por qué estáis todos tan seguros de que Gerda mató a Juan?

Hubo un momento de pausa, y Midge notó un extraño cambio en el ambiente. Confusión, tensión y, por último, una especie de

vigilancia cautelosa, de sensación de alerta.

Luego lady Angkatell dijo, exenta su voz de todo matiz:

—Parecía… evidente. ¿Qué otra cosa sugieres tú?

—¿No es posible que Gerda se acercara a la piscina, que encontrara a Juan caído, y que acabara de recoger el revólver en cuestión… cuando aparecimos nosotros en escena?

De nuevo hubo silencio. Lady Angkatell preguntó a continuación:

—¿Es eso lo que dice Gerda?

—Sí.

No fue una simple afirmación. Llevaba fuerzas tras sí. Salió como un disparo de pistola.

Lady Angkatell enarcó las cejas. Luego dijo, sin que aparentemente viniera a cuento:

—Hay emparedados y café en el comedor.

Se interrumpió con una pequeña exclamación al aparecer Gerda Christow en la abierta puerta. Dijo, apresuradamente y en son de excusa:

—No, no me pareció posible permanecer echada más tiempo. Una está… una se siente tan terriblemente desasosegada…

Lady Angkatell exclamó:

—Es preciso que te sientes… tienes que sentarte *inmediatamente*.

Desalojó a Midge del sofá, colocó a Gerda allí, le puso un almohadón detrás.

—Pobrecilla —murmuró.

Habló con énfasis, pero sus palabras parecían exentas de todo significado.

Eduardo se acercó a la ventana y se quedó allí, mirando hacia fuera.

Gerda se apartó el desgreñado cabello de la frente. Habló en tono preocupado, aturdido.

—Sólo… sólo empiezo a darme cuenta ahora. No he podido comprender… sigo sin poder comprender… que es verdad… que Juan… ha muerto. (Empezó a estremecerse, a tiritar un poco). ¿Quién puede haberle matado? ¿Quién… quién puede haberle matado?

Lady Angkatell respiró profundamente, luego volvió

bruscamente la cabeza. La puerta del despacho de sir Enrique se había abierto. Salió éste, acompañado del inspector Grange, hombre corpulento, de lacio y caído bigote.

—Ésta es mi esposa… El inspector Grange.

Grange hizo una breve reverencia y dijo:

—Me preguntaba, lady Angkatell, si podría hablar unas palabras con la señora Christow…

Se interrumpió al señalarle lady Angkatell la figura reclinada en el sofá.

—¿La señora Christow?

Gerda dijo con avidez:

—Sí; yo soy la señora Christow.

—No quisiera angustiarla, señora Christow; pero deseo hacerle unas preguntas. Ni que decir tiene que puede pedir que se halle presente su abogado si lo prefiere…

Sir Enrique intervino.

—A veces resulta eso más prudente, Gerda.

Ella le interrumpió:

—¿Un abogado? ¿Por qué un abogado? ¿Qué había de saber un abogado de la muerte de Juan?

El inspector Grange tosió. Sir Enrique pareció a punto de hablar. Enrique intercaló:

—El inspector desea saber exactamente lo que sucedió esta mañana.

Gerda se volvió hacia él. Habló con voz maravillada:

—Todo parece un sueño… una pesadilla… sin pizca de realidad. No, no he podido llorar ni nada… Una no siente nada en absoluto.

Grange dijo, apaciguador:

—Eso es la sacudida, el *choc*, señora Christow.

—Sí, sí… supongo que sí. Pero es que fue todo tan *repentino*… Salí de casa, subí por el sendero hacia la piscina…

—¿A qué hora, señora Christow?

—Era poco antes de la una… a la una menos dos minutos aproximadamente. Lo sé, porque consulté ese reloj. Y, cuando llegué allí… ahí estaba Juan tendido… y había sangre en la orilla de cemento.

—¿Oyó usted un disparo, señora Christow?

—Sí… no… No lo sé. Sabía que sir Enrique y el señor Angkatell habían salido a cazar. Sólo… sólo vi a Juan…

—Siga, señora Christow.

—Juan… y sangre… y un revólver. Cogí el revólver…

—¿Por qué?

—Usted perdone.

—¿Por qué cogió usted el revólver señora Christow?

—No…, no lo sé.

—No debió usted haberlo tocado.

—¿No? —la voz de Gerda era vaga. Tenía vacuo el semblante—. Pero lo hice. Lo tuve en mis manos.

Se miró ahora las manos como si viera el revólver en ellas, con la imaginación.

Se volvió bruscamente hacia el inspector. Se le había tornado la voz de pronto aguda… angustiada.

—¿Quién puede haber matado a Juan? Nadie puede haber deseado matarle. Era… el mejor de los hombres. Tan bondadoso… tan abnegado… hacía todo lo que podía por los demás. Todo el mundo le quería, inspector. Era un médico maravilloso. El mejor y el más bondadoso de los maridos. Tiene que haber sido un accidente… Tiene que haber sido *eso*… ¡tiene que haber sido eso…!

Extendió un brazo hacia la sala.

—Pregúnteselo a cualquiera, inspector. Nadie puede haber querido matar a Juan…, ¿verdad?

La pregunta iba dirigida a todos.

El inspector Grange cerró su libro de notas.

—Gracias, señora Christow —dijo, con voz desprovista de toda emoción—. Eso es todo por el momento.

Hércules Poirot y el inspector Grange cruzaron juntos el bosque hacia la piscina. Lo que antaño fuera Juan Christow, pero que ahora era «el cadáver», había sido fotografiado y medido. Se había hablado de él, lo había examinado el médico forense y lo habían trasladado ya al depósito de cadáveres. La piscina, pensó Poirot, tenía ahora un aspecto de inocencia extraño. Todo lo relacionado con aquel día, se dijo, había sido extrañamente fluido. Hasta la muerte había obrado con un propósito y con un objetivo; La piscina no era ahora, preminentemente, una piscina, era el lugar en que

había yacido Juan Christow, y en que la sangre le había manado de la herida para precipitarse en las azules aguas.

Artificial… Durante unos instantes Poirot jugó con la palabra. ¡Sí! Había algo artificial en todo el asunto. Como si…

Un hombre con traje de baño se acercó al inspector Grange.

—Aquí está el revólver —dijo.

Grange tomó el arma mojada con sumo cuidado.

—No hay esperanzas de encontrar huellas dactilares en ella —observó—; pero, afortunadamente, no importa en este caso. La señora Christow tenía el revólver en la mano cuando llegó usted, ¿verdad, señor Poirot?

—Sí.

—Lo que ahora hace falta es identificar la pistola —dijo Grange —. Supongo que sir Enrique podrá hacer eso. La sacaría de su despacho, seguramente.

Echó una mirada en torno a la piscina.

—Oigamos eso otra vez para que la cosa esté bien clara. La senda que pasa por debajo de la piscina conduce a la granja, y por ella vino lady Angkatell. Los otros dos, el señor Eduardo Angkatell y la señorita Savernake, bajaron del bosque… pero no juntos. Él vino por la senda de la izquierda y ella por la derecha, que parte del paseo de flores que hay por encima de la casa. Pero…, ¿los dos se hallaban de pie al otro lado de la piscina cuando usted llegó?

—Sí.

—Y esta senda de aquí, junto al pabellón, conduce a Podder's Lane. Bueno… iremos por ella.

Mientras andaban, Grange habló sin emoción, con conocimiento y pesimismo sereno.

—Nunca me han gustado estos casos mucho —dijo—. Tuve uno igual el año pasado… cerca de Ashridge. Un militar retirado… carrera distinguida. La mujer era una de esas mujeres anticuadas, agradable y pacífica de unos sesenta y cinco años… cabello gris… un cabello bastante bonito, ondulado. Se entretenía mucho en el jardín. Y un buen día sube al cuarto de su esposo, se apodera de su revólver de reglamento, baja al jardín, y le pega un tiro. Así, como suena. Tras el hecho se ocultan muchas cosas, claro está. Y hubo que averiguarlas. ¡A veces se les ocurre inventar un cuento estúpido

y culpar a un vagabundo! Fingimos aceptarlo ni que decir tiene, para que estén tranquilos mientras investigamos; pero sabemos a qué atenernos.

—Usted quiere decir con esto —dijo Poirot— que ha decidido que la señora Christow mató a su marido.

Grange le dirigió una mirada de sorpresa.

—Y, ¿no lo cree usted así?

Poirot dijo muy despacio:

—Puede haber sucedido todo tal como ella dice.

El inspector Grange se encogió de hombros.

—*Puede*, sí. Pero es un poco infantil el relato. Y *ellos* creen todos que lo mató ella. Ellos saben algo que nosotros desconocemos —miró con curiosidad a su compañero—. Usted creyó que lo había hecho ella cuando llegó al lugar del crimen, ¿verdad?

Poirot entornó los párpados. Subiendo la senda… Gudgeon echándose a un lado… Gerda Christow de pie junto a su esposo con el revólver en la mano y aquel vacuo gesto en el semblante. Sí, como decía, Grange, la había creído culpable a ella… había creído, por lo menos, que ésa era la impresión que había querido dársele.

Sí; pero eso no era lo mismo. Una escena preparada, preparada para engañar.

¿Había tenido Gerda aspecto de mujer que acabara de matar a su marido? Eso es lo que el inspector deseaba saber.

Y, con un sobresalto de sorpresa, Hércules Poirot se dio cuenta de que, durante su larga experiencia, jamás se había encontrado cara a cara con una mujer que acabase de matar a su marido. ¿Qué aspecto tendría una mujer en tales circunstancias? ¿Triunfante, horrorizada, satisfecha, aturdida, incrédula, vacua?

Cualquiera de estas cosas, pensó.

El inspector estaba hablando. Poirot oyó las últimas palabras.

—…una vez averigua uno cuanto se oculta tras el caso, y eso suele poderse saber por la servidumbre.

—¿Va a regresar a Londres la señora Christow?

—Sí. Tiene un par de hijos allí. Tendremos que dejarla marchar. Claro está que la haremos vigilar estrechamente; pero ella no lo sabrá. Cree que todo le ha salido bien y que no se sospecha de ella. A mí me parece una mujer bastante estúpida…

¿Se daba cuenta Gerda Christow, se preguntó Poirot, de lo que pensaba la policía…, de lo que los propios Angkatell pensaban? Por su aspecto, dijérase que no se había dado cuenta de eso ni de ninguna otra cosa. Parecía una mujer de reacciones lentas, completamente aturdida y con el corazón quebrantado por la muerte de su esposo.

Habían llegado a Podder's Lane.

Poirot se detuvo junto a la verja de su casa. Dijo Grange:

—¿Es ésta su casa? Bonita y cómoda. Bueno, adiós de momento, monsieur Poirot. Gracias por su cooperación. Me dejaré caer por aquí algún rato para decirle cómo nos va.

Su mirada viajó camino arriba.

—¿Quién tiene por vecino? No será donde vive nuestra celebridad, ¿verdad?

—La señorita Verónica Cray, la actriz, viene acá a pasar los fines de semana según creo.

—Claro. Dovecotes. Me gusta en *La dama cabalga un tigre*, pero es un poco intelectual para mi gusto. Prefiero a Diana Durbin o a Heddy Lamarr.

Dio la vuelta.

—Bueno. Tengo que ponerme a trabajar. Hasta la vista, monsieur Poirot.

* * *

—¿Reconoce usted esto, sir Enrique?

El inspector depositó el revólver en la mesa delante de sir Enrique y le miró con expectación.

—¿Puedo tocarlo?

La mano de sir Enrique vaciló sobre el arma al hacer la pregunta.

Grange movió afirmativamente la cabeza.

—Ha estado en la piscina. Las huellas que pueda haber tenido han quedado destruidas. Es una lástima que la señorita Savernake se lo dejara escapar de entre los dedos.

—Sí, sí, pero, claro está, era un momento de gran tensión para

todos nosotros. Las mujeres tienen la tendencia de azorarse y dejar caer las cosas.

El inspector volvió a mover afirmativamente la cabeza. Dijo:

—La señorita Savernake parece una joven serena y capaz en conjunto.

Las palabras iban desprovistas de énfasis; sin embargo, había algo en ellas que hizo que sir Enrique alzara vivamente la cabeza. Grange prosiguió:

—Y ahora, ¿lo reconoce usted?

Sir Enrique tomó el revólver y lo examinó. Se fijó en el número y lo comparó con la lista que tenía en un librito encuadernado en piel. Luego, cerrando el librito con un suspiro, dijo:

—Sí, inspector; forma parte de mi colección.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Ayer por la tarde. Estuvimos tirando al blanco un rato en el jardín, y ésta fue una de las varias armas que usamos.

—¿Quiénes fueron los que dispararon el revólver en esa ocasión?

—Creo que todo el mundo disparó por lo menos una vez con él.

—¿Incluso la señora Christow?

—Incluso la señora Christow.

—Y, ¿después de terminar ustedes de tirar?

—Guardé el revólver en su sitio habitual. Aquí.

Abrió el cajón de un escritorio grande. Estaba casi lleno de armas.

—Tiene usted una colección de armas de fuego muy grande, sir Enrique.

—Hace muchos años que tengo esa afición.

La mirada del inspector Grange descansó unos momentos, pensativa, sobre el ex gobernador de las islas Hollowene. Un hombre bien parecido, distinguido…, la clase de hombres a cuyas órdenes nada le hubiera importado servir él. Mejor dicho, un hombre a quien hubiera preferido de haber podido escoger entre su actual jefe y él. El inspector Grange tenía una opinión muy pobre del jefe de Policía del condado de Weald; no era más que un déspota y un cazador de laureles. Procuró concentrarse de nuevo en el asunto del momento.

—¿El revólver no estaría, naturalmente, cargado cuando lo guardó usted, sir Enrique?

—Claro que no.

—Y tiene usted las municiones…, ¿dónde?

—Aquí.

Sir Enrique sacó una llave de una de las gavetas y abrió con ella uno de los cajones inferiores de la mesa.

No podía ser más sencillo, pensó Grange. La Christow había visto dónde la guardaban. No había tenido más que acercarse y llevarse lo que quería. Los celos, se dijo, desquician a las mujeres. Apostaría diez contra uno a que se trata de un caso de celos. La cosa se aclararía en cuanto acabara con la rutina allí e investigara en Harley Street.

Se puso en pie y dijo:

—Gracias, sir Enrique. Ya le daré a conocer la fecha de la encuesta.

Capítulo XIII

Se comieron las ocas frías para cenar. Después de las ocas hubo natillas de caramelo, lo cual, según lady Angkatell, demostraba que la señora Medway tenía los sentimientos adecuados al caso.

La cocina, dijo, ofrecía un gran campo en que dar muestras de delicadeza de sentimientos.

—Ella sabe que las natillas de caramelo no son plato que nos guste demasiado. Resultaría un poco repugnante comer, a raíz de la muerte de un amigo, un dulce favorito de una. Pero las natillas de caramelo son tan fáciles…, tan resbaladizas… Y, además, una se deja parte en el plato.

Suspiró y dijo que confiaba que habrían obrado bien al permitirle a Gerda que regresara a Londres. Pero Enriqueta obró con corrección al acompañarla.

—Regresará aquí para la encuesta, naturalmente —prosiguió lady Angkatell, meditativa, comiendo natillas de caramelo—. Pero, claro está, quería darles la noticia a los niños con las debidas precauciones. Pudieran leer la noticia en los periódicos y no hay más que una francesa en casa…, ya sabe cómo son de excitantes…, una *crisis de nerfs*, posiblemente. Pero Enrique se encargará de ella. Y creo que Gerda estará bien allí. Probablemente mandará llamar a algunos parientes, hermanos quizá. Gerda es de la clase de persona que suele tener hermanas…, tres o cuatro…, y que vivirán, a buen seguro, en Tumbridge Wells.

—¡Qué ocurrencia más extraordinaria, Lucía! —dijo Midge.

—Bueno, querida, en Torquay, si lo prefieres. No; en Torquay no. Tendrían que tener por lo menos sesenta y cinco años para vivir en Torquay. En Eastbourne quizás. O en Saint Leonard.

Lady Angkatell echó una mirada a la última cucharada de

natillas de caramelo, pareció compadecerse de ella, y la dejó de nuevo en su plato muy despacio, sin comérsela.

David, a quien sólo gustaban los dulces, miró su plato vacío.

Lady Angkatell se puso en pie.

—Creo que todos nos queremos acostar temprano esta noche —dijo—. Han ocurrido tantas cosas…, ¿verdad? Una no se forma una idea, leyéndolas en los periódicos, de lo fatigantes que son. Me siento igual que si hubiera caminado quince millas… en lugar de no hacer nada más que estarme sentada…, aunque eso cansa también, porque a una no le gusta leer un libro o un periódico…, ¡resulta tan falto de sensibilidad! Aunque quizás el articulo de fondo del *Observer* no hubiera estado mal… pero no el *News of the World*[9]. ¿No estás de acuerdo conmigo, David? Me gusta saber lo que piensan los jóvenes, así una no pierde contacto.

David contestó en voz muy hueca que él nunca leía el *News of the World*.

—Yo siempre —anunció lady Angkatell—. Fingimos que lo compramos para la servidumbre; pero Gudgeon es muy comprensivo y nunca se lo lleva hasta después del té. Es un periódico la mar de interesante… que cuenta la de mujeres que se suicidan metiendo la cabeza en el horno de gas…, ¡una cantidad increíble de ellas!

—¿Qué harán en las casas del porvenir, en que todo se hará por electricidad? —inquirió Eduardo Angkatell con una leve sonrisa.

—Supongo que no tendrán más remedio que resignarse y seguir viviendo…, que resulta mucho más sensato.

—Estoy en desacuerdo con usted, caballero —anunció David—. En *eso* de que las casas del porvenir estén completamente electrificadas. Puede haber calefacción comunal de suministros. Toda casa de obreros debiera poseer dispositivos para que se ahorraran cuantos trabajos fueran posibles.

Eduardo Angkatell se apresuró a decir que aquél era un asunto en el que temía no estar muy versado. David hizo un gesto de desdén.

Gudgeon entró con una bandeja en que llevaba el café. Se movía más despacio que de costumbre, como para dar la sensación de duelo.

—Ah, Gudgeon —dijo lady Angkatell—, esos huevos… Tenía la intención de marcarlos con la fecha, como de costumbre. ¿Quiere decirle a la señora Medway que se encargue de ello?

—Creo, milady, que hallará usted que todo se ha atendido satisfactoriamente —contestó el mayordomo. Carraspeó—. Me he cuidado yo, personalmente, del asunto.

—Oh, gracias, Gudgeon.

Y al salir, el hombre, murmuró:

—La verdad, Gudgeon es maravilloso. Toda la servidumbre se está portando maravillosamente. Y una les compadece tanto por tener a la Policía en casa… Debe de ser terrible para ellos. A propósito, ¿queda alguno?

—¿Policía quieres decir? —inquirió Midge.

—Sí. ¿No suelen dejar a uno plantado en el vestíbulo? O tal vez esté vigilando la puerta principal escondido en el seto, allá fuera.

—¿Por qué había de vigilar la puerta principal?

—La verdad, no lo sé. Eso es lo que hacen en las novelas. Y luego, asesinan a otro durante la noche.

—¡Lucía, por favor! —exclamó Midge.

Lady Angkatell la miró con curiosidad.

—Querida, ¡cuánto lo siento! Qué estúpida soy. Y, claro está, no pueden asesinar a nadie más. Gerda se ha ido a su casa… Quiero decir… ¡Oh, Enriqueta, querida, lo siento! No tenía intención de decir eso.

Pero Enriqueta no contestó. Estaba de pie junto a la mesita redonda contemplando la lista de tantos de la partida de bridge de la noche anterior.

Dijo, saliendo de su ensimismamiento:

—Perdona, Lucía, ¿qué decías?

—Me preguntaba si quedaría en la casa algún policía sobrante.

—¿Como retales de un saldo? No lo creo. Todos se han vuelto a la comisaría, para escribir lo que hemos dicho en terminología policíaca.

—¿Qué estás mirando, Enriqueta?

—Nada.

Enriqueta cruzó hacia la repisa de la chimenea.

—¿Qué crees que estará haciendo Verónica Cray esta noche? —

preguntó.

El rostro de lady Angkatell expresó algo muy parecido al pánico.

—¡Querida! ¿Crees acaso que vendrá aquí otra vez? Debe de haberse enterado de la noticia ya.

—Sí —asintió Enriqueta, pensativa—; tiene que haberse enterado.

—Y eso me recuerda… —dijo lady Angkatell—; es necesario que telefonee a los Cray. No podemos permitir que vengan a comer mañana como si no hubiera sucedido nada.

Salió de la estancia.

David, odiando a todos los parientes, dijo algo entre dientes de que quería consultar la Enciclopedia Británica. La biblioteca, pensó, resultaría un lugar bastante tranquilo.

Enriqueta se acercó a los ventanales, Eduardo la siguió.

La encontró parada fuera, contemplando el cielo. Dijo ella:

—No hace tanto calor como anoche, ¿verdad?

Eduardo respondió, con su agradable voz:

—No; hace bastante fresco.

Empezó a mirar la casa. Recorrió con la vista las ventanas. Luego dio media vuelta y contempló el bosque. Eduardo no tenía la menor idea de lo que la otra estaría pensando.

Hizo un movimiento hacia el ventanal.

—Más vale que entres. Hace frío.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Me voy a dar un paseo. Hasta la piscina.

—¡Oh, Enriqueta! —dio un paso hacia ella—. Te acompañaré.

—No, gracias, Eduardo —la voz cortó tanto como el frío de la noche—. Quiero estar a solas con mis muertos.

—¡Enriqueta! Querida…, yo no he dicho nada. Pero sí que sabes cuánto… cuánto lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Que Juan Christow haya muerto?

Seguía su voz frágil y aguda.

—Quise decir… que lo sentía por ti, Enriqueta. Sé que tiene que haber sido… un golpe terrible.

—¿Golpe? Ah, pero yo soy muy dura, Eduardo. Puedo soportar los golpes. ¿Fue golpe para ti? ¿Qué sentiste cuando le viste tendido allí? Te alegraste, supongo. No te era simpático Juan Christow.

Eduardo murmuró:

—Él y yo… no teníamos gran cosa en común…

—¡Qué bien lo expresas! De una forma tan contenida… Pero, la verdad es que una cosa teníais en común. ¡A mí! Los dos me queríais, ¿eh? Sólo que eso no servía de lazo de unión entre los dos… Todo lo contrario.

La luna asomó a través de una nube y Eduardo se sobresaltó al ver de pronto el rostro de ella, contemplándole. Inconscientemente, siempre veía a Enriqueta como proyección de la Enriqueta a la que había conocido en Ainswick. Para él, era siempre una muchacha risueña, de ojos vivaces, llenos de avidez y de expectación. La mujer que vio ahora le pareció una extraña, con ojos brillantes, pero fríos, que parecían mirarle con hostilidad.

Dijo, con sinceridad:

—Enriqueta, querida mía, créeme… sí que me conduelo contigo… en… en tu angustia… en la pérdida que acabas de sufrir.

Dijo ella en voz baja:

—Pero, ¿*es dolor*?

La pregunta le sobresaltó. Parecía hacérsela a sí misma, y no a él.

—Tan rápido… puede ocurrir con tanta rapidez… Un momento vivo, respirando. Y, al siguiente… muerto… desaparecido… el vacío. ¡Oh, el vacío! Y henos aquí a nosotros, a todos nosotros, comiendo natillas de caramelo y diciendo que estamos vivos… Y Juan, que estaba más vivo que todos nosotros, está muerto. Me digo la palabra, una vez tras otra. Para mis adentros. Muerto… muerto… muerto, muerto. Y al fin no tiene significado… no tiene significado en absoluto… no quiere decir nada. No es más que una palabrita rara, como el chasquido de una rama podrida. *Muerto… muerto… muerto… muerto*. Es como un *tamtam*, ¿verdad?, sonando en la selva virgen. Muerto… muerto… muerto… muerto…

—¡Enriqueta, calla! ¡Calla por el amor de Dios!

Ella le miró con curiosidad.

—¿No sabías que ésos serían mis sentimientos? ¿Qué creías? ¿Que me sentaría a llorar dulcemente, con la cara hundida en un pañuelito muy mono mientras tú me tomabas la mano? Que sería un golpe terrible, pero que al poco rato me iría reponiendo. Y que

tú me consolarías muy bien. Eres agradable, Eduardo. Eres *muy* agradable. Pero resultas tan… tan inadecuado.

Él retrocedió. Se tornó rígido su semblante. Dijo:

—Eso siempre lo he sabido.

Enriqueta prosiguió con ferocidad:

—¿Qué crees tú que ha sido para mí toda la noche, sentados unos y otros por ahí, muerto Juan y sin que a nadie más que a Gerda y a mí nos importara? Tú, contento; David, cohibido; Midge, angustiada, y Lucía disfrutando del *News of the World* que, de periódico, se había convertido para ella en palpitante realidad. ¿No te das *cuenta* de cuan parecido a una fantástica pesadilla es todo esto?

Eduardo nada dijo. Dio un paso atrás, quedando en la oscuridad.

Mirándole, Enriqueta dijo:

—Esta noche… nada me parece real, nada lo es para mí… ¡salvo Juan!

Eduardo dijo con voz comedida:

—Lo sé… Yo no soy muy real.

—¡Qué bestia soy, Eduardo! Pero no puedo remediarlo. No puedo menos de mostrarme resentida de que Juan, que estaba vivo, esté muerto.

—Y que yo, que estoy medio muerto, esté vivo.

—No quise decir eso, Eduardo.

—Yo creo que sí, Enriqueta. Yo creo que tal vez tengas razón.

Ella, sin embargo, murmuraba, pensativa, volviendo a su primera idea:

—Pero no es dolor. Quizá no sea yo capaz de sentir dolor. Tal vez no lo sienta nunca. Y, no obstante, me gustaría sentir dolor por Juan.

Sus palabras le parecieron a él fantásticas. Pero aún quedó más sobresaltado al agregar la muchacha de pronto, con voz determinada:

—Es preciso que vaya a la piscina.

Se alejó por entre los árboles.

* * *

Eduardo entró en casa de nuevo, andando con rigidez. Midge alzó la cabeza al entrar. Tenía el rostro gris y demacrado. Parecía haberse quedado sin sangre.

No oyó la exclamación que Midge ahogó inmediatamente.

Se acercó a una silla maquinalmente y se sentó. Como si comprendiera que se esperaba algo de él, dijo:

—Hace frío.

—¿Tienes mucho frío, Eduardo? ¿Quieres que… que te… que te encienda fuego?

—¿Cómo?

Midge tomó una caja de cerillas de la repisa de la chimenea. Se arrodilló, y prendió fuego a la leña. Miró cautelosamente, de soslayo, a Eduardo. No se daba cuenta, se dijo, de nada de lo que había a su alrededor.

Dijo:

—Él fuego es agradable. Le calienta a uno.

«¡Qué cara de frío tiene! —pensó—. Pero, ¡no es posible que haga tanto frío! ¡Es Enriqueta! ¿Qué le habrá dicho?».

—Acerca más tu silla, Eduardo. Aproxímate al fuego.

—¿Cómo?

—Tu silla. Al fuego.

Le estaba hablando ahora en voz muy alta. Y despacio, como a un sordo.

Y, de pronto, tan de pronto que el corazón le dio un vuelco de alivio, Eduardo, el verdadero Eduardo, volvió a asomar. Sonriéndole con dulzura.

—¿Me has estado hablando, Midge? Lo siento. Me temo que estaba… pensando en algo.

—Oh, no fue nada. Sólo el fuego.

Chisporroteaba la leña y unas piñas ardían con llama brillante y clara. Eduardo las miró. Dijo:

—Es un fuego muy agradable.

Tendió las largas y delgadas manos hacia la llama, sintiendo el alivio de la tensión.

Midge dijo:

—Siempre quemábamos piñas en Ainswick.

—Y lo sigo haciendo. Se entra un cesto de ellas todos los días y

se coloca junto a la chimenea.

Eduardo en Ainswick. Midge entornó los ojos, imaginándoselo. Se sentaría, pensó, en la biblioteca, en el lado occidental de la mesa. Había una magnolia que casi tapaba una ventana y que llenaba la estancia de una luz verde dorada por las tardes. Por la otra ventana, se veía el césped y una sequoia parecía montar guardia. Y, a la derecha, estaba la gran haya cobriza.

¡Oh, Ainswick…! ¡Ainswick!

Le parecía oler el aire embalsamado que flotaba de la magnolia que, aun en septiembre, tendría algunas flores grandes, blancas como la cera, y de un perfume tan dulce. Y las piñas en el fuego. Y el olor, levemente rancio, de la clase de libro que era seguro que estaría leyendo Eduardo. Estaría sentado en el sillón de respaldo ahuecado y de vez en cuando, quizás, apartaría la mirada del libro para clavarla en el fuego y pensaría, durante un instante, en Enriqueta.

Midge salió de su ensimismamiento y preguntó:

—¿Dónde está Enriqueta?

—Se fue a la piscina.

Midge le miró boquiabierta.

—¿Por qué?

Su voz brusca y profunda, despertó un poco la atención de Eduardo.

—Mi querida Midge, no irás a decirme que no sabías… oh, bueno, que no adivinabas. Conocía a Christow muy bien.

—Oh, claro, una sabía eso. Pero no veo yo por qué había de irse a penar al lugar en que le mataron. Enriqueta no suele hacer esas cosas. Jamás es melodramática.

—¿Sabe alguno de nosotros, acaso, cómo es cualquiera de los demás? Enriqueta, por ejemplo.

Midge frunció el entrecejo. Dijo:

—Después de todo, Eduardo, tú y yo hemos conocido a Enriqueta toda nuestra vida.

—Ha cambiado.

—No, en realidad. Yo no creo que uno cambie.

—Enriqueta ha cambiado.

—¿Más que nosotros? ¿Más que tú y yo?

—Oh, yo me he estacionado. Eso lo sé de sobra. Y tú…

Sus ojos enfocando de pronto, la contemplaron arrodillada junto a la chimenea. Era como si la estuviera mirando desde muy lejos, fijándose en la mandíbula cuadrada, en los ojos negros, en la boca resuelta. Dijo:

—Ojalá te viese con más frecuencia, Midge querida.

Le sonrió. Dijo:

—Lo sé. No es fácil, en estos tiempos, mantener contacto.

Se oyó ruido fuera y Eduardo se puso en pie.

—Lucía tenía razón —dijo—. Ha sido un día fatigante… nuestro primer contacto con el asesinato. Me voy a acostar. Adiós.

Había salido del cuarto cuando entró Enriqueta por el ventanal.

Midge se volvió hacia ella.

—¿Qué le has hecho a Eduardo?

—¿Eduardo?

Enriqueta pronunció el nombre, distraída. Tenía fruncido el entrecejo. Parecía estar pensando en algo que se hallase lejano.

—Sí, Eduardo. Entró con una cara horrible…, ¡tan fría y tan gris…!

—Si tanto quieres a Eduardo, Midge, ¿por qué no haces algo?

—¿Hacer algo? ¿qué quieres decir?

—No lo sé. ¡Subirte a una silla y dar gritos! ¡Llamar la atención hacia ti! ¿No sabes que ésa es la única esperanza cuando se trata de un hombre como Eduardo?

—Eduardo jamás querrá a ninguna persona más que a ti, Enriqueta. Nunca ha querido a ninguna otra.

—En tal caso, da muestras de muy poca inteligencia.

Echó una rápida mirada al pálido semblante de Midge. Agregó:

—Te he herido. Lo siento. Pero odio a Eduardo esta noche.

—¿Odias a Eduardo? No *puedes*.

—¡Ya lo creo que puedo! Tú no sabes…

—¿Qué?

Enriqueta dijo, muy despacio:

—Me recuerda tantas cosas que yo quisiera olvidar…

—¿Qué cosas?

—Pues… Ainswick, por ejemplo.

—¿Ainswick? ¿Quieres olvidar Ainswick?

El tono de Midge expresaba incredulidad.

—¡Sí, sí, sí! Era feliz allí. No puedo soportar, en estos instantes, que se me recuerde la felicidad. ¿No comprendes? Un tiempo en que una no sabía lo que encerraba el porvenir… en que una decía llena de confianza, ¡todo va a ser delicioso! Alguna gente es sabia: nunca espera ser feliz. Yo sí lo esperaba.

Dijo, bruscamente:

—Jamás volveré a Ainswick.

Midge murmuró muy despacio:

—Si, será verdad…

Capítulo XIV

Midge se despertó bruscamente el lunes por la mañana.

Durante un momento permaneció echada, aturdida, mirando hacia la puerta, porque medio esperaba que lady Angkatell se presentase. ¿Qué era lo que había dicho Lucía al entrar aquella primera mañana?

¿Un fin de semana difícil? Había estado preocupada…, había pensado que pudiera suceder algo desagradable.

Sí; y algo desagradable había ocurrido, algo que envolvía ahora el corazón y el ánimo de Midge, como un negro y espeso nubarrón. Algo en lo que no quería pensar, que no deseaba recordar. Algo que la *asustaba*. Algo relacionado con Eduardo.

El recuerdo la inundó como un torrente. Una palabra sola y horrible: ¡*Asesinato*!

Oh, no, pensó Midge; no puede ser verdad. Es una pesadilla que he tenido. Juan Christow, asesinado, muerto…, caído junto a la piscina. Sangre y agua azul —como la cubierta de una novela policíaca—. Fantástico. Irreal. Una de esas cosas que a una nunca le suceden. Si estuviéramos en Ainswick ahora… No hubiera podido ocurrir en Ainswick.

El negro peso se retiró de su frente. Se le colocó en la boca del estómago, produciéndole sensación de náuseas.

No era sueño. Era un suceso real, un suceso de los del *News of the World*. Y ella, y Eduardo, y Lucía, y Enrique, y Enriqueta estaban todos complicados en el asunto.

Injusto —¿no era injusto acaso?—, puesto que nada tenía que ver con ellos que Gerda hubiese matado de un tiro a su marido.

Midge se agitó inquieta.

Gerda, la pacífica, la estúpida, la levemente patética…, no podía

una asociar a Gerda con melodramas…, con violencias.

De nuevo sintió aquella intranquilidad interior. No, no; una no debía pensar así. Porque, ¿qué otra persona *podía* haber matado a Juan? Y Gerda había estado parada allá, junto a su cuerpo, con el revólver en la mano. El revólver que se había llevado del despacho de Enrique.

Gerda había dicho que había encontrado muerto a Juan y que había recogido el revólver. Bueno, ¿y qué otra cosa podía decir? *Algo* tenía que decir, pobrecilla.

Estaba muy bien eso de que Enriqueta la defendiera, que dijese que la historia de Gerda era perfectamente posible. Enriqueta no se había parado a pensar en cuan imposible era toda otra solución.

Enriqueta se había portado de una forma muy rara la noche anterior.

Pero eso, claro, se debía a la enorme sacudida que le había producido la muerte de Juan Christow.

¡Pobre Enriqueta…, que tanto había querido a Juan!

Pero ya le pasaría con el tiempo; a una se le pasaba todo. Y entonces se casaría con Eduardo y se iría a vivir a Ainswick, y Eduardo sería feliz por fin.

Enriqueta siempre había querido mucho a Eduardo. Sólo la personalidad agresiva y dominante de Juan se había metido de por medio. Había hecho que Eduardo pareciera… tan *pálido*, tan sin vida a su lado…

Se le antojó a Midge cuando bajó a desayunarse aquella mañana, que, liberada del dominio de Juan Christow, la personalidad de Eduardo empezaba a hacerse sentir ya. Parecía muy seguro de sí mismo, menos vacilante, menos retraído.

Le estaba hablando agradablemente al ceñudo David, a pesar de no obtener de éste reacción alguna favorable.

—Es preciso que vengas con más frecuencia a Ainswick, David. Me gustaría que te sintieses allí como en tu casa y que lo conocieras todo bien.

David contestó con frialdad, sirviéndose mermelada.

—Estos grandes latifundios son una farsa. Debieron ser parcelados.

—Espero que eso no ocurrirá en vida mía —contestó Eduardo,

sonriendo—. Mis colonos están en todos los aspectos muy satisfechos.

—No debieran estarlo —respondió David—. Nadie debiera estar satisfecho ni contento.

—Si los monos se hubieran conformado con los rabos… —murmuró lady Angkatell, que se hallaba junto al bufet, contemplando, distraída una fuente de riñones—. Es un verso que aprendí de pequeña; pero no me acuerdo de cómo sigue. He de charlar un rato contigo, David, y ponerme al corriente de todas las ideas nuevas. Por lo que veo, una debe odiar a todo el mundo, pero al mismo tiempo darles asistencia médica gratuita, mucha más cultura, ¡pobres criaturas, meter como un rebaño a todos esos niños indefensos en una escuela todos los días!, y aceite de hígado de bacalao a los nenes, haciéndoselo tragar a viva fuerza si no se lo toman por las buenas…, ¡con lo desagradable y maloliente que es!

Lucía, pensó Midge, estaba obrando aproximadamente igual que siempre.

Y Gudgeon, cuando se cruzó con ella en el vestíbulo, también parecía tener el aspecto de costumbre. La vida había vuelto a su cauce normal en *The Hollow*, al parecer. Habiéndose marchado Gerda, todo lo sucedido parecía un sueño.

Fuera sonó el crujido de la grava bajo las ruedas de un coche y el automóvil de sir Enrique se detuvo. Había pasado la noche en su club y emprendió el camino de regreso a *The Hollow* a primera hora de la mañana.

—¿Todo marchó bien? —inquirió lady Angkatell.

—Sí. Estaba allí la secretaria, una muchacha de mucha capacidad. Asumió ella la dirección de todo. Hay una hermana, al parecer. La secretaria la telegrafió.

—Ya sabía yo que la habría —dijo lady Angkatell—. ¿En Tumbridge Wells?

—Creo que en Bexhill —contestó sir Enrique, mirándola intrigado.

—Seguramente —Lucía pareció estudiar a Bexhill mentalmente —. Sí; probablemente.

Gudgeon se acercó.

—El inspector Grange telefoneó a sir Enrique. La encuesta se

celebrará el miércoles a las once de la mañana.

Sir Enrique asintió con la cabeza. Dijo Lucía:

—Midge, más vale que telefonees a tu tienda.

Midge se dirigió muy despacio, al teléfono.

Su vida había sido siempre tan normal, tan vulgar, que le pareció que carecería de frases para explicarle a su jefe que, al cabo de cuatro días de vacaciones, no le era posible volver a su trabajo debido a que se hallaba complicada en un asesinato.

No sonaba creíble. Ni siquiera lo sentía creíble.

Y madame Alfrege no era persona a quien resultara fácil explicarle cosa alguna en ningún momento.

Midge cuadró la mandíbula y descolgó el auricular.

Todo resultó tan desagradable como ella había esperado. La voz ronca de la vitriólica judía sonó, furiosa, por el aparato.

—¿Qué ez ezo, ceñorita Hardcazle? ¿Una muerte? ¿Un entierro? ¿No zabe uzted de zobra que ando falta de brazoz? ¿Uzted cree que voy a aguantar ezcuzaz? ¡Ah, cí! ¡Ceguramente lo eztá uzted pazando muy bien!

Midge la interrumpió hablando aguda y claramente:

—Me lo impide la policía.

—¿La policía? ¿La policía ha dicho? —casi era un alarido—. ¿Anda uzted mezclada con la policía?

Midge apretó los dientes y continuó explicando. Era raro cuan sórdido lo hacía parecer todo aquella mujer con la que estaba hablando. Un vulgar caso policíaco. ¡Qué alquimia había en los seres humanos!

Eduardo abrió la puerta y entró. Al ver que Midge telefoneaba, inició la retirada. Ella le contuvo.

—Quédate, Eduardo, por favor. Oh, *quiero* que te quedes aquí.

La presencia de Eduardo en el cuarto le daba fuerzas, hacía de antídoto contra el veneno.

Destapó de nuevo la boquilla.

—¿Cómo? Sí. Lo siento, madame. Pero, después de todo, la culpa no es mía…

La voz desagradable y ronca gritaba, furiosamente:

—¿Quiénez zon ezoz amigoz zuyoz? ¿Qué claze de gente ez para que tenga a la policía allí y para que maten en zu caza a un

hombre? ¡Ganaz me dan de no volverla a admitir! No puedo conzentir que el nombre de mi eztablecimiento pierda.

Midge dio contestaciones sumisas. Colgó el auricular por fin con un suspiro de alivio. Estaba alterada y sentía náuseas.

—Es la casa en que trabajo —explicó—. Tuve que decirles que no estaría de vuelta hasta el jueves, debido a la encuesta… a la policía.

—Espero que se mostrarían comprensivos. ¿Qué tal es esa tienda de vestidos? ¿Es simpática la dueña? ¿Resulta agradable trabajar con ella?

—¡No diría yo tanto! Es una judía del barrio de Whitechapel[10], con el pelo teñido.

—Pero mi querida Midge…

La cara de consternación de Eduardo casi la hizo romper a reír. Tan preocupado estaba.

—Pero, hija mía tú no puedes aguantar eso. Si has de trabajar, has de tomar un empleo donde el ambiente sea armonioso y la gente con quien trabajes te sea simpática.

Midge le miró unos segundos sin contestar.

¿Cómo explicarle, pensó, a una persona como Eduardo? ¿Qué sabía Eduardo de colocaciones, de lo difícil que resultaba encontrar un empleo?

Y, de pronto, una oleada de amargura la invadió. Lucía, Eduardo, sí; hasta Enriqueta, estaba separada de todos ellos por un abismo infranqueable, el abismo que separa a la gente acomodada de los que tienen necesidad de trabajar.

No tenían la menor idea de lo difícil que era conseguir un empleo y, habiéndolo obtenido, de conservarlo. Podría decirse, tal vez, que en rigor, no había necesidad de que ella se ganara la vida. Lucía y Enriqueta la hubiesen acogido gustosas, en su hogar. Y, con igual alegría, le hubieran señalado una pensión. Eduardo también hubiese hecho esto último de muy buena gana.

Pero Midge se rebelaba ante la idea de aceptar la vida fácil que sus parientes acomodados le ofrecían. El acudir en contadas ocasiones a casa de Lucía y compartir su vida bien ordenada y de lujo resultaba delicioso. Podía disfrutar de veras en tales ocasiones. Cierta independencia de espíritu, no obstante, le impedía aceptar

semejante vida como un regalo. Esa misma manera de pensar no le había permitido establecerse por su cuenta con dinero como préstamo de sus parientes y amigos. Tenía demasiadas cosas para eso.

No pedía dinero alguno prestado. No haría uso de ninguna influencia. Había encontrado empleo con un sueldo de cuatro libras esterlinas a la semana. Y, si bien había logrado colocación porque madame Alfrege confiaba que Midge atraería a sus amigas «elegantes» a la tienda y les haría comprar, madame Alfrege se había llevado un chasco. Midge desanimaba a toda amiga suya a quien pudiera ocurrírsele semejante idea.

No se hacía ilusiones de ninguna clase. El establecimiento le era antipático. Madame Alfrege, también. Odiaba el tenerse que mostrar siempre sumisa y servil con la clientela mal educada y falta de la más elemental cortesía. Pero dudaba mucho que pudiera encontrar un empleo que le gustara más, puesto que no contaba con los conocimientos necesarios.

El que Eduardo supusiera que contaba con una variedad muy grande de empleos entre los que escoger le resultaba insoportable e irritante aquella mañana. ¿Con qué derecho vivía Eduardo en un mundo tan divorciado de la realidad?

Eran Angkatell todos ellos. Y ella…, ¡ella sólo era Angkatell a medias! Y a veces, como aquella mañana, no se sentía Angkatell en absoluto. Era totalmente hija de su padre.

Pensó en su padre con la misma sensación de amor y de pesar de siempre. Un hombre que había luchado años y años dirigiendo un pequeño negocio de familia que a pesar de todos sus esfuerzos y todos sus cuidados, había forzosamente de ir en continua baja. No porque él careciese de capacidad, sino como consecuencia de los crecientes progresos.

Por raro que parezca, Midge había centrado toda su devoción, no en su madre, la brillante Angkatell, sino en su pacífico y cansado padre. Cada vez que regresaba de aquellas visitas hechas a Ainswick, y que constituían la máxima alegría de su vida, respondía a la muda pregunta reflejada en los ojos cansados y que, al mismo tiempo, era como una excusa porque él no podía ofrecerle algo semejante, echándole los brazos al cuello y diciéndole:

—Me alegro de estar de vuelta en casa… Me alegro de estar de vuelta en casa.

La madre había muerto teniendo Midge trece años. A veces, Midge se daba cuenta de que sabía muy poco de su madre. Era para ella una figura vaga, encantadora, alegre. ¿Se había arrepentido de su matrimonio, de aquel matrimonio que la había sacado del círculo de la familia Angkatell? Midge no tenía la menor idea. El padre se había tornado más gris y más callado después de la muerte de su esposa. Su lucha contra la extinción de su negocio se había hecho cada día más inútil. Había muerto pacífica e inconspicuamente cuando Midge tenía dieciocho años.

Midge había pasado temporadas con varios de los Angkatell, había aceptado regalos de ellos, lo había pasado muy bien en su compañía; pero se había negado a depender económicamente de su buena voluntad. Y a pesar de lo mucho que les quería, había veces, como aquélla, en que se sentía repentina y violentamente divergente de ellos.

Pensó con rencor:

«¡No saben nada!».

Eduardo, de una gran sensibilidad, como siempre, la estaba mirando, intrigado. Preguntó con dulzura:

—¿Te he disgustado? ¿Por qué?

Lucía entró en el cuarto. Se hallaba en plena conversación, una de esas conversaciones que iniciaba mentalmente y luego continuaba en voz alta:

—…es que una no sabe, en realidad, si preferiría el Ciervo Blanco a nosotros.

Midge la contempló boquiabierta y luego transfirió su mirada a Eduardo.

—Es inútil que mires a Eduardo —advirtió lady Angkatell—. Eduardo no sabría qué decir. Tú, Midge, eres siempre tan práctica…

—No sé de qué estás hablando, Lucía.

Lucía puso cara de sorpresa.

—La encuesta, querida. Gerda tiene que asistir a ella. ¿Debiera alojarse aquí? O… ¿ir al Ciervo Blanco? Los recuerdos serán dolorosos aquí, claro está. Pero después de todo, en el Ciervo Blanco habrá gente que le mirará con curiosidad, y Dios sabe

cuántos periodistas. El miércoles, ¿sabes?, a las once. O…, ¿es a las once y media? —una sonrisa iluminó el rostro de lady Angkatell—. ¡Jamás he estado en una encuesta! He pensado en mi vestido gris… y sombrero, claro está, como si fuese a la iglesia…, pero guantes, no.

»¿Quieres que te diga una cosa? —prosiguió, cruzando el cuarto, descolgando el auricular del teléfono y contemplándolo—. ¡No creo que tenga más guantes que los de trabajar en el jardín en estos tiempos! Y claro, una barbaridad de estos tan largos para llevar de noche, que aún conservo de los tiempos de gobernadora. Los guantes resultan un poco estúpidos, ¿no os parece?

—Para lo único que sirven es para no dejar huellas dactilares cuando se comete un crimen —dijo Eduardo sonriendo.

—Es muy interesante que digas eso, Eduardo…, muy interesante. ¿Qué estoy haciendo con esto?

Lady Angkatell miró al aparato telefónico con leve disgusto.

—¿Ibas a telefonear a alguien?

—No lo creo.

Lady Angkatell sacudió la cabeza y volvió a colgar cuidadosamente el auricular.

Miró a Eduardo y luego a Midge.

—Eduardo, no creo que debieras disgustar a Midge. A Midge le afectan las muertes violentas mucho más que a nosotros.

—Pero, Lucía —exclamó Eduardo—, si sólo me estaba preocupando por el sitio en que trabaja Midge… A mí me parece imposible.

—Eduardo opina que debiera tener un jefe delicioso y simpático que me apreciara —explicó secamente la muchacha.

—En serio, Midge —dijo Eduardo—, estoy preocupado.

Ella le interrumpió:

—Esa maldita mujer me paga cuatro libras esterlinas a la semana. Eso es lo único que me importa.

Pasó por delante de él y salió al jardín.

Sir Enrique estaba sentado en el sitio de costumbre, sobre el bajo muro; pero Midge torció y subió la senda en dirección al paseo de flores.

Sus parientes eran encantadores, pero le estorbaba su encanto

aquella mañana.

David Angkatell estaba sentado en el banco de la parte más alta de la senda.

David no tenía nada de encantador; conque Midge se fue derecha a él y se sentó a su lado, observando con maliciosa satisfacción su gesto de disgusto.

Cuan difícil resultaba, pensó David, huir de la gente.

Le habían echado de su cuarto las incursiones de las doncellas armadas de paños para quitar el polvo, cubos y escobas.

La biblioteca y la Enciclopedia Británica no habían resultado el santuario que con tanto optimismo había esperado que fueran. Lady Angkatell había entrado un par de veces, dirigiéndole bondadosamente palabras a las que no parecía haber contestación inteligible alguna.

Había salido a condolerse, a solas, de su situación. El simple fin de semana al que de mala gana se había comprometido, habíase alargado ahora como consecuencia de las exigencias relacionadas con una muerte repentina y violenta.

David, que prefería la contemplación de un pasado académico o la discusión del porvenir de la izquierda, carecía de aptitudes para enfrentarse con un presente violento y realista. Como le había dicho a lady Angkatell, él no leía el *News of the World*. Pero el *News of the World* había venido a *The Hollow*.

¡Asesinato! David se estremeció de repugnancia. ¿Qué pensarían sus amigos? ¿Cómo se tomaban el asesinato? ¿Cuál era la actitud de uno? ¿De aburrimiento? ¿De disgusto? ¿De leve distracción o diversión?

Como quiera que estaba tratando de llegar a una decisión sobre este punto, le hizo poquísima gracia que le fuera a turbar Midge. La miró con inquietud cuando se sentó a su lado.

Le sobresaltó el gesto de desafío con que le devolvió la mirada. Una muchacha desagradable, sin valor intelectual alguno.

Preguntó Midge:

—¿Qué tal, te gustan tus parientes?

David se encogió de hombros. Dijo:

—En realidad…, ¿piensa uno en alguno de los parientes acaso?

Dijo Midge:

—¿Acaso piensa uno en algo?

«Tú en nada, sin duda alguna», se dijo para sus adentros David. Luego, casi con amabilidad:

—Analizaba mis reacciones ante un asesinato.

—Desde luego es curioso —murmuró Midge— *encontrarse* en uno.

David suspiró y dijo:

—Fastidioso —ésa era, pensó, la mejor actitud. Todos los clisés, todas las frases hechas, todas las situaciones manidas que uno creía no tenían existencia fuera de las páginas de una novela policíaca.

—Debes estar arrepentido de haber venido —dijo Midge.

David volvió a suspirar.

—Sí; hubiese podido estar en casa de un amigo mío en Londres.

Y agregó:

—Tiene una librería izquierdista.

—Supongo que se está más cómodo aquí.

—¿Le importa a uno la comodidad en rigor? —inquirió David con desdén.

—Hay veces —afirmó Midge— en que me parece que es lo único que me importa.

—La actitud de los mimados de la fortuna —dijo David—. Si fueras una trabajadora…

Midge le interrumpió.

—Lo soy. Precisamente por eso me resulta tan atractivo el gozar de las comodidades. Camas blancas, almohadas de edredón…, el desayuno en la cama…, un baño de porcelana con agua caliente a discreción… y deliciosas sales de baño. Una de esas butacas en que una se hunde de verdad…

Midge hizo una pausa en la enumeración.

—Los trabajadores —dijo David— debieran tener todas esas cosas.

Pero estaba un poco dudoso en cuanto se refería al desayuno en la cama. Sonaba imposiblemente sibarítico para un mundo seriamente organizado.

—No podría estar más de acuerdo contigo de lo que estoy —aseguró Midge de todo corazón.

Capítulo XV

Cuando Hércules Poirot disfrutaba de una taza de chocolate a media mañana, le interrumpió el timbre del teléfono. Se puso en pie y descolgó el auricular.

—¿Diga?

—¿Mister Poirot?

—¿Lady Angkatell?

—¡Qué agradable que conozca usted mi voz! ¿Le molesto?

—De ninguna manera. Espero que no se encontrará su salud resentida por los angustiosos sucesos de ayer.

—¡Oh, no! Angustiosos como usted dice; pero una se siente, descubro, completamente apartada, sin conexión con ellos como quien dice. Le telefoneo para preguntarle si le sería posible acercarse… Ya sé que resulta una imposición; pero me encuentro verdaderamente angustiada.

—No faltaba más, lady Angkatell. ¿Quería usted decir ahora?

—Pues; sí que quería decir ahora. Tan aprisa como pueda. Es usted muy amable.

—De ninguna manera. ¿Iré cruzando el bosque, pues?

—¡Oh!, claro. El camino más corto. Tantísimas gracias, mister Poirot.

Poirot se detuvo tan sólo a quitarse unas motas de polvo de las solapas y a ponerse un gabán delgado. Luego cruzó el camino y echó a andar apresuradamente a través del castañar. La piscina estaba desierta, la policía había terminado su trabajo y partido. Parecía inocente y apacible bajo la suave y nebulosa luz otoñal.

Echó una rápida mirada al interior del pabellón. Observó que habían retirado la capa de zorros platinados. Pero las seis cajas de cerillas seguían sobre la mesa junto al diván. Le intrigaron más que

nunca aquellas cerillas.

—No es un lugar para tener cerillas… aquí, en la humedad. Una caja, por conveniencia, quizá. Pero no seis.

Contempló la mesa de hierro pintado con fruncido entrecejo. Habían quitado la bandeja con copas. Alguien había dibujado con lápiz sobre la mesa el burdo diseño de un árbol de pesadilla. Le dolió a Poirot. Era una ofensa para su ordenada mente.

Hizo un chasquido con la lengua, sacudió la cabeza y continuó andando hacia la casa, preguntándose cuál sería el motivo de la urgente llamada.

Lady Angkatell le estaba aguardando junto a los ventanales y le hizo entrar en la sala desierta.

—Le estoy muy agradecida por haber venido, mister Poirot.

Le estrechó la mano con calor.

—Madame, estoy a sus órdenes.

Las manos de lady Angkatell flotaron expresivamente. Abrió los grandes y hermosos ojos.

—Es que todo es tan difícil… El inspector está entrevistándose con… no, interrogando…, tomando una declaración…, ¿cuál es el término que emplean ustedes?, a *Gudgeon*. Y la verdad, aquí nuestra vida entera depende de Gudgeon y una simpatiza tanto con él… Porque, claro está, es terrible que le interrogue la policía…, aun tratándose del inspector Grange, quien, la verdad, me parece un hombre muy agradable y probablemente será padre de familia… niños en mi opinión, y les ayudará en el Meccano[11] por la noche…, y una mujer que lo tendrá todo muy limpio, aunque muy apiñado por falta de espacio.

Hércules Poirot parpadeó al desarrollar lady Angkatell su imaginaria descripción de la vida familiar del inspector.

—A juzgar por la forma en que le cae el bigote —prosiguió lady Angkatell—, creo que una casa demasiado limpia puede ser a veces deprimente… como el jabón de la cara de las enfermeras. ¡Lo que brilla! Pero eso ocurre más bien en el campo, donde las cosas van más atrasadas… en las clínicas londinenses usan la mar de polvos y se pintan los labios con un carmín vivido de verdad. Pero estaba diciendo, monsieur Poirot, que tiene usted que venir a comer como es debido cuando haya terminado este estúpido asunto.

—Es usted muy amable.

—A mí, personalmente, no me importa la policía —dijo lady Angkatell—. En realidad, lo encuentro todo la mar de interesante. «Permítame que le ayude en todo lo que pueda», le dije al inspector Grange. Parece una persona algo aturdida, pero metódica.

»El móvil le parece tan importante a la policía —prosiguió—. Y ya que hablábamos de enfermeras de hospital, creo que Juan Christow… una enfermera pelirroja con nariz respingona… la mar de atractiva. Pero, claro está eso fue hace mucho tiempo y a la policía pudiera no interesarle. Una no sabe, en realidad, cuánto tendría que soportar la pobre Gerda. Es una de esas mujeres leales, ¿no le parece? O posiblemente se cree lo que le dicen. Yo creo que si una no tiene mucha inteligencia, lo más prudente es hacer eso.

Bruscamente, lady Angkatell abrió de par en par la puerta del despacho y empujó a Poirot hacia dentro diciendo animadamente:

—Aquí está monsieur Poirot.

Dio la vuelta majestuosamente a su alrededor y salió. El inspector Grange y Gudgeon estaban sentados junto a la mesa. En el rincón había una joven con un librito de notas. Gudgeon se puso respetuosamente en pie.

Poirot se apresuró a presentar excusas.

—Me retiro inmediatamente. Le aseguro que no tenía la menor idea de que lady Angkatell…

—No, no; ya me figuro que no —el bigote de Grange tenía un aspecto más pesimista que nunca aquella mañana.

«Quizá», pensó Poirot, fascinado por la reciente descripción que hiciera lady Angkatell de Grange, «quizá haya habido demasiada limpieza… o tal vez se haya comprado una mesa de bronce de Benarés, de suerte que el buen inspector no tiene, en verdad, sitio suficiente donde moverse».

Desterró estos pensamientos con ira. La casa limpia, pero demasiado llena del inspector Grange, la mujer, los hijos y su afición al Meccano, no eran más que fragmentos de la imaginación de lady Angkatell.

Pero la vividez con que asumía una realidad concreta le interesaba. La facultad de lady Angkatell de conseguir que así fuera resultaba sorprendente, una verdadera proeza.

—Siéntese, monsieur Poirot —dijo Grange—. Hay algo que quiero preguntarle y casi he terminado aquí.

Volvió a ocuparse de Gudgeon, que, con respeto y casi protestando, se sentó de nuevo y miró a su interlocutor con cara sin expresión.

—Y…, ¿eso es todo lo que puede usted recordar?

—Sí, señor. Todo, señor, seguía como de costumbre. No sucedió ninguna cosa desagradable.

—Hay una capa de pieles… allá en el pabellón; junto a la piscina. ¿A cuál de las señoras pertenecía?

—¿Se refiere usted, señor, a una capa de zorro platinado? La vi ayer cuando llevé las copas al pabellón. Pero no es propiedad de ninguna de las señoras que habitan en esta casa.

—¿De quién es, pues?

—Es posible que pertenezca a la señora Cray. La señorita Verónica Cray, artista de cine. Llevaba algo por el estilo.

—¿Cuándo?

—Cuando estuvo aquí anteanoche, señor.

—No me había hablado usted que figurara ella entre los invitados.

—No era invitada, señor. La señorita Cray, de Dovecotes, la… ¡ah…!, casita de Podder's Lane… Se había quedado sin cerillas y vino después de cenar a pedir unas cuantas prestadas.

—¿Se llevó seis cajas? —inquirió Poirot.

Gudgeon se volvió hacia él.

—Exacto, señor. Milady, después de preguntar si teníamos suficientes, insistió en que la señorita Cray se llevara media docena de cajas.

—Que se dejó en el pabellón —dijo Poirot.

—Sí, señor. Las vi ayer por la mañana.

—No le pasan muchas cosas por alto a ese hombre —observó Poirot al marcharse Gudgeon y cerrar la puerta suavemente tras él.

El inspector Grange se limitó a decir que los criados eran el mismísimo demonio.

—Sin embargo —agregó animándose un poco—, siempre nos queda la doncella de cocina… la maritornes. Ésas suelen hablar… No son como el resto de la servidumbre, que se da tanto tono.

»He encargado a un agente que investigue en Harley Street —prosiguió—. Y haré una visita yo mismo más tarde durante el día. Debiéramos encontrar algo por ese lado. Seguramente sabrá usted que la esposa de Christow tenía que aguantar muchas cosas. Algunos de esos médicos de moda y sus pacientes femeninos… ¡lo sorprendido que usted quedaría si supiese…! Y deduzco, por lo que me ha dicho lady Angkatell, que hubo jaleo por cuestión de una enfermera del hospital. Claro que habló muy vagamente de ello…

—Sí —asintió Poirot—; pero ya me lo figuro.

Un cuadro hábilmente construido… Juan Christow o intrigas amorosas con enfermeras del hospital… las oportunidades de la vida de un médico… razones de sobra para celos de Gerda que habían culminado por fin en un asesinato.

Sí; un cuadro hábilmente sugerido, concretando la atención en el ambiente de Harley Street… lejos de *The Hollow*, lejos del momento en que Enriqueta Savernake, dando un paso hacia delante, le había quitado el revólver a Gerda Christow. Y lejos de aquel otro momento en que Juan, moribundo, había dicho: *Enriqueta*.

Abriendo de pronto los ojos que había tenido entornados, Hércules Poirot preguntó con irresistible curiosidad:

—¿Juegan sus hijos con un Meccano?

—¿Eh? ¿Cómo? —el inspector salió de su momentáneo ensimismamiento y miró boquiabierto a Poirot—. Pero, ¿qué diantre…? Si quiere que le diga la verdad, son un poco pequeños…, pero estaba pensando en regalarle a Eduardito un Meccano para la festividad de Nochebuena. ¿Por qué lo pregunta?

Poirot movió negativamente la cabeza.

Lo que hacía peligrosa a lady Angkatell, pensó, era el hecho de que aquellas deducciones intuitivas y fantásticas a las que con tanta facilidad se entregaba, pudieran resultar con frecuencia acertadas. Con palabras despreocupadas (¿aparentemente despreocupadas?) construía un cuadro. Y si parte del cuadro resultaba cierto, ¿no creería uno, a pesar suyo, que el resto era cierto también?

El inspector Grange estaba hablando.

—Hay un punto que quisiera consultar con usted, monsieur Poirot. Esa señorita Cray, la actriz…, se da un paseo hasta aquí para pedir prestadas unas cerillas. Si deseaba pedir cerillas, ¿por qué no

fue a casa de usted, que está a un paso de distancia de la suya? ¿Qué necesidad tenía de caminar media milla?

Hércules Poirot se encogió indiferentemente de hombros.

—Pudiera haber razones. Razones, de vanidad…, las llamamos así… Mi casita es pequeña, poco importante. Yo sólo soy un señor que viene aquí a pasar los fines de semana. Pero sir Enrique y lady Angkatell son importantes… Viven aquí… Son los que suelen llamar de «postín». Esta señorita, Verónica Cray, puede haber deseado conocerles… Y después de todo, ésa era una manera como cualquier otra de conseguirlo.

El inspector se puso en pie.

—Sí —dijo—; eso es muy posible, claro está; pero uno no se puede permitir el lujo de olvidar detalle. Sea como fuere, no dudo que todo marchará como una seda. Sir Enrique ha identificado el arma como parte integrante de su colección. Parece ser que estuvieron tirando con ella al blanco la tarde anterior. Lo único que tenía que hacer la señora Christow era entrar en el estudio y sacarla de donde había visto que la ponía sir Enrique junto con las municiones. Es la mar de sencillo.

—Sí —murmuró Poirot—, todo parece la mar de sencillo. Sí.

Así, pensó, cometería un crimen una mujer como Gerda Christow. Sin subterfugios ni complejidad, empujada repentinamente a la violencia por la amarga angustia de un temperamento estrecho, sin grandes horizontes, pero profundamente amoroso.

Y, sin embargo, era de creer, era de creer que habría tenido algún instinto de conservación. O…, ¿habría obrado con esa ceguera que oscurece el espíritu cuando se descarta por completo la razón?

Recordó su semblante vacuo, aturdido.

No sabía. No sabía en verdad qué pensar. Pero se le antojaba que debía saberlo.

Capítulo XVI

Gerda Christow se sacó el vestido negro por encima de la cabeza y lo dejó caer en una silla.

La incertidumbre hacía lastimera su mirada. Dijo:

—No sé… De verdad que no sé. Nada parece importar.

—Comprendo, querida, comprendo.

La señora Patterson era bondadosa, pero firme. Sabía exactamente cómo tratar a la gente que había sufrido una pérdida. «Elisa es maravillosa en una crisis», decía de ella su familia.

En aquel momento se hallaba sentada en la alcoba de su hermana Gerda en Harley Street, ejerciendo sus «maravillas». Elisa Patterson era alta y delgada, de modales enérgicos. Estaba mirando ahora a Gerda con una mezcla de irritación y de compasión.

—¡Pobre Gerda querida! Era una tragedia que hubiese perdido a su esposo de una manera tan terrible. Y vaya, ni aún ahora parecía darse cuenta de las… buenas, bueno, las *complicaciones*, no con exactitud, por lo menos. Claro, reflexionó la señora Patterson, Gerda siempre había sido terriblemente lenta de comprensión. Y había que tener en cuenta también el efecto del golpe sufrido.

Dijo:

—Yo en tu lugar escogería ese *marocain* negro de doce guineas.

Una tenía que decidir siempre por Gerda.

Gerda permaneció inmóvil con el entrecejo fruncido. Dijo vacilante:

—La verdad es que no sé si le gustaba el luto a Juan. Me parece haberle oído decir una vez que no.

Juan, pensó. Si siquiera estuviera Juan aquí ahora para decirme lo que debo hacer…

Pero Juan ya no volvería a estar allí. Nunca… nunca… nunca…

El cordero quedándose frío… congelándose en la mesa… El golpe de la puerta del consultorio, Juan subiendo los escalones de dos en dos, siempre con prisa, tan vital, tan vivo…

Vivo.

Tendido boca arriba junto a la piscina… el lento goteo de la sangre por el borde… el contacto del revólver en su mano…

Una pesadilla, un sueño horrible. Dentro de unos momentos se despertaría y nada de ello sería verdad.

La voz enérgica de su hermana cortó a través de sus nebulosos pensamientos.

—Es preciso que tengas algo negro para la encuesta. Parecería muy raro que te presentaras vestida de color azul claro.

Gerda dijo:

—¡Esa horrible encuesta!

Y medio cerró los ojos.

—Terrible para ti, querida —se apresuró a decir Elisa Patterson —. Pero cuando haya terminado, vendrás con nosotros y nosotros te cuidaremos bien.

La nebulosa de los pensamientos de Gerda Christow adquirió mayor consistencia. Dijo con susto, casi con pánico:

—¿Qué voy a hacer yo sin Juan?

Elisa Patterson sabía la contestación a eso.

—Tienes tus hijos. Tienes que vivir para ellos.

Zena, sollozando y llorando. «¡Mi papá ha muerto!». Tirándose de la cama. Terry, pálido, interrogador, sin derramar lágrima alguna.

Un accidente con un revólver, les había dicho: el pobre papá había sido víctima de un accidente.

Beryl Collins (¡qué buena y previsora!) había recogido los periódicos de la mañana para que los niños no los vieran. Había puesto sobre aviso a la servidumbre también. En verdad Beryl se había mostrado muy bondadosa y muy previsora.

Terencio, presentándose a su madre en la sala débilmente iluminada, con los labios contraídos, el rostro casi verde en su palidez.

—¿Por qué pegaron un tiro a papá?

—Fue un accidente, querido. No… no puedo hablar de eso.

—No fue un accidente. ¿Por qué dices lo que no es verdad? A papá lo mataron. Fue un asesinato. Lo dice el periódico.

—Terry, ¿cómo lograste un periódico? Le dije a la señorita Collins…

Él había movido la cabeza afirmativamente. La había sacudido varias veces, como un anciano.

—Salí y compré uno, naturalmente. Comprendí que publicaban algo que tú no nos contabas. De lo contrario, ¿por qué había de esconderlos la señorita Collins?

Nunca había servido de nada ocultarle la verdad a Terry. Siempre había que satisfacer aquella extraña e impersonal curiosidad científica suya.

—¿Por qué le mataron, mamá?

Se le habían desquiciado entonces los nervios. Le había dado un ataque de histeria.

—No me preguntes nada de eso… no hables de ello… No puedo hablar de ello… es demasiado terrible.

—Pero lo averiguarán, ¿verdad? Quiero decir… tienen que averiguarlo. Es necesario.

Tan razonable, tan impersonal. Hacía que le entraran a Gerda ganas de chillar, de reír, de llorar. Pensó: «No le importa… no puede importarle… no hace más que hacer preguntas. ¡Si no ha llorado siquiera!».

Terencio había marchado, esquivando los cuidados de su tía Elisa, un niño pequeño, de rostro rígido y contraído, muy solo. Siempre se había sentido solo. Pero no había importado eso hasta aquel día.

Aquel día, pensó, era distinto. ¡Si siquiera hubiese alguien capaz de contestar razonable e inteligentemente a sus preguntas!

Mañana, martes, él y Nicholson hijo iban a fabricar nitroglicerina. Habían estado esperando con emoción el día. La emoción había desaparecido. Ya no le importaba, aunque no llegase a fabricar nitroglicerina nunca.

Terencio se sentía casi escandalizado de sí mismo. ¡No importarle ya un experimento científico! Pero cuando al padre de uno le habían asesinado… Pensó: «Mi padre asesinado».

Y algo se conmovió dentro de él, algo se movió, echó raíces,

creció… una ira sorda, lenta…

Beryl Collins llamó a la puerta de la alcoba y entró. Estaba pálida, pero serena. Dijo:

—El inspector Grange está aquí.

Y al exhalar Gerda una exclamación y mirarla lastimera, Beryl prosiguió apresuradamente:

—Dijo que no habría necesidad de molestarla. Hablará unos momentos con usted antes de irse; pero se trata sólo de unas cuantas preguntas acerca de los pacientes del doctor Christow y yo puedo decirle todo lo que desea saber.

—¡Oh!, gracias, Collins.

Beryl se retiró y Gerda exclamó con un suspiro:

—Collins es una ayuda tan grande… Es tan práctica…

—En efecto —asintió la señora Patterson—. Una excelente secretaria, muy segura. Es bastante fea la pobre, ¿verdad? Siempre he opinado que eso era preferible. Sobre todo con un hombre tan atractivo como Juan.

Gerda estalló:

—¿Qué quieres decir con eso? Elisa, Juan jamás hubiera… jamás hubiera… Hablas como si Juan hubiera flirteado o hecho algo malo de haber tenido una secretaria bonita. Juan, en el referido aspecto, no era así ni muchísimo menos.

—Claro que no, querida. Pero, después de todo, ¡una ya sabe cómo son los hombres!

En el consultorio, el inspector Grange se encaró con la mirada serena y beligerante de Beryl Collins. Era beligerante, lo notó en seguida. Bueno, quizás eso fuera, después de todo, natural.

«Fea de verdad —pensó—. Nada entre ella y el médico, creo yo. Ella puede haber estado enamorada de él, sin embargo. A veces salen las cosas así».

Pero no aquella vez. Llegó a esta conclusión cuando se retrepó en su asiento un cuarto de hora más tarde. Las contestaciones que había dado Beryl a sus preguntas eran verdaderos modelos de claridad. Respondió sin vacilaciones y era evidente que conocía al dedillo todo lo relacionado con el consultorio. Cambió de táctica y empezó a sondear con mucho cuidado, cuáles eran las relaciones existentes entre el médico y su mujer.

Habían estado, dijo Beryl, en excelentes relaciones.

—¿Supongo que regañarían de vez en cuando como todos los matrimonios?

La voz del inspector era confidencial.

—No recuerdo ninguna riña. La señora Christow estaba muy enamorada de su esposo…, hasta el punto de ser una verdadera esclava.

Tenía su tono cierto dejo de desprecio que no se le escapó al inspector.

«Tiene algo de pesimista esta chica», pensó.

Y en voz alta:

—No defendía sus derechos, ¿eh?

—No. Todo giraba alrededor del doctor Christow.

—Un tirano, ¿eh?

Beryl estudió la pregunta antes de contestar.

—No. No diría yo tanto. Pero era lo que yo llamaría un hombre muy egoísta. Daba por sentado que la señora Christow estaría siempre de completo acuerdo con las ideas de él.

—¿Tuvo dificultades con alguna de sus pacientes? Con mujeres quiero decir. No vacile en ser franca, señorita Collins. Ya se sabe que los médicos tropiezan con dificultades por este lado.

—¡Oh, eso! —la voz de Beryl era desdeñosa—. El doctor Christow sabía resolver todas las dificultades de esa clase que se le presentaran. Tenía un trato excelente para los enfermos.

Agregó:

—Era un médico maravilloso en verdad.

Y se notaba en su voz cierta admiración concedida como a regañadientes.

Grange preguntó:

—¿Estaba enredado con alguna mujer? No sea usted excesivamente leal, señorita Collins. Es importante que lo sepamos.

—Sí; eso lo comprendo. Pero que yo sepa, no.

Un poco demasiado brusca la contestación, pensó Grange. No lo sabe. Pero tal vez lo adivina o tenga sus sospechas.

Preguntó bruscamente:

—¿Y la señorita Enriqueta Savernake?

Beryl comprimió los labios.

—Era amiga del doctor Christow, ¿verdad?

—¿No… no hubo desavenencia alguna entre el doctor y la señora Christow por culpa de ella?

La contestación fue rotunda. (¿Demasiado rotunda?):

—Claro que no.

El inspector cambió de terreno.

—¿Y la señorita Verónica Cray?

—¿Verónica Cray?

El tono de Beryl era de asombro puro.

—Era amiga del doctor Christow, ¿verdad?

—Jamás he oído hablar de ella. Es decir, me parece recordar el nombre…

—La actriz cinematográfica.

La frente de Beryl se despejó.

—¡Pues claro! ¡Ya decía yo que el nombre no me era desconocido! Pero no tenía la menor idea de que el doctor Christow la conociese.

Parecía tan segura y sincera que el inspector abandonó inmediatamente el tópico. La interrogó a continuación acerca del estado de ánimo y comportamiento del doctor el sábado anterior. Y aquí por primera vez Beryl dio muestras de menos seguridad en sus hasta ahora claras contestaciones.

—No parecía del todo como de costumbre.

—¿En qué estribaba la diferencia?

—Parecía distraído, ensimismado. Transcurrió un buen rato antes de que diera orden de que pasara su última paciente. Y, sin embargo, normalmente, siempre tenía prisas por acabar cuando había de marchar fuera. Pensé, sí, pensé, decididamente, que algo le preocupaba.

Pero no podía ser más explícita.

El inspector Grange no estaba muy satisfecho del resultado de sus investigaciones. Andaba muy lejos de haber hallado un móvil, y era preciso encontrar uno bien definido antes de poder entregar el asunto al fiscal.

Estaba completamente seguro de que Gerda Christow había matado a su marido. Sospechaba que los celos eran el móvil, pero hasta entonces no había encontrado ni una sola prueba. El sargento

Combes se había encargado de interrogar a las doncellas, pero todas ellas contaban la misma historia, la señora Christow adoraba hasta el suelo que pisaba su marido.

Lo que hubiese sucedido, pensó, tenía que haber ocurrido en *The Hollow*. Y, acordándose de *The Hollow*, experimentó cierta vaga inquietud. Era una gente muy rara la de allá.

Sonó el timbre del teléfono que había sobre la mesa, y la señorita Collins descolgó el auricular.

Dijo:

—Es para usted, inspector.

Y le entregó el aparato.

—Diga, Grange al habla. ¿Cómo?

Beryl notó el cambio de tono y le miró con curiosidad. Aquella cara de palo seguía tan inescrutable como siempre. Estaba gruñendo, escuchando…

—Sí…, sí…, eso ya lo he oído. Eso es completamente seguro, ¿verdad? No hay posibilidad de error. Sí…, sí…, sí; iré. Ya he terminado aquí. Sí.

Colgó el auricular y se quedó un rato inmóvil. Beryl le volvió a contemplar, curiosa.

El inspector se dominó y preguntó en voz que era completamente distinta a la que empleara para hacer las preguntas anteriores.

—Supongo que no tiene usted ninguna idea propia acerca de este asunto, señorita Collins.

—¿Quiere usted decir que…?

—Quiero decir que si tiene usted alguna idea acerca de quién pudo haber matado al doctor Christow.

Ella contestó, llanamente:

—No tengo la menor idea, inspector.

Dijo Grange, muy despacio:

—Cuando se halló el cadáver, la señora Christow estaba a su lado con el revólver en la mano…

Dejó sin terminar la frase, con toda intención.

La reacción fue inmediata. No acalorada, sino serena, judicial.

—Si usted cree que la señora Christow mató a su marido, estoy completamente segura de que está usted en un error. La señora

Christow no es una mujer violenta. Es muy humilde y sumisa, y estaba completamente dominada por el doctor. Me parece completamente absurdo que pueda nadie creer, durante un segundo siquiera, que ella le haya matado, por mucho que las apariencias militen en contra suya.

—Entonces, si no lo hizo ella, ¿quién fue? —inquirió Grange, incisivamente.

Beryl dijo, muy despacio.

—No tengo la menor idea.

El inspector se dirigió a la puerta. Beryl preguntó:

—¿Quiere usted ver a la señora Christow antes de marcharse?

—No… Sí, quizá sea mejor.

De nuevo se admiró Beryl. Aquél no era el mismo hombre que la había estado interrogando antes de que sonara el teléfono. ¿Qué noticias debía haber recibido que tanto le habían cambiado?

Gerda entró en el cuarto, nerviosa. Tenía aspecto de ser muy desgraciada y de estar aturdida. Dijo, en voz baja y trémula:

—¿Ha descubierto usted algo más acerca de quién mató a Juan?

—Aún no, señora Christow.

—Es tan imposible…, tan completamente imposible.

—Pero ha sucedido, señora Christow.

Ella movió afirmativamente la cabeza, bajó la mirada e hizo una pelota con el pañuelo.

Él preguntó, apaciblemente:

—¿Tenía su esposo enemigos, señora Christow? Haga memoria.

—¿Juan? ¡Oh, no! Era maravilloso. Todo el mundo le adoraba.

—¿No se le ocurre a usted nadie que pudiera estar resentido con él… (hizo una pausa) o con usted?

—¿Conmigo? —pareció asombrada—. ¡Oh, no, inspector! ¡No lo creo!

Grange exhaló un suspiro.

—¿Y la señorita Verónica Cray?

—¿Verónica Cray? Ah, ¿se refiere usted a la que vino aquella noche a pedir cerillas?

—Sí, a esa misma. ¿La conocía usted?

Gerda negó con la cabeza.

—Era la primera vez que la veía. Juan la había conocido muchos

años antes… o así lo dijo ella.

—Puede haber tenido ella algún resentimiento contra él del que usted no tuviera conocimiento.

Gerda dijo, con dignidad:

—No creo que pueda haber estado nadie resentido con Juan. Era el más bondadoso y el más desinteresado… ¡oh, y uno de los hombres más nobles!

—¡Hum! —murmuró el inspector—. Sí. Ya. Bueno, pues muy buenos días, señora Christow. ¿Está usted enterada de lo de la encuesta? A las once el miércoles, en Market Depleach. Será muy sencillo…, nada que pueda darle disgusto ni turbarla… Probablemente se concederá un aplazamiento de una semana para que podamos ampliar nuestras investigaciones.

—¡Ah, comprendo! Gracias.

Se le quedó mirando viéndole marchar. El inspector se preguntó si aún ahora se habría dado cuenta, si habría comprendido que era ella la persona sobre la que recaían las sospechas.

Paró un taxi, gasto justificado en vista de la información que acababan de darle por teléfono. A donde, exactamente, iba a conducirle dicha información, era cosa que no sabía. A primera vista parecía una idiotez, algo que no tenía nada que ver en el asunto. No tenía sentido. Y, sin embargo, y de alguna manera que aún no lograba ver, era preciso que tuviese sentido.

La única deducción que podía hacerse era que el caso no iba a resultar tan sencillo, claro y sin complicaciones como había creído en un principio.

Capítulo XVII

Sir Enrique miró con curiosidad al inspector Grange.

Dijo muy despacio:

—No estoy muy seguro de haberle comprendido, inspector.

—Es muy sencillo, sir Enrique. Le pido que pase lista a su colección de armas de fuego. Supongo que las tiene catalogadas.

—Naturalmente. Pero ya he identificado el revólver como saldo de mi colección.

—No es tan sencilla la cosa como todo eso, sir Enrique.

Grange hizo otra pausa. Por instinto, era contrario en todo momento a dar información; pero se veía obligado en este caso particular. Sir Enrique era una persona de importancia. Sin duda accedería a la petición que se le hacía, pero también querría saber el motivo. El inspector decidió que no tendría más remedio que dárselo a conocer.

Dijo:

—Al doctor Christow no le mataron con el revólver que usted identificó esta mañana.

Sir Enrique enarcó las cejas.

—¡Asombroso! —exclamó.

Grange se sintió vagamente consolado. Asombroso le parecía a él. Y le estaba agradecido a sir Enrique por haberlo dicho. E igualmente agradecido por no haber dicho más. No era posible llegar más lejos en aquel momento. El hecho era asombroso y, fuera de eso, no podía decirse que tuviera pies ni cabeza.

Sir Enrique preguntó:

—¿Tiene usted motivo alguno para creer que el arma con que se hizo el disparo fuese una de mi colección?

—Ninguno en absoluto. Pero he de asegurarme, ¿no le parece?,

de que no lo es.

Sir Enrique asintió con movimiento de cabeza.

—Comprendo perfectamente. Bueno. Nos pondremos a trabajar. Necesitaremos algún tiempo.

Abrió el cajón de la mesa y sacó un librito.

Al abrirlo, repitió:

—Necesitaremos algún tiempo para comprobar…

Llamó la atención de Grange el tono de su voz. Alzó vivamente la mirada. Sir Enrique tenía ahora los hombros caídos, parecía, de pronto, más viejo y más cansado.

El inspector frunció el entrecejo.

Pensó: «Al diablo si sé cómo tomar a esta gente».

—¡Ah…!

Grange se volvió bruscamente. Observó la hora que marcaba el reloj. Veinte segundos… treinta… desde que sir Enrique dijera: «Necesitaremos algún tiempo».

Grange preguntó con voz aguda:

—¿Dígame usted?

—Falta un «Smith y Wesson» del 38. Estaba en una funda de cuero castaño al final de este cajón.

—¡Ah! —el inspector conservó la voz serena, pero estaba excitado—. Y, ¿cuándo, que usted recuerde, vio el arma en su debido sitio la última vez?

Sir Enrique reflexionó unos instantes.

—No es fácil contestar a esa pregunta, inspector. La última vez que abrí este cajón fue hace cosa de una semana y creo… y casi estoy seguro… que de haber faltado el revólver entonces hubiese notado el hueco. Pero no me gustaría declarar bajo juramento que lo vi entonces en su sitio.

El inspector movió afirmativamente la cabeza.

—Gracias. Comprendo perfectamente. Bueno, pues tendré que ponerme a trabajar.

Salió del cuarto, determinado.

Sir Enrique permaneció unos instantes después de haberse ido el inspector. Luego salió muy despacio por los ventanales a la terraza. Su esposa estaba muy ocupada, con una cesta y guantes. Estaba recortando unos arbustos exóticos con una podadera.

Le saludó agitando una mano animadamente.

—¿Qué quería el inspector? Confío en que no molestará a la servidumbre otra vez. Ya sabes, Enrique, que no les gusta. No lo ven tan divertido ni tan novedad como nosotros.

—¿Lo vemos nosotros así?

Su extraño tono le llamó la atención. Le sonrió, con dulzura.

—¡Qué cara de cansancio tienes, Enrique! ¿Es necesario que por esto te preocupes tanto?

—Un asesinato preocupa, Lucía.

Lady Angkatell reflexionó unos instantes, cortando, absorta, algunas ramas. Luego se nubló su semblante.

—Caramba…, eso es lo peor de estas podaderas… son tan fascinadoras… una no sabe parar y acaba podando más de lo que era su intención. ¿Qué era lo que decías? ¿Que un asesinato preocupa? La verdad, Enrique, nunca he comprendido por qué. Quiero decir que, si uno ha de morir, puede ser de cáncer, o de tuberculosis en uno de esos horribles sanatorios que tienen tanta luz y animación, o de una apoplejía… espantoso, con toda la cara torcida… o, si no, a uno le pegan un tiro, o le dan una puñalada, o le estrangulan quizá. Pero a fin de cuentas, todo viene a ser lo mismo. Ahí está uno, ¡muerto! Lejos de todo. Y acabadas todas las preocupaciones. Y los parientes son los que se encuentran con todas las dificultades… riñas por intereses, y si han de vestir de luto o no… y a quién le corresponde la mesa escritorio de tía Selina… y cosas así.

Sir Enrique se sentó en el muro. Dijo:

—Esto va a ser mucho más molesto de lo que habíamos pensado, Lucía.

—Pues tendremos que aguantarlo, querido. Y, cuando todo haya terminado, nos iremos a pasar una temporada a alguna parte. No nos preocupemos de los malos ratos actuales y pensemos en el porvenir. Me siento feliz de verdad pensando en él. Me estaba preguntando si no resultaría agradable ir a pasar las Navidades a Ainswick… o si debiéramos dejarlo para Pascua. ¿Qué opinas tú?

—Hay tiempo en que hacer planes para Nochebuena.

—Sí; pero es que a mí me gusta ver las cosas mentalmente. Pascua quizá… sí —Lucía sonrió, feliz—. Ya se le habrá pasado para

entonces.

—¿A quién? —preguntó sir Enrique, con sobresalto.

Lady Angkatell dijo, tranquilamente:

—Enriqueta. Yo creo que si se casara en octubre… en octubre del año que viene quiero decir… entonces podríamos ir a pasar esa Nochebuena. He estado pensando, Enrique…

—Ojalá no lo hicieses. Piensas demasiado, querida.

—¿Sabes el cobertizo? Puede hacerse de él un estudio perfecto. Y a Enriqueta le hará falta un estudio. Tiene verdadero talento, ¿sabes? Estoy segura de que Eduardo se sentirá inmediatamente orgulloso de ella. Dos niños y una niña estaría bien… o dos niños y dos niñas.

—¡Lucía…, Lucía! ¡Cómo te dejas llevar por la imaginación!

—Pero, querido —lady Angkatell abrió los ojos, grandes y hermosos, desmesuradamente, si Eduardo no se casará jamás con otra que no sea Enriqueta. Es muy, muy terco. Se parece a mi padre en esto. ¡Se le mete una idea en la cabeza…! Conque, claro, Enriqueta tendrá que casarse con él… y lo hará, ahora que Juan Christow ha quedado fuera del paso. Él era, en realidad, la desgracia más grande que podía haberle ocurrido a Enriqueta.

—¡Pobre diablo!

—¿Por qué? Ah, ¿lo dices porque está muerto? Bah, todo el mundo tiene que morir tarde o temprano. Yo nunca me preocupo porque la gente se muera…

La miró con curiosidad.

—Siempre creí que Christow te era simpático, Lucía.

—Le encontraba divertido. Y tenía encanto. Pero yo creo que una no debe darle nunca demasiada importancia a nadie.

Y dulcemente, con rostro sonriente, lady Angkatell recortó, sin remordimiento, un *Viburnum carlesii*[12].

Capítulo XVIII

Hércules Poirot miró por la ventana y vio a Enriqueta Savernake subiendo por el camino hacia su puerta. Llevaba el mismo vestido de mezclilla verde que el día de la tragedia. Caminaba lentamente y la acompañaba un perro.

Fue a la puerta y la abrió. Ella le miró sonriente.

—¿Puedo entrar y ver su casa? Me gusta ver las casas de la gente. He salido a sacar de paseo al perro.

—¡No faltaba más! ¡Cuan inglés es eso de sacar a pasear al perro!

—Ya lo sé —dijo Enriqueta—. Había pensado en eso. ¿Conoce usted ese poema tan lindo? «Pasaron los días lentamente. Di de comer a las ocas, reñí con mi esposa, toqué el *Largo*, de Heandel en la flauta, y saqué a pasear al perro».

Volvió a sonreír, con sonrisa brillante, insustancial.

Poirot la hizo pasar a la sala. Ella se fijó en lo ordenado y limpio que estaba el cuarto, y movió, con aprobación, la cabeza.

—Muy agradable —dijo—. Dos de cada cosa. ¡Lo que odiaría usted mi estudio!

—¿Por qué había de odiarlo?

—Hay barro pegado a todo… Y, aquí y allá, hay alguna cosa que me gusta y que perdería todo su valor si hubiera dos iguales.

—Eso lo comprendo perfectamente, mademoiselle. Usted es una artista.

—¿Es usted un verdadero artista también, monsieur Poirot?

Poirot ladeó la cabeza.

—He aquí una pregunta. Pero hablando en general, yo diría que no. He conocido crímenes que eran artísticos… Eran, comprenda usted, supremos ejercicios de la imaginación. Lo que hace falta, lo

necesario es ser un apasionado de la verdad.

—Un apasionado de la verdad —dijo Enriqueta, meditabunda—. Sí, veo cuan peligroso puede hacerle eso. ¿Quedaría satisfecho con la verdad?

La miró con curiosidad.

—¿Qué quiere usted decir, señorita Savernake?

—Comprendo que desee usted saber. Pero, ¿le bastaría el conocimiento? ¿Se vería usted obligado a dar un paso más y convertir el conocimiento en acción?

La forma de abordar el asunto despertó el interés de Poirot.

—Está usted sugiriendo que, si conociera la verdad acerca de la muerte del doctor Christow… tal vez me conformara con saberlo y callármela. ¿Conoce usted la verdad de su muerte?

Enriqueta pareció sorprendida y se encogió de hombros.

—La contestación que salta a la vista parece ser Gerda. ¡Cuan cínico resulta que la primera persona sospechosa sea siempre el marido o la mujer!

—Pero, ¿usted no está de acuerdo?

—Me gustaría conservar siempre la mente abierta, sin prejuicios.

Poirot preguntó:

—¿Por qué ha venido usted aquí, a avisarme, señorita Savernake?

—He de confesar que, al revés que usted, yo no soy apasionada de la verdad, monsieur Poirot. El sacar a pasear el perro era una excusa rural inglesa tan linda… Pero, claro está, los Angkatell no tienen perro… como pudo usted haber observado el otro día.

—No me había pasado por alto ese hecho.

—Conque me llevé el del jardinero. Debe usted comprender, monsieur Poirot, que yo no soy muy amiga de la verdad.

De nuevo surgió aquella deslumbradora sonrisa. Poirot se preguntó por qué la encontraría tan pronto tan insoportablemente conmovedora. Dijo, sereno.

—No; pero tiene usted integridad.

—¿Por qué cielos dice usted eso?

Se había sobresaltado. Casi, pensó, se había llevado un susto.

—Porque creo que es así.

—Integridad —repitió Enriqueta, pensativa—. ¿Qué querrá decir

esa palabra realmente?

Se quedó muy quieta en su asiento, contemplando la alfombra. Luego alzó la cabeza y le miró de hito en hito.

—¿No desea usted saber por qué vine?

—Le cuesta a usted trabajo quizás expresarlo en palabras.

—Sí, creo que es eso. La encuesta, monsieur Poirot, se celebra mañana. Una debe decir exactamente todo cuanto…

Se interrumpió. Se puso en pie y se dirigió a la chimenea. Desplazó uno o dos adornos y trasladó un florero de margaritas desde la mesa al rincón extremo de la repisa. Retrocedió, estudiando el efecto, con la cabeza ladeada.

—¿Qué tal, le gusta eso, monsieur Poirot?

—Ni pizca, mademoiselle.

—Ya me lo figuraba —rió. Volvió a colocarlo todo hábil y rápidamente como había estado—. Bueno, si una quiere decir una cosa, una ha de decirla. Usted es, no sé por qué, la clase de persona con quien una puede hablar. Ahí va. ¿Es necesario, cree usted, que sepa la policía que yo era la amante de Juan Christow?

La voz era seca y sin emoción. Miraba, no a él, sino a la pared por encima de su cabeza. Con un dedo estaba siguiendo la curva del jarrón que contenía unas flores moradas. Poirot tenía la idea de que, en el contacto de aquel dedo, se hallaba la válvula de escape emocional.

Contestó, con precisión y sin emoción también:

—Ya. ¿Tenían ustedes relaciones?

—Si prefiere usted decirlo así.

—¿No era así como lo dijo usted, mademoiselle?

—No.

—¿Por qué no?

Enriqueta se encogió de hombros. Se acercó y se sentó a su lado en el sofá. Dijo, lentamente:

—A una le gusta describir las cosas… con la mayor exactitud posible.

Aumentó su interés por Enriqueta Savernake. Dijo:

—Era usted la amante del doctor Christow…, ¿desde hacía cuánto?

—Unos seis meses.

—Deduzco que a la policía le costará poco trabajo descubrir eso.

Enriqueta reflexionó unos instantes. Luego repuso tranquila:

—Me imagino que sí. Es decir, si andan buscando algo así.

—¡Oh! lo andarán buscando, eso se lo puedo asegurar.

—Sí, ya me suponía yo. —Hizo una pausa, extendió los dedos sobre la rodilla y los contempló. Luego le dirigió una mirada rápida y amistosa—. Bien, monsieur Poirot, ¿qué ha de hacer una? ¿Ir al inspector Grange y decirle… qué le dice una a un bigote como el suyo? Es un bigote tan doméstico, tan de padre de familia…

La mano de Poirot se alzó lentamente hacia el hirsuto adorno del labio superior que tan orgulloso ostentaba.

—Mientras que el mío, mademoiselle.

—Su bigote, monsieur Poirot, es un triunfo artístico. No puede asociarse con más cosa que consigo mismo. Es, estoy segura, único.

—Sin el menor género de duda.

—Y, probablemente, ése es el motivo de que le esté hablando como lo hago. Admitiendo que la policía tenga que saber la verdad acerca de Juan y de mí, ¿ha de ser hecha pública esta verdad necesariamente?

—¡Oh! Veremos. Si la policía cree que no tiene relación con el caso, se mostrará muy discreta. ¿Le… causa mucha ansiedad ese punto?

Enriqueta dijo que sí con la cabeza. Se contempló los dedos unos segundos. Luego, de pronto alzó la cabeza y habló. Su voz ya no era seca ni ligera.

—¿Por qué han de hacerse las cosas más difíciles de lo que ya son para Gerda? Adoraba a Juan y Juan ha muerto. Le ha perdido. ¿Por qué ha de tener que soportar una carga más?

—¿Es por ella por lo que usted se preocupa?

—¿Cree usted que eso es hipocresía? Supongo que estará pensando que, si me interesara la tranquilidad de Gerda, jamás me hubiese convertido en amante de Juan. Pero usted no comprende. No fue así. Yo no le deshice el matrimonio. No fui más que una… de toda una procesión.

—¡Ah! ¿Conque era así?

Se volvió hacia él vivamente.

—No, no, ¡no! No lo que usted está pensando. ¡Eso es lo que más

importa de todo! La idea falsa que se formará todo el mundo de lo que era Juan. Por eso estoy aquí hablándole… porque tengo una vaga, una nebulosa esperanza de poderle hacer comprender. Comprender, quiero decir, la clase de persona que era Juan. Me imagino tan bien lo que ocurrirá… los grandes titulares en los periódicos… «La Vida Amorosa de un Médico…». Gerda, yo, Verónica Cray. Juan no era así… no era, en realidad, un hombre que pensara mucho en las mujeres. No eran las *mujeres* lo que le importaba a él más: era su *trabajo*. Era en su trabajo donde yacían su interés y su emoción… sí, y su sentido de aventura también. Si a Juan le hubiesen pedido que diera el nombre de la mujer que más ocupaba sus pensamientos, ¿sabe usted a quién hubiera nombrado? ¡A la señora Crabtree!

—¿La señora Crabtree? —Poirot estaba sorprendido—. ¿Quién, pues, es esa señora Crabtree?

Había una mezcla de lágrimas y risa en la voz de Enriqueta cuando contestó:

—Es una anciana… fea, sucia, arrugada, indómita. Juan le tenía verdadero cariño. Es una paciente del Hospital de San Cristóbal. Tiene la enfermedad de Ridgeway. Es una enfermedad que abunda poco; pero quien la contrae muere sin remedio. No existe cura alguna para ella. Pero Juan estaba encontrando un remedio… No puedo explicarlo técnicamente. Era muy complicado… cuestión de segregación de hormonas. Ha estado haciendo experimentos y la señora Crabtree era su paciente estrella. Porque, ¿sabe?, tiene redaños, quiere vivir, y tenía afecto a Juan. Él y ella luchaban juntos con el mismo objeto. Durante meses y meses Juan no tuvo más que una obsesión: la enfermedad de Ridgeway y la señora Crabtree. Nada de lo demás le importaba en realidad. Eso es lo que significa ser la clase de médico que era Juan. El consultorio en Harley Street, las pacientes ricas y obesas… eso es secundario. Es la intensa curiosidad científica, el triunfo sobre una enfermedad lo que está por encima de todo. Yo… ¡oh!, ¡cuánto daría por hacerle comprender!

Alzó las manos en singular gesto de desesperación y Poirot pensó cuan hermosas y llenas de sensibilidad eran aquellas manos.

Dijo:

—Usted parece comprender muy bien.

—Ah, sí, yo comprendía. Juan solía venir a hablarme, ¿comprende? No a mí del todo en parte, yo creo, hablaba consigo mismo. Aclaraba las cosas así… las veía mejor. A veces casi desesperaba… No veía cómo vencer el aumento de toxicidad… y luego se le ocurría la idea de cambiar de tratamiento. No puedo explicarle a usted cómo era… era como… sí: una batalla. No puede usted imaginarse su furia y la concentración… y sí, a veces la angustia, la agonía… Y, a veces, el enorme cansancio, el hastío…

Guardó silencio unos minutos, oscuros sus ojos con el recuerdo.

Poirot preguntó con curiosidad:

—¿Debe usted tener, también, ciertos conocimientos técnicos?

Ella movió negativamente la cabeza.

—No, en realidad. Sólo los bastantes para comprender de qué estaba hablando Juan. Compré libros y los leí.

Guardó silencio otra vez, suavizando el semblante, entreabiertos los labios. Estaba, pensó Poirot, recordando.

Con un suspiro, volvió al presente. Le miró con cierta añoranza.

—Si siquiera pudiera hacerle ver…

—Lo ha conseguido usted ya, mademoiselle.

—¿De verdad?

—Sí. Uno reconoce lo auténtico cuando lo escucha.

—Gracias. Pero no resultará tan fácil explicárselo al inspector Grange.

—Probablemente, no. Él se concentrará en el aspecto personal.

Enriqueta dijo, con vehemencia.

—Y ése era tan poco importante… tan por completo sin importancia…

Poirot enarcó lentamente las cejas. Ella contestó a la muda pregunta.

—¡Lo era! Es que…, ¿comprende…?, al cabo de algún tiempo… me intercalé entre Juan y lo que estaba pensando. Le impresioné como mujer. No podía concentrarse como quería… por culpa mía. Empezó a temer que se estaba enamorando de mí… y él no quería amar a nadie. Me… me hizo el amor porque no quería pensar mucho en mí. Quería que fuese un amorío ligero, simple, como tantos otros de los que había tenido.

—Y usted… —Poirot le estaba observando estrechamente—, ¿usted se conformó con que… fuera así?

Enriqueta se puso en pie. Dijo, y esta vez, de nuevo, con su voz seca:

—No…, no me conformé. Después de todo, una es de carne y hueso…

Poirot aguardó un minuto. Luego dijo:

—Entonces, ¿por qué, mademoiselle…?

—¿Por qué? —giró sobre los talones con rapidez y se encaró con él—. Quería que Juan estuviese satisfecho. Quería que Juan tuviese lo que deseaba. Quería que pudiese seguir adelante con lo que a él le importaba: su trabajo. Si no quería sufrir… si no quería ser vulnerable otra vez… pues… pues… ¡por mí ya estaba bien!

Poirot se frotó la nariz.

—Hace un momento, señorita Savernake, mencionó a Verónica Cray. ¿Era ella también amiga de Juan Christow?

—Hasta el sábado pasado no la había visto en quince años.

—¿La conoció hace quince años?

—Fueron prometidos y estuvieron a punto de casarse —y Enriqueta volvió a sentarse—. Veo que voy a tener que aclararlo mejor. Juan amaba a Verónica locamente. Verónica era, y es, una perra de marca mayor. Es el egoísmo personificado. Sus condiciones fueron que Juan renunciara a todo cuanto le interesaba y se convirtiera en sumiso maridito de la señorita Verónica Cray. Juan deshizo el compromiso, con razón. Pero sufrió como un condenado. Toda su idea fue casarse con una persona que se pareciera a Verónica todo lo menos posible. Se casó con Gerda, a quien podría describirse, con muy poca elegancia, como una idiota de primera. Eso resultaba la mar de agradable y cierto; llegó un día en que el estar casado con una idiota le irritó. Tuvo varios devaneos, ninguno de ellos importante. Gerda, claro está, jamás se enteró de ello. Pero yo creo que, durante quince años, algo le ocurría a Juan… algo relacionado con Verónica. Nunca la olvidó por completo. Y, de pronto, el sábado, la volvió a ver.

Tras una larga pausa, Poirot recitó, soñador:

—Salió con ella aquella noche para acompañarla hasta su casa y regresó a *The Hollow* a las tres de la madrugada.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Una doncella tenía dolor de muelas.

Dijo Enriqueta:

—Lucía tiene demasiada servidumbre.

—Pero usted, mademoiselle, sabía eso ya.

—Sí.

—¿Cómo?

De nuevo hubo una pausa infinitesimal. Luego Enriqueta dijo, despacio:

—Estaba atisbando por la ventana y le vi volver a casa.

—¿Dolor de muelas, mademoiselle?

Ella le sonrió.

—Un dolor de índole completamente distinta, monsieur Poirot.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta, y entonces Poirot dijo:

—La acompañaré hasta casa, mademoiselle.

Cruzaron el camino y pasaron por la verja al castañar.

Dijo Enriqueta:

—No es necesario que pasemos junto a la piscina. Podemos tirar por la izquierda y a lo largo de la senda de arriba hasta el paseo de las flores.

Una senda muy empinada conducía, cuesta arriba, hacia los bosques. Al cabo de un rato, desembocaron en un camino más ancho que cruzaba en ángulo recto, por encima de los castaños. Llegaron junto a un banco y Enriqueta se sentó. Poirot se dejó caer a su lado. Los bosques estaban por encima de ellos y detrás. Y allá, abajo, se encontraban los bosquecillos de castaños plantados muy cerca uno de otro. Delante mismo del banco, un sendero curvado descendía hacia donde se veía un simple destello de agua azul.

Poirot observó a Enriqueta sin hablar. Tenía ésta el rostro en reposo. Había desaparecido la tensión. Parecía más redondo y más joven. Se imaginó el aspecto que habría tenido de niña.

—¿En qué está usted pensando, mademoiselle?

—En Ainswick.

—¿Qué es Ainswick?

—¿Ainswick? Un lugar.

Casi soñadora le describió Ainswick. La casa blanca, graciosa; la gran magnolia; el conjunto, encajado en un anfiteatro de colinas

cubiertas de espeso arbolado.

—¿Era su hogar?

—No puedo, en rigor, llamarle tal. Yo vivía en Irlanda. Pero íbamos todos a pasar allí las vacaciones. Eduardo, Midge y yo. Era el hogar de Lucía en realidad. Pertenecía a su padre. Al morir él, lo heredó Eduardo.

—Sir Enrique, ¿verdad? Y, sin embargo, es él quien lleva el título.

—Oh, su título es sólo de Caballero de la Orden del Baño —explicó—. Enrique no era más que un primo lejano.

—Y, después de Eduardo Angkatell, ¿a manos de quién va a parar ese Ainswick?

—Es curioso. Nunca se me ha ocurrido pensar en eso. Si Eduardo no se casa…

Hubo una pausa. Una nube pasó por su semblante. Hércules Poirot se preguntó cuál sería el pensamiento que en aquel momento cruzaba por su mente.

—Supongo —dijo Enriqueta muy despacio— que lo heredará David. Conque ésa es la razón…

—¿La razón de qué?

—De que Lucía le invitara aquí… ¿David y Ainswick? —sacudió la cabeza—. No encajan.

Poirot señaló el camino que se abría ante ellos.

—¿Fue por este camino, mademoiselle, por donde bajó usted a la piscina ayer?

Ella se estremeció.

—No; por uno que está más cerca de la casa. Fue Eduardo quien bajó por aquí.

Se volvió hacia él de pronto.

—¿Es preciso que volvamos a hablar de eso? Odio la piscina. Hasta odio *The Hollow*.

Poirot murmuró:

Odio el horrible Cuenco, detrás del bosquecillo;
sus bordes están tintos de brezo carmesí;
gotean las orillas silente horror de sangre
y el Eco, «Muerte» a todo responde siempre allí.[13]

Enriqueta le miró con asombro al oírle recitar la poesía.

—Tennyson —dijo Poirot, moviendo la cabeza con orgullo—. Poesía de su lord Tennyson.

Enriqueta estaba repitiendo:

—*Y el Eco, «Muerte», a todo responde*…

Prosiguió, casi para sí:

—Pero, ¡si es claro! Ahora comprendo… eso es lo que es… ¡Un eco!

—¿Qué quiere usted decir?

—Este sitio… ¡*The Hollow* en sí! Casi me di cuenta en otra ocasión… el sábado, cuando Eduardo y yo subimos a la cresta de la colina. Un eco de Ainswick. Y eso es lo que somos nosotros los de Angkatell: ¡ecos! No somos de verdad…, no somos auténticos como lo era Juan —se volvió hacia Poirot—. ¡Lástima que no le haya conocido, monsieur Poirot! Todos somos sombras al lado de Juan, Juan estaba vivo de verdad.

—Eso lo comprendí aun en el instante de verle morir, mademoiselle.

—Lo sé. Uno lo sentía… Y Juan ha muerto y nosotros, los ecos, estamos vivos… Parece, ¿sabe?, una broma muy pesada.

La juventud había desaparecido de su rostro otra vez. Tenía los labios contraídos, acusadores de un repentino y amargo dolor.

Cuando habló Poirot haciendo una pregunta, no entendió, de momento, lo que decía:

—Perdone. ¿Qué dijo usted, monsieur Poirot?

—Le estaba preguntando si su tía, lady Angkatell, encontraba simpático al doctor Christow.

—¿Lucía? Y, a propósito, es mi prima, no mi tía. Sí; le tenía mucho afecto.

—Y su… ¿primo también…? Eduardo Angkatell…, ¿le tenía afecto al doctor Christow?

Le pareció notar cierta contrición en la voz de la muchacha cuando contestó:

—No gran cosa…, pero apenas le conocía.

—Y su… ¿otro primo…? David Angkatell.

Enriqueta sonrió. De momento no supo qué contestar… Luego replicó:

—Yo creo que David nos odia a todos. Se pasa el tiempo emboscado en la biblioteca leyendo la Enciclopedia Británica.

—Ah, un joven de temperamento serio.

—Compadezco a David. Ha tenido una vida familiar muy difícil. La madre no estaba bien de la cabeza… y era una inválida. Ahora la única manera que tiene de protegerse es procurar sentirse superior a todos los demás. El procedimiento es bueno mientras «funciona». Pero, de vez en cuando, falla, y el David vulnerable asoma.

—¿Se sentía superior al doctor Christow?

—Lo intentaba, pero no creo que cuajase. Sospecho que Juan Christow era, precisamente, la clase de hombre que David hubiese querido ser. Por consiguiente, Juan le resultaba antipático.

Poirot asintió, moviendo la cabeza pensativa y afirmativamente.

—Sí…, aplomo, confianza, virilidad…, todas las cualidades varoniles más intensas. Es interesante… muy interesante.

Enriqueta no respondió.

Por entre los castaños, allá abajo, junto a la piscina, Hércules Poirot vio a un hombre agacharse, buscar algo… o así parecía, por lo menos.

Murmuró:

—¿Si será…?

—Usted perdone.

Dijo Poirot:

—Ése es uno de los agentes del inspector Grange. Parece andar buscando algo.

—Indicios, supongo. Pistas. ¿No buscan los policías indicios? Ceniza de cigarrillo, pisadas, cerillas gastadas…

Era burlona y amarga su voz a la vez. Poirot contestó, muy serio:

—Sí; buscan esas cosas, y a veces las encuentran. Pero los verdaderos indicios, señorita Savernake, en un caso como éste, se encuentran generalmente en las relaciones personales de las personas a quienes alcanza.

—Me parece que no le comprendo.

—Pequeñeces —dijo Poirot, echando la cabeza hacia atrás, y con los párpados entornados—. No ceniza de cigarrillo, ni la huella de un tacón de goma, sino un gesto, una mirada, un acto inesperado…

Enriqueta volvió bruscamente la cabeza para mirarle. Él sintió la

mirada de ella, pero no volvió la cabeza. Dijo Enriqueta:

—¿Está usted pensando en algo determinado?

—Estaba pensando en cómo se adelantó usted y le quitó el revólver de la mano a la señora Christow y lo dejó caer después a la piscina.

Se dio cuenta, presintió más bien, el pequeño sobresalto que sufrió la joven. Pero la voz de ésta siguió normal y serena.

—Gerda, monsieur Poirot, es una persona algo torpe. En el estado de ánimo en que se hallaba, y si el revólver hubiera tenido otro cartucho, pudiera haberlo disparado y hecho daño a alguien.

—Pero un poco torpe por parte de usted, ¿verdad?, dejarlo caer en la piscina.

—También yo había recibido un susto, una impresión muy fuerte —hizo una pausa—. ¿Qué es lo que quiere usted sugerir, monsieur Poirot?

Poirot se irguió en el asiento, volvió la cabeza, y habló con prosaico y rápido tono.

—Si había huellas dactilares en ese revólver…, es decir, huellas impresas antes de que la señora Christow lo tocase, resultaría interesante saber de quién eran… y eso ya no lo sabremos jamás.

Enriqueta dijo con voz tranquila, pero firme:

—Con lo cual quiere decir que cree que eran las *mías*. Está usted sugiriendo que maté yo a Juan y que luego dejé el revólver a su lado para que Gerda pudiera acercarse y recogerlo y cargar con el mochuelo. Eso es lo que insinúa, ¿verdad? Pero, por favor, si yo hubiese hecho una cosa así supongo que me hará la gracia de creerme dotada de inteligencia suficiente para haber borrado mis propias huellas primero.

—Pero, por favor, mademoiselle, usted no dejará de ser, creo yo, lo bastante inteligente para comprender que, de haber hecho semejante cosa, y de no haber habido en el revólver *más huellas dactilares que las de la señora Christow*, eso hubiese sido lo asombroso. Porque todos ustedes estuvieron disparando con ese revólver el día anterior. No era fácil que a Gerda Christow se le hubiese ocurrido borrar todas las huellas dactilares que hubiera en el revólver antes de usarlo. ¿A santo de qué iba a hacer semejante cosa?

Enriqueta dijo muy despacio:

—Conque…, ¿usted cree que maté yo a Juan?

—Cuando el doctor Christow agonizaba dijo: «*Enriqueta*».

—Y, ¿usted lo tomó por una acusación? No lo era.

—¿Qué era, pues?

Enriqueta alargó el pie e hizo un dibujo en el suelo con la punta del zapato. Dijo en voz baja:

—¿No está usted olvidándose… de lo que le dije no hace tanto… acerca de las relaciones que nos unían?

—Ah, sí… era su amante… conque, como estaba muriéndose —dijo a Enriqueta—. Muy conmovedor.

Le miró con ojos centelleantes.

—¿Es necesario ese sarcasmo?

—No es sarcasmo. Pero no me gusta que me mientan… y eso, creo yo, es lo que está intentando usted hacer.

Dijo Enriqueta, nuevamente serena:

—Le he dicho que no soy muy amiga de la verdad, pero cuando Juan dijo «Enriqueta», no me estaba acusando de haberle asesinado. ¿No comprende usted que la gente de mi clase, que hace, que crea cosas, es completamente incapaz de tomar una vida? Yo no mato a la gente, monsieur Poirot. Yo no *podría* matar a nadie. Ésa es la verdad pura y desnuda. Sospecha de mí simplemente porque pronunció mi nombre un moribundo que apenas sabía lo que estaba diciendo.

—El doctor Christow sabía perfectamente lo que estaba diciendo. Su voz era tan viva, tan consciente, como la del médico que, en plena operación vital, le dice bruscamente y con urgencia a la enfermera: «Hermana, los fórceps».

—Pero…

Pareció desconcertada. Hércules Poirot prosiguió apresuradamente:

—Y no es sólo por lo que dijo el doctor Christow cuando estaba muriendo. No creo, ni un solo instante, que sea usted capaz de cometer un asesinato premeditado… eso no. Pero puede haber hecho el disparo en un momento de repentino y feroz resentimiento… y, de ser así… *de ser así*, mademoiselle, tiene usted la imaginación creadora y la habilidad necesarias para saber cubrir

sus huellas.

Enriqueta se puso en pie. Permaneció un momento, pálida y alterada, contemplándole. Dijo, con una brusca sonrisa no exenta de amargura:

—¡Y yo que creí que le era simpática!

Hércules Poirot exhaló un suspiro. Dijo con tristeza:

—Ahí está lo desgraciado del caso para mí. Me lo es.

Capítulo XIX

Poirot no se movió de su asiento después de haberse marchado Enriqueta hasta que vio, allá abajo, al inspector Grange que, dejando atrás la piscina, se internaba con paso resuelto por la senda que pasaba por delante del pabellón.

El inspector caminaba como si fuera a un lugar determinado.

Por consiguiente, debía dirigirse a Resthaven o a Dovecotes. Poirot se preguntó a cuál de las dos casas sería.

Se puso en pie y regresó por el mismo camino que había llegado. Si el inspector Grange iba a verle, le interesaba saber lo que tenía que decirle.

Pero cuando llegó a Resthaven no vio ni rastro del visitante. Echó una mirada pensativa camino arriba, hacia Dovecotes. Sabía que Verónica Cray no había regresado a Londres.

Sintió que aumentaba su curiosidad por saber algo de Verónica. Las pálidas y brillantes pieles de zorro, la pila de cajas de cerillas, la inesperada y mal justificada invasión del sábado por la noche y, por último, las revelaciones que le hiciera Enriqueta Savernake acerca de Juan Christow y Verónica.

Resultaba, se dijo, un dibujo interesante. Sí; así lo veía él: como un dibujo.

Un diseño de emociones entremezcladas y el choque de personalidades. Un dibujo extrañamente intrincado a través del cual pasaban oscuros hilos de odio y de deseo.

¿*Había* matado Gerda Christow a su esposo? O…, ¿no era la cosa tan sencilla como todo eso?

Pensó en su conversación con Enriqueta y decidió que no era tan fácil.

Enriqueta se había precipitado al pensar que sospechaba que

fuera ella la asesina. Pero en realidad él no había llegado tan lejos en sus suposiciones. Sólo, en rigor, hasta el punto de estar convencido de que Enriqueta sabía algo. Sabía algo o estaba ocultando algo. ¿Cuál de las dos cosas?

Sacudió la cabeza nada satisfecho.

La escena junto a la piscina. Una escena preparada. Un cuadro de teatro.

Presentado…, ¿por quién?

Presentado… ¿para quién?

Tenía fuertes sospechas de que la contestación a la segunda pregunta era: Hércules Poirot. Lo había creído así en el primer momento. Pero había creído entonces que se trataba de una impertinencia, de una broma.

Seguía siendo una impertinencia, pero no una broma.

¿Y la respuesta a la primera pregunta?

Sacudió la cabeza. No lo sabía. No tenía la menor idea.

Pero entornó los párpados y los evocó a todos ellos, viéndoles claramente con los ojos de la mente. Sir Enrique, recto, responsable, administrador de confianza del Imperio. Lady Angkatell, una sombra esquiva, inesperada y desconcertadamente encantadora, con su mortífero poder de sugestión. Enriqueta Savernake, que había amado a Juan Christow más que a sí misma. El dulce y negativo Eduardo Angkatell. La muchacha morena, positiva, llamada Midge Hardcastle. El rostro aturdido, desconcertado, de Gerda Christow, con el revólver en la mano. La ofendida y adolescente personalidad de David Angkatell.

Allí estaban todos, cogidos y retenidos en las mallas de la Ley. Ligados por algún tiempo en la implacable segunda siega de una muerte repentina y violenta. Cada uno de ellos tenía su propia tragedia, su propia historia.

Y en algún punto de las reacciones entre aquellos caracteres y aquellas emociones, se ocultaba la verdad.

Tenía la intención de conocer la verdad de la muerte de Juan Christow.

* * *

—Naturalmente, inspector —dijo Verónica—; estoy deseando poder ayudarle.

—Gracias, señorita Cray.

Verónica Cray no era, ni con mucho, como el inspector se la había imaginado.

Había acudido preparado para ver boato, artificialidad y hasta, posiblemente, desplantes. Nada le hubiera sorprendido que la mujer hubiese representado una comedia a las que tan acostumbrado estaba.

En realidad, sospechaba que eso era lo que estaba haciendo: representar una comedia. Pero no era la clase de comedia que había esperado.

El encanto femenino no era exagerado. No intentaba rodearse de una aureola.

En lugar de eso, la sensación que obtuvo fue la de hallarse sentado frente a una mujer bien parecida en sumo grado, y lujosamente vestida, una mujer que, al propio tiempo, era una buena mujer de negocios. Verónica Cray, pensó, no tenía ni un pelo de tonta.

—Sólo deseamos una declaración clara, señorita Cray. ¿Fue usted a *The Hollow* el sábado por la noche?

—Sí. Me había quedado sin cerillas. Una se olvida de lo importante que son esas cosas en el campo.

—¿Fue usted tan lejos para eso? ¿Por qué no a su vecino, monsieur Poirot?

Ella sonrió, una soberbia sonrisa cinematográfica, llena de confianza.

—No sabía quién era mi vecino. De lo contrario, le hubiera visitado. Pensé que era un simple extranjero y se me ocurrió que pudiera convertirse en un pelma… ya que vivía tan cerca.

Sí, pensó Grange. Muy plausible. Tenía aquella contestación preparada de antemano por si la interrogaban.

—Le dieron las cerillas —dijo—, y reconoció usted en el doctor Christow a un viejo amigo, según tengo entendido.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Pobre Juan! Sí; hacía quince años que no le había visto.

—¿De veras?

El tono del inspector expresaba cortés incredulidad.

—De veras.

—¿Se alegró de verle?

—Mucho. Siempre resulta delicioso, ¿no le parece, inspector?, encontrarse con un antiguo amigo.

—Puede serlo en algunas ocasiones.

Verónica Cray prosiguió sin aguardar a que le hicieran más preguntas:

—Juan me acompañó a casa. Querrá usted saber si dijo algo que pudiera tener relación con la tragedia, y he estado repasando cuidadosamente nuestra conversación. Pero, la verdad, no contenía ni el menor indicio.

—¿De qué hablaron ustedes, señorita Cray?

—De otros tiempos. «¿Te acuerdas de esto, de lo otro, de lo de más allá?». —Sonrió pensativa—. Nos habíamos conocido en el sur de Francia. Juan había cambiado muy poco en realidad. Era más viejo, claro, y tenía más aplomo. Tengo entendido que era muy conocido en la profesión. No habló de su vida familiar para nada. Recibí la impresión de que su vida de matrimonio no era, quizá, muy feliz… pero no fue más que una muy vaga impresión. Supongo que su esposa, ¡pobrecilla!, era una de esas mujeres celosas para quien las pacientes un poco bien parecidas de su marido serían una excusa para amargarle la vida.

—No —dijo Grange—; no parece haber sido así ni mucho menos.

Dijo Verónica con rapidez:

—¿Quiere decir que… todo lo llevaba por dentro? Sí… sí; comprendo que eso resulta aún más peligroso.

—Veo que usted cree que la señora Christow le mató.

—No debí haber dicho eso. No deben hacerse comentarios, ¿verdad?, antes de celebrarse el juicio. Lo siento mucho, inspector. Es que mi doncella me había dicho que la habían encontrado junto al cadáver con el revólver aún en la mano. Ya sabe usted cómo exageran las cosas en estos pueblos y con qué facilidad esparcen los criados las noticias.

—Los criados pueden ser muy útiles a veces, señorita Cray.

—Sí; supongo que obtiene usted mucha información así,

¿verdad?

Grange continuó, sin inmutarse:

—Todo se reduce, claro está, a quién tenía un justificado motivo…

Hizo una pausa. Verónica dijo con una sonrisa muy leve:

—¿Y la esposa es siempre la primera sospechosa? ¡Qué cinismo! Pero suele haber siempre lo que se llama «la otra mujer». Supongo que puede considerarse que ella tiene un motivo también.

—¿Usted cree que había otra mujer en la vida del doctor Christow?

—Pues… sí; sí que me imaginé que pudiera haberla. Una obtiene una impresión así a veces, ¿sabe?

—Las impresiones pueden ser muy útiles —observó Grange.

—Me imaginé, por lo que él dijo, que esa escultora era… bueno, una íntima amiga. Pero supongo que estará usted enterado de eso ya.

—Tenemos que investigar todas esas cosas, claro está.

El tono del inspector era completamente incoloro. Pero vio, sin parecer ver, una rápida, fugaz y rencorosa expresión de satisfacción en los ojos azules de la artista.

Dijo, haciendo la pregunta con un tono exageradamente oficial:

—Dice usted que el doctor Christow la acompañó a casa. ¿Qué hora era cuando se despidió de usted?

—¿Sabe usted que no me acuerdo? Charlamos un buen rato, eso sí lo sé. Debió de haber sido bastante tarde.

—¿Entró?

—Sí; le invité a beber algo.

—Ya. Había creído que tal vez la conversación tuvo lugar en el ¡ah…! pabellón, junto a la piscina.

La vio parpadear. Apenas vaciló un segundo antes de contestar:

—Es usted un detective de verdad. Sí; nos sentamos allí y charlamos un rato. ¿Cómo lo sabía?

Tenía la misma expresión de avidez del niño que pide que le enseñen la trampa de un juego de manos muy ingenioso.

—Se dejó usted las pieles allí, señorita Cray.

Y agregó, sin darle énfasis:

—Y las cerillas.

—Sí; claro que sí.

—El doctor Christow regresó a *The Hollow* a las tres de la madrugada —anunció el inspector, sin énfasis también.

—¿De verdad era tan tarde? —Verónica parecía no caber en sí de sorpresa.

—Tan tarde, señorita Cray.

—Claro, teníamos tanto de qué hablar… no habiéndonos visto en tantos años…

—¿Está usted segura de que hacía, en efecto, tanto tiempo que no veía usted al doctor Christow?

—Le he dicho hace un momento que no le había visto en quince años.

—¿Está usted completamente segura de que no se equivoca? Tengo la impresión de que le ha estado viendo con frecuencia.

—¿Qué cielos le hace a usted pensar eso?

—Esta nota, entre otras cosas.

El inspector, sacó una carta del bolsillo, le echó una mirada, carraspeó y dijo:

«*Haz el favor de venir esta mañana. Es preciso que te vea*. Verónica».

—Sí… —Verónica sonrió—. Sí que parece un poco perentoria quizá. Me temo que Hollywood la hace a una… bueno, un poco arrogante.

—El doctor Christow vino a su casa a la mañana siguiente en contestación a esta llamada. Regañaron ustedes. ¿Tendría inconveniente en decirme, señorita Cray, por qué fue la riña?

El inspector había desenmascarado sus baterías. Notó el destello de ira, la compresión de labios, el rictus de mal genio. Dijo ella, con voz que parecía un latigazo:

—No regañamos.

—¡Ya lo creo que sí, señorita Cray! Sus últimas palabras fueron: «Creo que te odio más de lo que hubiera creído posible odiar a nadie».

Guardó ella silencio ahora. El inspector se dio cuenta de que estaba pensando, pensando aprisa y muy alerta. Otras mujeres hubieran roto a hablar en seguida. Pero Verónica Cray era demasiado lista para eso.

Se encogió de hombros y dijo ligeramente:

—Ya. Más cuentos de criadas. Mi doncella tiene la imaginación muy despierta. Hay distintas maneras de decir las cosas, ¿sabe usted? Puedo asegurarle que mis palabras no fueron melodramáticas. Se trató, en realidad, de un comentario hecho con ánimos de flirtear. Habíamos estado dirigiéndonos mutuamente agudezas.

—¿No era su intención que las palabras fuesen tomadas en serio?

—¡Claro que no! Y puedo asegurarle, inspector, que hacía, *en efecto*, quince años que no había visto al doctor Christow. Eso, cuando lo desee, puede comprobarlo usted por sí mismo.

Había recobrado su aplomo. Se sentía segura de sí.

Grange no discutió ni insistió sobre el tópico. Se puso en pie.

—Eso es todo, de momento, señorita Cray —dijo con un tono agradable.

Salió de Dovecotes, bajó por el camino y se metió por la puerta del jardín de Resthaven.

* * *

Hércules Poirot, miró al inspector con verdadero asombro. Repitió con incredulidad:

—¿El revólver que Gerda Christow tenía en la mano y que luego dejó caer en la piscina, no era el arma que disparó el tiro mortal? ¡Es extraordinario!

—Justo, monsieur Poirot. Y, hablando en plata, eso no tiene sentido. Poirot murmuró dulcemente:

—No; eso no tiene sentido. No obstante lo cual, ha de encontrársele sentido, ¿verdad, inspector?

—Exactamente, monsieur Poirot. Hemos de encontrar la manera de que tenga sentido… pero, de momento, no se me ocurre ninguna. La verdad es que no haremos grandes progresos ya hasta que encontremos el arma que fue empleada. Pertenecía a la colección de sir Enrique…, le falta una, por lo menos… y ello significa que la solución sigue encerrada en *The Hollow*.

—Sí —murmuró Poirot—, sigue relacionada con *The Hollow*.

—Parecía un asunto sencillo y claro —prosiguió el inspector—. Bueno, pues no es ni sencillo ni claro.

—No —dijo Poirot—, no es sencillo.

—Tenemos que admitir la posibilidad de que se tratara de una trampa… es decir, que todo se había preparado para comprometer a Gerda Christow. Pero si así hubiese sido, ¿porqué no dejar junto al cadáver el arma empleada para que ella la recogiese?

—Tal vez no la hubiese recogido.

—Es cierto. Pero aun cuando no la hubiese tocado, mientras no tuviera el arma las huellas dactilares de ninguna otra persona…, es decir, si la limpiaba después de usarla… probablemente se hubiese sospechado de ella igual. Y eso era lo que el asesino deseaba, ¿verdad?

—¿Usted lo cree así?

Grange le miró boquiabierto.

—¡Hombre!, si usted hubiera cometido un asesinato, querría cargarle a otro con el mochuelo aprisa y bien, ¿verdad? Sería la reacción normal de un asesino.

—Sí —asintió Poirot—. Pero tenga en cuenta que hemos de habérnoslas, quizá, con un tipo poco usual de asesino. Es posible que ésa sea la solución de nuestro problema.

—¿Cuál es la solución?

Poirot, dijo pensativo:

—Un asesino de tipo poco corriente.

El inspector le miró con curiosidad. Dijo:

—Pero, en tal caso…, ¿cuál era la intención del asesino? ¿Qué era lo que él, o ella, pretendía?

Poirot extendió las manos con un suspiro.

—No tengo idea… no tengo la menor idea. Pero me parece… se me antoja… vagamente…

—¿Qué?

—Que el asesino es alguien que deseaba matar a Juan Christow, pero que no quería comprometer a Gerda Christow.

—¡Hum! La realidad es que sospechamos de ella inmediatamente.

—¡Ah, sí! Pero la verdad acerca del revólver se había de

descubrir. Todo era cuestión de tiempo. Y el descubrimiento habría de obligar a un cambio de teorías. Durante este intervalo, el asesino ha tenido tiempo.

Poirot calló en seco.

—Ha tenido tiempo, ¿de qué?

—*Ah, mon ami*!, ahí le duele. De nuevo he de contestar que no lo sé.

El inspector dio un par de vueltas por el cuarto. Luego se detuvo y se encaró con Poirot.

—He venido a verle a usted esta tarde, monsieur Poirot, por dos razones. Una de ellas es porque sé… eso lo sabe todo el Cuerpo de Policía… que es usted un hombre de mucha experiencia y que ha resuelto con gran habilidad casos por el estilo de éste. Ésa es la razón número uno. Pero hay otra. Usted se hallaba presente aquí. Usted fue testigo ocular. Usted vio lo que ocurrió.

Poirot movió la cabeza.

—Sí; yo vi lo que ocurrió…, pero los ojos, inspector Grange, son testigos muy poco dignos de confianza.

—¿Qué quiere usted decir, monsieur Poirot?

—Los ojos ven, a veces lo que *se ha querido* que vieran.

—¿Usted cree que todo se había tramado de antemano?

—Lo sospecho. Era exactamente, ¿comprende usted?, como una escena de teatro. Lo que yo vi era bastante claro. Un hombre que acaba de recibir un tiro, y la mujer que le ha matado sosteniendo aún en la mano el revólver que empleó. Eso es lo que yo vi, y sabemos ya que uno de los detalles del cuadro era falso. Aquel revólver no era el que se había empleado para matar a Juan Christow.

—¡Hum! —El inspector Grange tiró con firmeza hacia abajo de su lacio bigote—. Lo que usted quiere insinuar es que algunos otros detalles del cuadro pueden ser falsos también, ¿no?

Poirot movió afirmativamente la cabeza. Dijo:

—Había presentes otras tres personas… tres personas que, *aparentemente*, acababan de llegar al lugar. Pero eso puede no ser verdad tampoco. La piscina está rodeada de un espeso bosquecillo de castaños. Cinco senderos parten de la piscina: uno en dirección a la casa; otro asciende hacia los bosques; un tercero conduce al

Paseo de las Flores; el cuarto baja desde la piscina a la granja, y el quinto se dirige al camino en que se encuentra la casa.

»Cada una de las tres personas mencionadas llegó por un sendero distinto. Eduardo Angkatell, de los bosques de arriba; lady Angkatell, de la granja, y Enriqueta Savernake, del Paseo de las Flores. Los tres llegaron a la escena del crimen casi simultáneamente, y unos minutos después que Gerda.

»Pero uno de esos tres, inspector, podría haberse hallado junto a la piscina antes de que llegara Gerda Christow. Podía haber matado a Juan Christow y luego haber retrocedido por uno de los senderos, dando luego la vuelta y regresando para llegar al mismo tiempo que los otros.

Dijo el inspector Grange:

—Sí; es posible.

—Y hay otra posibilidad que no se tuvo en cuenta por entonces. Alguien pudo haberse acercado por el sendero que conduce a este camino, pudo matar a Juan Christow, y pudo regresar también, utilizando el mismo sendero sin ser visto.

Grange dijo:

—Tiene usted muchísima razón. Hay otras dos personas sospechosas además de Gerda Christow. Tenemos el mismo móvil: los celos. Es, decididamente, un crimen pasional. Había otras dos mujeres enredadas con Juan Christow.

Hizo una pausa y continuó:

—Christow fue a ver a Verónica Cray aquella mañana. Regañaron. Ella le dijo que le haría arrepentirse de lo que había hecho, y dijo que le odiaba más de lo que hubiera creído posible odiar a nadie.

—Muy interesante —murmuró Poirot.

—Viene derecha de Hollywood… y por lo que leo en los periódicos a veces se les ocurre pegarse uno que otro tiro por allá. Puede haberse ella acercado a recoger las pieles que se había dejado en el pabellón la noche anterior. Pueden haberse encontrado…, reñido otra vez… Ella dispararía contra él… Y luego, oyendo que se acercaba alguien, retrocedería por el mismo sendero.

Calló un instante y agregó, irritado:

—Y ahora llegamos al punto en que todo se va a hacer gárgaras.

¡Ese maldito revólver! A menos —se animó su semblante— que ella le matara con su propio revólver y luego dejara caer otro que se había llevado del despacho de sir Enrique, para que las sospechas recayeran sobre los que se encontraban en *The Hollow*. Quizá no supiera que podíamos identificar el arma mediante las estrías del cañón.

—¿Cuánta gente habrá que sepa eso?

—Le consulté ese punto a sir Enrique. Dijo que, en su opinión, lo sabría muchísima gente… debido a la cantidad de novelas policíacas que se escriben. Mencionó una nueva: *El surtidor goteante*, que, al parecer, el propio Juan Christow había estado leyendo el sábado y en la que, por cierto, se hablaba con cierto énfasis de la posibilidad de identificación por las estrías.

—Pero Verónica Cray hubiera tenido que sacar el revólver de alguna manera del despacho de sir Enrique.

—Sí; ello supondría premeditación. —El inspector se dio otro tirón del bigote y luego miró a Poirot—. Pero usted mismo ha insinuado otra posibilidad, monsieur Poirot. Hay la señorita Savernake. Y aquí es donde otra vez todo eso que usted ha dicho acerca del testimonio de los ojos o, mejor dicho, de los oídos. El doctor Christow dijo: «Enriqueta» antes de morir. Usted le oyó…, todos lo oyeron, aun cuando el señor Angkatell no parece haber distinguido lo que decía.

—¿Eduardo Angkatell no lo oyó? Eso es interesante.

—Pero los otros sí. La propia señorita Savernake dice que intentó hablarle. Lady Angkatell dice que abrió los ojos, vio a la señorita Savernake, y dijo: «Enriqueta». No creo que ella dé importancia alguna al hecho.

Poirot sonrió.

—No —dijo—; ella no le daría importancia alguna.

—Y…, ¿usted qué, monsieur Poirot? Usted estaba allí. Usted vio… usted oyó… ¿Estaba el doctor Christow intentando decirles a todos que era Enriqueta quien le había matado? En otras palabras, ¿era esa palabra una *acusación*?

Poirot dijo, muy despacio:

—A mí no me pareció que lo fuese en aquel momento.

—Pero ahora, señor Poirot, ¿qué le parece a usted *ahora*?

Poirot exhaló un suspiro. Luego dijo:

—Puede haberlo sido. Eso es cuanto estoy dispuesto a decir. Porque usted no me ha pedido más que una impresión. Y, cuando el momento ha pasado, existe la tendencia a dar a las cosas una interpretación que a veces nunca han tenido.

Granee se apresuró a decir:

—Todo esto es en confianza, claro está, no es cosa que haya que hacerse constar. Lo que pensará monsieur Poirot no constituye prueba ante un tribunal. Eso ya lo sé. Lo único que intento es conseguir ideas.

—¡Oh, le comprendo a usted perfectamente… y la impresión obtenida por un testigo ocular puede resultar muy útil! Pero me humilla tener que confesar que mis impresiones carecen de valor. Obtuve la errónea impresión sugestionado e inducido por el testimonio visual de que la señora Christow acababa de pegarle un tiro a su esposo. De suerte que, cuando el doctor Christow abrió los ojos y dijo: «Enriqueta», jamás se me ocurrió tomarlo como una acusación. Es tentador ahora, recordando el cuadro, dar a la escena un significado que, en el momento de autos, no le habíamos encontrado.

—Sé lo que quiere usted decir. Pero se me antoja que, puesto que «Enriqueta» fue la última palabra que pronunció, ésta ha de haber tenido dos significados: o era una acusación de asesinato, o, de lo contrario, sería… bueno, puramente emocional. Ella es la mujer a quien ama, y está muriendo. Y ahora, teniéndolo todo en cuenta, ¿cuál de las dos cosas le pareció a usted que era?

Poirot exhaló un suspiro, que agitó inquieto, entornó los ojos, volvió a abrirlos, extendió las manos molesto en grado sumo. Dijo:

—Expresaba urgencia su voz…, eso es cuanto puedo decir… *urgencia*. A mí no me pareció ni acusadora ni emocional…, pero urgente ¡sí! Y de una cosa estoy seguro. Se hallaba en pleno uso de sus facultades. Habló…, sí, habló como un médico…, un médico que se encuentra, por ejemplo, con un caso urgente…, un paciente que se desangra, quizá.

Poirot se encogió de hombros.

—Eso es todo cuanto puedo hacer por usted —terminó.

—Medical, ¿eh? —murmuró el inspector—. Sí; es un tercer

punto de vista. Le habían pegado un tiro, sospechaba que estaba muriéndose. Quería que hicieran algo por él urgentemente. Y si, como dice lady Angkatell, la señorita Savernake fue la primera persona a quien vio al abrir los ojos, a ella apelaría. No resulta muy satisfactoria la explicación, sin embargo.

—No hay ni un solo detalle satisfactorio en este asunto —aseguró Poirot con cierta amargura.

El cuadro escénico de un asesinato, preparado con el fin de engañar a Hércules Poirot… ¡y le *había* engañado! No; *no era satisfactorio*.

El inspector estaba mirando por la ventana.

—Hola —dijo—; aquí viene Clark, mi sargento. Parece traer algo nuevo. Ha estado trabajando a la servidumbre en terreno amistoso. Es un chico guapo y es conocido entre las mujeres.

El sargento Clark entró casi sin aliento. Era evidente que estaba muy satisfecho de sí mismo, aun cuando procurara disimularlo un poco adoptando una actitud muy respetuosa.

—Me pareció conveniente venir a darle cuenta de mi gestión jefe, puesto que sabía dónde encontrarle.

Vaciló, dirigiéndole una mirada dubitativa a Poirot, cuyo aspecto extranjero y raro resultaba para el sargento muy poco recomendable.

—Hable de una vez, muchacho —le ordenó Grange—. No se preocupe por el señor Poirot. Tardará usted mucho en saber de cuestiones policíacas lo que él ya tiene hace años olvidado.

—Sí, señor. Pues verá. Le he sacado algo al pinche.

Grange le interrumpió. Se volvió hacia Poirot con aire triunfal.

—¿No se lo decía yo? Siempre hay esperanza donde hay un ayudante de cocina. Dios nos ayude cuando la servidumbre en las casas quede tan reducida que nadie emplee ya una muchacha en la cocina. Las chicas de la cocina no saben callarse nada. Se ven tan oprimidas por la cocinera y por el resto de la servidumbre, tan obligadas a no olvidar cuál es su posición, que es muy humano que quieran contar lo que saben a quienes quieran escucharles. Prosiga, Clark.

—Esto es lo que dice la muchacha, jefe. Que el domingo por la tarde vio a Gudgeon, el mayordomo, que cruzaba el vestíbulo con

un revólver en la mano.

—¿*Gudgeon*?

—Sí, señor —contestó Clark, consultando su librito de notas—. Éstas son sus palabras exactas. «No sé qué hacer, pero creo que debo decir lo que vi aquel día. Vi al señor Gudgeon. Estaba en el vestíbulo con un revólver en la mano. El señor Gudgeon tenía una expresión muy rara».

—No creo —dijo Clark, interrumpiendo la lectura— que eso de la expresión rara quiera decir nada. Probablemente añadió eso como adorno. Pero me pareció que debía darle a usted cuenta de esto inmediatamente, jefe.

El inspector Grange se alzó, con la satisfacción del hombre que ve ante sí una tarea y sabe que está bien equipado para llevarla a cabo.

—¿*Gudgeon*? —dijo—. Me entrevistaré con el señor Gudgeon inmediatamente.

Capítulo XX

Sentado nuevamente en el despacho de sir Enrique, Grange observó el rostro impasible del hombre que tenía delante.

Hasta aquel momento Gudgeon se había apuntado todos los tantos a su favor.

—Lo siento mucho, señor —repitió—. Supongo que debiera haber mencionado el suceso, pero se me olvidó por completo.

Miró, como excusándose, al inspector y a sir Enrique.

—Eran las cinco y media si mal no recuerdo, señor. Cruzaba el vestíbulo para ver si había alguna carta que echar al correo y vi un revólver sobre la mesita. Supuse que pertenecía a la colección del señor. Conque lo recogí y lo traje aquí. Había un hueco en el estante, junto a la repisa de la chimenea, lugar de donde había salido el arma. Conque volví a colocarla en su sitio.

—Señálelo —ordenó Grange.

Gudgeon se puso en pie y se acercó al estante, seguido de cerca por el inspector.

—Era éste, señor.

El dedo de Gudgeon señaló una pistola «Mauser» pequeña del final de la hilera.

Era del 25, arma de muy pequeño calibre. Desde luego no era aquélla la que había servido para matar a Juan Christow.

Grange, con la vista en Gudgeon, dijo:

—Ésa es una pistola, no un revólver.

Gudgeon tosió.

—¿Una pistola, señor? Me temo que sé muy poco yo de armas de fuego. Es posible que haya empleado la palabra revólver indebidamente.

—Pero…, ¿usted está seguro de que ésa es el arma que encontró

en el vestíbulo y que trajo aquí?

—¡Ah, sí, señor! No puede existir para mí la menor duda de eso.

Grange le contuvo cuando estaba a punto de alargar una mano.

—No la toque, haga el favor. He de examinarla en busca de huellas dactilares y para ver si está cargada.

—No creo que esté cargada, señor. Ninguna de las armas de sir Enrique se conserva cargada. Y en cuanto a huellas…, la limpié yo con mi pañuelo antes de colocarla en su sitio. Conque no tendrá ninguna huella dactilar.

—¿Por qué hizo usted eso? —exclamó vivamente el inspector.

Pero la sonrisa de Gudgeon no sufrió modificación alguna.

—Pensé que pudiera estar llena de polvo, señor.

Se abrió la puerta y entró lady Angkatell. Le sonrió al inspector.

—¡Cuánto me alegro de verle, inspector Grange! ¿Qué es todo eso de un revólver y Gudgeon? Esa criatura de la cocina está llorando como una Magdalena. La señora Medway la ha estado regañando…, pero, claro está, la muchacha hizo muy bien en decir lo que había visto si creía que debía hacerlo. Yo encuentro tan desconcertante siempre eso del bien y del mal… Es muy fácil, ¿sabe?, cuando lo que está bien es desagradable, y lo que está mal resulta agradable, porque entonces una sabe a qué atenerse…, pero confuso y difícil cuando ocurre todo lo contrario…, y yo creo, ¿no opina usted igual, inspector?, que cada uno debe hacer lo que él considere que está bien. ¿Qué les ha estado diciendo de la pistola, Gudgeon?

Gudgeon contestó con respetuoso énfasis:

—La pistola se hallaba en el vestíbulo, milady, en la mesita del centro. No sé de dónde salió. La traje aquí y la coloqué en su sitio. Eso es lo que acabo de decirle al inspector, y él comprende perfectamente.

Lady Angkatell sacudió la cabeza. Dijo con dulzura:

—No debiste decir eso, Gudgeon. Hablaré yo con el inspector.

Gudgeon hizo un leve movimiento, y lady Angkatell dijo con un tono encantador:

—Agradezco tus motivos, Gudgeon. Ya sé que siempre procuras ahorrarnos trabajo y molestias.

Y agregó, despidiéndole dulcemente:

—Nada más de momento.

Gudgeon vaciló, dirigió una fugaz mirada a sir Enrique y luego al inspector. Después inclinó la cabeza en leve reverencia y echó a andar hacia la puerta.

Grange hizo ademán de detenerle, pero, por razones que ni a sí mismo supo explicarse, dejó caer el brazo de nuevo. Gudgeon salió y cerró la puerta.

Lady Angkatell se dejó caer en una silla y sonrió a los dos hombres. Dijo tras una breve pausa y en tono de conversación normal:

—La verdad es que Gudgeon se ha portado de una manera encantadora, ¿saben ustedes? De una manera completamente feudal. Sí; feudal es la palabra adecuada.

—¿He de entender por eso, lady Angkatell, que usted, personalmente, conoce más detalles relacionados con el asunto?

—Naturalmente. Gudgeon no encontró la pistola en el vestíbulo. La encontró unos momentos después, cuando sacó los huevos.

—¿Los huevos? —Grange la miró boquiabierto.

—De la cesta —añadió lady Angkatell.

Pareció creer que ahora estaba todo aclarado. Sir Enrique dijo con dulzura:

—Es preciso que nos digas algo más, querida. El inspector y yo seguimos sin comprender.

—¡Oh! —lady Angkatell intentó ser más explícita—. La pistola, ¿comprenden?, estaba *dentro* de la cesta, *debajo* de los huevos.

—¿Qué cesta y qué huevos, lady Angkatell?

—La cesta que bajé a la granja. La pistola estaba dentro. Y luego puse los huevos encima de la pistola y la olvidé por completo. Y cuando encontramos al pobre Juan Christow muerto junto a la piscina fue tan grande el susto, que solté la cesta y Gudgeon la cogió a tiempo, por los huevos, quiero decir. Si se me hubiesen caído se hubieran roto todos. Y la trajo a casa. Y más tarde le hablé de fechar los huevos… cosa que suelo hacer yo siempre…, de lo contrario una se come a veces los huevos más frescos antes que los más viejos…, y me dijo que todo eso se había hecho ya… y, ahora que me acuerdo, lo dijo recalcando bastante. Y eso es lo que quiero decir al llamarle feudal. Encontró la pistola y volvió a ponerla

aquí…, supongo que porque había guardias en la casa en realidad. A la servidumbre le preocupa tanto la policía siempre… Muy lindo y muy leal…, pero muy estúpido también, porque, claro está, inspector, lo que usted quiere saber es la verdad, ¿no es así?

Y lady Angkatell acabó su explicación dirigiéndole al inspector una sonrisa deslumbradora.

—La verdad es lo que pienso conseguir que me diga —respondió rápidamente, y en tono de cierta dureza el inspector.

Lady Angkatell exhaló un suspiro.

—¡Qué jaleo parece todo eso! ¿Verdad? —dijo—. Eso de andar cazando a la gente, quiero decir. No supongo que, quienquiera que disparase contra Juan Christow, tuviera la intención de pegarle un tiro…, no para herirle gravemente por lo menos. Si fue Gerda, estoy segura de que no quiso matarle. Es más, hasta me sorprende que le diera… Gerda es de las que se espera que no den nunca en el blanco. Y en realidad es una criatura muy buena y muy bondadosa. Y si la meten ustedes en la cárcel y la ahorcan, ¿qué será de los niños? Si es que mató ella a Juan, lo más probable es que lo sienta una enormidad a estas horas. Malo es que los niños tengan un padre que ha muerto asesinado…, pero mucho peor será que les ahorquen a la madre por haberlo hecho. A veces me parece que ustedes los policías no *piensan* en esas cosas.

—No tenemos intención de detener a nadie por ahora, lady Angkatell.

—Bueno, eso es tener sentido común por lo menos. La verdad es que siempre he creído que era usted un hombre muy sensato, inspector Grange.

De nuevo estalló aquella deslumbradora sonrisa.

El inspector parpadeó unos instantes. No podía remediarlo.

Pero se fue derecho y decidido al grano.

—Como dijo usted hace un momento, lady Angkatell, lo que yo deseo descubrir es la verdad. Usted se llevó la pistola de aquí… Y, a propósito, ¿cuál de ellas?

Lady Angkatell señaló con un gesto el estante que había junto a la chimenea.

—La segunda empezando por la última. La «Mauser» del 25.

El tono seco y técnico con que habló ahora le raspó los nervios a

Grange. Sin saber por qué, nunca había esperado que lady Angkatell, a quien hasta aquel momento había catalogado como «vaga y confusa» y «un poquito trastornada», describiese un arma de fuego con una precisión tan técnica y escrupulosa.

—Sacó la pistola de aquí y se la metió en la cesta. ¿Por qué?

—Ya sabía yo que me preguntaría usted eso —dijo lady Angkatell. Su tono, inesperadamente, resultaba casi triunfal—. Y, claro está, alguna razón debe haber. ¿No te parece, Enrique? —Se volvió hacia su marido—. ¿No crees tú que alguna razón tendría yo para sacar una pistola aquella mañana?

—Así lo hubiera yo supuesto por lo menos, querida —contestó sir Enrique con sequedad.

—Una hace cosas —dijo lady Angkatell, mirando pensativa hacia delante—, y luego una no se acuerda de por qué las hace. Pero, ¿sabe, inspector?, yo creo que siempre hay un motivo y todo es cuestión de encontrarlo. *Alguna* idea tendría yo en la cabeza cuando metí la pistola «Mauser» en la cesta de los huevos —apeló a él—. ¿Cuál cree usted que puede haber sido?

Grange la miró fijamente. La mujer no dio muestra alguna de embarazo, sólo de una avidez infantil. Se sintió vencido. Jamás había conocido a una persona como Lucía Angkatell y, de momento, no sabía qué hacer. Estaba completamente desconcertado.

—Mi esposa —explicó sir Enrique— es muy distraída.

—Así parece —contestó Grange.

Y no lo dijo de una forma muy agradable.

—¿Por qué cree usted que me llevé la pistola? —le preguntó lady Angkatell en tono confidencial.

—No tengo la menor idea, lady Angkatell.

—Entré aquí —musitó lady Angkatell—. Había estado hablando con Simmons acerca de las fundas de almohada… y recuerdo vagamente haber cruzado hacia la chimenea… y pensando que tendríamos que comprar otro atizador nuevo… el párroco, no el recto…

El inspector la miró boquiabierto. Empezaba a darle vueltas la cabeza.

—Y recuerdo haber cogido la pistola «Mauser»…, era una pistola muy bonita, muy útil y muy manejable. Siempre tantas cosas en la

cabeza… Simmons, ¿sabe?, y la cizaña me ha gustado… y haberla dejado caer en la cesta… Acababa de sacar la cesta del cuarto de las flores. Pero tenía entre las margaritas… y me estaba diciendo que ojalá hiciera la señora Medway un Negro en Camisa muy rico…

—¿Un Negro en Camisa? —no pudo menos de interrumpirla Grange.

—Chocolate, ¿sabe?, y huevos… y todo cubierto de crema batida. La clase de dulce que le gustaría a un extranjero para comer.

El inspector Grange habló con ferocidad, experimentando la misma sensación que el hombre que se sacude unas telarañas que le impiden ver con claridad.

—¿Cargó usted la pistola?

Había esperado sobresaltarla…, tal vez asustarla un poco. Pero lady Angkatell se limitó a estudiar la pregunta pensativa.

—¿La cargué? ¡Qué estupidez! No me acuerdo. Pero yo creo que debí cargarla, ¿no le parece, inspector? Quiero decir…, ¿de qué sirve una pistola sin municiones? Ojalá pudiera recordar con exactitud qué era lo que tenía yo metido en la cabeza en aquel momento.

—Mi querida Lucía —intervino sir Enrique—, lo que pasa o deja de pasar por tu cabeza ha sido desesperación de cuantos te conocen bien desde hace años.

Ella le dirigió una sonrisa muy dulce.

—Estoy intentando recordar, Enrique, querido. Una hace unas cosas tan raras… Descolgué el auricular del teléfono la otra mañana y me quedé mirándolo completamente desconcertada. No lograba imaginarme con qué fin lo había tomado.

—Seguramente con la intención de telefonearle a alguien —dijo el inspector con frialdad.

—Pues no; por raro que parezca, no era para eso. Me acordé después… Me había estado preguntando por qué la señora Mears, la mujer del jardinero, sostenía a su bebé de una forma tan rara. Y tomé el auricular para probar, ¿sabe?, cómo cogería yo a una criatura. Y, claro está, me di cuenta de que me había parecido raro porque la señora Mears es zurda y la tenía cogida al revés.

Miró con gesto triunfal a su marido y luego al inspector.

«Bueno —pensó el inspector, supongo que sí es posible que haya

personas como ésta».

Pero no se sentía muy seguro de ello.

Se daba cuenta de que toda la historia podía ser un tejido de embustes. La criada, por ejemplo, había asegurado claramente que era un revólver lo que había visto en manos de Gudgeon. No obstante, no podía uno fiarse demasiado de eso. La muchacha no sabía una palabra de armas de fuego.

Había oído mencionar un revólver en relación con el crimen, y para ella, revólver y pistola serían lo mismo.

Tanto Gudgeon como lady Angkatell habían hablado de la pistola «Mauser», pero no había nada que apoyara su declaración. Era posible que lo que habían visto en la mano de Gudgeon hubiese sido el revólver desaparecido, y que lo hubiese devuelto, no al despacho, sino a la propia lady Angkatell. Toda la servidumbre parecía adorar como a una diosa a aquella maldita mujer.

¿Y si fuera ella quien había matado a Juan Christow? Pero ¿por qué? No veía la razón. ¿Seguirían apoyándola y mintiendo para salvarla? Tenía la desagradable impresión de que era eso precisamente lo que todos ellos estarían dispuestos a hacer.

Y ahora esa fantástica historia de que no podía recordar. ¿Acaso no era capaz de inventar algo mejor? Y con la naturalidad con que lo decía, sin el menor embarazo, sin la menor aprensión. ¡Qué rayos! Le daba a uno la impresión de que estaba diciendo la verdad pura y sencilla.

Se puso en pie.

—Cuando recuerde algo más, confío en que me lo dirá, lady Angkatell —dijo secamente.

Contestó ella:

—Claro que sí, inspector. Una se acuerda de las cosas, de pronto, a veces.

Grange salió del despacho. En el vestíbulo se metió un dedo en el cuello, como para aflojárselo, y respiró profundamente.

Se sentía enredado en una madeja de telarañas. Lo que necesitaba era la pipa más vieja y maloliente de su colección, un litro de cerveza y una buena chuleta con patatas fritas. Algo llano y objetivo.

Capítulo XXI

En el despacho, lady Angkatell mariposeaba de un lado para otro, tocando las cosas aquí y allá, vagamente, con el dedo índice. Sir Enrique, retrepado en su asiento, la estuvo contemplando. Dijo por fin:

—¿Por qué cogiste la pistola, Lucía?

—En realidad, no estoy del todo segura, Enrique. Supongo que tendría una vaga idea de un accidente.

—¿Accidente?

—Sí. Todas esas raíces de árboles, ¿sabes? —dijo lady Angkatell, vagamente—, que asoman… es tan fácil tropezar con una y dar un traspiés… Uno podía haber estado haciendo unos cuantos disparos al blanco y haberse dejado un cartucho en la recámara… un descuido muy grande, claro está…, pero después de todo, la gente *es descuidada*. Siempre he pensado, ¿sabes?, que un accidente sería la forma más sencilla de hacer una cosa así. Una lo sentiría mucho, claro está, y echaría a sí misma la culpa…

Se apagó la voz. El marido permaneció muy quieto, sin quitarle la mirada de la cara. Habló de nuevo, con la misma voz tranquila, cuidadosa…

—¿Quién había de sufrir… el accidente?

Lucía volvió un poco la cabeza, mirándole con sorpresa.

—Juan Christow, naturalmente.

—¡Santo Dios, Lucía…!

Se interrumpió.

Ella dijo muy sería:

—¡Oh, Enrique! ¡He estado tan terriblemente preocupada por Ainswick!

—Comprendo, se trata de Ainswick. Siempre te ha importado

demasiado Ainswick, Lucía. A veces creo que es la única cosa que te importa.

—Eduardo y David son los últimos…, los últimos de los Angkatell. Y David no sirve, Enrique. Jamás se casará… por lo de su madre y todo eso. Él heredaría la finca cuando Eduardo muera, y no se casará, y tú y yo habremos muerto antes de que él llegue a la edad madura siquiera. Será el último de los Angkatell y todo eso desaparecerá.

—¿Importa mucho, Lucía?

—¡Claro que importa! ¡Ainswick!

—¡Debiste haber nacido varón, Lucía!

Pero sonrió un poco, porque no sé imaginaba a Lucía siendo otra cosa que femenina.

—Todo depende de que se case Eduardo…, y Eduardo es tan terco…, esa cabeza tan larga que tiene, como mi padre. Había confiado en que olvidaría a Enriqueta y se casaría con una muchacha agradable…, pero ahora veo que no existe la menor esperanza. Luego pensé que el devaneo de Enriqueta con Juan seguiría el curso normal y acabaría. Los amoríos de Juan, me imaginé, nunca eran muy permanentes. Pero le vi mirarla la otra noche. Estaba enamorado de ella *de verdad*. Me pareció que si Juan no estuviese en el paso, Enriqueta se casaría con Eduardo. No es ella de las que atesoran un recuerdo y viven en el pasado. Conque, como ves, todo se reducía a eso…, deshacerse de Juan Christow.

—Lucía. Tú no… ¿Qué hiciste, Lucía?

Lady Angkatell se puso en pie otra vez. Quitó dos flores marchitas de uno de los floreros.

—Querido —murmuró—, supongo que no te imaginas ni por un solo instante, que yo maté a Juan Christow. Sí que se me ocurrió esa idea estúpida de un accidente. Pero entonces, ¿sabes?, me acordé que habíamos invitado a Juan Christow aquí… No es como si hubiese propuesto venir él mismo. Una no puede pedirle a nadie que sea un invitado y luego tomar medidas para que le ocurra un accidente. Hasta los árabes tienen un concepto muy elevado de la hospitalidad. Conque no te preocupes, ¿quieres, Enrique?

Se le quedó mirando con una sonrisa brillante y cariñosa. Dijo él:

—Siempre estoy preocupado por ti, Lucía.

—No hay necesidad de estarlo, querido. Y como ves, todo ha salido a pedir de boca. Juan ha quedado eliminado sin que tuviésemos nosotros arte ni parte en el asunto. Me recuerda —dijo lady Angkatell reminiscente— al hombre aquel que fue tan grosero conmigo en Bombay. Le atropelló un tranvía tres días más tarde.

Abrió el ventanal y salió al jardín.

Sir Enrique continuó sentado, viendo a la alta y esbelta figura vagar senda abajo. Parecía viejo y cansado y era su rostro el de un hombre que vive cara a cara con el temor.

* * *

En la cocina, la lacrimosa Doris Emmott se sobrecogía bajo la severa reprimenda del señor Gudgeon. La señora Medway y la señorita Simmons hacían a veces una especie de coro griego.

—¡Adelantarte de esa manera y formar juicios precipitados como una muchacha sin experiencia!

—Eso es —dijo la señora Medway.

—Si me ves con una pistola en la mano, lo que te corresponde hacer es venir a mí y decir: «Señor Gudgeon, ¿tiene usted la amabilidad de darme una explicación?».

—O podías haber venido a mí —intervino la señora Medway—. Yo siempre estoy dispuesta a decirle a una muchacha joven que no conoce el mundo lo que es su obligación pensar.

—Lo que *no* debieras haber hecho —dijo Gudgeon con severidad — es ir cotorreando a un guardia… ¡y a un simple sargento, por añadidura! Nunca tengas más tratos con la policía de los absolutamente inevitables. Ya resulta bastante doloroso el tener que aguantarles en casa siquiera.

—Inexplicablemente doloroso —murmuró la señorita Simmons —. Nunca me había pasado a *mí* una cosa así antes.

—Todos sabemos —prosiguió Gudgeon— cómo es la señora. Nada de lo que haga milady podrá sorprenderme a mí jamás… Pero la policía no conoce a milady como la conocemos nosotros…, y no hay que pensar, ni que admitir, que a milady le molesten con

preguntas tontas y sospechas nada más que porque le haya dado por andar por ahí con armas de fuego. Es una de las cosas que a ella se le ocurriría hacer; pero la policía tiene esa clase de mentalidad que no sabe ver en todo más que asesinatos y cosas desagradables por el estilo. Milady es una de esas señoras distraídas incapaces de hacer daño a una mosca. Pero no hay que negar que pone las cosas en sitios muy raros. Jamás olvidaré —agregó Gudgeon con emoción— el día que se le ocurrió traer una langosta viva y dejársela olvidada en la bandeja del vestíbulo. ¡Creí que estaba viendo visiones!

—Eso debió de ocurrir antes de mi tiempo —dijo Simmons con curiosidad.

La señora Medway contuvo esas revelaciones dirigiendo una mirada a la pecadora Doris.

—Dejémoslo para otro día —dijo—. Bueno, Doris, no hemos hecho más que hablarte por tu propio bien. Es algo *ordinario* tener tratos con la policía; no lo olvides. Puedes ponerte ahora a preparar las legumbres. Y ten más cuidado con las judías verdes del que tuviste anoche.

Doris soltó un respingo.

—Sí, señora Medway —dijo.

Y se retiró a la fregadera.

Dijo la señora Medway con recelo:

—Presiento que no van a salirme hoy las pastas muy ligeras. Tengo mala mano. Ese interrogatorio, mañana… Se me revuelve el estómago cada vez que pienso en ello. ¡Mira que pasarnos a *nosotros* una cosa de ésas…!

Capítulo XXII

Se oyó el chasquido de la puertecita del jardín y Poirot miró por la ventana a tiempo para ver a la visita que cruzaba en dirección a su puerta.

Supo en seguida quién era. Y se preguntó por qué habría decidido Verónica Cray ir a verle.

Entró con ella un leve y delicioso perfume que Poirot reconoció. Vestía de mezclilla y con zapatos de deporte lo mismo que Enriqueta. Pero allí, pensó Poirot, acababa todo su parecido.

—Monsieur Poirot —el tono era delicioso, levemente matizado por la emoción—, acabo de enterarme de quién es mi vecino. Y he tenido siempre tantas ganas de conocerle…

Tomó las manos que la mujer le tendía y se inclinó sobre ella.

—Encantado, madame.

Aceptó el homenaje sonriente. Rechazó su ofrecimiento de té, café o combinado.

—No; sólo he venido a hablar con usted. A hablar seriamente. Estoy preocupada.

—¿Está usted preocupada? Siento mucho saberlo.

Verónica se sentó y exhaló un suspiro.

—Se trata de la muerte de Juan Christow. La vista se celebra mañana. ¿Lo sabía usted?

—Sí, sí; lo sabía.

—Y ha sido toda la cosa tan extraordinaria…

Se interrumpió.

—La mayor parte de la gente no lo creería. Pero usted sí, creo yo, porque conoce algo de la naturaleza humana.

—Conozco algo de la naturaleza humana —reconoció Poirot.

—El inspector Grange vino a verme. Se le había metido en la

cabeza que yo había regañado con Juan…, cosa que es cierta en rigor, aunque no de la forma en que él cree. Le dije que no había visto a Juan en quince años, y se negó a creerme. Pero es cierto, monsieur Poirot.

Poirot dijo:

—Puesto que es cierto, podrá demostrarse fácilmente; conque, ¿a qué preocuparse?

Le devolvió la sonrisa amistosamente.

—La verdad es que no me atrevo a decirle al inspector lo que sucedió el sábado por la noche. Es tan fantástico. Por eso he venido a usted.

Dijo Poirot sin inmutarse:

—Me siento halagado.

Eso era acaso, observó, lo que ella daba por sentado. Era una mujer, se dijo, que se sentía muy segura de la impresión que estaba produciendo. Tan segura que, de vez en cuando, pudiera cometer un error.

—Juan y yo estábamos prometidos en matrimonio hace quince años. Estaba muy enamorado de mí, tanto, que a veces llegaba incluso a alarmarme. Quería que renunciase a mi carrera… que renunciase a los pensamientos y vida propios. Se mostró tan autoritario, que no creía poder seguir adelante con él, y puse fin a nuestro compromiso. Me temo que tomó eso muy a pecho.

Poirot hizo un ruidito discreto, de comprensión, con la lengua.

—No volví a verle hasta el sábado pasado por la noche. Me acompañó hasta la casa. Le dijo al inspector que habíamos hablado de tiempos pasados. Eso es verdad hasta cierto punto. Pero hubo más que eso.

—¿Sí?

—Juan se volvió loco…, completamente loco. Quería abandonar a su mujer y a sus hijos; quería que me divorciase de mi marido y me casara con él. Me dijo que nunca se había olvidado de mí…, que en cuanto me vio, el tiempo dejó de existir.

Cerró los ojos, tragó saliva. Bajo el maquillaje, tenía muy pálido el semblante.

Abrió los ojos de nuevo y le sonrió, casi tímidamente, a Poirot.

—¿Puede usted creer —preguntó— que un… un sentimiento así

sea posible?

—Sí, creo que es posible —dijo Poirot.

—Nunca olvidar…, continuar esperando…, haciendo planes…, confiando… Decidir con todo el cuerpo y toda el alma, conseguir a toda costa, tarde o temprano, lo que uno desea… ¿Hay hombres así, monsieur Poirot?

—Sí…, y mujeres también.

Le dirigió una mirada dura.

—Estoy hablando de hombres, de Juan Christow. Bueno, pues así era. Protesté al principio, reí, me negué a tomarle en serio. Luego le dije que estaba loco. Era muy tarde cuando regresó a *The Hollow*. Habíamos discutido y discutido. Él seguía… tan decidido como siempre.

Volvió a tragar saliva.

—Por eso le mandé una nota al día siguiente. No podía dejar las cosas así. Era preciso que le hiciese comprender que lo que él deseaba era… imposible.

—Y… ¿*era* imposible?

—¡Claro que era imposible! Vino. No quiso escuchar lo que yo tenía que decir. Se mostró tan insistente como antes. Le dije que era inútil, que no le amaba, que le odiaba… —hizo una pausa, respirando con fatiga—. Tuve que hablar con brutalidad. Conque nos separamos enfadados… Y ahora… ha muerto.

Vio cómo se unían sus manos; vio los dedos retorcidos; vio cómo resaltaban los nudillos. Eran manos grandes, más bien crueles.

La fuerte impresión que ella estaba experimentando se le contagió a Poirot. No era pena, ni dolor, no, era furia. La furia, pensó, del egoísmo frustrado.

—¿Bien, monsieur Poirot? —tenía la voz serena, dominada otra vez—. ¿Qué he de hacer? ¿Contar la historia o callármela? Eso es lo que ocurrió… pero cuesta trabajo creerlo.

Poirot le dirigió una mirada, una mirada sostenida, analizadora.

No creía que Verónica estuviese diciendo la verdad. Y, sin embargo, se notaba en ella un fondo de sinceridad. Esas cosas sucedían, se dijo, pero no sucedieron así.

Y, de pronto comprendió. Era cierta la historia; pero invertida. Era Verónica quien no había podido olvidar a Juan Christow. Era

ella quien se había sentido decepcionada y rechazada. Y ahora, incapaz de soportar el silencio, la tremenda ira de una pantera privada de lo que ella consideraba su legítima presa, había inventado una versión de la verdad que dejase satisfecho su amor propio herido y alimentara un poco su doloroso apetito por un hombre que se hallaba ya fuera del alcance de sus rapaces garras. ¡Imposible reconocer que ella, Verónica Cray, no pudiese obtener lo que deseaba! Conque lo había contado todo al revés.

—Si todo eso tuviera algo que ver con la muerte de Juan Christow, tendría usted que hablar con franqueza. Pero si nada tiene que ver con ella, y yo no comprendo por qué había de tenerlo, está justificado que guarde usted silencio sobre el particular.

Se preguntó si habría quedado desilusionada. Se le antojaba que, en el estado de ánimo en que se encontraba, le gustaría lanzar la historia a la publicidad, contarla para que la publicasen los periódicos. Había acudido a él…, ¿para qué? ¿Para poner a prueba su historia? ¿Para estudiar su reacción? ¿O… para usarle a él…, para inducirle a que hiciese circular el relato?

Si su templada reacción la desilusionó, no dio muestra alguna de ello. Se puso en pie y le tendió una de aquellas manos largas y bien cuidadas.

—Gracias, monsieur Poirot. Lo que usted dice parece eminentemente sensato. Celebro mucho haber venido a verle. Tenía… tenía necesidad de contárselo a alguien…, de que alguien lo supiera.

—Respetaré su confidencia, madame.

Cuando se hubo marchado, abrió las ventanas un poco. Los perfumes le mareaban. No le gustaba el de Verónica. Era caro, pero empalagoso, abrumador, como su personalidad.

Se preguntó, al sacudir las cortinas para hacer aire, si Verónica Cray habría matado a Juan Christow.

Le hubiera matado de buena gana, de eso estaba convencido. Hubiese disfrutado apretando el gatillo… viéndole tambalearse y caer.

Pero tras aquella furia vengativa se ocultaba algo frío y astuto, algo que pesaba las probabilidades, una inteligencia fría y calculadora. Por muchas ganas que hubiese tenido Verónica Cray de

matar a Juan Christow, Poirot dudaba mucho que se hubiera decidido a correr el riesgo.

Capítulo XXIII

La vista de la causa había terminado, simple formalidad más que otra cosa, y aunque advertidos de antemano, casi todos experimentaron cierto resentimiento y chasco.

Aplazada por quince días a petición de la policía.

Gerda había bajado de Londres con la señora Patterson en un «Daimler» de alquiler. Llevaba vestido negro y un sombrero que le sentaba muy mal, y parecía nerviosa y aturdida.

A punto de subir al «Daimler» se detuvo al acercarse a ella lady Angkatell.

—¿Cómo estás, Gerda, querida? Espero que no dormirás demasiado mal. Yo creo que las cosas han ido todo lo bien que podíamos esperar, ¿verdad? No sabes cuánto siento no tenerte con nosotros en *The Hollow*, pero comprendo perfectamente cuánto te angustiaría eso.

La señora Patterson dijo con voz animada, echando una mirada de reproche a su hermana por no haberla presentado debidamente.

—Esto fue idea de la señorita Collins…, bajar en automóvil y regresar inmediatamente. Resulta un poco caro, claro está, pero nos pareció que valía la pena.

—¡Oh!, estoy completamente de acuerdo con usted.

La señora Patterson bajó la voz.

—Voy a llevarme a Gerda y a los niños a Bexhill. Lo que ella necesita es descanso y quietud. ¡Los periodistas! ¡No tiene usted idea; rondan por Harley Street como un enjambre de abejas!

Un joven tomó una fotografía. Elisa Patterson empujó a su hermana para que subiera al coche y se fueron.

Los demás vieron, durante un fugaz instante, el rostro de Gerda bajo el ala del sombrero. Era una cara vacua, perdida, en aquel

instante parecía una criatura idiota.

La señorita Midge Hardcastle murmuró entre dientes:

—¡Pobre diablo!

Eduardo dijo irritado:

—¿Qué rayos veía la gente en Christow? Esa mujer parece quebrantada de dolor.

—Juan lo era todo para ella —dijo Midge—. Le adoraba como a un dios.

—Pero, ¿por qué? Era un hombre egoísta. Muy buena compañía hasta cierto punto, pero…

Se interrumpió. Luego quiso saber:

—¿Qué opinión tenías tú de él, Midge?

—¿Yo? —Midge reflexionó.

Dijo por fin, algo sorprendida por sus propias palabras:

—Creo que me infundía respeto.

—¿Respeto? ¿Por qué?

—Conocía al dedillo su profesión.

—¿Estás pensando en él como médico?

—Sí.

No hubo tiempo para más.

Enriqueta iba a llevar a Midge a Londres en su coche. Eduardo regresaba a *The Hollow* a comer y marcharía en el tren de la tarde con David. Le dijo vagamente a Midge:

—Tienes que salir y comer conmigo un día.

Midge dijo que le encantaría, pero que no podía tomarse más de una hora. Eduardo le dirigió una sonrisa encantadora y observó:

—Oh, se tratará de una ocasión especial. Estoy seguro de que serán comprensivos en tu establecimiento.

Luego se movió hacia Enriqueta.

—Ya te llamaré por teléfono, Enriqueta.

—Sí, hazlo, Eduardo. Pero es preferible que me pase mucho tiempo fuera de casa.

—¿Fuera?

Ella le miró con sonrisa burlona.

—Ahogando mis pesares. No esperarás que me esté sentada en casa entregada a mis pensamientos, ¿verdad?

Dijo él muy despacio:

—No te comprendo estos días, Enriqueta. Eres completamente distinta.

Se dulcificó el semblante de la joven. Dijo inesperadamente:

—Querido Eduardo…

Y le dio un apretoncito en el brazo.

Se encaró displicente con lady Angkatell a continuación.

—Puedo volver si quiero, ¿verdad, Lucía?

Lady Angkatell contestó:

—Claro que sí, querida. Y sea como fuere, tendrás que volver para asistir a la vista, que se ha fijado para dentro de dos semanas.

Enriqueta se dirigió al lugar en que había dejado su coche en la plaza del mercado. Su maleta y la de Midge se encontraban dentro ya.

Subieron y pusieron el automóvil en marcha.

El coche ascendió la larga cuesta y salió a la carretera por encima de la cresta. Abajo, las hojas pardas y doradas tiritaban un poco en el fresco de un día gris otoñal.

Midge dijo de pronto:

—Me alegro de alejarme…, hasta de Lucía. A pesar de lo encantadora que es, me pone a veces la carne de gallina.

Enriqueta estaba mirando el espejo retrovisor.

Dijo, no muy atenta a la conversación:

—Lucía tiene que darle colorido… hasta a un asesinato.

—¿Sabes que nunca había pensado en asesinatos hasta ahora?

—¿Por qué habías de pensar? No es eso cosa en que una piense. Asesinato es una palabra de nueve letras en crucigrama… o una distracción agradable entre las tapas de un libro. Pero el de verdad…

Hizo una pausa. Midge terminó la frase.

—…¡*es* de verdad! Eso es lo que sobresalta y asusta.

—No hay razón para que a ti te sobresalte y asuste. Tú estás fuera del asunto. Quizá seas la única de nosotros que lo esté.

Dijo Midge:

—Todos quedamos fuera ahora. Nos hemos escapado.

Enriqueta murmuró:

—¿Tú lo crees así?

Estaba mirando en el espejo otra vez. De pronto, pisó el

acelerador. El automóvil respondió. Echó una mirada al indicador de velocidad. Iban a más de cincuenta millas por hora. A los pocos momentos, la aguja del indicador marcó sesenta.

Midge miró de soslayo el perfil de Enriqueta. No era normal en ella conducir a semejante velocidad. Le gustaba correr, pero el serpenteante camino por el cual avanzaban no era como para justificar aquella marcha. Una hosca sonrisa aleteaba en los labios de Enriqueta.

Dijo:

—Mira por encima del hombro, Midge. Fíjate en ese coche de atrás.

—¿Qué?

—Es un «Ventnor 10».

—¿Sí?

A Midge no le interesaba gran cosa eso.

—Son unos cochecitos muy útiles… consumen muy poca gasolina, van bien por carretera, pero no son veloces.

—¿No?

Era curioso, pensó Midge, lo mucho que le fascinaban siempre a Enriqueta los automóviles y sus características.

—Como digo, no son veloces, pero ese coche, Midge, ha conseguido mantenerse a la misma distancia nuestra a pesar de que vamos a más de sesenta millas por hora.

Midge la miró con sobresalto.

—¿Quieres decir con eso que…?

Enriqueta afirmó con la cabeza.

—La policía, según tengo entendido, tiene motores especiales instalados en coches que parecen corrientes.

—¿Quieres decir con eso que nos están vigilando?

—Parece estar bien claro.

Midge se estremeció.

—Enriqueta, ¿puedes tú comprender el significado de eso del segundo revólver?

—No; elimina a Gerda. Pero, fuera de eso, no parece tener significado alguno.

—Pero si era uno de los revólveres de Enrique…

—No sabemos que lo sea. No olvides que aún no lo han

encontrado.

—No, es cierto. Podría tratarse de un extraño. ¿Sabes tú quién me gustaría pensar que había matado a Juan, Enriqueta? Esa mujer.

—¿Verónica Cray?

—Sí.

Enriqueta nada dijo. Siguió conduciendo.

—¿No te parece que es posible? —insistió Midge.

—Posible, si —contestó Enriqueta despacio.

—Así, pues, tú no crees…

—Nada se adelanta pensando una cosa nada más que porque una *quiere* que sea. Es la solución perfecta. ¡Quedaríamos eliminados todos nosotros!

—¿Nosotros? Pero…

—Todos estamos metidos en el ajo…, todos. Hasta tú, Midge, querida…, aunque trabajo les iba a costar hallar en tu caso un móvil. Claro que me *gustaría* que fuese Verónica. Nada me encantaría tanto como verla dar una representación, como diría Lucía, en el banquillo de los acusados.

Midge le dirigió una rápida mirada.

—Dime, Enriqueta, ¿te hace todo eso sentirte vengativa?

—Quieres decir —Enriqueta hizo una pausa—, ¿porque estaba enamorada yo de Juan?

—Sí.

Al hablar, Midge se dio cuenta, con cierto sobresalto, que aquélla era la primera vez que el hecho escueto se expresaba en palabras. Todos lo habían aceptado, Lucía y Enrique, Midge, hasta Eduardo, todos admitían tácitamente que Enriqueta estaba enamorada de Juan Christow. Pero ninguno de ellos había llegado a insinuar siquiera el hecho verbalmente hasta entonces.

Hubo una pausa durante la cual Enriqueta pareció estar pensando. Luego dijo en voz meditativa:

—No puedo explicarte lo que siento. Quizá no lo sepa yo misma.

Cruzaba ahora el Puente de Alberto.

Dijo Enriqueta:

—Más vale que vengas conmigo al estudio, Midge. Tomaremos té y te acompañaré a tu pensión después.

Allí en Londres, empezaba ya a anochecer. Se detuvieron ante la

puerta del estudio y Enriqueta metió la llave en la cerradura. Entró y encendió la luz.

—Hace frío —dijo—. Más vale que encendamos la estufa de gas. ¡Bah! Tenía la intención de comprar cerillas por el camino.

—¿No sirve el encendedor?

—El mío no sirve para nada. Y, de todas formas, es difícil encender el gas con un mechero. Haz como si estuvieras en tu propia casa. Hay un ciego en la esquina. Le compro a él las cerillas. Estaré de vuelta en seguida.

Sola en el estudio, Midge se puso a vagar por él contemplando las obras de Enriqueta. Le daba una sensación extraña estar contemplando el desierto estudio con aquellas creaciones de madera y bronce.

Había una cabeza de bronce con pómulos salientes y casco de acero, posiblemente un soldado ruso. Y vio una construcción airosa de aluminio retorcido que le intrigó mucho. Vio una enorme rana estática de granito color rosa. Y a un extremo del estudio se encontró con una figura de madera, casi de tamaño natural.

La estaba contemplando cuando giró la llave de Enriqueta en la cerradura y entró la joven jadeando un poco.

Midge se volvió.

—¿Qué es esto, Enriqueta? Asusta un poco.

—¿Eso? La Adoradora. Es para el Grupo Internacional.

Midge repitió contemplándola:

—Asusta.

Enriqueta se arrodilló para encender la estufa y dijo por encima del hombro:

—Es interesante oírte decir eso. ¿Por qué encuentras que te asusta?

—Creo que… porque no tiene cara.

—¡Cuánta razón tienes, Midge!

—Está muy bien hecho, Enriqueta.

Dijo ésta alegremente:

—Es un pedazo bastante bonito de madera de peral.

Se alzó. Echó su bolso cartera y las pieles sobre un diván, y tiró un par de cajas de cerillas sobre la mesa.

A Midge le llamó la atención la expresión que adornaba su

semblante, que había adquirido, de pronto, un inexplicable aspecto triunfal.

—Y ahora, el té —dijo Enriqueta.

Y en su tono se notó el mismo plácido júbilo que Midge había observado en su semblante.

Casi resultaba una discordancia; pero Midge lo olvidó por la serie de pensamientos que hizo surgir en su mente al ver las dos cajas de cerillas.

—¿Recuerdas aquellas cerillas que Verónica se llevó?

—¿Cuando Lucía insistió en cargarla con media docena de cajas? Sí.

—¿Ha averiguado alguien si tenía Verónica, después de todo cerillas en su casa en el momento de pedirlas?

—Supongo que lo averiguarían los guardianes. No suelen olvidar detalle.

Una sonrisa levemente triunfal adornaba los labios de Enriqueta. Midge se sintió intrigada y hasta casi experimentó cierta repulsión.

Pensó: «¿Es posible que Enriqueta quisiera de verdad a Juan? ¿Es posible? No lo puedo creer».

Y sintió frío en el alma al pensar:

«Eduardo no tendrá que esperar mucho tiempo…».

Muy poco generoso en ella resultaba que semejante pensamiento no la llenara de alegría. Deseaba que Eduardo fuera feliz, ¿verdad? No era como si Eduardo pudiese ser para ella. Para Eduardo siempre sería la «pequeña Midge». Nada más que eso. Jamás una mujer a quien amar.

Eduardo, por desgracia, era de los leales, de los que son fieles siempre a una idea o a un cariño. Bueno, pues los leales, por regla general, obtenían lo que deseaban tarde o temprano.

Eduardo y Enriqueta en Ainswick… Así debía terminar el cuento. Eduardo y Enriqueta, viviendo muy felices en adelante.

Lo veía todo con enorme claridad.

—Anímate, Midge —dijo Enriqueta—. No hay que dejarse deprimir por un asesinato. ¿Salimos después a comer un bocado?

Pero Midge se apresuró a decir que debía regresar a la pensión. Tenía cosas que hacer, cartas que escribir. Era mucho mejor que se fuese en cuanto hubiera terminado de tomarse la taza de té.

—Como quieras. Te llevaré a tu casa en el coche.

—Podría tomar un taxi.

—No digas tonterías. Puesto que lo tengo aquí, usemos el coche.

Salieron al húmedo aire de la noche. Al llegar a la extremidad de la calle, Enriqueta señaló un coche parado a un lado.

—Un «Ventnor 100». Nuestra sombra. Ya verás. Nos seguirá.

—¡Qué desagradable es todo esto!

—¿Tú lo crees así? A mí no me importa en realidad.

Enriqueta dejó a Midge en su casa y regresó a su calle, dejando el coche en el garaje.

Luego entró de nuevo en el estudio.

Durante unos minutos se quedó pensativa, tabaleando con los dedos en la repisa de la chimenea. Luego exhaló un suspiro y murmuró para sí:

—Bien…, a trabajar. Más vale no perder tiempo.

Se quitó el traje de mezclilla y se puso el blusón.

Una hora y media más tarde dio un paso atrás y contempló su obra. Tenía barro en las mejillas, y el cabello desgreñado; pero movió la cabeza en gesto de aprobación.

El modelo se parecía a un caballo. Había aplicado el barro en grandes puñados irregulares. Era la clase de caballo cuya contemplación hubiera provocado un ataque de apoplejía a un coronel de caballería, tan distinto era a caballo alguno de carne y hueso que hubiese nacido jamás. También hubiera llenado de angustia a los antepasados irlandeses de Enriqueta, tan aficionados al ganado caballar. No obstante, era un caballo, un caballo concebido en forma abstracta.

Enriqueta se preguntó qué opinaría el inspector Grange de él, si es que llegaba algún día a verlo, y una sonrisa expansiva fulminó su semblante cuando se imaginó la cara del policía.

Capítulo XXIV

Eduardo Angkatell se detuvo vacilante, entre la nube de peatones que transitaba por Shattesbury Avenue. Estaba intentando armarse de valor para entrar en el establecimiento que ostentaba en letras doradas el nombre de «Madame Alfrege».

Un instinto que no supo explicarse le había impedido que se limitara a telefonear invitando a Midge a comer. Aquel fragmento de conversación que escuchara en *The Hollow* le había turbado, más aún, le había espantado. Había notado a Midge en la voz una sumisión, un servilismo que le dejaron ultrajado, sublevado.

¡Que Midge, la libre, la alegre, la franca Midge, tuviera que adoptar actitud semejante! ¡Tener que someterse, como era evidente que se sometía, a insolencias, a groserías que le estaban diciendo por el aparato…! Luego, al expresarle él sus preocupaciones, le había largado a boca de jarro la desagradable verdad, que una tenía que conservar el empleo, que no era fácil encontrar colocación, y que el conservar un puesto representaba algo más que cumplir con una determinada obligación.

Hasta entonces, Eduardo había aceptado vagamente el hecho de que muchas jóvenes tenían «empleo» hoy en día. Si algún pensamiento había dedicado al asunto, había sido para suponer que en general tenían empleos porque les gustaban los empleos, que halagaban su sentido de independencia y les proporcionaban algo suyo en qué interesarse en la vida.

El hecho de que un día de trabajo que empezaba a las nueve de la mañana y terminaba a las seis de la tarde, privaba a una muchacha de los placeres del descanso de la clase acomodada, jamás se le había ocurrido siquiera. Que Midge, a menos que sacrificara la hora que le daban para comer, no podía visitar un

museo; que no podía asistir a un concierto por la tarde, ni salir al campo en un día hermoso, ni comer tranquilamente en un restaurante lejano, sino que tenía que aplazar sus excursiones para el sábado por la tarde o el domingo, y comer a toda prisa en un bar o un salón de té cualquiera, era un descubrimiento nuevo y desagradable para Eduardo. Le tenía mucho afecto a Midge. La pequeña Midge, así la llamaba él y así pensaba en ella y la recordaba. Su llegada a Ainswick para las vacaciones, tan tímida y con los ojos muy abiertos, muda al principio, pero desatándose después en entusiasmo y afecto para todo y por todos.

La tendencia de Eduardo a vivir en el pasado y aceptar el presente con recelo, como cosa que aún no ha sido puesta a prueba, había retrasado un reconocimiento de Midge como persona mayor que vivía de su sueldo.

Había sido aquella noche en *The Hollow*, al entrar él tiritando de frío en aquel extraño y turbador intercambio de palabras con Enriqueta, cuando al arrodillarse Midge para encender el fuego, se había dado cuenta por primera vez de la existencia de una Midge que no era una criatura afectuosa, sino una mujer. La visión había sido turbadora. Sintió, durante un momento, que había perdido algo, algo que era una parte preciosa de Ainswick. Y había dicho impulsivamente, impelido por aquel sentimiento recién despertado: «Me gustaría verte con más frecuencia, pequeña Midge…».

De pie, fuera, bajo la luz de la luna, hablando con una Enriqueta que había dejado de ser, con gran sobresalto de Eduardo, la conocida Enriqueta a la que durante tanto tiempo amara, había experimentado un pánico repentino. Y al entrar en la casa se había encontrado con un nuevo elemento turbador en el diseño fijo que era su vida. La pequeña Midge también formaba parte de Ainswick, y aquélla no era ya la pequeñita Midge, sino una persona mayor, valerosa, de mirada triste, a la que él no conocía.

Desde aquel momento había estado turbado y se había reprochado duramente su inconsciencia por no haberse preocupado jamás de la felicidad y la comodidad de Midge. El pensar en el empleo, tan poco en armonía con su modo de ser, que tenía en casa de madame Alfrege, le había preocupado cada vez más y había decidido por fin ver con sus propios ojos cómo era, exactamente,

aquel establecimiento de modas.

Miró con recelo el escaparate en el que se exhibían un vestido negro muy corto, con cinturón estrecho dorado, unas faldas y jerseys atrevidos, y un vestido de noche de encaje bastante chillón y ordinario.

Aunque no entendía de ropa femenina una palabra, salvo por instinto, se le antojaba que los géneros que estaba viendo tenían más corte de meretriz que de otra cosa. No, pensó; aquel lugar no era digno de ella. Alguien, Lucía Angkatell quizá, tendría que hacer algo para remediarlo.

Venciendo su timidez mediante un esfuerzo, Eduardo cuadró los hombros levemente caídos y entró.

Quedó paralizado inmediatamente por el embarazo. Dos rubias platino de voz chillona estaban examinando los vestidos de una vitrina en compañía de una dependienta morena. En el fondo de la tienda, una mujer bajita, de nariz gruesa, pelo teñido de rojo y voz desagradable, estaba discutiendo con una cliente gruesa y desconcertada las modificaciones que ésta pedía se hicieran en un vestido de noche. De un cubículo vecino salía una voz femenina irritada:

—Horrible…, horrible a más no poder… ¿no puede traerme algo *decente* que probarme?

En contestación oyó el suave murmullo de la voz de Midge, una voz respetuosa, persuasiva.

—Este modelo color vino es verdaderamente elegante. Y creo que le sentaría a usted bien. Si se lo quisiera probar…

—No pienso perder el tiempo probándome cosas que a la legua veo que no valen nada. Haga el favor de molestarse un poco. Le he dicho que no quiero colores encarnados. Si escuchara usted lo que se le dice…

A Eduardo se le congestionó el rostro. Ojalá, se dijo, le tirara Midge el vestido a la cabeza de aquella odiosa mujer. En lugar de eso, Midge murmuró:

—Echaré otra mirada. ¿No le gustaría a usted el verde, supongo, madame? ¿O este color melocotón?

—Horrible…, ¡horripilante! No; no quiero ver ningún otro. Es perder lastimosamente el tiempo…

Pero ahora, dejando a la cliente gruesa, madame Alfrege se había acercado a Eduardo y le miraba interrogadora.

Procuró serenarse.

—¿Está…, podría hablar…, está la señorita Hardcastle aquí?

Madame Alfrege enarcó las cejas; pero reparó en el corte del traje de Eduardo y consiguió sacar una sonrisa cuya amabilidad resultaba mucho más desagradable de lo que hubiese sido su malhumor.

Allá, en el cubículo, la voz irritada se alzó aguda.

—¡Tenga cuidado! ¡Qué torpe es usted! ¡Me ha desgarrado la redecilla del pelo!

Y Midge repuso, trémula la voz:

—Lo siento mucho, madame.

—¡Qué torpeza más estúpida! —La voz sonaba amortiguada—. No, no; lo haré yo sola. Mi cinturón, haga el favor.

—La señorita Hardcastle estará libre dentro de un momento —anunció madame Alfrege, cuya sonrisa se había acentuado, haciéndose más desagradable que nunca.

Una mujer de cabello rojizo y aspecto malhumorado salió del cubículo con unos paquetes y marchó a la calle.

Midge, vestida de negro, abrió la puerta. Estaba pálida y parecía angustiada.

—He venido a llevarte a comer conmigo —dijo Eduardo, sin andar con preámbulos.

Midge dirigió una mirada al reloj.

—No salgo hasta la una y cuarto… —empezó.

Eran la una y diez.

Madame Alfrege dijo con generosidad:

—Puede usted irse si quiere, señorita Hardcastle, ya que su amigo ha venido a buscarla.

—Oh, gracias, madame Alfrege.

Y a Eduardo:

—Me preparo en seguida.

Y desapareció en la trastienda.

Eduardo, que se había encogido bajo el impacto del énfasis tan grande dado por madame Alfrege al vocablo «amigo», se quedó aguardando, sin saber hacia dónde mirar.

Madame estaba a punto de iniciar una conversación con él, cuando se abrió la puerta y entró una mujer de opulento aspecto con un perrito pekinés. El instinto comercial de madame Alfrege la empujó hacia la recién llegada.

Midge volvió a aparecer con el abrigo puesto y, asiéndola del brazo, Eduardo la condujo a la calle.

—¡Dios Santo! —dijo—. ¿Son ésas las cosas que tiene que soportar? Oí cómo te hablaba esa maldita mujer detrás de las cortinas. ¿Cómo puedes aguantarlo, Midge? ¿Por qué no le tiraste los vestidos a la cabeza?

—Pronto perdería mi empleo como hiciera cosas de esas que me aconsejas.

—Pero, ¿no te entran ganas de tirarle cosas a una mujer de esa clase?

—Claro que sí. Y hay veces, sobre todo al final de una semana calurosa, durante los saldos de verano, en que me temo que un día le diré a toda la que se presente lo que opino de ella y sus modales, en lugar de decir: «Sí, madame». «No, madame». «Veré si encuentro otra cosa, madame».

—Midge…, pequeña Midge… ¡No puedes soportar todo eso!

Midge rió, algo trémula.

—No te disgustes tanto, Eduardo. ¿Por qué has tenido que venir aquí? ¿Por qué no telefoneaste?

—Quería ver la tienda con mis propios ojos. He estado muy preocupado.

Hizo una pausa y luego exclamó:

—Pero, ¡si Lucía sería incapaz de hablarle a la que friega los platos como esa mujer te ha hablado a ti! No es justo que hayas de aguantar insolencias y groserías. ¡Dios, Midge! ¡De qué buena gana te alejaría yo de todo esto y te llevaría a Ainswick! ¡De qué buena gana pararía un taxi, te metería dentro, y te llevaría a Ainswick en el tren de las dos y cuarto!

Midge se detuvo. Su fingida despreocupación desapareció. La mañana había sido dura, agotadora, difícil de tratar la clientela, más déspota y desagradable madame que de costumbre. Tuvo un brusco estallido de asentimiento.

—Bueno, y, ¿por qué no lo haces? —exclamó encarándose con

Eduardo—. ¡Hay taxis de sobra!

La miró boquiabierto, desconcertado por la súbita e inesperada furia. Ella prosiguió, más exaltada por momentos:

—¿Quién te manda venir a decirme esas cosas? ¡No te salen de dentro! ¿Crees tú que me haces más feliz, después de una mañana infernal, recordándome que existen lugares como Ainswick? ¿Crees tú que estoy agradecida por decirme cuánto te gustaría alejarme de todo esto? ¡Muy lindo, pero muy falto de sinceridad! ¡Hablas por hablar! Ni una sola de esas palabras la has dicho en serio. ¿No sabes acaso, que vendería mi alma por coger el tren de las dos y cuarto para Ainswick siquiera? ¿Comprendes? Tus intenciones son buenas, Eduardo, pero eres cruel. Diciendo cosas… *diciéndolas* nada más.

Estaban el uno frente al otro, estorbando seriamente el paso. Pero ninguno de los dos veía a nadie más que al otro. Eduardo la estaba mirando como si acabase de despertar de su sueño.

Dijo:

—¿Ah, sí? Pues ¡como me llamo Eduardo que vas a ir a Ainswick en el tren de las dos y cuarto!

Pasaba un taxi. Le hizo una seña. El vehículo se detuvo junto al bordillo. Eduardo abrió la portezuela. Midge, algo aturdida, subió.

—¡A la estación de Paddington! —ordenó Eduardo.

Y subió a sentarse junto a la muchacha.

Los primeros momentos guardaron silencio. Midge, comprimidos los labios, desafío y rebeldía en la mirada. Eduardo, con la mirada fija delante de él.

Mientras aguardaban que cambiaran las luces del tráfico en Oxford Street, Midge habló para decir desagradablemente:

—Mal te salió el farol. No contabas con que te pusieran en trance de cumplirlo.

—No fue farol —respondió secamente Eduardo.

Arrancó el taxi de nuevo. Torcía a la izquierda en Edgeware Road para meterse en Cambridge Terrace, cuando Eduardo recobró su actitud normal.

Dijo de pronto:

—No podemos tomar el tren de las dos y cuarto.

Contestó Midge con frialdad:

—¿Por qué no podemos tomar el tren de las dos y cuarto? Sólo

es la una y veinticinco ahora.

Eduardo le sonrió.

—No tienes equipaje, Midge, pequeña. Ni camisones, ni cepillos de dientes, ni zapatos de campo. Y recuerda que hay otro tren a las cuatro y cuarto. Comeremos ahora y discutiremos la situación.

Midge exhaló un suspiro.

—¡Cuan característico es eso en ti, Eduardo! Recordar el lado práctico. Los impulsos no te llevan muy lejos, ¿verdad? Bueno. Fue un sueño muy agradable mientras duró, por lo menos.

Posó su mano en la de él y le dirigió la sonrisa de siempre.

—Siento haberte insultado en plena calle como una verdulera —dijo—. Pero es que, Eduardo, fuiste irritante, de verdad.

—Sí —dijo él—, debo haberlo sido.

Entraron en el Berkeley alegremente. Consiguieron una mesa junto a la ventana y Eduardo pidió una comida excelente.

Cuando terminaron el pollo, Midge suspiró y dijo:

—Debiera volver a toda prisa a la tienda. Ya ha pasado la hora que me dan para comer.

—Hoy vas a emplear todo el tiempo que necesites para comer con toda tranquilidad, aunque tenga yo que volver a comprar la mitad de los vestidos que hay en la tienda.

—Querido Eduardo, ¿sabes que eres bueno de verdad?

Comieron tortilla al ron y luego les sirvieron café.

Eduardo se echó azúcar y removió el líquido con la cucharilla.

—Amas mucho a Ainswick, ¿verdad?

—¿Es necesario que hablemos de Ainswick? He logrado no tomar el tren de las dos y cuarto y sobrevivir… y me doy perfecta cuenta de que no hay ni que hablar del de las cuatro y cuarto…, pero no te ensañes conmigo.

Eduardo sonrió.

—No; no voy a proponer que tomemos el tren de las cuatro y cuarto. Pero sí me propongo que vayas conmigo a Ainswick, Midge. Y propongo que vayas allí con carácter definitivo…, es decir, si puedes aguantarme.

Ella le miró boquiabierta por encima del borde de la taza. La depositó luego sobre la mesa con una mano que, mediante un esfuerzo, logró que no temblara.

—¿Qué quieres decir exactamente, Eduardo?

—Estoy proponiendo que te cases conmigo. Midge. Supongo que no soy un partido muy romántico. Soy la mar de aburrido, eso ya lo sé… y no sirvo gran cosa para nada. No hago más que leer libros y perder el tiempo por ahí. Pero aunque no soy persona muy emocionante, nos conocemos desde hace mucho tiempo y creo que el propio Ainswick… bueno, te servirá de compensación. Creo que serías feliz en Ainswick, Midge. ¿Querrías venir?

Midge tragó el nudo que se le había hecho en la garganta. Dijo:

—Pero si yo creí… Enriqueta…

Y se interrumpió, temerosa de haber dicho demasiado con aquella espontánea insinuación.

Dijo Eduardo, con voz igual, sin emoción:

—Sí; le he pedido tres veces a Enriqueta que se case conmigo. Las tres veces se ha negado. Enriqueta sabe lo que no quiere.

Hubo un momento de silencio. Luego:

—Bien, Midge, querida, ¿qué contestas?

Midge le miró. Dijo con voz entrecortada:

—¡Parece tan extraordinario! ¡Es como si le ofrecieran a una el cielo en bandeja… en el Berkeley!

El rostro de él se iluminó. Posó sus manos sobre la de ella un instante.

—El cielo en bandeja —dijo—. Conque esos sentimientos te despierta Ainswick… ¡Oh, Midge!, cuánto me alegro.

Se miraron, felices. Eduardo pagó la cuenta y dio una propina enorme. Se iba vaciando ya el restaurante. Midge dijo, haciendo un esfuerzo:

—Tendremos que irnos. Supongo que será mejor que vuelva a madame Alfrege. Después de todo, cuenta conmigo. No puedo dejarla plantada sin más ni más.

—No. Supongo que tendrás que volver y presentar la dimisión o como se llame eso. Pero no has de continuar trabajando allí. No lo consentiré. Primero, sin embargo, había pensado que fuéramos a una de esas tiendas de Bond Street donde venden anillos.

—¿Anillos?

—Es lo corriente, ¿verdad?

Midge se echó a reír.

En la amortiguada iluminación de la joyería, Midge y Eduardo se inclinaron sobre bandejas de centelleantes anillos de prometida, mientras un dependiente discreto les contemplaba con benigno gesto.

Dijo Eduardo, apartando una bandeja recubierta de terciopelo.

—No; esmeraldas, no.

Enriqueta con el traje de mezclilla verde… Enriqueta con el traje de noche de color de jade chino…

Midge intentó desterrar la punzada de dolor que sentía en el corazón.

—Escoge por mí —le dijo a Eduardo.

Se inclinó él sobre la bandeja que tenía delante. Escogió un anillo con un solo diamante. No era muy grande la piedra, pero sí de unas aguas hermosas y de ígneo centelleo.

—Me gusta éste.

Midge asintió con un movimiento de cabeza. Le encantaba aquella exhibición de buen gusto por parte de Eduardo. Se lo puso en el dedo mientras Eduardo se apartaba con el dependiente.

Eduardo extendió un cheque por valor de trescientas cuarenta y dos libras y volvió al lado de Midge, sonriendo. Dijo:

—Vamos a ser groseros con madame Alfrege.

Capítulo XXV

—Querida, estoy *encantadísima*.

Lady Angkatell le tendió una frágil mano a Eduardo y tocó suavemente a Midge con la otra. Hiciste muy bien, Eduardo, en obligarla a dejar ese horrible establecimiento y traería derecha aquí. Se quedará en esta casa, claro está, y desde aquí se casará. En San Jorge, ¿sabes?, tres millas por carretera, aunque diste sólo una a través de los bosques. Sólo que, naturalmente, una no va a una boda cruzando bosques. Y supongo que tendrá que oficiar el vicario…, pobre hombre, tiene unos catarros tan fuertes a la cabeza todos los otoños… ¡Lástima! El Párroco, por ejemplo, tiene una de esas voces anglicanas muy agudas, y la ceremonia hubiera resultado muy impresionante… y más religiosa también… comprenderás lo que quiero decir. Es tan difícil conservar una actitud reverente cuando alguien suelta un sermón hablando por la nariz…

Era, pensó Midge, una recepción muy a lo Lucía. Le entraban ganas de llorar y reír al escucharla.

—Me encantaría casarme aquí, Lucía —dijo.

—En tal caso, así queda acordado, querida. De raso semiblanco, en mi opinión. Y con un libro de misa de marfil. Ramo de flores, no. ¿Damas?

—No, no quiero jaleo. Una boda tranquila.

—Comprendo lo que quieres decir, querida, y creo que tal vez tengas razón. En una boda de otoño casi siempre se llevan crisantemos… una flor tan poco inspiradora, digo yo… Y a menos que una pierda la mar de tiempo escogiendo… y casi siempre hay una feísima que estropea todo el efecto… pero tienes que admitirla porque, generalmente, suele ser la hermana del novio. Pero claro, Eduardo no tiene hermanas.

—Eso parece ser un tanto a mi favor —sonrió Eduardo.

—Pero los peores en una boda son, en realidad, los niños —prosiguió lady Angkatell, siguiendo feliz el curso de sus propios pensamientos—. Todo el mundo dice: «¡Qué encanto!», pero, hija mía, ¡la ansiedad! Le pisan la cola a la novia, o se ponen a dar alaridos llamando a su aya, y con frecuencia se marean. Siempre me pregunto yo cómo puede una muchacha subir la nave hacia el altar en el estado de ánimo que las circunstancias exigen cuando la consume la incertidumbre de lo que estará sucediendo a sus espaldas.

—No es necesario que haya nada detrás de mí —contestó alegremente Midge—. Ni cola siquiera. Puedo casarme con chaqueta y falda.

—¡Oh, no, Midge! Parecerías una viuda. No; raso semiblanco y no de madame Alfrege.

—Desde luego, de casa de madame Alfrege, no —asintió Eduardo.

—Te llevaré a Mireille, es una gran modista —dijo lady Angkatell.

—Mi querida Lucía, no puedo permitirme el lujo de ir a Mireille.

—No digas tonterías, Midge. Enrique y yo vamos a regalarte la canastilla de boda. Y Enrique, claro está, te llevará a la iglesia. Dios quiera que la cintura del pantalón no le esté demasiado estrecha. Hace cerca de dos años que no ha asistido a ninguna boda. Y yo iré de…

Hizo una pausa y entornó los ojos.

—De azul hidrargea —anunció lady Angkatell con voz embelesada—. Supongo, Eduardo, que escogerás a uno de tus amigos para padrino. De lo contrario, claro está, ahí tienes a David. No puedo menos de pensar que eso sería muy bueno para David. Le daría aplomo, ¿sabes?, y tendría la sensación de que todos le *queremos*. Eso, estoy segura, es muy importante para David. ¡Debe desanimar tanto sentirse uno inteligente e intelectual y, sin embargo, que nadie le quiera a uno más que por eso! Pero, claro, resultaría un poco arriesgado. Probablemente perdería el anillo, o lo dejaría caer en el instante crítico. Supongo que le preocuparía demasiado a Eduardo. Pero resultaría agradable, hasta cierto punto,

circunscribir la cosa a la misma gente que tuvimos aquí para el asesinato.

Lady Angkatell pronunció las últimas palabras con la mayor naturalidad del mundo.

Midge no pudo menos que decir:

—Lady Angkatell ha invitado este otoño a unos amigos a un asesinato.

—Sí —murmuró lady Angkatell pensativa—; supongo que sí sonaba de esa manera. Invitación a presenciar un crimen. Y, ¿sabes?, cuando una se para a pensar, ¡eso es lo que ha sido precisamente!

Midge se estremeció levemente y dijo:

—Bueno, por lo menos todo eso ha terminado ya.

—No del todo. El sumario sólo se aplazó. Y ese simpático inspector Grange nos ha llenado la vecindad de agentes, que no hacen más que correr por el bosque como una manada de elefantes aplastándolo todo y asustando a los faisanes, y asomando de pronto por los sitios más inverosímiles.

—¿Qué andan buscando? —inquirió Eduardo—. ¿El revólver con el que mataron a Juan Christow?

—Me imagino que sí. Hasta vinieron a casa con un mandato judicial para efectuar un registro. El inspector se deshizo en excusas, y parecía la mar de *cohibido*; pero, claro, le dije que a mí me encantaría. Mirando absolutamente *en todas partes*. Yo les seguí de un lado para otro, ¿sabéis?, y hasta sugerí dos o tres sitios que ni a ellos se les habían ocurrido. Pero no encontraron nada. Nos llevamos un verdadero chasco. El pobre inspector Grange está adelgazando a ojos vistas y no hace más que tirarse del bigote. Su esposa debiera darle comidas más nutritivas que de costumbre ahora que anda tan preocupado y atareado… pero tengo una vaga idea que debe ser una de esas mujeres que se preocupan más de que el linóleo esté brillante que de guisar una comida apetitosa. Lo cual me recuerda que debo ir a ver a la señora Medway. Es curioso lo poco que puede soportar la servidumbre a la policía. Su *soufflé* de queso de anoche era completamente incomestible. En el *soufflé* y en las pastas siempre se conoce cuándo no está una centrada. De no ser porque Gudgeon los mantiene unidos, creo de veras que la mitad de

los criados se despedirían. ¿Por qué no os vais los dos a daros un paseo y ayudáis a la policía a buscar el revólver?

* * *

Hércules Poirot estaba sentado en el banco, desde el que se veían los castañares que rodeaban la piscina. No tenía sensación de hallarse en terreno vedado, puesto que lady Angkatell le había suplicado, con mucha dulzura, que vagara por donde le diese la gana cuando quisiera. Era la dulzura de lady Angkatell la que estaba siendo objeto de estudio por parte de Poirot en aquellos instantes.

De vez en cuando oía el chasquido de ramas en los bosques de arriba o veía una figura moverse entre los castaños de abajo.

A los pocos momentos apareció Enriqueta en el sendero que daba al camino. Se detuvo un momento al ver a Poirot y luego fue a sentarse a su lado.

—Buenos días, monsieur Poirot. Salí a hacerle una visita, pero no le encontré en casa. Tiene usted aspecto olímpico. ¿Preside usted la caza? El inspector parece muy activo. ¿Qué andan buscando? ¿El revólver?

—Sí, señorita Savernake.

—¿Lo encontrarán, cree usted?

—Creo que sí. Bien pronto ya, digo yo.

Ella le miró interrogadora.

—Así, pues, ¿tiene usted una idea de dónde se encuentra?

—No. Pero creo que se encontrará pronto. Ha llegado la hora de que se le encuentre.

—¡Dice usted unas cosas más raras, monsieur Poirot!

—Son raras las cosas que aquí suceden. Ha regresado usted muy pronto de Londres, mademoiselle.

El semblante de Enriqueta se tornó duro. Rió, con risa breve y amarga.

—El asesino vuelve al lugar del crimen, ¿eh? Ésa es la antigua superstición, ¿verdad? Conque sí que cree que yo… le maté. ¿No me cree cuando le digo que yo no haría… que no *podría* matar a

nadie?

Poirot no contestó en seguida. Por fin dijo pensativo:

—Me ha parecido a mí desde un principio que o era muy sencillo este crimen… tan sencillo que costaba trabajo creer en su sencillez, y la sencillez, mademoiselle, puede ser a veces sumamente misteriosa y de solución casi imposible… o era extremadamente complicado. Es decir, que nos hallábamos luchando contra una inteligencia capaz de invenciones intrincadas e ingeniosas. De suerte que, cada vez que parecíamos encaminados a la verdad, nos estaban conduciendo, en realidad, por un camino que serpenteaba alejándose de la verdad para rematar en… nada. Esta aparente futileza, esta esterilidad continua, no es real, es artificial, *obedece a un plan*. Una mente muy sutil e ingeniosa está conspirando contra nosotros en todo momento… y triunfando.

—¿Bien? —inquirió Enriqueta—. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—La mente que conspira contra nosotros es una mente creadora, mademoiselle.

—Comprendo. Ahí es donde entro yo, ¿verdad?

Guardó silencio, comprimidos los labios en amargo gesto. Había sacado del bolsillo de la chaqueta un lápiz y estaba dibujando, distraída, el contorno de un árbol fantástico sobre la madera, pintada de blanco, del banco, frunciendo al propio tiempo el entrecejo.

Poirot la observó. Algo se agitó en su cerebro… De pie en la sala de lady Angkatell la tarde del crimen, contemplando un montón de hojas de *bridge*. De pie junto a la mesa de hierro pintado del pabellón a la mañana siguiente, y la pregunta que le había hecho a Gudgeon…

Dijo:

—Eso es lo que dibujó usted en su hoja de tantos del *bridge*: un árbol.

—Sí —Enriqueta pareció darse cuenta de pronto de lo que estaba haciendo—, Ygdrasil, monsieur Poirot.

Rió.

—¿Por qué lo llama Ygdrasil?

Se lo explicó.

—Conque cuando está usted distraída… ¿siempre es Ygdrasil lo que dibuja?

—Sí. Esa manía de hacer dibujos cuando una está distraída es rara, ¿verdad?

—Aquí, en el banco…, en la hoja de tantos el sábado por la noche…, en el pabellón el domingo por la mañana.

La mano que sostenía el lápiz se tornó rígida y paró. Dijo Enriqueta, con desesperación y sonriendo:

—¿En el pabellón?

—Sí; en el velador de hierro del pabellón.

—¡Oh!, eso debe haber sido… el sábado por la tarde.

—No fue el sábado por la tarde. Cuando Gudgeon sacó las copas al pabellón a eso de las doce de la mañana el domingo, no había nada dibujado en la mesa. Se lo pregunté y está completamente seguro de ello.

—Entonces habrá sido… —vaciló un segundo— el domingo por la tarde, naturalmente. Sí, esto debió ser, el domingo por la tarde.

Pero Hércules Poirot sacudió la cabeza sin dejar de sonreír agradablemente.

—Me parece que no. Los agentes de Grange estuvieron junto a la piscina todo el domingo por la tarde fotografiando el cadáver, sacando el revólver del agua. No se marcharon hasta el oscurecer. La hubieran visto entrar a usted en el pabellón.

Enriqueta dijo muy despacio:

—Ahora me acuerdo. Fui allá a última hora…, después de cenar.

Poirot habló con brusquedad:

—Nadie hace dibujos en la oscuridad, señorita Savernake. ¿Quiere usted decirme que entró de noche en el pabellón, se acercó a la mesa y dibujó un árbol sin ver lo que hacía?

Enriqueta dijo serenamente:

—Le estoy diciendo la verdad. Naturalmente, usted no lo cree. Tiene ideas propias. Y a propósito, ¿qué idea tiene usted?

—Sugiero que estuvo usted en el pabellón el *domingo por la mañana después de las doce*, hora en que sacó Gudgeon las copas. Que se plantó junto a aquella mesa observando a alguien… o esperando a alguien…, y que distraídamente sacó el lápiz y dibujó Ygdrasil sin darse del todo cuenta de lo que hacía.

—No estuve en el pabellón el domingo por la mañana. Me senté un rato en la terraza, luego fui a buscar la cesta de horticultura y me acerqué a las dalias a recortarlas, y até algunas de las margaritas que estaban demasiado desparramadas. Después, a la una, me dirigí a la piscina. No me acerqué a la piscina para nada hasta la una, poco después de haber sido asesinado Juan.

—Eso —anunció Poirot— es lo que usted dice. Pero Ygdrasil, mademoiselle, presenta su testimonio contra usted.

—Yo estaba en el pabellón, yo maté a Juan, ¿es eso lo que quiere decir?

—Estuvo usted allí y mató al doctor Christow. O estuvo usted allí y vio quién mataba al doctor Christow. O estuvo allí una tercera persona que estaba enterada de Ygdrasil y lo dibujó deliberadamente en la mesa para hacer recaer las sospechas sobre usted.

Enriqueta se puso en pie. Se encaró con él, alzando desafiadora la barbilla.

—Usted sigue creyendo que maté a Juan Christow. Usted cree poder demostrar que le pegué un tiro. Bueno, pues le diré una cosa: jamás logrará demostrarlo… ¡Jamás!

—¿Usted cree ser más lista que yo?

—Jamás lo podrá demostrar —repitió Enriqueta.

Y dando media vuelta se alejó por el serpenteante sendero que conducía a la piscina.

Capítulo XXVI

Grange se dejó caer por Resthaven para beber una taza de té con Poirot. El té era lo que había temido que fuese: extremadamente flojo y por añadidura, té de China.

«Estos extranjeros —pensó Grange— no saben hacer té. Y no hay manera de enseñarles».

Pero no le importó mucho. Se hallaba en ese estado de pesimismo en que una cosa desagradable más proporciona una especie de satisfacción morbosa.

Dijo:

—La aplazada encuesta se celebra pasado mañana y ¿adonde hemos llegado? ¡A ninguna parte! ¡Qué rayos, ese revólver tiene que estar en alguna parte! En este maldito campo de millas y millas de bosque. Haría falta un ejército para registrarlo como es debido. ¡Y luego hablan de una aguja en un pajar! Puede estar en cualquier parte. La verdad es, y más vale que nos vayamos haciendo a la idea, que tal vez no encontremos el arma *nunca*.

—La encontrarán —aseguró Poirot convencido.

—No será por falta de probar, por lo menos.

—La encontrarán tarde o temprano. Y yo diría que más bien temprano. ¿Otra taza de té?

—Bueno. No; agua caliente, no.

—¿No está muy fuerte?

—Oh, no; no está muy fuerte.

Al decir esto el inspector se dio cuenta de que se había quedado bastante corto en su contestación.

Sorbió melancólico aquel brebaje de color rojizo.

—Este asunto me está haciendo hacer el indio, monsieur Poirot… ¡el indio! No acabo de comprender a esta gente. *Parecen*

querer ayudar…, pero todo lo que dicen a uno parece alejarle por caminos que a ninguna parte conducen.

—¿Alejar? —dijo Poirot. Apareció en su rostro una expresión de sobresalto—. Sí, comprendo. *Alejar*.

El inspector seguía desarrollando su queja sin darse cuenta de la interrupción de Poirot.

—Tome el caso del revólver, por ejemplo. A Christow le pegaron el tiro, según dictamen facultativo, sólo un minuto o dos antes de la llegada de usted. Lady Angkatell llevaba aquella cesta de huevos. La señorita Savernake una cesta de flores marchitas. Y Eduardo Angkatell tenía puesta una chaqueta de caza de bastante vuelo, cuyos bolsillos, muy grandes, los tenía llenos de cartuchos. Cualquiera de ellos hubiera podido llevarse el revólver. No estaba escondido en la vecindad de la piscina…, mis hombres han examinado todo eso palmo a palmo, de forma que puede quedar ese sitio eliminado.

Poirot movió la cabeza, afirmando. Grange prosiguió:

—A Gerda Christow la usaron como cabeza de turco. Pero, ¿quién? Ahí es donde cuantos indicios sigo parecen desvanecerse como el humo.

—¿Es satisfactorio el relato que hacen todos de la manera que pasaron la mañana?

—Los relatos están bien. La señorita Savernake estaba ocupada en el jardín. Lady Angkatell estaba recogiendo huevos. Eduardo Angkatell y sir Enrique estuvieron cazando y se separaron a última hora de la mañana, regresando sir Enrique a la casa y bajando Eduardo hacia aquí a través del bosque. El muchacho, David, se encontraba en su alcoba leyendo. Valiente sitio para leer en un día tan hermoso; pero es de esos que les gusta pasarse la vida encerrado y leyendo. La señorita Hardcastle se llevó un libro al huerto. Todo ello suena muy natural y muy probable, y no hay manera de comprobarlo. Gudgeon llevó una bandeja de copas al pabellón a eso de las doce. No sabe dónde estaba ninguno ni lo que estaban haciendo. Hasta cierto punto, en realidad, hay algo contra cada uno de ellos.

—¿De veras?

—Claro que la que más probable parece ser es Verónica Cray.

Había regañado con Christow, le odiaba a muerte… es muy posible que ella le pegara el tiro…, pero no encuentro ni una sola prueba de que lo hiciese. Ni hay indicios de que tuviera oportunidad de robar uno de los revólveres de la colección de sir Enrique. No hay nadie que la haya visto ir y volver de la piscina aquel día. Y el revólver desaparecido no se encuentra en su poder, ahora por lo menos.

—¡Ah! ¿Se ha asegurado usted de eso?

—Pues, ¿qué cree usted que iba a hacer si no? Las circunstancias hubieran justificado la petición de un mandato judicial para efectuar el registro; pero no hubo necesidad. Se mostró la mar de amable. Y no está el revólver en ningún rincón de ese cascarón de nuez en que vive. Después de aplazarse la vista, fingimos perder el interés por la señorita Cray y por la señorita Savernake; pero las hicimos vigilar para ver dónde iban y qué hacían. Hemos destacado a un agente en los estudios cinematográficos para que se encargue de vigilar a Verónica… No ha habido ni señal de que intentara deshacerse del revólver allí.

—¿Y Enriqueta Savernake?

—Nada ahí tampoco. Se fue derecha a Chelsea desde aquí y no la hemos perdido de vista desde entonces. El revólver no se encuentra en el estudio ni en su poder. Tomó bastante bien el registro… pareció hacerle gracia. Algunas de sus esculturas le hicieron sobresaltarse a nuestro agente. Dice que no puede comprender cómo hay gente que quiere hacer cosas así… estatuas que son todo bultos e irregularidades, pedazos de bronce y de aluminio retorcidos, caballos en los que uno no reconocería a un caballo.

Poirot se agitó levemente.

—¿Caballos, dice?

—Bueno, uno por lo menos. Si es que se le puede llamar caballo. Cuando una persona quiere hacer el modelo de un caballo, ¿por qué demonios no va a ver cómo es un caballo?

—Un caballo —repitió Poirot.

Grange volvió la cabeza.

—¿Qué hay en eso que le interese tanto, monsieur Poirot? No lo entiendo.

—Asociación de ideas…, uno de los puntos de psicología.

—¿Asociación de palabras? Caballo y carro. ¿Caballito de juguete? Caballete. No; no lo veo. Sea como fuere, al cabo de un día o dos la señorita Savernake hizo el equipaje y volvió aquí otra vez. ¿Lo sabía usted?

—Sí; he hablado con ella y la he visto pasearse por el bosque.

—Desasosegada, sí. Bueno, pues tenía un devaneo con el doctor, en efecto, y el que Christow dijera al morir «Enriqueta» se acerca mucho a una acusación. Pero no se acerca lo bastante, monsieur Poirot.

—No —asintió Poirot pensativo—; no se acerca lo bastante.

Dijo Grange: .

—Hay algo en el ambiente aquí… algo que le enreda a uno por completo. Es como si todos *supieran* algo. Ahí tiene a lady Angkatell…, aún no ha conseguido ofrecer una explicación decente del *por qué* se llevó la pistola aquel día. Hace falta estar mal de la cabeza para hacer una cosa así… A veces creo de verdad que lady Angkatell está un poco trastornada.

Poirot negó con la cabeza.

—No —dijo—; lady Angkatell está totalmente cuerda.

—Luego, Eduardo Angkatell. Creí que había descubierto algo contra él. Lady Angkatell dijo… no, insinuó… que estaba enamorado de la señorita Savernake desde hacía años. Bueno, pues eso podía constituir un móvil. Y ahora descubro que es la otra muchacha…, la señorita Hardcastle…, con quien está a punto de casarse. Conque mi caso contra él se va a hacer gárgaras.

Poirot dejó oír un murmullo de simpatía, pero no interrumpió el relato de Grange.

—Después tenemos al joven David —prosiguió el inspector—. Lady Angkatell se dejó escapar algo referente a él. Su madre, al parecer, murió en un manicomio…, manía persecutoria…, creía que todo el mundo conspiraba para matarla. Bueno, usted mismo se dará cuenta de lo que eso significa. Si el muchacho hubiese heredado esa misma clase de locura, hubieran podido metérsele en la cabeza ideas raras acerca del doctor Christow, puede haberse imaginado que el doctor tenía la intención de certificar que estaba loco y meterle en un manicomio. Y no es que Christow fuera de esa clase de médicos. Afecciones nerviosas del canal alimenticio y

enfermedades del super… super algo. Era ésa la especialidad de Christow. Pero si el chico estaba un poco chaveta, pudiera haberse imaginado que el doctor estaba aquí nada más que para tenerle en observación. Tiene una conducta extraordinaria ese chico…, es más nervioso que un gato.

Grange guardó melancólico silencio unos segundos.

—¿Comprende lo que quiero decir? Todas ellas, sospechas vagas que no conducen a ninguna parte.

Poirot se agitó otra vez. Murmuró en voz baja:

—Alejar… no acercar. Desde, no hacía. Ninguna parte, en lugar de alguna parte… Sí, sí, claro está. Tiene que ser eso.

Grange le miró boquiabierto. Dijo:

—Son raros todos estos Angkatell. Juraría a veces que están enterados de todo lo ocurrido.

—Lo están.

—¿Quiere usted decir con eso que saben todos ellos quién lo hizo? —exclamó el inspector con manifiesta incredulidad.

Poirot movió afirmativamente la cabeza.

—Sí; lo saben. Lo he creído desde hace algún tiempo. Ahora estoy seguro.

—Comprendo —el rostro del inspector se había tornado duro—. ¿Y lo están ocultando entre todos? Bueno, pues aún los venceré. *Voy a encontrar ese revólver*.

Aquélla era, pensó Poirot, la canción favorita del inspector.

Grange prosiguió con rencor:

—Daría cualquier cosa por ajustarles las cuentas.

—¿A quiénes?

—¡A todos ellos! ¡Armándome líos! ¡Insinuando cosas! Todo hilillos de gasa, hilos de telaraña, nada tangible. Lo que yo quiero es un hecho bien sólido.

Hércules Poirot llevaba un buen rato mirando por la ventana. Había llamado su atención una irregularidad en la simetría de su dominio.

Dijo ahora:

—¿Quiere usted un hecho sólido? *Eh bien*, o mucho me equivoco, o hay un hecho sólido en el seto, junto a la puerta del jardín.

Bajaron por el sendero. Grange se dejó caer de rodillas, separó las ramas hasta dejar al descubierto algo que habían escondido entre ellas. Exhaló un profundo suspiro al ver algo negro y de acero.

Dijo:

—No cabe duda de que es un revólver.

Durante un segundo su mirada descansó dubitativa sobre Poirot.

—No, no, amigo mío —dijo éste—. Yo no maté al doctor Christow. Y no escondí el revólver en mi propio seto.

—¡Claro que no, monsieur Poirot! Perdone. Bueno, pues ya lo tenemos. Parece el que desapareció del despacho de sir Enrique. Podemos comprobarlo en cuanto consigamos el número. Luego veremos si se trata del arma con la que mataron a Christow. Poco a poco ahora…

Con infinito cuidado y la ayuda de un pañuelo de seda, sacó el arma del seto.

—Para que tengamos algo a qué agarrarnos nos hacen falta huellas dactilares. Tengo el presentimiento de que ha cambiado nuestra suerte por fin.

—Ya me lo dirá usted.

—Claro que sí, monsieur Poirot. Le telefonearé.

Poirot recibió dos llamadas telefónicas. La primera llegó aquella misma tarde. El inspector no cabía en sí de gozo.

—¿Es usted, monsieur Poirot? Bueno, pues ahí va lo que hay. Es el arma que buscábamos, en efecto. La que falta de la colección de sir Enrique, y la que se empleó para matar al doctor Christow. De eso no cabe ya el menor género de duda. Y tiene huellas dactilares muy claras… de un pulgar, un índice y parte de un dedo corazón. ¿No le dije a usted que nuestra suerte había cambiado?

—¿Han identificado ustedes las huellas?

—Aún no. Desde luego, no son las de la señora Christow. Habíamos tomado las suyas ya. Más bien parecen de hombre que de mujer por el tamaño. Mañana voy a ir a *The Hollow* a darles una conferencia y tomarles las huellas dactilares a todos. Y entonces, monsieur Poirot, ¡*sabremos a qué atenernos*!

—Así lo espero, desde luego —contestó cortésmente Poirot.

La segunda llamada llegó al día siguiente y la voz había dejado de expresar júbilo. Grange dijo en tono de profunda tristeza:

—¿Quiere saber las últimas noticias? ¡Esas huellas no son de ninguna de las personas relacionadas con el caso! ¡No, señor! No son las de Eduardo Angkatell, ni las de David, ni las de sir Enrique. No son las de Gerda Christow, ni de Savernake, ni las de nuestra Verónica, ni las de milady, ni las de la muchacha morena. ¡Ni siquiera son las de la muchacha de la cocina, y menos aún las del resto de la servidumbre!

Poirot expresó sus condolencias mediante un murmullo. La voz notoriamente apesadumbrada de Grange continuó:

—Conque parece como si después de todo fuese el crimen obra de un extraño. Es decir, de alguien que estaba resentido con el doctor Christow y del que no sabemos una palabra. Alguien invisible e inaudible que robó las armas del despacho y que huyó, después de cometer el crimen, por el sendero que conduce al camino. Alguien que escondió el revólver en el seto de usted y que después se desvaneció como el humo.

—¿Quiere usted mis huellas dactilares, amigo mío?

—¡Qué rayos, pues no tengo el menor inconveniente en tomárselas! Se me antoja, monsieur Poirot, que usted se hallaba en el lugar de autos y que, hablando en general, es usted, con mucho, la persona más sospechosa de todas cuantas figuran en el asunto.

Capítulo XXVII

El juez carraspeó y miró con expectación al jefe del jurado.

Éste dirigió una mirada al pedazo de papel que tenía en la mano. La nuez le corrió por la garganta con excitación Leyó con cuidadosa voz:

—Hallamos que el difunto murió asesinado a manos de persona o personas desconocidas.

Poirot movió afirmativamente la cabeza en su rincón junto a la pared.

No cabía otro fallo.

Fuera, los Angkatell se detuvieron un momento a hablar con Gerda y su hermana. Gerda llevaba el mismo vestido negro. Tenía su semblante la misma expresión de aturdimiento e infelicidad. Aquella vez no tenía el Daimler. Él servicio de trenes, explicó Elisa Patterson, era, en realidad, muy bueno. Un rápido hasta la estación de Waterloo y podían coger sin dificultad el tren de la una y veinte hasta Bexhill.

Lady Angkatell murmuró al estrecharle a Gerda la mano:

—Tienes que mantenerte en contacto con nosotros, querida. Una comida, quizás, un día en Londres. Supongo que irás allí de vez en cuando, de compras.

—No… no lo sé… —dijo Gerda.

Dijo Elisa Patterson:

—Tenemos que darnos prisa, querida… el tren…

Y Gerda se alejó con expresión de alivio.

Midge dijo:

—Pobre Gerda. Lo único bueno que le ha conseguido la muerte de Juan ha sido librarla de tu aterrorizante hospitalidad, Lucía.

—Qué poco bondadosa eres, Midge. Nadie puede decir de mí

que no haya hecho cuanto estuviera en mis manos.

—Aún resultas peor cuando haces todo lo que puedes, Lucía.

—Bueno, es muy agradable pensar que todo ha terminado ya, ¿verdad? —murmuró lady Angkatell, mirándoles a todos con beatífica expresión—. Salvo, claro está, para el pobre inspector Grange. No sabéis cuánto le compadezco. ¿Creéis vosotros que le animaría si le invitásemos a comer con nosotros? Como amigo, quiero decir.

—Yo, en tu lugar, no tentaría a la Providencia, Lucía —dijo sir Enrique.

—Quizá tengas razón —asintió ella, pensativa—. Y de todas formas, tampoco tenemos la comida más indicada hoy. Perdices *aux choux*… y esa deliciosa Sorpresa *Soufflé* que la señora Medway prepara tan bien. No se parece en nada a la clase de comida que le gustaría al inspector. Una buena chuleta, a medio hacer, y una buena tarta de manzana al antiguo estilo, sin adornos… o quizá pelota de manzana… eso es lo que yo pediría para el inspector Grange.

—En cuestión de comidas, tu instinto siempre es bueno, Lucía. Creo que será mejor que volvamos a casa a enfrentarnos con esas perdices. Se me antojan deliciosas.

—Es que se me ocurrió que debíamos celebrarlo de alguna manera. Es maravilloso, ¿verdad?, cómo se ponen las cosas para que todo salga bien a última hora.

—Sí…

—Ya sé lo que estás pensando, Enrique; pero no te preocupes. Me cuidaré de ello esta tarde.

Lady Angkatell le sonrió.

—Nada de particular, querido. Sólo se trata de atar un cabo que queda suelto.

Sir Enrique la miró dubitativo.

Cuando llegaron a *The Hollow*, Gudgeon acudió abrirles la portezuela del coche.

—Todo salió satisfactoriamente, Gudgeon —dijo lady Angkatell —. Tenga la bondad de decírselo a la señora Medway y a los demás. Ya sé cuan desagradable ha sido para todos ustedes y quisiera decirles ahora cuánto apreciamos sir Enrique y yo la lealtad de la

que todos ustedes han dado muestras.

—Hemos estado hondamente preocupados por usted, milady —dijo Gudgeon.

—Es encantadora esa preocupación de Gudgeon —dijo Lucía al entrar en la sala—; pero, en realidad, innecesaria. La verdad es que casi me ha resultado divertido todo esto…, es tan diferente, ¿comprendes?, de a lo que una está habituada… ¿No sientes, David, que una experiencia de esta índole te ensancha la mente? Debe de ser tan distinto a Cambridge.

—Yo voy a Oxford —le contestó David con frialdad.

Lady Angkatell dijo vagamente:

—Las encantadoras regatas… Son tan inglesas, ¿no te parece?

Y se dirigió al teléfono.

Descolgó el teléfono y, con él en la mano, prosiguió:

—Confío muy de veras, David, en que volverás a pasar unos días con nosotros otra vez. Es tan difícil, ¿verdad?, llegar a conocer a la gente cuando hay un asesinato… Y completamente imposible celebrar una conversación verdaderamente inteligente.

—Gracias —contestó David—, pero cuando vuelva a tener vacaciones, me voy a Atenas…, al Colegio Británico.

Lady Angkatell se volvió hacia su marido.

—¿Quién está de embajador allí ahora? Ah, sí, claro Hope-Remmington. No; no creo que los encontrara David simpáticos. Las hijas tienen una vitalidad aterradora. Juegan al hockey y al cricquet, y un juego muy raro en que se coge no sé qué en una red.

Se interrumpió y se quedó contemplando el auricular.

—Pero, ¿qué hago yo con esto en la mano?

—Tal vez fueras a telefonearle a alguien —sugirió Eduardo.

—No lo creo —volvió a colgarlo—. ¿Te gustan los teléfonos, David?

Era la clase de pregunta, pensó David, irritado, que sólo a ella podía ocurrírsele hacer, la clase de pregunta a la que no podía darse una contestación inteligente. Replicó con frialdad, que suponía que resultaban útiles.

—¿Quieres decir —dijo lady Angkatell—, como máquinas de picar carne? ¿O bandas de goma? No obstante, a una eso no…

Se interrumpió al aparecer Gudgeon en la puerta para anunciar

que la comida estaba en la mesa.

—Pero te gustan las perdices —le dijo lady Angkatell a David con ansiedad.

David reconoció que le gustaban las perdices.

* * *

—A veces llego a creer que Lucía está verdaderamente mal de la cabeza —dijo Midge cuando ella y Eduardo se alejaron de la casa en dirección a los bosques muy cercanos a la finca.

Las perdices y la «sorpresa» *soufflé* habían resultado excelentes, y terminada ya la vista, parecía haberse aligerado ya el ambiente.

Eduardo dijo, pensativo:

—Yo siempre creo que Lucía tiene una mente brillante que se expresa como un concurso de fuga de palabras. Aunque sea mezcla de símiles, lo diré de otra manera: el martillo salta de clavo en clavo sin dejar ni una sola vez de darle a cada uno de lleno en la cabeza.

—Sea como fuere —anunció Midge muy seria—, Lucía me asusta a veces.

Agregó con un leve estremecimiento:

—Este sitio me asusta últimamente.

Eduardo la miró con asombro. Preguntó:

—¿*The Hollow*? A mí siempre me recuerda un poco a Ainswick. No es, claro está, Ainswick auténtico…

Midge le interrumpió:

—Ahí está la cosa, Eduardo. Me asustan las cosas que no son de verdad. Una no sabe, ¿comprendes?, lo que se oculta *tras de* ellas. Es como… ¡oh!, una *máscara*, como un *antifaz*.

—No debes dar rienda suelta a tu imaginación, Midge, pequeña.

Era el tono antiguo, el tono de indulgencia que había empleado antaño. Le había gustado entonces. Pero ahora la turbaba. Luchó por hacer más claro lo que quería decir, por demostrarle que, tras lo que él llamaba imaginación, se ocultaba la forma de una realidad vagamente vista, vagamente asida.

—Me deshice de esa sensación en Londres; pero ahora que estoy

de vuelta aquí, se apodera de mí de nuevo. Se me antoja que aquí todo el mundo sabe quién mató a Juan Christow…, que la única persona que no lo sabe soy… *yo*.

Eduardo dijo con irritación:

—¿Es preciso que pensemos y hablemos de Juan Christow? Ha muerto. Está muerto y enterrado.

Midge murmuró:

Está muerto y enterrado,
segado como la mies.
A la cabeza la hierba,
y una lápida a los pies.

Le posó una mano en el brazo de Eduardo.

—¿Quién le mató, Eduardo? Creíamos que era Gerda… pero no era Gerda. Pero entonces, ¿quién fue? Dime lo que *tú* opinas. ¿Fue alguien del que nunca hemos oído hablar?

Contestó él, irritado:

—No veo el provecho de toda esta especulación. Si la policía no puede averiguarlo, o no consigue pruebas suficientes, tendrán que darse por vencidos y abandonar el asunto… y nos desharemos de él.

—Sí; pero… es el no saber.

—¿Para qué hemos de querer saberlo? ¿Qué tiene que ver Juan Christow con nosotros?

Con *nosotros*, pensó ella, ¿con Eduardo y conmigo? ¡Nada! Consolador pensamiento… ella y Eduardo unidos… una entidad dual. Y, sin embargo, y, sin embargo…, Juan Christow, a pesar de que se le había depositado en la fosa y se le había leído el servicio de difuntos, no estaba enterrado lo bastante hondo. *Está muerto y enterrado*… Pero Juan Christow no estaba muerto y enterrado, a pesar de lo mucho que Eduardo deseara que estuviese. Juan Christow todavía estaba allí, en *The Hollow*.

Eduardo preguntó:

—¿Adonde vamos?

Algo que notó en su tono le sorprendió. Dijo:

—Demos un corto paseo hasta la cresta de la colina, ¿quieres?

—Como gustes.

Dios sabe por qué razón iba de mala gana. Midge se preguntó por qué. Generalmente, aquél era su paseo favorito. Enriqueta y él acostumbraban casi siempre… Su pensamiento dio como un chasquido y se partió. ¡*Enriqueta y él*! Preguntó:

—¿Has estado por este camino este otoño?

Él respondió con sequedad:

—Enriqueta y yo subimos por él la primera tarde.

Siguieron andando en silencio.

Llegaron por fin a la cima y se sentaron en un árbol caído.

Midge pensó en seguida: «*Enriqueta y él se sentaron aquí, quizá*».

Dio vueltas al anillo que llevaba en el dedo. El diamante centelleó fríamente. «*Esmeraldas, no*», había dicho él.

Dijo con un ligero esfuerzo:

—Será delicioso estar en Ainswick otra vez para Nochebuena.

Él no pareció oírla. Se hallaba lejos.

Pensó ella: «Está pensando en Enriqueta y en Juan Christow».

Sentado allí, le había dicho algo a Enriqueta o Enriqueta le había dicho algo a él. Podría saber Enriqueta lo que ella no quería, pero Eduardo le pertenecía a Enriqueta aún.

Se sintió invadida por el dolor. La burbuja de felicidad en que había vivido durante la última semana se estremeció y estalló.

Pensó: «No puedo vivir así… con Enriqueta allí siempre en su recuerdo. No puedo enfrentarme con eso. No puedo soportarlo».

El viento susurró entre los árboles. Las hojas caían aprisa, ya apenas quedaba una dorada, sólo las pardas.

Dijo ella:

—¡Eduardo!

La urgencia de su voz *le* hizo salir de su ensimismamiento. Volvió la cabeza.

—¿Qué?

—Lo siento, Eduardo. —Le temblaban los labios, pero consiguió dominar su voz—. Tengo que decírtelo. Es inútil. No puedo casarme contigo. No saldría bien, Eduardo.

Dijo él:

—Pero, Midge… acaso Ainswick…

Le interrumpió:

—No puedo casarme contigo nada más que por Ainswick,

Eduardo. Debes…, debes comprender eso tú.

Suspiró él entonces, un suspiro largo, dulce. Era como un eco de las hojas secas que se descolgaban dulcemente de la rama de los árboles.

—Comprendo lo que quieres decir. Sí; supongo que tienes razón.

—Fuiste muy bueno al pedirme que me casara contigo, Eduardo…, muy bueno, y muy dulce, y muy encantador. Pero no resultaría, Eduardo. Saldría mal.

Había tenido la leve esperanza quizá de que él discutiera con ella, de que intentara persuadirla; pero parecía tener el mismo convencimiento que ella. Allí, con el fantasma de Enriqueta a su lado, comprendía aparentemente él también que no podría salir bien.

—Sí —murmuró él, haciéndose eco de sus palabras—; saldría mal.

Se quitó Midge el anillo del dedo y se lo ofreció.

Siempre amaría a Eduardo, y Eduardo siempre amaría a Enriqueta y la vida sería un completo infierno.

Dijo, quebrándose levemente la voz:

—Es un anillo muy hermoso, Eduardo.

—Me gustaría que te lo quedases, Midge. Me encantaría que lo tuvieses.

Ella negó con la cabeza.

—No podría hacer eso.

Dijo él con una leve contracción humorística de los labios:

—No se lo daré a ninguna otra persona, ¿sabes?

Todo ocurrió amistosamente. Él no sabría, jamás sabría, exactamente lo que estaba sintiendo ella. El cielo en una bandeja, y la bandeja se había roto, y el cielo se le había escapado de entre los dedos o quizá jamás hubiese estado retenido allí.

* * *

Aquella tarde Poirot recibió su tercera visita.

Le había ido a ver Enriqueta Savernake. Luego, Verónica Cray. Y esta vez era lady Angkatell. Avanzó ingrávida por la senda dando la

acostumbrada impresión de falta de corporeidad.

Abrió la puerta, y ella le miró con una sonrisa.

—He venido a verle —anunció.

Así hubiera conferido un favor un hada a un simple mortal.

—Encantado, madame.

La condujo a la salita. Ella se sentó en el sofá y volvió a sonreír.

Hércules Poirot pensó: «Es vieja…, tiene el cabello gris… y hay arrugas en su rostro. No obstante, hay en ella algo mágico… y siempre lo habrá».

Lady Angkatell dijo con dulzura:

—Quiero que me haga usted un favor.

—Diga, lady Angkatell.

—Para empezar, he de hablarle a usted… de Juan Christow.

—¿Del doctor Christow?

—Sí. Se me antoja a mí que lo único que se puede hacer es poner punto final a todo el asunto. Comprende usted lo que quiero decir, ¿verdad?

—No estoy muy seguro de saber lo que quiere usted decir, lady Angkatell.

Le dirigió una nueva y deslumbradora sonrisa y posó una mano blanca y larga sobre su brazo.

—Querido monsieur Poirot, usted comprende perfectamente. La policía tendrá que andar buscando por ahí al que dejó estas huellas dactilares y no le encontrarán. Y acabarán por tener que abandonar la investigación. Pero me temo, ¿sabe?, que usted no la abandonará.

—No —asintió Poirot—; yo no la abandonaré.

—Eso es precisamente lo que yo suponía. Y ésa es la razón de que haya venido. Es la verdad lo que usted desea, ¿no es así?

—¡Claro que deseo la verdad!

—Veo que no me he explicado muy bien. Estoy intentando averiguar exactamente *por qué* no quiere abandonar usted el asunto. No es por razones de prestigio, ni porque desee ahorcar a un asesino (una clase de muerte bien desagradable, he opinado yo siempre… tan *medieval*). Sólo es, creo yo, porque quiere usted *saber*. Sí que me entiende, ¿verdad? Si conociera usted la verdad… si se le llegara a *decir* a usted la verdad, creo que… que tal vez quedara satisfecho. ¿Le gustaría a usted, monsieur Poirot?

—¿Está usted ofreciendo decirme la verdad, lady Angkatell?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Así, pues, ¿usted conoce la verdad?

Abrió ella los ojos desmesuradamente.

—Oh, sí, hace tiempo que la sé. Me *gustaría* decírsela. Y entonces podríamos acordar que…, bueno, que todo había pasado ya y que todo estaba terminado.

Le sonrió.

—¿Trato hecho, monsieur Poirot?

Le costó un serio esfuerzo a Hércules Poirot el decir:

—No, madame, no hay trato hecho.

Quería, quería muy de veras, abandonar el asunto nada más que porque Lucía Angkatell se lo había pedido.

Lady Angkatell se quedó muy quieta durante un momento. Luego enarcó las cejas.

—Si sabrá usted —murmuró—, si sabrá usted lo que está haciendo en realidad.

Capítulo XXVIII

Midge, secos los ojos y despierta en la oscuridad, se agitó inquieta en el lecho.

Oyó abrirse una puerta, pisadas en el corredor que pasaban por delante de su entrada.

Era la puerta de Eduardo, y de Eduardo eran las pisadas.

Encendió la lámpara de la mesa de noche y consultó el reloj.

Las tres menos diez minutos.

Eduardo paseando por delante de su puerta y bajando la escalera a aquella hora de la madrugada… Era raro.

Todos se habían acostado temprano, a las diez y media. Ella no había podido dormir. Los párpados le ardían; un dolor seco, febril, le consumía todo el cuerpo.

Había oído dar las horas en el reloj de abajo, y ulular a los búhos fuera, cerca de su ventana. Había experimentado esa depresión que alcanza su nadir a las dos de la mañana. Se había dicho: «No puedo soportarlo…, no puedo soportarlo. Llega mañana…, otro día. Día tras día que pasar sufriendo».

Desterrada por su propio acto de Ainswick, exiliada de toda aquella belleza, de todo Ainswick tan querido, que hubiera podido ser suyo.

Pero más valía el destierro, mejor la soledad, mejor una vida gris y deprimente que la vida con Eduardo y con el espectro de Enriqueta. Hasta aquel día en el bosque no había conocido Midge hasta qué punto era capaz de ser celosa.

Y, después de todo. Eduardo nunca le había dicho que la quería. Afecto, bondad, nunca había fingido ofrecerle otra cosa. Ella había aceptado la limitación y, hasta darse cuenta de lo que significaba vivir con un Eduardo cuya mente y cuyo corazón tenían a Enriqueta

como invitada permanente, no comprendió que, para ella, el afecto de Eduardo no era suficiente.

Eduardo, pasando de largo por delante de su puerta, bajando la escalera…

Era raro, muy raro. ¿Adonde iba?

Se sintió más intranquila por momentos. Todo aquello formaba parte integrante de la inquietud que *The Hollow* le producía en estos tiempos. ¿Qué hacía Eduardo abajo a altas horas de la madrugada? ¿Había salido?

Por fin no pudo soportar por más tiempo la inactividad. Se levantó, se puso el batín y, tomando una lámpara de bolsillo, abrió la puerta y salió al pasillo.

La oscuridad era completa. No se había encendido ninguna luz. Midge torció a la izquierda y llegó a la escalera. Abajo todo estaba en tinieblas también. Bajó corriendo los escalones y, tras vacilar un instante, encendió la luz del vestíbulo. Reinaba un silencio completo. La puerta principal estaba cerrada y tenía echada la llave. Probó la puerta falsa y la encontró cerrada con llave también.

Así, Eduardo no había salido. ¿Dónde podía estar?

Y, de pronto, alzó la cabeza y olfateó el aire.

Una ráfaga, una ráfaga muy leve de gas.

La mampara que aislaba la cocina y otras dependencias estaba entornada.

Pasó por ella. De la abierta puerta de la cocina salía un poco de luz. El inconfundible olor a gas era muy fuerte.

Midge recorrió a toda prisa el corredor y entró en la cocina. Eduardo yacía en el suelo, con la cabeza dentro del horno de gas, cuyas espitas estaban abiertas.

Midge era una muchacha rápida y práctica. Lo primero que hizo fue abrir los postigos. No pudo mover la falleba de la ventana, pero ella envolvióse el brazo en un paño de cocina y rompió el vidrio. Luego, conteniendo el aliento, se agachó y tiró de Eduardo hasta sacarle la cabeza del horno y cerró las espitas.

Eduardo estaba sin conocimiento y respiraba de una forma rara; pero Midge sabía que no podía haber estado sin sentido mucho rato. Debía haberse quedado sin él segundos antes. La corriente que se había establecido entre puerta y ventana estaba despejando la

habitación de gas rápidamente. Midge arrastró a Eduardo hasta un punto cercano a la ventana donde le diera el aire de lleno. Se sentó y le recogió con fuertes brazos.

Pronunció su nombre, suavemente al principio y luego con creciente desesperación.

—Eduardo, Eduardo, Eduardo, *Eduardo*…

Él se movió, exhaló un gemido, abrió los ojos y la vio.

Dijo con voz débil:

—Horno.

Y dirigió la mirada a la cocina de gas.

—Lo sé, querido; pero, ¿por qué…?, ¿*por qué*?

Tiritaba Eduardo ahora. Tenía las manos frías, blancas.

Dijo:

—Midge.

Se notaba en la voz un dejo de sorpresa y de alegría.

Dijo ella:

—Te oí pasar por delante de mi puerta. No sabía… Bajé.

Exhaló un prolongado suspiro, que parecía venir de muy lejos.

—La mejor solución.

Y luego, inexplicablemente, hasta que Midge recordó la conversación de Lucía la noche de la tragedia.

—*News of the World*.

—Pero, Eduardo, ¿por qué…?, ¿*por qué*?

Alzó hacia ella la vista y la vacua y fría oscuridad de su mirada la asustó.

—Porque sé ahora que nunca he servido para nada. Siempre un fracaso. Siempre inútil. Son los hombres como Christow los que hacen cosas. Triunfan, y las mujeres les admiran. Yo no soy nada…, ni siquiera estoy vivo del todo. Heredé Ainswick y tengo lo suficiente para vivir… de lo contrario me hubiese hundido. No sirvo para una carrera…, nunca fui gran cosa como escritor. Enriqueta no me quiso. Nadie me quería. Aquel día… en el Berkeley… creí…, pero pasó lo de siempre. Tampoco podías quererme tú, Midge. Ni aun por Ainswick estabas dispuesta a soportarme. Conque pensé que era lo mejor acabar de una vez.

Midge habló a borbotones.

—Querido, querido, tú no comprendes. Fue por Enriqueta…,

porque creí firmemente que aún querías a Enriqueta tanto.

—¿Enriqueta? —murmuró vagamente, como si hablara de alguien infinitamente remoto—. Sí, la quise mucho.

Y, desde aún más lejos, le oyó murmurar:

—*Eduardo*…, mi muy querido Eduardo…

Le abrazó con fuerza. Él le sonrió, murmurando:

—Estás caliente, Midge…, estás tan caliente.

Sí, pensó ella. Eso era la desesperación; una cosa fría, una cosa de un frío y de una soledad infinitos. Nunca había comprendido hasta entonces que la desesperación era algo frío. Había pensado en ella como algo ardiente, apasionado…, algo violento…, una desesperación de sangre caliente. Pero no era así. Aquello era desesperación, aquella oscuridad completa de frío y de soledad. Y el pecado de la desesperación de que hablaban los sacerdotes era un pecado frío, el pecado de aislarse uno de todo contacto humano, cálido y vivo.

Eduardo dijo otra vez:

—Estás tan caliente, Midge.

Y de pronto pensó ella con una confianza alegre y orgullosa: «¡Si eso es lo que quiere! ¡Si eso es lo que yo puedo darle!». Eran todos fríos los Angkatell. Hasta la propia Enriqueta tenía en ella algo de fuego fatuo, de la esquiva frialdad sobrenatural que anidaba en la sangre de los Angkatell. Que amara Eduardo a Enriqueta como un sueño intangible e imposible de poseer. Eran calor, permanencia, estabilidad, lo que en realidad necesitaba. Era la compañía diaria, y el amor, y la risa de Ainswick.

Pensó: «Lo que Eduardo necesita es alguien que encienda un fuego en su hogar… y yo soy la que puedo hacer eso».

Eduardo alzó la mirada. Vio el rostro de Midge inclinado sobre él; el cálido colorido de su piel, la boca generosa; los ojos firmes y la negra cabellera que se apartaba de su frente hacia atrás como dos alas.

Veía a Enriqueta siempre como una proyección del pasado. En la mujer hecha y derecha buscaba y deseaba tan sólo ver a la muchacha de diecisiete años a quien primero quisiera. Pero ahora, mirando a Midge, tuvo la extraña sensación de que estaba viendo a una Midge continua. Vio a la colegiala con el alado cabello

retrocediendo en dos trenzas. Vio sus oscuras ondas enmarcando ahora su rostro. Y vio exactamente el aspecto que aquellas alas tendrían cuando el cabello dejara de ser negro para tornarse gris.

«Midge —pensó— es real. La única cosa real, que en mi vida he conocido…». Sintió su calor, y su fuerza…, ¡morena, positiva, viva, real! «Midge —pensó— es la roca sobre la que puedo construir mi vida…».

—Midge, querida, te quiero tanto…, no me vuelvas a dejar…

Se inclinó hacia él, y Eduardo sintió el calor de sus labios en los suyos, sintió que su amor le envolvía, le estrujaba… y la felicidad floreció en aquel desierto donde durante tanto tiempo había vivido solo.

De pronto dijo Midge con una risa trémula:

—Mira, Eduardo: se ha asomado una cucaracha a mirarnos, ¿verdad que es una cucaracha muy bonita? ¡Jamás creí que pudiera llegar a gustarme tanto una cucaracha!

Agregó soñadora:

—¡Qué rara es la vida! Henos aquí, sentados en el suelo de una cocina que aún huele a gas, rodeados de cucarachas, y nos sentimos en la gloria.

Murmuró él, soñador también:

—Me quedaría aquí eternamente.

—Más vale que vayamos a dormir un rato. Son las cuatro de la mañana. ¿Cómo vamos a explicarle la ventana rota a Lucía?

Afortunadamente, pensó Midge, era tan extraordinariamente fácil explicarle cosas a Lucía…

Copiando el habitual proceder de Lucía y anticipándose a él, Midge entró en el cuarto de ella a las seis de la mañana.

Se limitó a declarar llanamente los hechos.

—Eduardo bajó y metió la cabeza en el horno de la cocina de gas anoche —dijo—. Por fortuna, le oí y bajé tras él. Rompí la ventana porque no pude abrirla aprisa.

Midge hubo de reconocer que Lucía era maravillosa.

Sonrió dulcemente, sin dar la menor muestra de sorpresa.

—Querida Midge —murmuró—, eres siempre tan práctica… Estoy segura de que siempre serás el mayor de los consuelos para Eduardo.

Después de marcharse Midge, lady Angkatell se quedó pensando. Luego se levantó y se fue al cuarto de su marido que, por una vez, no tenía echada la llave.

—Enrique.

—¡Mi querida Lucía! ¡Aún no ha cantado el gallo!

—No; pero escucha: esto es verdaderamente importante. Es preciso que instalemos electricidad para cocinar y que nos deshagamos de la cocinilla de gas.

—¿Por qué? Va divinamente, ¿verdad?

—Sí, querido. Pero es una de las cosas que les mete a la gente ideas en la cabeza y tal vez no sea todo el mundo tan práctico como mi querida Midge.

Se marchó como un fantasma. Sir Enrique dio media vuelta y soltó un gruñido. Pero se despertó con sobresalto cuando empezaba a dormitar.

—¿Lo he soñado —murmuró— o entró Lucía y empezó a hablarme de cocinillas de gas?

Fuera, en el pasillo, lady Angkatell entró en el cuarto de baño y puso un escalfador en el hornillo de gas. Sabía que, a veces, a la gente le gustaba tomar un poco de té a primera hora de la mañana. Muy satisfecha de su proceder, volvió a la cama y apoyó la cabeza en la almohada, encantada de sí misma y de la vida.

Eduardo y Midge en Ainswick…, la información terminada, iría a hablar con monsieur Poirot otra vez. Un hombre muy simpático.

De pronto se le ocurrió otra idea genial. Se incorporó en el lecho.

—Si habrá pensado en eso… —murmuró.

Saltó de la cama, bajó el pasillo hacia el cuarto de Enriqueta. Y, como de costumbre, empezó a hablar mucho antes de que la pudieran oír.

—Y… de pronto se me ocurrió, querida, que *a lo mejor* se te había pasado eso por alto.

Enriqueta murmuró, soñolienta:

—Por el amor de Dios, Lucía, que aún no se han levantado los pájaros.

—¡Oh, ya lo sé, querida, sí que es un poco temprano… pero parece haber sido una noche movida…! Eduardo y la cocinilla de

gas, y Midge, y la ventana de la cocina… y el pensar que iba yo a decirle a monsieur Poirot y todo eso…

—Lo siento, Lucía, pero todo lo que dices me suena a chino. ¿No puedes esperar?

—Sólo se trata de la funda, querida. Creí, ¿sabes?, que a lo mejor no te habías acordado de la funda.

—¿Funda? —Enriqueta se sentó en la cama. Se había despabilado por completo de pronto—. ¿Qué es eso de una funda?

—Ese revólver de Enrique iba dentro de una funda, ¿sabes? Y la funda no se ha encontrado. Y, claro está, a lo mejor a nadie se le ocurre pensar en ella…, pero también puede suceder que a alguien…

Enriqueta saltó de la cama. Dijo:

—Una siempre se olvida de algo…, ¡eso es lo que dicen! ¡Y es verdad!

Lady Angkatell regresó a su alcoba.

Se metió en la cama y se quedó dormida al poco rato.

El escalfador colocado sobre el hornillo de gas empezó a hervir y continuó hirviendo.

Capítulo XXIX

Gerda rodó hacia un lado de la cama y se incorporó.

Tenía la cabeza un poco mejor ahora; pero seguía alegrándose de no haberse ido con los otros de merienda. Resultaba apacible y casi consolador encontrarse sola en la casa un rato.

Elisa, claro está, había sido muy bondadosa, mucho, sobre todo al principio. Para empezar, a Gerda se la había instado a que se quedara a desayunarse en la cama. Y le habían subido el desayuno en bandeja. Todo el mundo le pedía que se sentase en el sillón más cómodo, que alzara los pies, que no hiciese ningún esfuerzo.

Todos la compadecían mucho por lo de Juan. Acobardada, se había acogido con agradecimiento a aquella bruma protectora. No quería pensar, ni sentir, ni recordar.

Pero ahora lo sentía acercarse más cada día. Tendría que empezar a vivir otra vez, a decidir qué hacer y dónde alojarse. Elisa empezaba a dar ya leves muestras de impaciencia. «¡*Oh, Gerda, no seas torpe*!».

Todo volvía a ser lo mismo que había sido antaño, antes de que Juan se la llevara. Todos la creían lenta y estúpida. No había nadie que dijera, como había dicho Juan: «Yo me cuidaré de ti».

Le dolía la cabeza y Gerda pensó: «Haré un poco de té».

Bajó a la cocina y puso el escalfador en el fuego. Estaba a punto de hervir cuando oyó sonar el timbre de la puerta.

Les habían dado fiesta aquel día a las criadas y Gerda se acercó a la puerta y abrió. Se quedó asombrada al ver el coche de Enriqueta parado junto al bordillo, y a la propia Enriqueta en el umbral.

—¡Enriqueta! —exclamó. Retrocedió un par de pasos—. Entra. Mi hermana y los niños están fuera, pero…

Enriqueta la interrumpió.

—Me alegra —dijo—. Quería pillarte sola. Escucha, Gerda, *¿qué hiciste con la funda*?

Gerda se paró en seco. Sus ojos se tornaron de pronto vacuos e incomprensivos. Dijo:

—¿Funda?

Abrió la puerta del cuarto de la derecha del vestíbulo.

—Más vale que entres aquí. Me temo que hay un poco de polvo. ¿Sabes? Es que no hemos tenido mucho tiempo esta mañana.

Enriqueta volvió a interrumpirla con urgencia:

—Escucha, Gerda: tienes que decírmelo. Fuera de la funda, todo está bien…, no hay posibilidad de un escape. No hay nada que pueda relacionarte con el asunto. Encontré el revólver donde lo habías metido, en el macizo junto a la piscina. Lo escondí en un lugar donde era imposible que lo hubieses puesto tú…, y tiene en la culata unas huellas dactilares que jamás podrán identificar. Conque sólo queda la funda. Es preciso que sepa qué has hecho de ella. Dímelo, dímelo.

Hizo una pausa, rogando al cielo desesperada que Gerda reaccionara aprisa.

No sabía por qué experimentaba aquella sensación de vital urgencia; pero el hecho era que la sensación existía. Nadie la había seguido; estaba segura de eso. Había salido por la carretera de Londres. Y, al detenerse a llenar el depósito de gasolina en un garaje, había dicho que se hallaba en camino de la metrópoli. Luego, un poco más allá, había cruzado a campo traviesa hasta llegar a una carretera que conducía en dirección sur hacia la costa.

Gerda aún la estaba mirando como atontada. Lo malo de Gerda, pensó Enriqueta, era su gran lentitud de comprensión.

—Si aún la tienes, Gerda, has de dármela a mí. Yo me desharé de ella como pueda. Es la única cosa que puede relacionarte con la muerte de Juan, ¿comprendes…? ¿La tienes?

Hubo una pausa, y luego Gerda movió lenta y afirmativamente la cabeza.

—¿No comprendes que era una locura quedarte con ella?

Enriqueta apenas podía ocultar su impaciencia.

—Me olvidé de ella. Estaba en mi cuarto.

Agregó:

—Cuando la policía vino a Harley Street la corté en pedazos y la metí en la bolsa de las cosas de cuero que hago.

Dijo Enriqueta:

—Fue una idea ingeniosa.

—No soy tan estúpida como la gente cree.

Se llevó la mano a la garganta. Dijo:

—Juan… ¡*Juan*!

Se quebró su voz.

Dijo Enriqueta:

—Comprendo, querida…, comprendo.

Dijo Gerda:

—Tú no puedes comprender… Juan no era… no era…

Se quedó muda y su aspecto despertaba compasión. Alzó de pronto la mirada hacia el rostro de Enriqueta.

—¡Todo era una mentira…, todo! ¡Todas las cosas que yo creí que era! Le vi la cara cuando siguió a esa mujer aquella noche, Verónica Cray. Sabía que la había querido, claro está, hace años, antes de que se casara conmigo; pero creí que todo había terminado.

Enriqueta dijo con dulzura:

—Sí que había terminado.

Gerda movió negativamente la cabeza.

—No. Se presentó allí, y fingió que no había visto a Juan desde hace años…, pero yo vi la cara de Juan. Salió con ella. Yo me quedé allí, intentando leer… Intenté leer aquella novela policíaca que había estado leyendo Juan. Y Juan no vino. Y, por fin, salí…

Parecía tener los ojos vueltos hacia dentro, viendo la escena.

—Había luna. Seguí la senda hasta la piscina. Vi luz en el pabellón. Estaban allí… Juan y esa mujer.

Enriqueta hizo un leve sonido.

El semblante de Gerda había cambiado. No quedaba en él nada de su acostumbrada y levemente vacua amabilidad. Era ahora un rostro implacable, sin piedad.

—Yo había confiado en Juan. Había creído en él…, como si fuera el propio Dios. Le creía el hombre más noble del mundo. Le creí todo lo que fuera bueno y noble. Y… ¡era todo una mentira! Me

quedé sin nada…, sin nada en absoluto. Yo… ¡yo había *adorado* a Juan!

Enriqueta la estaba mirando fascinada. Por allí, ante sus ojos, se hallaba lo que ella adivinaba, aquello a lo que diera vida al esculpirlo en madera. Aquélla era «La Adoración». Una devoción ciega, que ha visto romperse en mil pedazos a su ídolo, que ya no tiene punto de apoyo… desilusionada, peligrosa.

Dijo Gerda:

—¡No podía soportarlo! ¡Tuve que matarle! Tuve que hacerlo…, ¿verdad que te das cuenta de eso, Enriqueta?

Lo dijo en tono normal, casi amistoso.

—Y comprendí que tendría que andar con mucho cuidado, porque la policía es lista. Pero, después de todo, yo no soy tan estúpida como la gente cree. Si una se muestra muy lenta y se limita a mirar fijamente cuando le hablan, la gente cree que una no comprende las cosas, que las cosas no le penetran en el cerebro. Y, a veces, para los adentros de una, ¡una se está riendo de ellos! Sabía que podía matar a Juan y que nadie lo adivinaría, porque leí en aquel libro detectivesco que la policía sabe qué revólver ha disparado una bala. Sir Enrique me había enseñado a cargar y disparar un revólver aquella tarde. Yo me llevaría dos revólveres. Mataría a Juan con uno de ellos y luego lo escondería. Dejaría que me encontrasen con el otro en la mano. Empezarían por creer que le había matado yo y luego descubrirían que yo no podía haberle matado con aquel revólver, y así dirían que no era yo la culpable después de todo.

»Pero me olvidé de la funda de cuero. Estaba en el cajón de mi alcoba. ¿Es posible que la policía se preocupe de ella *ahora*?

—Quizá —dijo Enriqueta—. Más vale que me la des y yo me la llevaré.

Una vez dejes de tenerla en tu poder, estarás completamente segura. No correrás ya ningún peligro.

Se sentó. Se sentía de pronto, inexplicablemente, cansada.

Dijo Gerda:

—No pareces encontrarte muy bien. Estaba haciendo té en el momento en que llegaste.

Salió del cuarto. Regresó a los pocos momentos con una

bandeja. En ella había una tetera, una jícara con leche y dos tazas. La jícara se había vertido algo porque estaba demasiado llena. Gerda soltó la bandeja, sirvió una taza de té y se la dio a Enriqueta.

—¡Oh! —exclamó consternada—. ¡No creo que estuviera hirviendo el agua!

—No te preocupes —dijo Enriqueta—. Ve a buscar la funda, Gerda.

Gerda vaciló y luego salió del cuarto. Enriqueta se inclinó hacia delante, colocó los brazos sobre la mesa y descansó en ellos la cabeza. Estaba tan cansada… tan terriblemente cansada… Pero ya estaba hecho todo casi. Gerda no corría peligro. Estaría segura, como Juan había querido que estuviese.

Se irguió, se apartó el cabello de la frente, y atrajo la taza hacia sí. Luego, al oír un ruido junto a la puerta, alzó la cabeza. Gerda había sido rápida por una vez, quizá la primera vez de su vida.

Pero no era ella, sino Hércules Poirot quien se hallaba en el umbral.

—La puerta de la calle estaba abierta —observó, avanzando hacia la mesa—; conque me tomé la libertad de entrar.

Enriqueta exhaló un suspiro.

—Comprendo —dijo—, era de esperar que hiciera usted una cosa así.

—No debiera usted beber ese té —dijo Poirot, quitándole la taza y volviendo a ponerla en la bandeja—. Un té que no se ha hecho con agua hirviendo no está en condiciones de que se beba.

—¿Importa, en realidad, una pequeñez como ésa del agua hirviendo?

Poirot dijo con dulzura:

—Todo importa.

Se oyó un ruido detrás de él y Gerda entró en el cuarto.

Tenía una bolsa de labor en la mano. Su mirada pasó del rostro de Poirot al de Enriqueta.

—Me temo, Gerda, que debo ser una mujer sospechosa. Monsieur Poirot parece haberme estado siguiendo. Cree que maté yo a Juan…, pero no puede demostrarlo.

Habló despacio y deliberadamente. Mientras Gerda no se delatara a sí misma…

Gerda dijo vagamente:

—¡Cuánto lo siento! ¿Quiere usted tomar una taza de té, monsieur Poirot?

—No, gracias, madame.

Gerda se sentó junto a la bandeja. Empezó a hablar en el mismo tono de excusa de siempre.

—¡Cuánto siento que esté todo el mundo fuera! Mi hermana y los niños se han ido de merienda. Yo no me sentía muy bien; conque me dejaron atrás.

—Lo siento, madame.

Gerda alzó una de las tazas de té y bebió.

—Es todo tan molesto. Me preocupa tanto todo… Y es que Juan arreglaba todo siempre. Y ahora Juan ha muerto…

Se apagó su voz. Mas volvió a repetir:

—Juan ha muerto.

Su mirada, lastimera, aturdida, pasó de uno a otro.

—No sé qué hacer sin Juan. Juan me cuidaba. Juan se encargaba de todo. Ahora que él no está, todo se ha ido con él. Y los niños… me hacen preguntas, y yo no puedo contestarles bien. No sé qué decirle a Terry. No hace más que preguntar: «¿Por qué mataron a papá?». Algún día, claro está, descubrirá por qué. Terry tiene siempre que saber. Lo que me intriga es que siempre pregunta *por qué y no quién*.

Gerda se retrepó en su asiento. Tenía los labios muy azules.

—Dijo con cierta rigidez:

—Me siento… no muy bien. Si Juan… Juan…

Poirot corrió a ella y la acomodó, de lado, en la silla. La cabeza de Gerda cayó hacia delante, Poirot se inclinó y le alzó un párpado. Luego se irguió.

—Una muerte fácil, y relativamente sin dolor.

Enriqueta le miró boquiabierta.

—¿El corazón? No —le dio un vuelco el corazón—. Algo que había en el té. Algo que metió ella misma. ¿Escogió esa solución?

Poirot sacudió la cabeza negativamente.

—¡Oh, no!; la escogió *para usted*. Era la taza de *usted*.

—¿Para mí? —exclamó Enriqueta con incredulidad—. ¡Si yo estaba intentando ayudarla!

—Eso no importa. ¿No ha visto usted lo que hace el perro que se ve cogido en una trampa? Le mete el diente a cualquiera que le toque. Ella sólo vio que conocía usted su secreto y que, por consiguiente, usted debía morir también.

Enriqueta dijo muy despacio:

—Y usted me obligó a poner la taza otra vez en la bandeja… Tenía usted la intención… la intención de que ella…

Poirot la interrumpió serenamente:

—No, no, mademoiselle. Yo no sabía que hubiese nada en su taza. Sólo sabía que *pudiera* haber algo. Y, una vez colocada la taza en la bandeja, igual probabilidad había de que bebiera de una taza como de la otra. Era cuestión de suerte… si es que a eso se le puede llamar suerte. Yo personalmente digo que un fin como éste es misericordioso. Para ella… y para dos niños inocentes.

Le dijo con dulzura a Enriqueta:

—Está usted muy cansada, ¿verdad?

Ella movió afirmativamente la cabeza. Le preguntó sorprendida:

—¿Cuándo adivinó la verdad?

—No lo sé con exactitud. La escena estaba preparada: esa impresión la tuve desde el primer momento. Pero tardé en darme cuenta de que quien la había preparado *era Gerda Christow*… que su actitud olía a comedia porque, en realidad, estaba desempeñando un papel. Me intrigó la sencillez y, al propio tiempo, la complejidad. Comprendí bastante pronto que contra lo que estaba yo luchando era contra el ingenio de *usted*… y que sus parientes habían empezado a ayudarla no bien comprendieron lo que usted deseaba que se hiciese.

Hizo una pausa y preguntó:

—¿Por qué quería usted que se hiciera?

—¡Porque Juan me lo pidió! Eso es lo que quiso decir al pronunciar mi nombre en la agonía. Todo estaba allí, en esa palabra. Me estaba pidiendo que protegiese a Gerda. Porque ¿sabe?, Juan amaba a Gerda. Yo creo que amaba a Gerda mucho más de lo que él mismo llegó a darse cuenta jamás. Más que a Verónica Cray. Más que a mí. Gerda le *pertenecía*. Y a Juan le gustaban las cosas que le pertenecían. Sabía que si alguien era capaz de salvar a Gerda de las consecuencias de lo que había hecho ese alguien era yo. Y

sabía que yo haría cualquier cosa que me pidiese, porque yo le amaba.

—Y empezó usted inmediatamente —dijo Poirot con hosquedad.

—Sí; lo primero que se me ocurrió fue quitarle aquel revólver y dejarlo caer en la piscina. Eso estropearía la identificación por medio de huellas dactilares. Cuando descubrí más tarde que le habían matado con un arma distinta, salí a buscarla, y, como es natural, la encontré inmediatamente porque sabía la clase de sitio que escogería Gerda para esconderla. Sólo me anticipé un minuto o dos a los agentes del inspector Grange.

Hizo una pausa y luego continuó:

—La conservé en mi bolso-cartera hasta que pude llevármela a Londres. Después la escondí en el estudio hasta tener la ocasión de volver a *The Hollow* con ella y esconderla donde la policía no pudiera encontrarla.

—El caballo de barro —murmuró Poirot.

—¿Cómo lo sabía usted? Sí; la metí en una bolsa de esponjas, coloqué el armazón a su alrededor, y construí el modelo encima. Después de todo, mal podrían los agentes destruir la obra de arte de una escultora, ¿verdad? ¿Qué le hizo deducir dónde estaba?

—El hecho de que escogiera usted como modelo un caballo. Inconscientemente asoció usted la idea con el Caballo de Troya. Pero las huellas dactilares… ¿cómo se las arregló usted para conseguirlas?

—Un ciego anciano que vende cerillas en la calle. Él no sabía qué era lo que le pedía que me tuviera un momento mientras sacaba dinero para pagarle las cerillas.

Poirot la miró un instante.

—*C'est formidable*! —murmuró—. Es usted uno de los mejores antagonistas, mademoiselle, que he tenido yo jamás dentro de mi oficio.

—¡Ha resultado terriblemente agotador el intentar mantenerle siempre a distancia!

—Lo sé. Empecé a darme cuenta de la verdad en cuanto vi que el plan estaba ideado de suerte que no comprometiera a ninguna persona determinada, sino que hiciera recaer las sospechas sobre todos… menos sobre Gerda Christow. Todos los indicios señalaban

siempre en dirección contraria a ella. Dibujó usted Ygdrasil deliberadamente para llamar mi atención y hacerse usted sospechosa. Lady Angkatell, que sabía perfectamente lo que estaba haciendo, se divirtió lanzando al pobre inspector Grange primero en una dirección y luego en otra. Hacia David… hacia Eduardo… hacia mí mismo.

»Sí; sólo se puede hacer una cosa si se quiere alejar toda sospecha de una persona que es culpable. Hay que sugerir culpabilidad por otro lado, pero sin precisarla. Es por eso que todos los indicios parecían prometedores, pero acababan siempre por no conducir a ninguna parte.

Enriqueta dirigió una mirada a la figura caída en la silla. Dijo:

—¡Pobre Gerda!

—¿Es éste el sentimiento que le ha animado a usted desde el primero hasta el postrer momento?

—Creo que sí. Gerda amaba locamente a Juan; pero no quería amarle tal cual era. Le alzó un pedestal y le atribuyó todas las características magníficas, nobles y abnegadas. Y cuando se derrumba un ídolo *no queda nada*.

Hizo una pausa y luego continuó:

—Pero Juan era algo mucho más grande que un simple ídolo sobre un pedestal. Era un ser humano de verdad, viviente, vital. Era generoso, y cálido, y dinámico, y era un gran médico… sí, un gran médico. Y ha muerto, y el mundo ha perdido a un hombre muy grande. Y yo he perdido al único hombre que amaré jamás.

Poirot le posó una mano dulcemente en el hombro. Dijo:

—Pero usted es de las que pueden vivir con una espada clavada en el corazón… que puede seguir adelante con una sonrisa…

Enriqueta alzó la mirada hacia él. En sus labios se dibujó una amarga sonrisa.

—Eso es un poco melodramático, ¿verdad?

—Es porque soy extranjero y me gusta emplear palabras hermosas.

Dijo Enriqueta de pronto:

—Ha sido usted muy bondadoso conmigo.

—Eso es porque la he admirado siempre mucho.

—Monsieur Poirot, ¿qué vamos a hacer? En lo que a Gerda se

refiere, quiero decir.

Poirot tiró de la bolsa de labor hacia él. Vació su contenido: trozos de cuero de distintos colores. Había unos pedazos de cuero castaño muy brillante. Poirot los juntó.

—La funda. Me la llevo yo. Y la pobre madame Christow estaba desquiciada. La muerte de su marido fue un golpe demasiado rudo para ella. El Jurado hallará que se quitó la vida por su propia mano en un momento de enajenación mental…

Enriqueta preguntó lentamente:

—¿Y nadie sabrá nunca la verdad de lo ocurrido?

—Creo que lo sabrá una persona. El hijo del doctor Christow. Yo creo que un día vendrá a mí y me pedirá que le diga la verdad.

—¡Pero usted no se la dirá! —exclamó Enriqueta.

—Sí, se la diré.

—¡Oh, no!

—Usted no comprende. Para usted resulta intolerable que se le hiera a nadie. Pero, para algunas inteligencias, hay algo más insoportable aún: *el no saber*. Oyó usted a esta pobre mujer decir hace muy poco rato: «Terry siempre tiene que saber». Para la mente científica, la verdad es lo primero. La verdad, por muy amarga que sea, puede ser aceptada y empleada para tejer un sistema de vida.

Enriqueta se puso en pie.

—¿Me quiere usted aquí, o será preferible que me vaya?

—Sería mejor que se fuese, creo yo.

Ella movió afirmativamente la cabeza. Luego dijo, hablando más consigo misma que con Poirot:

—¿Dónde he de ir? ¿Qué haré yo… sin Juan?

—Está usted hablando igual que Gerda Christow. Usted sabrá dónde ir y qué hacer.

—¿Usted lo cree? Estoy tan cansada, monsieur Poirot… tan cansada…

Dijo él con dulzura:

—Váyase, hija mía. Su sitio está entre los vivos. Yo me quedaré aquí con los muertos.

Capítulo XXX

Camino de Londres en su coche, las dos frases repercutían en el cerebro de Enriqueta: «¿Qué haré yo? ¿Dónde he de ir?».

Durante las últimas semanas había estado excitada, en tensión perpetua. Había tenido una misión que cumplir, una misión que Juan le había encomendado. Pero ahora su tarea había terminado. Había fracasado… ¿o había triunfado? Desde los dos puntos podía mirarse. Pero, míraselo como se lo mirara, la tarea estaba terminada. Y experimentaba el terrible cansancio hijo de la reacción.

Recordó las palabras que le dijera Eduardo aquella noche en la terraza, la noche de la muerte de Juan, la noche en que se dirigiera a la piscina y entrara en el pabellón para ponerse, deliberadamente, a la luz de una cerilla, a dibujar Ygdrasil en el velador de hierro. Firme de propósito, haciendo planes, sin poderse sentar aún llorar… llorar a los muertos. «Quisiera —le había dicho a Eduardo— llorar a Juan».

Pero no se había atrevido a reaccionar entonces, no se había atrevido a permitir que el dolor se adueñara de ella.

Ahora, sin embargo, podía llorar. Ahora disponía de todo el tiempo del mundo.

Dijo entre dientes:

—Juan…, Juan…

Se sintió abrumada por la amargura y una negra rebelión.

Se dijo: «Lástima que no me hubiese bebido esa taza de té».

El conducir le aplacaba los nervios, le daba fuerzas para hacer frente al momento. Pero pronto estaría en Londres. Pronto encerraría el coche en el garaje y se dirigiría a su estudio desierto. Vacío, puesto que Juan jamás volvería a sentarse allí, a hablarle con

tono autoritario, a enfadarse con ella, a amarla más de lo que deseaba amarla, a hablarle con animación de la enfermedad de Ridgeway, a contarle sus triunfos y sus angustias y fracasos con la señora Crabtree en el Hospital de San Cristóbal.

Y, de pronto, el negro palio que yacía sobre su mente se alzó y tuvo un pensamiento:

«Claro. Ahí es donde iré. A San Cristóbal».

Tendida en la estrecha cama del hospital, la anciana señora Crabtree miró a su visitante con ojos irritados y risueños.

Era tal como la había descrito Juan, y Enriqueta experimentó un súbito calor, una elevación de espíritu. ¡Aquello era real! ¡Aquello duraría! Allí, para un rato, había vuelto a encontrar a Juan.

—¡Pobre doctor! Terrible, ¿verdad? —estaba diciendo la señora Crabtree. Expresaba su voz fruición, además de sentimiento. Porque la señora Crabtree amaba la vida. Y las muertes repentinas, sobre todo los asesinatos o las muertes de sobreparto, eran las partes más ricas del tapiz de la vida—. ¡Mira que ir a dejarse matar así! Me revolvió el estómago de verdad cuando me enteré. Lo leí en los periódicos. La hermana me dio todo lo que pudo encontrar. Se portó muy bien. Había fotografías y todo. La piscina y todo eso. La mujer saliendo de la prueba, la pobre, y esa lady Angkatell a quien pertenecía la piscina. La mar de fotos. Fue un verdadero misterio, ¿verdad?

Enriqueta no encontró repulsivo el evidente placer que la noticia había proporcionado a la anciana. Le gustaba, porque sabía que le hubiera gustado al propio Juan. Si había de morir, prefería, con mucho, que la señora Crabtree hallara motivo de diversión y no que se echara a llorar.

—Lo único que pido es que pillen a quien lo haya hecho y le ahorquen —continuó la señora Crabtree, vengativa—. Ahora no ahorcan a la gente en público como antes y eso sí que es una lástima. Siempre me ha parecido que me gustaría ir a ver cómo ahorcaban a alguien. E iría a doble velocidad a ver ahorcar a quien haya matado al doctor. Tiene que haber sido un malvado. ¡Si como el doctor no había otro! ¡Era más listo…! ¡Y más simpático! Le hacía a una reír aunque no quisiera. ¡Lo que llegaba a decir a veces! Yo hubiera hecho cualquier cosa por el doctor, ¡vaya que sí!

—Sí —dijo Enriqueta—; era un hombre muy inteligente. Era un gran hombre.

—¡Le tienen un cariño loco en el hospital! Todas esas enfermeras. Y sus pacientes. Siempre quedaba una convencida de que iba a ponerse bien cuando él se acercaba a reconocerla.

—Conque usted va a ponerse bien —dijo Enriqueta.

Los ojuelos perspicaces se nublaron un instante.

—No estoy yo tan segura de eso, hija mía. Ahora me asiste ese joven tan bien hablado de las gafas. Completamente distinto al doctor Christow. ¡Siempre con sus bromas! Me ha hecho pasar ratos terribles con ese tratamiento suyo. «No puedo aguantar más, doctor», le decía yo. Y «¡Ya lo creo que puede, señora Crabtree!», me decía él a mí. «Es usted dura de pelar. Puede aguantar mucho. Vamos a hacer época en la medicina usted y yo». Y la animaba a una y la hacía reír. Yo hubiera hecho cualquier cosa por el doctor. Esperaba mucho de una; pero a una le parecía que no debía darle chasco. Había que aguantar y demostrar que no había confiado en una en vano. No sé si me comprende.

—Sí, sí —dijo Enriqueta.

Los perspicaces ojuelos la escudriñaron.

—Perdone, hija mía, pero, ¿no será usted la mujer del médico por casualidad?

—No —contestó Enriqueta—; no soy más que una amiga.

—Comprendo —dijo la anciana.

Y Enriqueta obtuvo la impresión de que, en efecto, comprendía.

—¿Qué es lo que la hizo venir a verme, si es que no la molesta que se lo pregunte?

—El doctor acostumbraba hablarme mucho de usted… y de su nuevo tratamiento. Deseaba ver cómo se encontraba.

—Estaba yendo para atrás, eso es lo que me pasa.

Enriqueta exclamó:

—Pero, ¡si es que no debe ir para atrás! Tiene que ponerse buena.

—No vaya a creer que quiero estirar la pata, porque no es verdad.

—Bueno, pues luche entonces. El doctor Christow dijo que era usted una luchadora.

—Sí, ¿eh?

La señora Crabtree permaneció quieta y callada unos instantes. Luego dijo, muy despacio:

—¡El que lo haya matado es un malvado! No hay muchos como él.

—Tenga ánimo, querida —le dijo.

Y agregó:

—Tuvo un entierro muy bueno —contestó Enriqueta para darle esa satisfacción.

—¡Ah! ¡Ojalá hubiese podido yo ir a él! —suspiró—. Iré a mi propio entierro pronto, supongo.

—¡No! —exclamó Enriqueta—. No tiene usted que dejarse ir. Dijo hace un momento que el doctor Christow le había dicho que usted y él iban a hacer época en la historia de la medicina. Bien, pues ha de continuar la lucha usted sola. El tratamiento es el mismo. Tiene usted que hacer coraje para dos… y tiene usted que hacer historia sola… para él.

La señora Crabtree la miró un momento.

—Parece magnífico eso. Haré todo lo que pueda, hija mía. No puedo decir más.

Enriqueta se puso en pie y la tomó por la mano.

—Adiós. Volveré a venir otra vez a verla, si me lo permite.

—Sí, vuelva. Me hará bien hablar del doctor un poco. —En sus ojos volvió a aparecer el destello del humor—. Todo un hombre en todos los sentidos; eso era el doctor Christow.

—Sí —asintió Enriqueta—; lo era.

Dijo la anciana:

—No pene, muchacha… lo que se fue se fue. Una no puede hacerlo volver.

La señora Crabtree y Hércules Poirot, pensó Enriqueta, expresaban la misma idea en distinto lenguaje.

Volvió a Chelsea, encerró el coche en el garaje y echó a andar lentamente hacia el estudio.

«Ahora —pensó— ha llegado el momento que he estado temiendo… el momento de hallarme sola».

«Ahora ya no puedo aplazarlo más. Ahora está el dolor aquí conmigo».

¿Qué le había dicho a Eduardo? «Quisiera llorar a Juan».

Se dejó caer en una silla y se apartó el cabello de la cara.

Sola… vacía… abandonada.

Aquel vacío terrible.

Desgranaron lágrimas sus ojos, lágrimas que le resbalaron lentamente, por la mejillas.

Dolor, pensó, dolor por Juan.

—«¡Oh, Juan… Juan!».

Recordando, recordando… la voz de él, aguda y dolorida:

«*Si yo estuviera muerto, lo primero que harías, resbalándote por las mejillas el llanto, sería empezar a modelar una plañidera, o alguna representación del dolor*».

Se agitó, inquieta. ¿Por qué le había acudido aquel pensamiento a la cabeza?

Dolor… Dolor… Una figura velada, apenas perceptible la silueta, encapuchada la cabeza…

Alabastro.

Le parecía verla: alta, alargada, oculta su pena, revelada tan sólo por las largas líneas tristes de su velo…

El dolor, surgiendo del alabastro claro y diáfano.

«*Si yo estuviera muerto*…».

Y una oleada de amargura la anegó.

Pensó: «¡*Eso es lo que soy*! Juan tenía razón. Yo no puedo amar… Yo no puedo llorar… no con todo mi ser».

«Es Midge… son las personas como Midge las que son la sal de la tierra».

Midge y Eduardo en Ainswick.

Eso era la realidad, fuerza, calor.

«Pero yo —pensó— no soy una persona completa. No me pertenezco a mí misma, sino a algo que está fuera de mí».

«No puedo llorar a los muertos».

«En lugar de eso, he de tomar mi dolor y convertirlo en una figura de alabastro…».

Modelo número 58. «Dolor». Alabastro. Señorita Enriqueta Savernake…

Dijo en un susurro:

«Perdóname, Juan, perdóname por lo que tengo que hacer sin

poderlo remediar».

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La*

ratonera ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] La autora nos da aquí una muestra de la actividad mental de lady Angkatell. Las palabras de su interlocutora: «…te comes todos los eslabones…» la han hecho pensar en el «eslabón perdido», de la teoría de Darwin, el antropoide que ha de servir de nexo de unión entre los monos y el hombre en la cadena evolutiva, eslabón que, por cierto, aún no ha sido hallado. Por eso dice Lucía: «Igual que un mono», frase que, en realidad, no tiene nada en absoluto que ver con lo que está hablando. (N. del T). < <

[2] En Inglaterra no se conoce más bellota que la del roble, y por consiguiente, el pueblo inglés no concibe que pueda ser humano comer fruta semejante, allí no sirve más que para alimentar a los cerdos. El original no dice «fruta de roble», sino «mast», nombre genérico cuyo vocablo español aproximado es seguramente «pastura», que en realidad, tampoco es lo mismo. Porque «mast» se llama no solamente a la bellota, sino a la castaña (que en Inglaterra tampoco es comestible), al hayuco, y al fruto de otros árboles que sirven de alimento a los cerdos. (N. del T.) < <

[3] Nueva prueba de cómo funciona el cerebro de Lucía Angkatell: Asociación de ideas. Seguramente la forma de la cabeza de Poirot la ha hecho pensar en un huevo, y el parecido ha adquirido mayor realce en su mente porque la única vez que viera al detective éste iba vestido de blanco. (N. del T.) < <

[4] Nausicaa: ella había sido Nausicaa, ella se había levantado con Nausicaa, se había desayunado con Nausicaa, había salido con Nausicaa. Había vagado por las calles nerviosa, irritada, llena de desasosiego, sin lograr centrarse en otra cosa que en un rostro hermoso de ciega, que parecía hallarse justamente fuera del alcance de su visión mental, vago, indistinguible. Se había entrevistado con modelos, vacilado ante tipos helénicos, experimentado su profundo descontento… <<

[5] Drama de Ibsen, en música de Grieg. (N. del T.) <<

[6] En Inglaterra se usa el Fahrenheit en lugar del centígrado. Los 55 grados F. equivalen a un poco menos de los trece grados centígrados. (N. del T.) <<

[7] Los palos de la baraja inglesa son: Spades (picas), equivalentes a nuestros oros; hearts (corazones), equivalentes a nuestras copas; diamonds (diamantes), equivalentes a nuestras espadas, y clubs (porras o mazas; tienen forma de tréboles), que equivalen a nuestros bastos. Corazones y diamantes son encarnados; picas y tréboles, negros. Hay trece cartas en cada palo. De uno al diez, y además, tres cartas altas llamadas Jack o knave (Juanito o truhán o bribón). Queen (reina) y King (rey). El knave viene a ser como nuestra sota; la reina equivale al caballo. (N. del T.) <<

[8] Ygdrasil, Iggdrasil o Iggdrasel, es el equivalente en la mitología escandinava de nuestro Árbol del Bien y del Mal. Es el árbol del Universo, del tiempo y de la vida. Sus raíces penetran hasta el frío Hel (reino de los muertos presidido por Hel o Hela, diosa parecida a Plutón). Desde allí se extiende al país de los Gigantes del Hielo y a la Tierra. Las ramas llegan al Cielo y la más elevada proyecta su sombra sobre el Walhalla, paraíso de los que cayeron luchando heroicamente en la batalla. Es un fresno fresco y verde al que las Normas (Pasado, Presente y Futuro) riegan diariamente con las aguas de la vida de la fuente de Urd. Este árbol se secará y dejará de existir el día en que se libre la última batalla entre el bien y el mal, y salga triunfante el primero. (N. del T.) <<

[9] El Observer es un periódico muy sesudo. El *News of the World*, dominical, se dedica más bien a sucesos y es uno de los periódicos de más circulación de Inglaterra. (N. del T.) < <

[10] Whitechapel es un barrio judío de Londres. (N. del T.) <<

[11] Juguete que consiste en piezas de acero con las que se hacen construcciones. (N. del T.) < <

[12] Viburno. Planta caprifoliácea, ramosa, de hojas pajizas y pequeñas. (N. del T.) < <

[13] *The Hollow*, significa «El Cuenco», «La Cañada». He preferido la traducción «cuenco» porque me parece la más indicada aquí. La poesía citada es del célebre poeta inglés Alfredo, lord Tennyson (1809—1829). Me he tomado ciertas libertades para que rimara en español. La traducción exacta del verso es la siguiente: «Odio el terrible cuenco detrás del bosquecillo — sus bordes, en el campo, arriba, están salpicados de brezo rojo, como la sangre — las repisas costilleadas de rojo gotean con silente horror de sangre y allí el Eco, sea cual fuere la pregunta que se le haga, contesta: "Muerte"». (N. del T.) < <